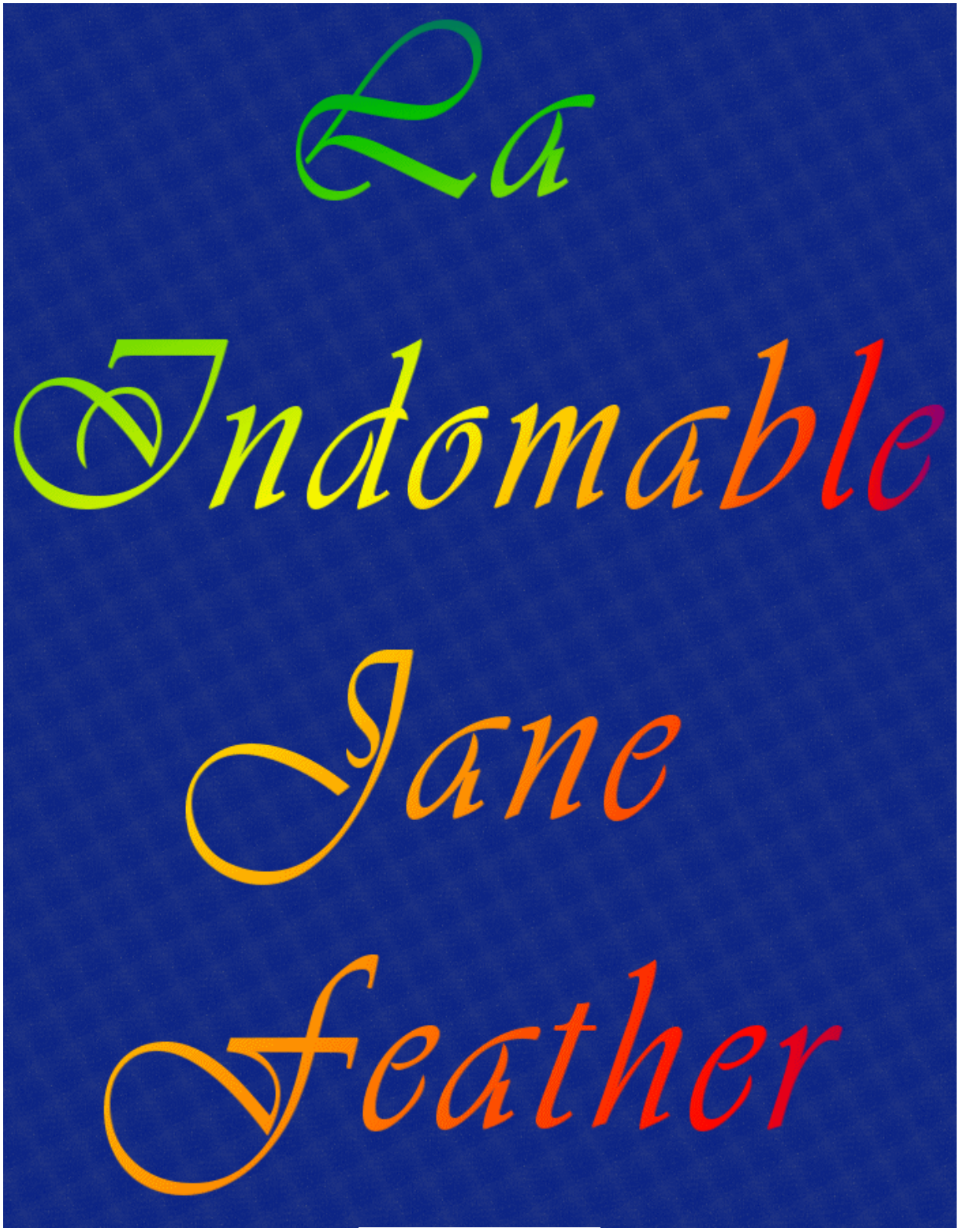
La Indomable
Jane Feather



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

ENERO DE 1805

Las velas del altar proyectaban las sombras de los dos duelistas y las hacían bailotear en los muros de piedra de la cripta. Sólo se oía el rumor de sus pies, apenas cubiertos con calcetines, sobre las lajas de granito de la tumba, el entrechocar de los aceros y la respiración rápida aunque controlada de los dos contendientes.

Había diez hombres y una mujer presenciando la danza mortal. Permanecían inmóviles, apoyados en el muro, casi sin respirar, sólo sus ojos se movían siguiendo la escena. La mujer se retorcía las manos con tanta fuerza, apretándolas en su seno que los dedos estaban exangües. Su cerosa palidez tenía un matiz verdoso y sus ojos que, por lo general, tenían el intenso azul de un campo florecido de acianos, habían perdido a tal punto el color que parecían opacos, tan pálidos como sus labios.

Los dos hombres en duelo eran altos y fuertes; lo único que los diferenciaba era la edad. Uno de ellos sería apenas un mozuelo mientras que el otro era un individuo de mediana edad, de pelo que comenzaba a encanecer y cuerpo macizo y musculoso que se movía con asombrosa agilidad y ligereza para contrarrestar el juvenil atletismo de su rival. En un momento dado, el hombre mayor resbaló en una mancha de sangre caída de un tajo en el brazo de su adversario. Las exclamaciones contenidas de los espectadores agitaron un instante el aire de modo casi imperceptible, pero el hombre se recuperó; sólo él advirtió que su adversario había retrocedido una fracción de segundo, dándole el tiempo necesario para que él recuperase su equilibrio y su ritmo.

Stphen Gresham no sintió ningún placer ante ese gesto de cortesía: él no quería ni esperaba tales favores en un combate que no podía tener más que un final. Se lanzó al ataque con renovada fiereza, aprovechando las destrezas aprendidas y practicadas a lo largo de más de treinta años, confiando en que la relativa inexperiencia de su rival le daría la ventaja. Pero Hugo Lattimer jamás bajó la guardia. Al parecer, se alegraba de que Stephen hiciera todo el gasto mientras él paraba los golpes con hábil economía; en cada embestida desviaba la hoja de su oponente.

Stephen sentía que empezaba a invadirlo la fatiga; sabía que, si no lograba hacer valer su mayor experiencia, prevalecería la juventud. Hugo todavía respiraba con facilidad, aunque su frente estaba perlada de sudor pese al frío húmedo que reinaba en la cripta. A Stephen le palpitaba en exceso el corazón y sentía que el brazo que empuñaba la espada era una extensión de su cuerpo convertido en pudo dolor. La luz titilaba ante sus ojos; él parpadeó para aclararse la vista. Hugo bailoteaba y giraba frente a él; en ese momento tuvo la impresión de que había perdido el ímpetu, retrocediendo hacia la pared. Le pareció que Hugo estaba más cerca, mucho más, al punto de que sus intensos ojos verdes, desbordantes de odio y de mortal decisión, perforaban el cuerpo de Stephen con tanta certeza como pronto lo haría su espada... aunque, tal vez, todo fuera una ilusión óptica creada por la luz.

Y entonces, sucedió: una embestida en cuarta alta. Él no pudo reunirla fuerza suficiente para levantar su espada y desviarla, y sintió cómo el acero penetraba fácilmente en su cuerpo.

Hugo Lattimer retiró su espada del cuerpo yacente de Stephen Gresham. La sangre goteó en el suelo. El herido miraba sin ver las caras que le rodeaban. Vio que Elizabeth se tambaleaba ante él, y tuvo que presenciar, impotente, cómo ella caía al suelo, desmayada. Y

los hombres que media hora atrás, borrachos, habían participado de la deshonra de la mujer, ahora apartaban la vista, con discreción, de la inerte figura.

De repente, Jasper Gresham se puso en movimiento con un obsceno juramente escapando de sus labios. Se arrodilló junto al cuerpo de su padre y le arrancó la camisa del pecho, donde brotaba la sangre a borbotones. La estocada había sido en el corazón. Por un segundo, Jasper recorrió con su dedo el extraño dibujo tatuado en la piel de su padre, encima del corazón: una diminuta serpiente enroscada. Levantó la vista hacia Hugo y sus miradas se encontraron. Entre ambos pasó un mensaje, no por silencioso menos claro. De algún modo, en algún lugar, Jasper Gresham vengaría la muerte de su padre.

Y no tenía importancia que hubiese sido una muerte en duelo, ni que el duelo se hubiese llevado a cabo respetando los ritos y ceremonias en uso. No importaba, tampoco, que Stephen Gresham ya hubiese combatido en diez batallas como esa... todas a muerte. Lo único que importaba a Jasper Gresham era que el joven Hugo Lattimer, de veinte años, hubiese derrotado a su padre y que él vengaría tamaña humillación.

Hugo se volvió. Elizabeth se agitó y gimió. Él ya no pudo seguir conteniéndose, y, cuando se inclinó para levantarla, ella se apartó de él y extendió un brazo para mantenerlo alejado. Aún se veía en su mejilla el rastro de un hematoma, obsequio de la mano de su esposo. La mirada de la mujer era vacua, y a Hugo le pareció que ese cuerpo frágil había perdido cierta energía esencial. Siempre había sido una mujer frágil, una etérea criatura del aire y del agua. Ahora, a los veintidós años, daba la impresión de haber perdido toda sustancia. La voluntad que había poseído y que le había permitido soportar los golpes que el destino le había deparado, la había abandonado. Cuando la levantó con toda delicadeza, haciendo caso omiso del rechazo de la mujer, Hugo la sintió desarticulada, como sin peso. Rozó suavemente con las yemas de los dedos los párpados de ella, a modo de despedida. Aunque ella lo llamara, él jamás volvería a verla.

Hugo salió de la húmeda cripta que hedía a corrupción, sangre y muerte, subiendo los peldaños y encontrándose, al salir, con el gélido aire invernal de los sombríos páramos de Lancashire. Las lúgubres ruinas de la abadía de Shipton se erguían contra un cielo invernal tan nítido y claro como el cristal. El aire le mordió los pulmones, pero él lo inhaló a grandes bocanadas. Durante dos años, había participado en los juegos de ese profundo mundo oscuro y vicioso. Le había dejado su marca en la piel –la marca del Edén- y le había dejado una maldición en el alma.

Capítulo 1

AGOSTO DE 1819

Ya había avanzado la mañana cuando el fatigado caballo percibió, por fin, el olor del hogar, traspuso la entrada de piedra y enfiló por el accidentado sendero que conducía a la casa solariega de Denholm Manor. El animal resopló por la nariz, levantó la cabeza y, cuando la casa blanca y negra, a medias protegida por los árboles, apareció ante su vista, echó a trotar.

El cálido sol iluminaba las ventanas enrejadas y encendía las rejas rojas de la empinada techumbre. La casa tenía un aire de descuido que se manifestaba en el sendero con sus surcos de lodo endurecido invadido de malezas, en los enmarañados arbustos, un triste resto de lo que habían sido en otros tiempos cercos de boj pulcramente recortados.

Hugo Lattimer detuvo su caballo, sin registrar nada de eso. Sólo percibía que le palpitaba la cabeza, tenía la boca reseca y le ardían los ojos. Era incapaz de recordar cómo había pasado las horas transcurridas desde que saliera de su casa la noche anterior: seguramente, en alguna taberna de los arrabales de Manchester, bebiendo uno de esos coñacs que queman las tripas y retozando con alguna ramera, hasta caer sin sentido. Era su modo habitual de pasar las horas nocturnas.

Sin necesidad de recibir indicaciones, el caballo pasó por debajo del arco de entrada que había a un costado de la casa y entró en el patio empedrado. Entonces Hugo notó que en su ausencia había sucedido algo fuera de lo común.

Parpadeó, sacudió la cabeza y observó, perplejo, la silla de postas que descansaba al pie de la escalinata de entrada a la casa. ¿Visitas? ¡Si él jamás recibía visitas! La puerta lateral estaba abierta; esto también era poco usual. ¿En qué diablos estaría pensando Samuel?

Ya abría la boca para gritar llamando a Samuel cuando un perro mestizo salió saltando por el vano de la puerta, ladrando a más no poder, y bajó los peldaños mostrando los dientes, el pelo del cuello erizado, y en una demostración de incongruencia, meneando la cola como si le diese la bienvenida.

El caballo relinchó asustado y resbaló de costado por las piedras. Hugo lanzó una maldición y lo sofrenó. El perro desconocido saltaba alrededor del caballo y jinete, ladraba y movía la cola como si estuviese saludando a dos amigos que hacía mucho no veía.

-¡Samuel! –vociferó Hugo, saltando de su montura y haciendo una mueca cuando el violento movimiento le provocó un agudo dolor en la cabeza. Se puso en cuclillas, acercó su cabeza al bullicioso perro y le gritó-: ¡Silencio! –en un tono tan bajo y feroz que le animal retrocedió, meneando la cola, desconcertado, y dejando colgar fuera de su boca una lengua muy larga y babosa.

Samuel no aparecía; lanzando un juramento por lo bajo, Hugo ató las riendas, dio al caballo una palmada en la grupa, señal conocida para que se fuera hacia el establo, y subió los peldaños de la escalinata lateral de dos en dos, con el perro pegado a sus talones y en bendito silencio... por le momento. Hugo se detuvo en el gran vestíbulo, con la fantasmal sensación de que ésa no era su casa.

Un haz de luz entraba por la puerta abierta al otro lado de las embarradas losas; las motas de polvo bailoteaban en los rayos que entraban por las ventanas enrejadas; una gruesa capa de polvo cubría el aparador de roble apoyado contra la pared y la maciza mesa Tudor, de la misma madera. Todo eso estaba como siempre. Pero el centro del recinto estaba lleno de baúles, cajas y artículos varios que, en un principio, Hugo no logró identificar. Tras unos instantes, bajo su mirada incrédula, uno de esos objetos se definió como la jaula con un papagayo. Después de haberlo examinado mejor descubrió que tenía una sola pata. Ladeaba la cabeza y lanzaba una retahíla de los más obscenos insultos que Hugo jamás había oído en sus diez años de servicio en la Armada de Su Majestad.

Desconcertado, giró lentamente. Sin querer, pisó el rabo del perro y éste ladró, quejumbroso, y luego la extendió en peludo abanico sobre las losas.

-¡Fuera! –ordenó, aunque sin mucha esperanza de ser obedecido.

El perro pareció sonreír, resolló y se quedó donde estaba.

El siguiente objeto en el cual Hugo posó la vista fue una sombrerera, o mejor dicho, la mitad inferior de la sombrerera cuya tapa había caído a un lado. En la caja no había sombreros. Lo que sí había, y que él contempló estupefacto, era una gata de pelaje carey, cuyo vientre distendido se contraía y expandía rítmicamente. Bajo su mirada atónica, el animal dio

a luz a lo que se parecía un pequeño objeto brillante al que, de inmediato, dedicó su atención práctica y eficiente. Ciego, el recién nacido buscó y encontró la panza de su madre y la cargada mama, y la gata de carey volvió a concentrarse en la tarea de parir.

-Ah, veo que ha regresado, sir Hugo. Le digo que alegra verlo. Han sucedido cosas que yo jamás había visto.

Un sujeto robusto, de pelo entrecano, vestido con pantalones de cuero, botas y chaleco y dos grandes aretes de oro, interrumpió a Hugo en su fascinada contemplación de la gata en parto.

-¿Qué diablos está sucediendo, Samuel? –preguntó-. ¿Qué es esto? –insistió, apuntando con su dedo a la sombrerera.

-Yo diría que ya ha comenzado a dar a luz –comentó Samuel, con inútil obviedad, espiando el contenido de la caja-. Ella fue la que eligió la sombrerera y, como estaba tan cerca del momento, la señorita dijo que sería mejor dejarla allí.

-Creo que estoy perdiendo el juicio –declaró Hugo, en tono ecuánime-. O tal vez sea que aún estoy sufriendo los efectos de la borrachera en un prostíbulo y ésta es una odiosa pesadilla.

"¿De qué demonios estás hablando, Samuel? ¿Qué señorita?", pensó el dueño de la casa.

-Ah, veo que ha vuelto, cuánto me alegro. Ahora, la señorita Anstey podrá continuar viaje.

Era una voz baja, musical, con un matiz muy atrayente. Hugo levantó lentamente la cabeza y extendió la mirada más allá del caos reinante en el vestíbulo y la enfocó en la puerta del refectorio. La dueña de la voz atrayente sonreía, con una expresión de completa despreocupación.

Los años desaparecieron y él tuvo la sensación de que todo giraba a su alrededor. Era Elizabeth, tal como había sido dieciséis años atrás, el día que él la había visto por primera vez. Era Elizabeth... y, sin embargo, no lo era. Cerró los ojos, se masajeó las sienes, y luego volvió a abrirlos: la visión todavía estaba de pie en el vano de la puerta, y seguía sonriendo, confiada.

-¿Y quién es usted, si me permite preguntarlo? –Preguntó, con voz que sonaba áspera y cascada.

-Chloe.

Información suministrada como quien menciona algo harto evidente. Ya del todo confundido, Hugo sacudió la cabeza.

-Perdóneme, pero sigo sin entender.

En los ojos de la muchacha apareció una expresión preocupada y se crispó su frente.

Chloe Gresham –dijo, ladeando la cabeza como si así pudiera evaluar mejor la reacción de él a esta nueva información.

-Jesús, María y José –musitó Hugo.

Debía de ser la hija de Elizabeth. No estaba seguro de haber sabido, alguna vez, su nombre. La noche del duela, la niña tenía tres años.

-Ellas le enviaron una carta en la que le decían que me esperase –aclaró la muchacha con cierta nota de incertidumbre- ¿La recibió?

-¿Quiénes son "ellas"?

Hugo carraspeó e hizo un esfuerzo por ordenar sus caóticos pensamientos.

-Las señoritas Trent, sir Hugo –intervino otra voz.

Entonces, él vio otra silueta detrás de la visión que era y no era Elizabeth. Una pequeña dama, con aire de timidez, se adelantó:

Del Seminario Trent para Jóvenes Damas de Bolton, sir Hugo. El mes pasado, le escribieron para que esperase a Chloe.

Acompañó su aclaración con espasmódicas afirmaciones de cabeza, retorciendo sus manos metidas en unos mitones; Hugo trató de contener su creciente ira, luchando contra su perplejidad y su terrible dolor de cabeza.

-Usted tiene una ventaja sobre mí, señora. Creo que no hemos sido presentados.

-Ella es la señorita Amstey –afirmó Chloe-. Está en viaje a Londres para ocupar su puesto, y las señoritas Trent pensaron que, de paso, podría acompañarme aquí. Ahora, ella lo ha visto y sabe que no es usted un invento de...

-¿Un qué?

-Un invento de mi imaginación –concluyó ella, alegre-. Cuando llegamos y vimos que no había nadie, pensamos que, tal vez, lo fuera. Pero como no lo es, la señorita Anstey puede continuar su viaje, pues yo sé que está impaciente por hacerlo, ya que están esperándola para que se haga cargo de su tarea dentro de una semana, y hay un largo trayecto entre Manchester y Londres.

Hugo estaba escuchando este discurso precipitado y lúcido a la vez, y se preguntaba, con cierta desesperación, si esta muchacha siempre hablaría tanto y tan rápido y, al mismo tiempo, se le ocurrió que podría pasarse un tiempo indefinido escuchando esa voz.

-Vamos, Chloe, tú sabes que no podrá partir hasta no saber que sir Hugo está de acuerdo con todo –dijo la señorita Anstey, vacilante, ejecutando cabeceos aún más violentos-. Oh, líbreme Dios, no. Las señoritas Trent jamás me lo perdonarían.

-Oh, no, en absoluto –declaró la aplomada señorita Gresham-. Como puede ver, él está aquí en carne y hueso, de modo que puede usted marcharse con la conciencia tranquila.

Hugo tuvo la sensación de que la muchacha no iba a demorar en poner sus pequeñas manos sobre los hombros de la gobernanta y que iba a empujarla fuera, hacia la silla de postas. No cabía duda acerca de quién era la que mandaba allí.

-¿Podría saber por qué debe quedarse? –inquirió él-. Sin duda, es un honor pero, así y todo, me desconcierta.

-Debe de estar bromeando –dijo Chloe, aunque volvía a resonar la incertidumbre en su voz-. Usted es mi tutor y las señoritas Trent me enviaron con usted cuando llegaron a la conclusión de que yo... –se interrumpió, mordiéndose el labio inferior-. Bueno, yo no sé qué le han dicho en la carta, aunque estoy segura de que se trata de una sarta de mentiras.

-Oh, querida Chloe, no deberías decirlo –dijo la señorita Anstey, meneado nuevamente la cabeza-. Qué descortés eres, muchacha.

Hugo se mesó los cabellos: se intensificaba su sensación de estar viviendo un sueño anárquico.

-No sé de qué diablos estás hablando –dijo, al fin-. La última ocasión que supe algo de ti eras una niña de tres años.

-Pero, los abogados deben de haberle hablado acerca del testamento de mamá... que ella lo nombró mi tutor...

-¿Elizabeth ha muerto? –la interrumpió él de súbito, mientras el corazón le daba un vuelco.

La niña asintió.

Hace tres meses. Como yo sólo la he visto una o dos veces por año, no podría decir que la echo tanto de menos como debería.

Hugo se dio la vuelta, sintiéndose desbordado por una honda congoja. En ese momento, comprendía que había conservado, siempre, una diminuta llama de esperanza de que ella lo dejaría entrar de nuevo en su vida.

Caminó hasta la puerta principal y permaneció mirando sin ver la luminosidad de la mañana y tratando de ordenar sus ideas. ¿Sería esta insólita visita la explicación de la extraña nota que había recibido el año anterior? Le había sido entregada en mano por un mensajero proveniente de la casa de viuda de Elizabeth, en Shipton, donde ella había vivido a partir de la

muerte de su marido. Con una escritura, casi ilegible, ella le decía que estaba segura de que él cumpliría su antigua promesa de servirla en cualquier cosa que necesitara, cuándo y dónde ella lo necesitara. No había explicación alguna, ni palabras de amistad ni indicio de que fuese la apertura que él había estado esperando durante todos esos años. Él estaba convencido de que, incluso, la tenue firma se le había ocurrido a último momento, pues observó que daba la impresión de desaparecer por el borde de la página.

Esa nota lo había llenado de tanta rabia y de tanta nostalgia que la había roto y había intentado olvidarla. Desde el final de la guerra, cuando él había dejado la Armada, vivían a menos de doce kilómetros entre sí, pero ella no había hecho el menor intento por ponerse en contacto con él, y a él el honor lo obligaba a respetar sus deseos por prolongado que fuese el tiempo transcurrido. Y, entonces, sólo una nota garrapateada... un pedido. Y ahora, esto.

Regresó al vestíbulo. El perro se había acercado a Chloe y estaba sentado a sus pies, contemplándola con adoración.

-No me extrañaría que las caras estuviesen en la biblioteca -comentó Samuel, observándose las uñas- Junto con las otras que aún no ha abierto. Yo siempre dije que llegaría el día en que habría en ellas algo importante.

Hugo miró con hostilidad al hombre que había sido su compañía y su criado desde que él se había hecho a la mar, siendo un muchacho de veinte años. Como de costumbre, Samuel tenía razón. El palpitar de su cabeza se hizo más intenso. Hugo fue consciente de que no podría ocuparse de este asunto ni un segundo más.

-Saca a este perro de la casa –ordenó, al tiempo que avanzaba a zancadas hacia la escalera-. Y pon a esa maldita gata, con su cría, en el establo, que es donde deben estar... y cubre a ese papagayo –añadió con brutalidad, al oír que el ave exponía otro ejemplo de su dudoso vocabulario.

-¡Oh, no! –exclamó Chloe-. Dante vive en el interior...

Hugo giró, con cautela, la cabeza en dirección a ella:

-¿Dante? –preguntó, sin poder creerlo-. ¿Ese perro se llama Dante?

-Sí, porque ha salido de un infierno –explicó ella-. Yo lo rescaté de un incendio cuando él no era más que un cachorrillo. Unos insensibles lo habían atado y estaban encendiendo fuego a su alrededor. Había pensado en bautizarlo Juana de Arco –agregó, con aire reflexivo-, hasta que vi que era macho.

-Creo que no quiero oír nada más –dijo Hugo-. Mejor dicho, sé que no quiero oír nada más –pronunció con gran claridad-: Como aún no me había acostado, iré arriba y tal vez diga mis oraciones por primera vez desde que era pequeño. Y, cuando me despierte, confío en que mis plegarias habrán sido atendidas, y que me encontraré con que todo esto... –hizo un además que abarcaba toda la escena el vestíbulo-... habrá resultado ser el aborrecible invento de una imaginación perturbada.

El papagayo cloqueó, en una torpe imitación de un borracho histérico.

-¡Quitad de aquí este zoológico!

Con la esperanza de que su orden hubiese sonado decisiva, sir Hugo Lattimer fue a recluirse en el ámbito de su habitación, a salvo de la locura, mientras oía a sus espaldas los atropellados gemidos de la señorita Anstey.

Él padecía de insomnio crónico, pero podía arreglárselas con breves siestas. Diez años de guardias nocturnas habían convertido su propio tendencia en un hábito inmutable, cosa que él agradecía puesto que las pesadillas lo torturaban cuando dormía por la noche pero eran menos frecuentes en sus breves siestas diurnas.

Dejó caer la ropa en un descuidado montó sobre el suelo, se arrastró hasta la ama y cerró los ojos, aliviado. La ausencia de luz ayudó a disminuir el palpitar de sus sienes. No podía empezar a pensar, , siquiera, en Elizabeth y en su hija, tan parecida a ella, y al mismo

tiempo tan diferente. Debía haber algún error. La muchacha tenía que estar en Shipton, con los Gresham.

De repente, el rostro brutal de Jasper Gresham apareció en su visión interna y se desveló por completo. Jasper era digno hijo de su padre... de Stephen. No era un individuo apto para hacerse cargo de una muchacha. ¿Sería eso lo que Elizabeth había estado tratando de evitar? Y, aun sí, ¿qué clase de locura la habría llevado a pensar que el asesino del padre sería un buen tutor para la hija? Un solitario que buscaba el alivio al pasado en la bebida y en los tugurios de la ciudad.

Lanzó un gemido y se volvió. Desde la ventana abierta llegó el ruido de las ruedas sobre los adoquines del patio. Latió en él la esperanza de que en la silla de postas hubiese dos pasajeras y un zoológico, y que cuando él despertase, esa locura habría terminado. Pero tuvo la premonición de que estaba a punto de operarse un profundo cambio en su vida.

Capitulo 2

En la planta baja, Chloe, de pie sobre la escalinata, despedía con la mano la silla de postas en que se llevaba a la señorita Anstey. La pobre se había sentido tironeada entre lo que ella consideraba su deber hacia Chloe y su indiscutible deber con respecto a sus nuevos patrones. Pero, lo que ella consideraba su deber, no había resistido la animada confianza con que la muchacha disipó sus temores y, por fin, se había dejado persuadir de subir al coche, enjugándose los ojos y lanzando una lluvia de bendiciones sobre la querida niña a quien ella misma estaba abandonando. Lamentaba el dudoso estado de la casa, el hecho de que sir Hugo y su criado fuesen unos desconocidos y la sospechosa ausencia de un ama de llaves o de una lady Lattimer. Lo último que oyó Chloe fue:

-Oh, querida, tal vez yo no debería dejarte así... ¿qué dirán las señoritas Trent?... y, por otra parte, ¿qué diría lady Colshot?... le daría tan mala impresión si llegase tarde..., oh, querida...

Chloe cerró con firmeza la portezuela del vehículo poniendo, de este modo, punto final a la vacilación de la mujer y se despidió. El cochero hizo restallar su látigo y el vehículo, con su pasajera todavía indecisa y gimiente, dejó Denholm Manor.

Pensativa, Chloe regresó a la casa. Al parecer, no existía ninguna lady Lattimer aunque en el seminario habían dado por cierto que la había. Chloe jamás había oído mencionar a sir Hugo Lattimer hasta que se hubo leído el testamento de su madre. No tenía idea del motivo que había impulsado a su madre a elegirlo a él pero, a fin de cuentas, tampoco sabía casi nada acerca de su madre pues sólo había pasado con Elizabeth unos pocos días cada año, desde que ella tenía seis. Lo único que sabía, en ese momento, era que el presente cambió de sus circunstancias de vida sólo podía ser para su bien.

Se arrodilló junto a la sombrerera. Aparentemente, el parto de la gata había terminado y Chloe contó seis húmedos gatitos que se agitaban junto a su barriga. Era raro, pero resultaban repelentes, pensó, distraída, acariciando la cabeza de la gata; más semenjantes a crías de rata que a los subyugantes animalillos en que pronto se convertirían.

-Sería conveniente que los lleve al establo antes de que sir Hugo baje.

La voz áspera de Samuel llegó a Chloe desde atrás; ella se puso de pie y se sacudió el polvo de la falda.

-No creo que convenga sacarla afuera todavía. Podría suceder que se sintiera amenazada y los abandonase.

Samuel se alzó de hombros.

-No se podría decir que sir Hugo sea amante de los animales... salvo de los caballos, claro.

-¿No le gustan los perros?

Chloe acarició la maciza cabeza de Dante, apretándola contra su rodilla.

-Nunca le gustó que estuviesen dentro de la casa –informó Samuel-. Con los perros de caza no tiene problemas, pero su sitio está en las perreras.

-Dante duerme conmigo –afirmó Chloe-. Hasta las señoritas Trent aceptaban eso. De lo contrario, él aúlla por la noche.

Samuel volvió a alzarse de hombros.

-Será mejor que vuelva a mi cocina. Cuando sir Hugo se despierte, querrá su desayuno.

-¿No tienen cocinera?

Chloe lo siguió cuando él salió del vestíbulo, recorrió un largo pasillo y fue hasta la cocina, que estaba en el fondo de la casa.

-¿Quién la necesitaría, estando nosotros dos solos?

Chloe observó la cocina, con su gran hogar y su esperón, la mesa maciza, el despliegue de cacharros de cobre.

-¿Sólo usted y sir Hugo viven en esta casa?

Por extraño que pareciera, uno podía acostumbrarse a cualquier cosa.

-Así es.

Samuel cascó los huevos y los echó en un tazón.

-Oh –Chloe se puso ceñuda y se mordió el labio-. Bueno, quizá pueda usted indicarme cuál es mi dormitorio. De ese modo, yo podría sacar algunas de mis cosas del vestíbulo.

Samuel interrumpió el batido de huevos y le lanzó una mirada asombrada.

-¿Usted piensa que va a quedarse?

-Desde luego –respondió Chloe, en un nuevo arranque de confianza-. No tengo adonde ir.

Samuel refunfuñó:

-Hay dieciséis habitaciones: puede elegir.

-¡Dieciséis!

Él asintió y echó una pizca de sal en el batido.

Chloe permaneció vacilante unos minutos pero, cuando se convenció de que ese hombre no hablaría nada más, salió de la cocina. Hasta entonces, los acontecimientos de su vida no le habían dado motivos para esperar cálidos recibimientos ni relaciones demasiado amistosas, por eso no la preocupó lo insólito de su presente situación. Era una persona práctica y aceptaba que, como siempre, en ese momento a ella le tocaba sacar el mejor partido posible de las cosas y mejorarlas tanto como pudiese. Todo... cualquier cosa era mejor que el Seminario Trent para Jóvenes Damas de Bolton, donde había estado encerrada los últimos diez años.

Lo más importante era asegurarse de no volver allí. Con ese propósito, fue en busca de la biblioteca donde, según sugerencia de Samuel, ella podría hallar sus credenciales.

La biblioteca estaba tan desordenada y polvorienta como el resto de la casa. Dante se dedicó a olfatear los rincones, sacudiendo vigorosamente la cola mientras hurgaba y rascaba el zócalo. Chloe supuso que debía de oler ratones, y se acercó a la mesa donde había una pila de cartas. Pese a lo luminoso de la mañana, la habitación estaba en penumbras. La luz del día se filtraba a través de las sucias ventanas de cristales romboidales, y las macizas vigas de

roble y los paneles de madera que revestían las paredes contribuían a la falta de claridad. Buscó yesca y pedernal para encender una de las velas que había sobre la mesa pero no pudo hallarlos, y se conformó con tomar la pila de papeles y llevarlos consigo hasta la ventana.

¿Qué clase de hombre era éste, que no abría sus cartas? Al repasarlas, vio que algunas de ellas tenían seis meses de antigüedad. Quizás, él se limitara a leer su correspondencia el día de Año Nuevo o, tal vez, en esa ocasión se deshiciera de las que no había leído el año anterior.

Encontró un sobre con el sello de los abogados de Manchester que le habían escrito a ella informándole de las condiciones del legado de su madre: las que la habían llevado donde estaba ahora. Se metió la carta en el bolsillo y siguió revisando las demás. Reconoció la letra fina, como de patas de araña, de la señorita Anne Trent y también se guardó ese sobre. Tenía una idea bastante aproximada de su contenido. No debía de ser halagador, y resolvió que, más tarde, decidiría si entregaría o no este documento a su nuevo tutor.

Con las cartas en el bolsillo, se dispuso a explorar el resto de la casa. Dante abandonó, con cierta renuencia, su cacería de ratones y la siguió por una gran escalera tallada. Del gran rellano al comienzo de la escalera partían varios corredores. La casa era una madriguera de pasillos oscuros, tapices desteñidos que colgaban de los muros revestidos de madera, montículos de polvo en los rincones y un olor a encierro y a moho que, en opinión de Chloe, se debía a la presencia de ratones. Y, a juzgar por las precipitadas carreras y las fervorosas persecuciones, Dante estaba de acuerdo con ella.

Abrió las puertas que daban a dormitorios abandonados en los que vio pesados muebles tallados y camas de postes, con doseles y baldaquinos deshilachados que, en algunos casos, colgaban, desgarrados, de su estructura. No se imaginaba a sí misma durmiendo en una de ellas; por fin, llegó a una habitación en una esquina de la casa, con tres ventanas y un gran hogar. La cama poseía cortinas de cotonía, bastante mugrientas y desteñidas, sí, pero sanas y mucho más claras y agradables que los tapices y los pesados brocados de las otras habitaciones. El polvoriento suelo de madera estaba cubierto por una alfombra isabelina bordada. Desde las tres ventanas se divisaban unas vistas preciosas: el páramo, de un costado y el valle, desde el otro.

Abrió de par en par las ventanas para dejar entrar el aire y la luz, en la habitación. Dante se echó ante el hogar vacío con un gran suspiro: ésa fue su manera de dar por aprobada la elección. Lo primero que había que hacer, pensó Chloe, era instalar aquí a la gata con sus crías, de modo que desapareciera cualquier posterior amenaza de mandarla a los establos. Si no estaban a la vista, tal vez el dueño de la casa se olvidara de ellos. El papagayo también.

Quince minutos después, la jaula del papagayo estaba depositada en el alféizar de la ventana y la sombrerera con la gata y gatitos en el interior de un armario fresco y oscuro. Luego, Chloe salió de la habitación y cerró la puerta con gesto decidido, dejando dentro a Dante, que ladró, frenético, durante unos minutos, mientras ella se alejaba.

Al final de otro corredor Cloe encontró unas puertas dobles. Notó que los tirantes de bronce no estaban tan deslucidos como los suyos y tuvo la súbita certeza de que ese cuarto estaba habitado. Debían de ser los aposentos de ser Hugo. Curiosa incurable, no se detuvo a pensar sino que alzó suavemente el pestillo y abrió la puerta, rogando que no chirriara.

Se quedó inmóvil y silenciosa en el umbral y observó la habitación. Era la más grande de las que había visto y sus muebles eran tan macizos como los otros. La cama era enorme, con pilares tallados en extrañas formas de animales, y su dosel y su baldaquino eran de brocado dorado y bordado. Pero en el presente estaba destartalado y sólo era una sombra de su antigua gloria. Las cortinas que rodeaban la cama estaban descorridas y el durmiente no se movió cuando ella dio un paso vacilante hacia el interior. Las ventanas estaban abiertas y por ellas entraba el silbido de alguien que debía estar en el patio, abajo. Era de suponer que se tratara de un caballerizo o mozo de cuadra, a pesar de que no hubiese criados en la casa.

Echó otra mirada a la cama. Sobre la mejilla vuelta hacia la almohada caía una espesa cabellera castaña; un hombro y un brazo estaban extendidos sobre la sábana, cruzados sobre el cuerpo del hombre. Chloe contempló, fascinada, la musculosa carne desnuda. La piel estaba intensamente bronceada, el vello de los brazos, descolorido por el sol. Le dio la impresión de que, bajo la fina sábana, había un cuerpo macizo y fuerte. Cuando lo vio en el vestíbulo, sólo había observado su altura y su ancho de manera periférica pues tenía otras cosas de qué ocuparse. Pero ese hombre, a cuyo argo estaría durante los siguientes cuatro años, la impresionaba ahora como una fuerza de cierta magnitud, aún así, dormido e inerte.

Esa fuerza era como un imán que la atraía hacia el interior del cuarto. Se acercó a la cama y, de pronto, el mundo se puso patas arriba.

Hacía un instante, ella estaba de pie y, al siguiente, estaba atravesada sobre la cama con su cara hundida en el cobertor, uno de sus brazos dolorosamente atrapado detrás de la espalda, sintiendo los músculos sobresalientes de los muslos de él bajo su barriga. Agitó las piernas y sintió que tironeaban de su brazo hacia arriba, haciéndole saltar las lágrimas. Reaccionó quedándose quieta, y la presión disminuyó un poco.

-Pequeña serpiente entremetida –siseó una voz furiosa sobre su cabeza-. ¿Qué diablos es esto de andar curioseando y espiando en mi habitación?¿Qué estabas buscando?

Otro tirón en el brazo subrayó la pregunta, y Chloe tuvo que contener un grito de dolor.

-No estaba buscando nada –hizo esfuerzos por girar la cabeza, para sacarla de entre la ropa de cama, que la ahogaba-. Por favor... está haciéndome daño –una vez más, aflojó, apenas, la presión-. No estaba buscando nada –repitió, con su voz cargada de lágrimas de susto-. Estaba curioseando, simplemente... curioseando

Hubo un corto silencio durante el cual la posición de Chloe siguió siendo la misma. Sin soltarle la muñeca, Hugo percibió la sensación del cuerpo de ella cruzado sobre sus muslos. Ella era tan liviana... como había sido su madre. Cruzó por su cabeza la pena, breve pero amarga.

-Interesante diferencia –dijo él al cabo de un instante-. ¿Y por qué estabas curioseando?

Ese cuerpo de delicada estructura cambió de posición sobre él; con un desagradable sobresalto, Hugo comprobó que su cercanía estaba ejerciendo un efecto inesperado en él. Apretó más la muñeca.

-¿Y bien?

-Quería ver... todo... la casa... Quería explorar, ver dónde estaban las cosas. Y he encontrado las cartas del abogado y la de las señoritas Trent –recordó que todavía no había decidido que iba a hacer con el último de esos documentos, pero ya era tarde-. Iba a dárselas a usted... Por favor, suélteme.

-No creo que sea necesario entregármelas mientras estoy durmiendo –observó él, pensando por qué esa simple explicación iba a sonar convincente. Le soltó la muñeca-. Puedes levantarte.

Ella se incorporó y él se quedó sin el leve peso de su cuerpo y el perfume de su pelo y de su cuerpo. Sólo entonces, cuando la delicada fragancia lo abandonó, él tomó conciencia de que la había percibido: pétalos de rosa y lavanda, pensó, con leve toque a miel de trébol.

-Retrocede; así podré observarte.

Chloe lo hizo, mientras lo miraba con recelo, frotándose el brazo dolorido. Estaba habituada a los recibimientos fríos, pero esta experiencia había sido sencillamente desagradable.

Hugo se incorporó un poco más sobre las almohadas y notó que el dolor de cabeza había desaparecido y que se sentía tan bien como siempre, cuando la resaca había pasado... hasta la siguiente mañana posterior a la juerga. Echó un vistazo al reloj y vio que había dormido una hora y media. NO se podía decir que había sido una larga noche, pero tendría

que arreglárselas. Volvió a concentrar su atención en la niña y, por primera vez, la vio con claridad observando las semejanzas con su madre.

Se sintió sacudido al ver que Chloe Gresham era asombrosamente bella. Él siempre había considerado hermosa a Elizabeth, y su hija tenía todos los rasgos de esa belleza pero, mientras que Elizabeth había tenido leves defectos, la hija era la perfección encarnada. La boca de Elizabeth había sido un poco pequeña, sus ojos, quizás, un poco juntos, su nariz un poco larga. Ningún defecto de esos que suelen notarse, a menos que se la comparase con la perfección.

El pelo rubio de la muchacha estaba apartado de la frente y colgaba en dos gruesas trenzas en la espalda. El objetivo era amortiguar el brillo de su pelo y poner de relieve los planos y sombras de su rostro. Y, sin embargo, no lograba reducir la impresión general de belleza sin par.

Su cuerpo estaba metido dentro de un apagado vestido recto de sarga castaña, típico de las escolares, que la ceñía donde no debía y colgaba suelto, donde no debía. Hugo pensó que era una prenda hábilmente diseñada con la intención de disimular su feminidad. Y, con todo, no había conseguido enmascarar la delicada, la frágil perfección del cuerpo menudo y bien proporcionado de Chloe. Su propio cuerpo reclamó atención pero él intentó ignorarlo.

-Suéltate el pelo.

La brusca orden la sobresaltó pero obedeció y desató las cintas que sujetaban sus trenzas y soltó el pelo usando los dedos a modo de peine. El efecto final fue asombroso. Como una masa de oro, se volcó, grueso y radiante, cayendo liso por la espalda, destacando el intenso azul de los ojos y el resplandor como de albaricoque del cutis.

-Dios mío –murmuró él para sí, y luego comentó-: Ese vestido es espantoso.

-Oh, ya lo sé –respondió ella, alegre-. Además tengo una decena, por lo menos, iguales a éste. Pienso que los hacen así por esa cuestión de las malezas.

-¿Qué?

-¿O serán los sacos? –reflexionó ella-. Como sea, lo dice la Biblia... “tú no deberás ocultar tu luz tras ellas” –arqueó las cejas-. Tiene más sentido hablar de los sacos, ¿no?

Hugo se frotó las sienes, con temor de que volviera su dolor de cabeza.

-Sé que voy a parecerte muy obtuso, muchacha, pero me temo que me has confundido.

-Estos vestidos están destinados a ocultar mi luz –explicó ella-. Son para ocultarla del cura, del sobrino de la señorita Trent y del hijo del carnicero.

-Ah –dijo él-, ahora empiezo a entender.

Se reclinó en las almohadas y la contempló por debajo de los párpados entornados. Debían de ser escasos los muchachos inexpertos que no percibieran esa radiación. Y, por cierto, un tutor prudente intentaría amortiguarla cada vez que ella estuviese en la compañía inadecuada.

Chloe seguía de pie junto a la cama y retribuía el examen de él con el que ella hacía. La sábana había bajado hasta la cintura del hombre y la mirada fascinada de la muchacha estaba clavada en el pequeño dibujo tatuado en la piel bronceada encima del corazón. Parecía ser una serpiente enroscada. Hasta el momento, jamás había visto a un hombre sin camisa y no hizo el menor intento por disimular su interés. En la parte superior del cuerpo del hombre no había un gramo de carne de más, su cuello era como una poderosa columna que sostenía una cabeza leonina con mentón sobresaliente. El pelo castaño era largo y caía sobre una frente ancha. De sus intensos ojos verdes, protegidos por tupidas cejas, partían unas finas líneas. En reposo, su boca era llena y generosa, pero, en ese momento, estaba apretada, supuesto indicio de su concentración. Inquieta, a Chloe se le ocurrió que sus pensamientos no debían de ser muy gratos.

Ella metió una mano en su bolsillo y las cartas crujieron entre sus dedos.

-¿Querría leer la carta de los abogados?- preguntó, vacilante.

-Supongo que sería conveniente –respondió él, suspirando-, ¿a dónde ha ido su tímida acompañante?

-A Londres.

-Y te dejó aquí.

Expresó en palabras lo que era evidente, acompañando la frase con un pesado suspiro de resignación. De algún modo tendría que desenredar este embrollo; eso le exigiría una cantidad de energía mucho mayor de la que estaba dispuesto a emplear.

La carta del abogado Scranton contenía una copia del testamento. Lady Elizabeth Gresham nombraba único tutor de su hija Chloe a sir Hugo Lattimer. Él debería hacerse cargo de la administración de su fortuna, unas ochenta mil libras, hasta que ella se casara.

Ochenta mil libras. Silbó quedamente. Stephen se había casado con Elizabeth por su fortuna: eso no era un secreto para nadie. Era de suponer que, a su muerte, habían pasado a ella. A él no le habían bastado cuatro años para liquidarla y, después de su muerte, los Gresgam habían puesto sus manos en ella Eso era muy interesante. Hugo estaba dispuesto a apostar a que Jasper se las habría ingeniado para meter sus narices en los asuntos de su joven e indefensa madrastra.

Frunció el ceño y recordó algo que la muchacha había dicho antes, acerca de que no lamentaba la pérdida de su madre.

-¿Qué quisiste decir cuando dijiste que sólo habías visto a tu madre unos pocos días cada año?

-Ella no quería ver a nadie –respondió-. Yo fui al seminario de las señoritas Trent cuando tenía seis años. Iba a casa para Navidad; me quedaba una semana. Mamá nunca quería salir de su habitación –se mordió el labio-. Creo que estaba enferma. El doctor le daba algo de beber que la hacía dormir. A menudo, no podía recordar las cosas... a las personas... no sé qué era.

En ese momento, ella se volvió de lado, imaginando a su madre como era poco antes de morir, en ese cuarto que olía a cosas extrañas y desagradables, donde jamás se abrían las ventanas y se mantenía el fuego encendido aun en los días más calurosos del año. Una mujer de finos y descuidados cabellos blancos, de ojos descoloridos en los que, a veces, se reflejaba un loco pavor. Ella tragaba el remedio que le daba el médico y el terror se diluía, para ser reemplazado por el aturdimiento. Ella nunca había hablado con su hija. Claro que, de vez en cuando, intercambiaban informaciones sueltas, pero jamás habían conversado, realmente. Nunca se habían conocido mutuamente.

Hugo contempló la espalda de la muchacha, vio la rigidez que había envarado sus hombros, captó el matiz de su voz que, hasta ese momento, había sido vivaz y alegre, y la compasión lo conmovió.

-¿Por qué te alejó siendo tan pequeña? –preguntó con suavidad.

-No lo sé –Chloe se alzó de hombros y se volvió otra vez hacia la habitación-. Supongo que sería porque estaba enferma. El seminario era más bien un orfanato. Había otras niñas cuyos padres estaban en el extranjero o habían muerto.

Se encogió nuevamente de hombros.

¿Y dónde había estado Jasper, a todo esto? ¿No había intervenido en el futuro de su pequeña medio hermana?

-¿Y qué me dices de tu hermano?

-¿Jasper? ¿Lo conoces? Supongo que sí, puesto que conoces a mamá –frunció el entrecejo, sin notar que había pasado a un tratamiento más familiar-. Él nunca iba a la casa de mi madre. Recuerdo haber ido yo a la casa grande a jugar con Crispin, pero todo eso se acabó cuando yo fui a la escuela. Hace mucho tiempo que no los veo. No estuvieron en el funeral de mi madre.

Hugo recordó que Crispin, el hijastro de Jasper, era cuatro años mayor que Chloe. Después de lo que Jasper y su padre habían hecho a Elizabeth, él comprendía por qué ella se había esforzado por mantener a su hija alejada de la familia Gresham. Sin embargo, no entendía cómo lo había logrado. ¿Qué poder había esgrimido Elizabeth, que estaba recluida, quebrada? ¿Él hubiese podido ayudarla? Si él no hubiese aceptado su decisión ¿podría haberla salvado de su dependencia al láudano, que le había sido inducida por la fuerza tras la muerte de Stephen? Stephen había empleado el opiáceo para controlar a su esposa y el vínculo de Elizabeth con la realidad había sido débil, en el mejor de los casos.

Acudieron a él, otra vez, los violentos recuerdos, las viejas preguntas, el eterno disgusto hacia sí mismo, hasta sintió el olor de la cripta en su nariz; pasó por el ojo de su mente un desfile de mujeres desarregladas, de ojos enloquecidos por la bebida y la excitación. Volvió a sentir su excitación, la vio de nueva reflejada en sus camaradas de juerga. Ésa había sido su vida: la persecución obsesiva del máximo placer sensual. Su vida y la de esos otros, unidos por la sangre y el juramento en torno de un objetivo de disolución que destruía toda decencia. Eso fue hasta que Stephen Gresham y su hijo entraron en el reino del mal absoluto...

Chloe observó su semblante y, en forma instintiva, retrocedió hacia la puerta. Ese rostro era una máscara de ira, tallada e inmóvil. Hasta que Hugo abrió los ojos y ella se estremeció al ver su expresión: eran los ojos angustiados de un hombre que había echado un vistazo al fondo del infierno.

Pero, de súbito, la expresión se había esfumado. Hugo se frotó los ojos con las manos, se pasó las manos por el pelo y lo apartó de su frente.

-Bueno, ¿por qué has dejado a las señoritas Trent?

-Ellas no me querían más allí.

-¿Ah, no?

Hugo arqueó las cejas en gesto de interrogación. A juzgar por el modo en que Chloe removía los pies, la pregunta debía de resultarle incómoda.

Chloe sacó la otra carta del bolsillo.

-Todo fue por el sobrino de la señorita Anne –dijo ella-. Además del cura. A mí me parece que yo no tengo la culpa pero ellas opinaban que yo los “había provocado” –pronunció esto último con un acento que debía de ser el de la señorita Trent en cuestión, dedujo él-. Con todo, no sé cómo se les ocurrió semejante cosa –comentó, ofendida-. Como sea, supongo que está todo aquí.

Le tendió la carta.

Hugo captó la ansiedad con que ella lo escrutaba mientras él leía esa hoja cubierta de apretada escritura. Cuando hubo terminado, la estrujó convirtiéndola en una bola y la arrojó al fuego del hogar.

-Qué bonito cuadro. Muchacha, si uno lee todo el veneno que hay entre esas líneas, se lleva la impresión de que tú eres una Jezabel de primera agua. Una pequeña coqueta, engañosa, intrigante, de la que no estaría a salvo ningún hombre inocente.

Chloe se sonrojó.

-Eso es muy injusto. Yo no podía evitar que el cura me mirase como un tonto, que se le cayera el pastel al suelo y olvidase su sermón en la iglesia.

-Claro –coincidió Hugo-. Estoy seguro de que no podías evitarlo. Sin embargo, y si leemos otra vez entre líneas, sospecho que el verdadero problema es el sobrino de la señorita Anne.

La expresión de Chloe pasó a ser de profundo disgusto.

-¡Ese sapo asqueroso! –exclamó-. Siempre tenía las manos h húmedas y esos espantosos labios flojos; una vez intentó besarme, como si yo fuese una criada de cocina. ¡Quería casarse conmigo! ¿Te lo imaginas?

-Con toda nitidez -musitó Hugo-. Y también, cómo tomaría la señorita Anne esa pretensión.

Ella la favorecía –afirmó Chloe.

"No es nada extraño", pensó Hugo. ¿Qué tía no querría para su sobrino una fortuna de ochenta mil libras?

-Cuando yo le dije qué opinaba del señor Cedric Trent –continuó la muchacha-, ella... bueno, ella reaccionó de una manera horrible. Luego, ella y la señorita Emily dijeron que yo ejercía una mala influencia sobre las otras muchachas y que, en realidad, ellas no podían tenerme más en el seminario aunque, claro, lamentaban mucho tener que echarme teniendo en cuenta que yo acababa de quedar huérfana, pero, de todas maneras, yo tenía que irme "por el bien del seminario". Entonces, te escribieron y, como la señorita Anstey viajaba en una silla de postas que había pagado lady Colshot, les pareció conveniente que ella me trajese, de paso para Londres.

-Entiendo.

Pobre muchacha. Su historia revelaba mucho más de lo que la muchacha tenía conciencia: un lúgubre páramo de vida solitaria y sin amor. ¿Habría sido diferente si su padre no hubiese muerto en la cripta?.

Desechó el pensamiento y apartó de un golpe la sábana, poniendo los pies en el suelo en un desusado arranque de energía.

Los ojos de la muchacha se agrandaron; Hugo lanzó un violento epíteto y se tapó con la sábana.

-¡Vete!

Chloe salió corriendo.

Con la sábana rodeando su cintura, Hugo se asomó fuera del cuarto llamando a gritos a Samuel, que apareció en el extremo del corredor.

-Envía a buscar a ese idiota de Scranton. Manda al muchacho con el mensaje. Quiero que esté aquí a la hora de la cena.

-Está muy bien, sir Hugo.

Imperturbable, Samuel desapareció.

Hugo volvió a zancadas al interior del cuarto y se puso la ropa. La muchacha no podía quedarse ahí... ni siquiera una noche. El hogar de un soltero era el ambiente menos apropiado, como había quedado demostrado por ese breve y lunático descuido. Aunque él hiciera caso omiso de las convenciones, todo tenía sus límites.

Capítulo 3

Chloe recuperó la compostura gracias a la compañía de sus animales, que la aceptaban y no le exigían nada. El papagayo cojo lanzó un quedo epíteto desde el alfeizar, donde se higienizaba al sol, y Dante permaneció tendido, con la cabeza sobre el regazo de ella, que estaba sentada en el suelo, junto a la sombrerera, observando a la gata madre mientras amamantaba.

Los animales siempre habían sido sus principales compañeros. Tenía mano segura con los enfermos, heridos o abandonados y un olfato infalible para encontrarlos. Sus hallazgos no la habían hecho muy popular entre las señoritas Trent, lo mismo que sus frecuentes y embarazosos enfrentamientos con los dueños negligentes o agresivos de esos animales. Pero no era fácil desviar a Chloe del curso de acción que hubiese elegido; cuando su enfado o su compasión se despertaban, hacían falta mucho más que los esfuerzos conjuntos de las señoritas Anne y Emily para disuadirla.

Ahora, acarició la cabeza de Dante con ritmo tranquilizador hasta que su propio sonrojo se desvaneció y pudo pensar en enfrentar, otra vez, a su tutor. Ella no había pensado en la posible desnudez de él bajo las sábanas hasta que él no las apartó. Chloe no había pensado dos veces qué significaba estar en el dormitorio de un hombre que, por añadidura, era un desconocido, teniendo una conversación relativamente íntima. No tenía experiencia en la cuestión, pero le pareció que no era, allí, una circunstancia poco frecuente. Ahí estaba ella, huérfana y sola, arrojada a los brazos nada complacientes de un extraño que vivía en una decadente casa solariega de estilo Tudor, en los páramos de Lancashire, con la única compañía de un sirviente. Y éste, para colmo, no era nada común.

Dante se levantó y fue hasta la puerta, gimiendo. Necesitaba salir; lo más probable que la gata también. Y había que darles de comer. L pensar en comida tomó conciencia de que ella misma estaba hambrienta y, sumado a eso, la necesidad de hacer algo práctico por sus animales barrió cualquier pudor que pudiera quedarle en relación al percance de esa mañana.

Levantó a la gata, que maulló a sus pequeños pero no se negó a dejarse llevar. Dante echó a correr adelante, y ella se dio prisa en recorrer el pasillo con la esperanza de que sir Hugo no la sorprendiera con la gata en los brazos. Atravesó corriendo el vestíbulo y salió al soleado patio, donde la gata, se procuró un pulcro hoyo bajo un arbusto y Dante se alejó, con la cola al viento, a investigar en los establos.

Chloe alzó la gata y estaba a mitad de camino del vestíbulo cuando, en el patio, se desató un escándalo. Desgarraron el aire los frenéticos ladridos de lo que sonaba como media docena de perros enloquecidos. La gata se escapó de sus brazos lanzando un agudo maullido y saltó hacia la escalera.

-¿Qué diablos está pasando?

Era Hugo, que salía de la cocina limpiándose la boca con una servilleta a cuadros. La gata pasó junto a él como una exhalación, y el barullo que llegaba desde afuera alcanzó nuevas proporciones.

-Beatrice... Beatrice, ven aquí. Por el amor de Dios, pero si es Dante.

Chloe corrió tras la desesperada gata, que ya subía la escalera a toda carrera.

-¡Beatrice! –exclamó Hugo-. ¿Qué clase de nombre es ése? –irritado, sacudió la cabeza-. Qué pregunta estúpida. ¿De qué otro modo iba a llamarla? –aferró a Chloe por el brazo-. Deja a la gata. Si ese maldito perro tuyo está causando problemas, muchacha, tú misma tendrás que resolverlos.

-Oh, caramba... sí, así debe ser –dijo Chloe distraída, mirando en la dirección en que había desaparecido la gata-. Me imagino que Beatrice podrá encontrar el camino para volver con sus hijos... por su instinto maternal. ¿No crees?.

-Yo no sé un comino de gatos y me importa un bledo. Lo que sí me importa es que ese barullo acabe ya.

Chloe dejó caer las manos en gesto de derrota y corrió a fuera. En medio de la confusión de pieles que había en el patio era difícil distinguir a un perro de otro.

-¡Dante! –gritó ella, mientras bajaba corriendo.

-¡No te metas en medio de ellos! –gritó Hugo, asustado ahora al verla correr hacia lo que parecía una bola de pieles, ladridos, mordiscos y gruñidos.

Chloe se detuvo en seco.

-¡No soy tonta! ¿Por quién me tomas?

Su tono llano era tan cortés. Y, sin aguardar una respuesta, corrió hacia la bomba que había en una esquina del patio, llenó de agua dos cubos pero, como aún estaba picado por ese estallido de insolente impaciencia, no hizo nada por ayudarla.

Chloe arrojó el contenido del primer cubo sobre los animales que, de inmediato, se apartaron unos de otros. Con el segundo, dos de los rivales de Dante huyeron, gimiendo, hacia el establo. Con aparente indiferencia, Dante se sacudió con brío y trotó hacia su ama.

Chloe se acuclilló junto a su perro. Hugo no pudo oír qué le decía pero vio que Dante bajaba la cabeza, dejaba caer la cola y se escurría hacia la esquina más alejada del patio.

Chloe se enderezó y se echó el pelo hacia atrás, sobre los hombros. No había vuelto a trenzarlo y su brillo parecía reflejar la luz del sol como un halo. Miró a Hugo con expresión insegura y él le devolvió una mirada torva. Los hombros de la muchacha se tensaron de manera visible y cruzó el patio en dirección a él.

-Perdón por haber sido grosera –dijo ella con cierta brusquedad-. Pero sé muy bien cómo detener una pelea de perros.

-Presumo que has tenido mucha experiencia con esa bestia de raza indefinida e incapaz de guardar disciplina –dijo él-. Tendrá que estar atado, en el establo. No toleraré que cause problemas con mis sabuesos.

-¡Pero eso es muy injusto! –protestó ella, ejerciendo una vigorosa defensa-. ¿Cómo sabes que fue Dante quien empezó? Eran dos contra uno, yo lo sé. –Lo miró ceñuda, ya desvanecida toda intención de disculparse-. Y es muy capaz de guardar disciplina: mira lo abatido que está porque yo lo he regañado.

Hugo sintió unas urgentes ganas de reír al ver la ardiente defensa que hacía ella de su maltratada mascota. Lo hacía recordar a una liliputiense. Aflojó un poco.

Si vuelve a haber problemas, el perro tendrá que estar atado –se volvió hacia la casa, a reanudar su abandonado desayuno-. Y no lo quiero dentro de la casa.

Chloe sabía que, hasta un insensible enemigo de los perros como Hugo Lattimer sería incapaz de mantener, en forma permanente, a Dante fuera de la casa; por lo tanto, la prohibición no la perturbó en demasía. A la larga, todos se rendían a Dante. Por el momento, lo dejó en desgracia y fue en busca de Beatrice, que había encontrado a su cría sin ninguna dificultad y estaba, otra vez, instalada en la sombrerera.

-Y ahora tendré que encontrar algo de comida para ti –murmuró Chloe, frunciendo el entrecejo.

Le gruñó el estómago, reafirmando sus propios reclamos.

Era evidente que sir Hugo había estado comiendo en la cocina, otra circunstancia extraña. Pero, con un poco de suerte, a esta altura ya habría terminado y se habría ido. Samuel sería más fácil de manejar.

Por desgracia, su tutor todavía estaba muy presente cuando ella entró en la cocina. Estaba reclinado en la silla, ante la mesa, con una pierna balanceándose sobre el brazo de la silla y un jarro de cerveza en la mano. Samuel estaba retirando los platos sucios. Los dos giraron hacia la puerta cuando ella entró.

-Tengo hambre- dijo la muchacha sintiéndose incómoda.

-En ese caso, Samuel te hará algo para desayunar –respondió Hugo, mirándola por encima del hombro.

-He desayunado a las cinco de la mañana, en Bolton –señaló Chloe, echando una rauda mirada en dirección a la puerta abierta dela despensa.

Pudo ver un cántaro con leche; eso contentaría a Beatrice, pero no serviría de mucho consuelo para Dante.

-Entonces, él te hará algo de almorzar –dijo Hugo, y siguió observándola-. Y ahora, ¿qué estás buscando? ¿O estás otra vez curioseando?

Las mejillas de Chloe se acaloraron.

-Nada.

Hugo la observaba y reflexionaba. No creía que Chloe fuese una buena mentirosa.

-No des rodeos –le aconsejó-. Cuando mientes, te pones muy sonrojada.

Sin embargo, él no podía negar que ese sonrojo sólo realzaba su belleza.

Por Dios, ¿en qué estaba pensando? Además de ser la hija de quien era, la muchacha era indecentemente joven para que un hombre de treinta y cinco se babeara por ella.

Golpeó su jarro de cerveza sobre la mesa y dijo, con acritud:

-Muchacha, si quieres algo, te sugiero que lo digas directamente.

-Bueno, por lo general lo hago –repuso ella yendo hacia la despensa de un modo indeciso, como para disimular su destino-. Esa actitud suele ahorrar una buena cantidad de tiempo, pero sucede que no creo que a ti te agrade.

-Presumo que debes de estar buscando algo para dar a esa gata tuya –comentó Samuel, mientras Chloe espiaba dentro de la despensa.

-¿Y dónde está esa gata? –preguntó Hugo.

-En mi habitación.

-¿Tu habitación?

Hugo alzó tanto las cejas que se perdieron en la raíz de sus cabellos.

-Samuel me dijo que eligiera la que me agradase –dijo ella, girando hacia la cocina-. Espero que no haya problemas. Es la habitación que está en la esquina, pero no hay sábanas en la cama. Iba a preguntar a Samuel dónde podría encontrarlas.

Hugo cerró los ojos. Al parecer, las cosas se le iban de las manos.

-No te quedarás aquí, Chloe.

-Pero, ¿a qué otro sitio podría ir?

Los intensos ojos azules adquirieron un matiz púrpura, y a él no le gustó lo que veía en ellos. La muchacha esperaba algo doloroso.

-Tengo que conversarlo con Scranton.

-¿Por qué nadie me quiere, nunca?- dijo ella, en voz tan queda que él casi no pudo distinguir sus palabras.

Conmovido aun a pesar de sí mismo, él bajó la pierna del brazo de la silla.

-No seas tonta –dijo, acercándose a ella-. No es así, para nada. No puedes quedarte porque yo no tengo un personal doméstico apropiado... eso puedes verlo, muchacha.

Le tomó la barbilla y la alzó. Los ojos todavía tenían ese tono púrpura pero la boca suave estaba apretada.

-No entiendo por qué –dijo ella-. Yo podría atender la casa. Alguien tiene que hacerlo.

-No será la heredera de una fortuna de ochenta mil libras quien lo haga –replicó él, sonriendo ante el absurdo-. Samuel atiende la casa para mí.

-No muy bien –afirmó ella-. La casa está sucia por todas partes.

-Ya tengo bastante que hacer sin tener que preocuparme por un poco de polvo –refunfuñó Samuel-. Señorita, si quiere comer tendrá que sentarse a la mesa. Yo no puedo pasarme todo el día en la cocina.

-Primero, tengo que alimentar a Beatrice –objetó ella-. Porque ella tiene que amamantar a sus hijos.

Hugo se sintió aliviado por el cambio de tema. Tenía poco que perder dándole el gusto en ese terreno. Esa misma noche, Chloe Gresham y todos los seres que de ella dependían iban a estar respetablemente instalados en algún otro lugar. Scranton debía de contar con más información que permitiera encontrar una solución.

-Me imagino que puede quedarse arriba, por ahora. Pero el perro no entra.

-No entiendo por qué habría de molestar. La casa está tan sucia que Dante no podría empeorarla.

-¿Nadie te ha dicho que es muy descortés criticar la hospitalidad de alguien? –preguntó Hugo, olvidándose de su resolución a la vista de tan intransigente negativa a aceptar el compromiso-. Sobre todo cuando uno no ha sido invitado.

-Yo no tengo la culpa de eso. Si te hubieras tomado la molestia de leer tus cartas... –replicó ella-. Y ya que estamos, ¿por qué no las has leído?

-Porque jamás hay en ellas nada que ofrezca el menor interés... si eso fuera de tu incumbencia, señorita –le espetó él, yendo hacia la puerta-. Te sugiero que dejes de fastidiar y comas.

Tras su partida, se oyó un portazo.

¿Por qué no se tomaba él la molestia de abrir su correo? Hugo fue pensándolo mientras se dirigía a la biblioteca, también se preguntó por qué se dejaba arrastrar a una discusión inútil con una escolar peleadora e irritante. Ahora comprendía por qué las señoritas Trent estaban tan ansiosas por deshacerse de ella. Diez años de lo mismo pondrían a prueba la paciencia del mismísimo Job.

Hugo recogió la pila de cartas y las hojeó. Claro, la verdad era que no quería nada que le recordase el pasado. No quería tener noticias acerca de la gente que había conocido tanto en otros tiempos. No quería tener nada que ver con aquel mundo en el que había habitado. Los recuerdos del pasado eran aborrecibles, y él tampoco lograba hacer brotar de sí mismo una sola chispa de interés por el futuro. Y así le sucedía desde que había terminado la guerra y él había vuelto al deteriorado hogar familiar, reconociendo que, además de Denholm Manor y una casa igualmente venida a menos en Londres, él no contaba con recursos financieros. Había dilapidado toda su fortuna en aquellos dos años, durante los cuales integró la Congregación del Edén, antes del duelo. De todos modos, aquello sólo había sido una competencia y, sin embargo, con una cuidadosa administración, él podría haber mantenido a una esposa, construir su nursery, mantener la propiedad e, incluso, llevar a su esposa a Londres para la temporada. Pero uno no era prudente a los dieciocho, y sus apoderados no habían ejercido el menor control sobre el voluntarioso y disoluto joven que tenían bajo su responsabilidad.

Después del duelo, sumido en una corriente de culpa y desdicha, él había ido a Liverpool y, aceptando el salario de la corona, se había embarcado en la fragata Hotspur. Un año de vida en el mar lo había librado de todos los vestigios de privilegios y excesos juveniles. Lo había templado y endurecido. A los veintiún años, había sido promovido a guardiamarina y, a medida que la guerra iba cobrándose su tributo, había ascendido rápidamente. En el término de tres años, ya estaba al mando de su propio barco.

Durante esos años, pudo olvidar... menos por la noche, cuando acudían a visitarlo las pesadillas. Eran incesantes y, mientras le fuese posible, él prefería no dormir en las horas de oscuridad.

Tras la derrota de Napoleón en Waterloo llegó la paz. Él había dicho adiós al servicio del rey y ahí estaba, pasando sus días en los páramos de Lancashire, y sus noches en los burdeles de Manchester.

Y no tenía interés en lo que el correo podía traerle.

Tiró las cartas sobre la mesa y tomó una botella del armario. La capa de polvo que la cubría más bien indicaba la edad del vino que la negligencia doméstica. Echó una mirada al

reloj. Las doce y media. Un poco temprano para el primer coñac del día, pero ¿qué importaba? ¿Acaso algo importaba?

-¿Por qué Hugo no abre su correo? –preguntó Chloe a Samuel, mientras untaba generosamente una rebanada de pan con mantequilla.

-¡No es asunto que a usted le interese; ya lo dijo él! –respondió sin comprometerse.

Samuel metió los platos en un recipiente con agua.

Chloe cortó un trozo de queso y lo masticó, guardando silencia durante un minuto.

-¿Por qué tú eres su único criado?

-Es preguntona usted, ¿no?

-Tal vez sí, pero ¿por qué?

-Aquí no hace falta nadie más. Nos arreglamos bien nosotros solos –el hombre fue hasta la puerta-. Hay un ala de pollo en la despensa. Pienso que bastará para la gata.

-¿Y Dante? –se apresuró a decir Chloe cuando lo vio desaparecer.

-Comerá lo mismo que los sabuesos. Pregunte al joven Billy, en el establo.

Abrió la puerta del fondo.

-Y sábanas –dijo Chloe-. ¿Dónde podré encontrar sábanas para mi cama?

Samuel giró lentamente.

-¿Aún cree que se quedará?

-Oh, sí –afirmó Chloe, convencida-. No iré a ninguna otra parte, Samuel.

Él resopló, sin dejar traslucir si lo hacía por escepticismo o por diversión.

-Probablemente, en el armario del rellano de la planta alta encuentre algo que le venga bien. Sírvase usted misma.

El abogado Scranton era un individuo bajo y gordo, calvo y con patillas. A última hora de la tarde, entró en el patio montado en una fornida jaca y desmontó bufando y resoplando, mientras miraba en derredor.

Chloe lo observaba encaramada a un barril dado vuelta, en un rincón del patio, hasta que, en un momento dado, se puso de pie y se encaminó hacia él con Dante pegado a sus talones.

-Un muchacho de nombre Billy se encargará de su caballo –le ofreció.

Scranton alisó los faldones de su chaqueta castaña y acomodó su corbata, mirándola con sus ojos miopes.

-¿Tengo el honor de dirigirme a la señorita Gresham?

Chloe afirmó con la cabeza, solemne, conteniendo la carcajada que le provocaba la pomposidad del sujeto.

-Mi tutor está en alguna parte de la casa.

-¡Eso espero!

El abogado volvió a bufar. No estaba acostumbrado a ser llamado de manera perentoria; sir Hugo se había dirigido a él en forma imperiosa y cortante, impulsado por la urgencia. Echó una mirada crítica al sucio patio, salpicado de paja y estiércol. Una de las puertas del establo pendía de sus goznes.

Salió un muchacho de la talabartería, mordisqueando una brizna de paja. Dio un puntapié a un cubo de hierro, que fue rodando con estrépito por los adoquines, y se acercó a paso lento.

-Éste es Billy –dijo Chloe-. ¿Quieres ocuparte del caballo del señor Scranton, Billy?

-Supongo que sí –dijo el muchacho, tomando las riendas con movimientos letárgicos.

Hizo chasquear la lengua contra los dientes y la gorda jaca fue meneándose tras él hacia el establo.

-¿Entramos? –propuso Chloe con sonrisa de anfitriona, mientras se preguntaba cuál de las polvorientas y penumbrosas habitaciones sería apropiada para recibir al visitante.

Precedió al abogado Scranton por la escalinata. Al llegar a la puerta ordenó al desconsolado Dante que se quedara afuera y entró en el fresco vestíbulo principal. Las piezas más pesadas de su equipaje aún estaban allí, pues ella no había podido llevarlas arriba y, desde que había tomado su almuerzo en la cocina, no había visto a nadie aparte de Billy.

Dio un paso hacia la biblioteca cuando se abrió la puerta y apareció Hugo en el umbral, con un vaso en la mano y una botella que sujetaba por el cuello.

-Ah, ha llegado usted, Scranton –se limitó a decir-. Venga a la cocina. Tenemos que solucionar este embrollo. Ruego a Dios que haya conseguido usted algunas soluciones.

No cabía duda de que la cocina era el sitio más acogedor de la casa, reflexionó Chloe. El abogado no dio la impresión de sentirse escandalizado por la invitación, y ella fue tras los dos hombres.

Hugo retuvo la puerta con el hombro para dejar pasar a su visitante y sólo entonces notó la presencia de ella. Frunció el entrecejo y dijo:

-Oh, bueno, presumo que éste es un asunto tan tuyo como de cualquiera. Pasa.

-No estarías pensando en dejarme fuera, ¿no? –preguntó ella con cierta indignación, mientras se preguntaba por qué los ojos de él se habían vuelto algo turbios.

-Para serte sincero, no había pensado en eso.

Apoyó su mano libre entre los omóplatos de la muchacha y la impulsó hacia el interior de la cocina, delante de él.

A Chloe no le sorprendió ver que Samuel iba a estar presente en la conversación. Él dividía su atención entre un solomillo que daba vueltas en el espetón, sobre el fuego, y una cesta con setas que estaba seleccionando sobre la mesa.

El abogado se sentó a la mesa y aceptó un vaso de oporto. Hugo llenó de nuevo su propio vaso con el contenido de la botella que traía y se sentó. Chloe, que se sentía ignorada, se sentó también y llenó un vaso para sí. Hasta el momento, jamás había bebido nada más fuerte que el clarete, y dio un cauto sorbo. Hugo le lanzó una mirada fugaz y luego se volvió hacia Scranton y sacó de su bolsillo la copia del testamento.

-¿Qué se puede hacer con respecto a esto, Scranton? –Dio una palmada al documento que estaba sobre la mesa-. Tiene que haber un modo de resolverlo.

Chloe bebió un sorbo de oporto y llegó a la conclusión de que el sabor iría mejorando con el hábito.

El abogado negó con la cabeza.

-Es tan legal como cualquier otro testamento que yo haya visto, sir Hugo. Yo mismo escribí lo que lady Gresham me dictaba. Su señoría estaba en su sano juicio y fueron testigos mi empleado y el ama de llaves.

Hugo miró la fecha del testamente: octubre de 1818. ¿Habría recibido, entonces, la nota de Elizabeth? No podía recordarlo. Era otro de los hechos de su vida que se habían esfumado entre los vapores del coñac.

-Desde luego, no es usted el único que quisiera ignorar ese documento –con su segunda ración de oporto, el abogado se tornó expansivo-. Sir Jasper ha estado montando un menudo alboroto. Ha estado merodeando por mi oficina, jurando que el legado no podría sostenerse ante una corte legal. Pero yo le aseguré que podría sostenerse en cualquier parte. Es tan legal como cualquier oro testamente que yo haya visto, le dije.

Se oyó el raspar de la silla de Hugo contra las lajas del suelo cuando él se apartó de golpe de la mesa pero no dijo nada y clavó su intensa mirada sobre el abogado.

-Tendría que haberlo oído –el letrado movió la cabeza-. Hacía tanta alharaca... Repetía y repetía que él era el hermano de la señorita Gresham, la única persona apta para asumir su

tutoría y que no era apropiado que un absoluto desconocido, sin lazos con la familia, la tuviese a su cargo.

-Tiene razón en eso –comentó Hugo con sequedad.

Y más razón aún si llegaba a revelarse la verdad acerca de sus tratos con los Gresham.

El abogado siguió como si no lo hubiese oído:

-Yo le expliqué a él que la ley respeta los deseos del difunto por sobre cualquier otra consideración en estos asuntos y que, hasta donde yo podía ver, no había nada más que discutir.

Hugo suspiró. Lo último que podía desear era terminar peleándose con Jasper Gresham. Ya corría entre ellos un río de enemistad. Sin embargo, sabía que Elizabeth lo había elegido a él porque él haría frente a Jasper como nadie más podría hacerlo. Chloe y su fortuna necesitarían ser protegidas de los Gresham, y él había sido el elegido para proporcionarles esa protección. Aun así, tendría que haber una forma en que él se distanciara de su pupila.

Miró de reojo a la muchacha, que se había mantenido en una quietud y un silencio notables durante la perorata del abogado. Ella volvió a hacer ademán de tomar el botellón de oporto y él extendió su mano para sujetarle la muñeca.

-Ya es suficiente, muchacha. Samuel, busca un poco de... un poco de limonada o algo así.

-Pero me está gustando el oporto –protestó Chloe.

-De todos modos, no hay limonada –declaró Samuel, mientras picaba las setas con asombrosa velocidad.

-Entonces, que sea agua –dijo Hugo-. Ella es demasiado joven para beber oporto en mitad de la tarde.

-Pero antes no pusiste objeciones –señaló Chloe.

-Eso fue antes –repuso él, haciendo un vago gesto.

-¿Antes de qué?

Hugo suspiró.

-Antes de convencerme, de manera irrevocable, que no tengo más remedio que asumir mi responsabilidad de tu persona.

En las azules honduras de los ojos de Chloe bailotearon unos diablillos.

-No puedo creer que vayas a ser un tutor escrupuloso y chapado a la antigua, sir Hugo. Es imposible, teniendo en cuenta el modo en que vives.

Por un memento, esos ojos encantadores distrajeron a Hugo. Sacudió la cabeza en un esfuerzo por disipar ese enredo de emociones confusas y se volvió otra vez hacia el abogado, olvidándose de la cuestión del oporto.

Chloe, esbozando una sutil sonrisa de triunfo, llenó su vaso.

-Tengo entendido que la señorita Gresham estuvo como interna en un seminario en Bolton –siguió diciendo Scranton.

-Lamentablemente, hubo un cura enamorado, por no hablar del hijo de un carnicero ni del sobrino de la señorita Anne Trent –dijo Hugo con una sonrisa torcida-. Las estimables señoritas Trent, consideraron que la muchacha era una brasa que no podían sostener. Pero debe existir algún otro establecimiento semejante...

-¡No! –interrumpió Chloe, gritando-. No iré a ningún otro seminario. No lo haré, de ninguna manera –le temblaba la voz ante la posibilidad de que la enviasen otra vez lejos, como si ella fuera un animal al que nadie quería, que la apartasen hacia los confines donde la esperaba una insoportable soledad-. Si intentan hacer algo así, yo me escaparé.

Hugo giró la cabeza hacia ella y de sus ojos verdes desapareció la turbiedad. Sostuvo con firmeza la mirada de la muchacha y ella imaginó que, en sus profundidades, brotaban pequeñas llamas.

-¿Está desafiándome, señorita Gresham? –preguntó él con mucha suavidad.

Ella quiso responder que sí pero esas pequeñas llamas le causaban temor y no pudo pronunciar el monosílabo.

-Debes entender que no es aconsejable desafiarme –prosiguió él en el mismo tono, que había hecho temblar a muchos guardiamarinas.

Chloe reconoció ese aspecto de su tutor, el mismo que había descubierto esa mañana, en el dormitorio de él. Era un aspecto con el que no tenía muchos deseos de entrar otra vez en contacto.

En la cocina reinó un silencio absoluto. Samuel echó las setas cortadas en una sartén, como si no percibiera la tensión. El abogado Scranton levantó la mirada hacia las vigas del techo, negras de humo.

-Tú no entiendes –dijo, al fin, Chloe, en tono mucho más moderado-. Lo que sucede es que o podría soportarlo más.

Giró abruptamente su cabeza y se mordió el labio, tratando de contener las lágrimas que acudían a sus ojos.

Hugo se preguntó si ella sería consciente de cuánto más lo persuadía que ella apelara a su simpatía en lugar de desafiar su autoridad. Aunque no lo entendiera en ese momento, ya lo entendería pronto, si pasaba suficiente tiempo bajo su techo. Recordó la desolada pregunta que ella había hecho antes, para nadie en particular: “¿Por qué nadie me quiere?”. Y aunque era tan absurdo como inapropiado sentir ese impulso apremiante de alzarla y abrazarla, de todos modos lo sintió.

-¿Qué te gustaría hacer? –le preguntó él, con una brusquedad que disimulaba su súbita compasión-. ¿Adónde te gustaría ir?

-A Londres –Chleo alzó la vista: sus lágrimas se habían secado como por milagro-. Quiero ir a la corte y ser presentada. Entonces, una vez que esté casada y pueda contar con mi fortuna, quiero fundar un hospital para animales. No debe de ser tan difícil encontrar un marido adecuado –añadió, pensativa-, que no se entrometa demasiado. De algo tienen que servir ochenta mil libras; además pienso que soy bastante bonita.

La hija de Elizabeth tenía cierta tendencia a elegir palabras exageradamente modestas, pensó Hugo.

-No debe ser difícil encontrar un marido –admitió él-. Lo que no sé es si hallarás a uno que esté dispuesto a apoyar tu filantropía. Tengo entendido que los maridos suelen ser una raza poco complaciente.

Chloe se puso ceñuda.

-Claro, mamá me dijo que Jasper tenía la intención de casarme con Crispin. Y, por cierto, eso no quiero hacerlo.

¡De modo que ésa era la cuestión! Hugo vació su vaso y volvió a tomar la botella. Era simplísimo. El hijastro de Jasper era hijo de una esposa anterior y, de esa forma, él controlaría la fortuna de Chloe. No existían impedimentos para esa unión: ni una gota de consanguinidad. Era de suponer que Elizabeth había querido que él impidiera semejante plan.

-¿Por qué no quieres hacerlo?

La respuesta de la muchacha fue categórica:

-Crispin es un bruto... igual que Jasper. Una vez, montó a su podenco, y lo hizo correr hasta no dar más, y lo llevó de vuelta agotado y sangrando por las heridas que él le había hecho con sus espuelas. Ah, y solía arrancar las alas a las mariposas. Estoy segura de que él no ha cambiado.

No, era indudable que no sería el compañero apropiado para una persona tan empeñada en socorrer a los miembros del reino animal que estuviesen necesitados de ayuda.

-¿Por qué tiene una sola pata ese papagayo mal hablado? –preguntó él, sin quererlo.

-No lo sé. Lo encontré en Bolton. Lo habían abandonado en la zanja y estaba lloviendo.

-La carne está lista –declaró Samuel, lacónico, girando el espetón-. ¿El abogado se queda?

Scranton miró con expresión ansiosa a su anfitrión y éste lo invitó, con calma:

-Si usted quiere.

-Bien, me atrevería a calcular que habrá pasado la hora de la cena para cuando llegue a mi casa –dijo el aludido, frotándose las manos al oler el sabroso aroma que llegaba desde el hogar-. Se lo agradezco mucho.

-Estoy muerta de hambre –declaró Chloe.

-A mediodía, comió suficiente pan y queso como para alimentar a un regimiento –comentó Samuel, al tiempo que llevaba la carne a la mesa.

-Eso fue hace horas. ¿Voy a buscar cuchillos y tenedores?

-Están en el aparador.

A Hugo se le ocurrió que ese espantoso vestido no lograba ocultar la gracia de sus movimientos, al verla bailotear por su cocina con una familiaridad que lo llenó de presagios. Él, por su parte, fue al sótano a buscar vino.

Chloe empujó su vaso cuando él descorchó la botella.

-No tengo ningún problema en que beban borgoña, pero como éste es un vino muy fino, no lo tragues como si fuese horchata –le advirtió, mientras le servía.

El abogado Scranton bebió un sorbo y ronroneó. Tal vez fuese insólito comer en la cocina de una decadente casa solariega, en compañía de un hombre y de su sirviente, pero no había nada que objetar al servicio.

Chloe estaba de acuerdo. Consumió unas cantidades de carne, setas y patatas que asombraron a Hugo, quien se preguntaba dónde podría caber todo eso en ese cuerpo menudo. Según recordaba, Elizabeth había tenido el apetito de un pajarillo. Sacudió la cabeza en señal de asombro que ya estaba empezando a serle familiar y retomó el tema de mayor importancia.

-Scranton, usted conoce a ambas partes de la familia de la señorita Gresham. ¿Existe alguna pariente mujer a la cual ella podría pedir ayuda?

-Oh, no puedes mandarme con alguna tía vieja que, seguramente, me exigirá que pasee a su gordo perro faldero y que lustre su platería –dijo Chloe.

-Pensé que te gustaban los animales.

-Y es cierto, pero prefiero a los que otras personas no quieren.

Hugo pensó que ésa era una afirmación reveladora, pero sólo dijo:

-¿Tienes una tía como ésa que describes?

-No, que yo sepa –respondió Chloe-. Pero en el seminario había una muchacha que tenía una tía así.

La tía de otra muchacha no servía.

-¿Scranton?

Hugo apeló al abogado, que se limpió la boca con gesto deliberado y bebió otro sorbo de vino.

-Lady Gresham no tenía parientes vivos, sir Hugo. De ahí lo cuantioso de la fortuna que ha heredado la señorita Gresham. Pero, tal vez, podamos acudir a sir Jasper en esta cuestión.

Habían llegado a un punto muerto si en verdad Hugo quería honrar los deseos tácitos de Elizabeth.

-Tal vez podría emplear a una gobernanta... no, no me interrumpas de nuevo –dijo, al ver que Chloe iniciaba sus ya conocidas objeciones-. La muchacha podría establecerse en alguna parte, a cargo de una señora respetable.

-¿Para hacer qué?

Hugo se vio forzado a admitir que era una pregunta razonable. Sin embargo...

-No veo otra solución. Tu educación aún no está completa.

-Está perfectamente completa –interrumpió ella, olvidando la anterior admonición-. Soy capaz de hacer cualquiera de las cosas que hace una joven escolar, y muchas más.

-¿Por ejemplo?

-Sé curar el ala quebrada de un pájaro y ayudar a parir un cordero. También sé curar un espolón dislocado o una pata infectada...

-No lo dudo –interrumpió él, a su vez-. Pero eso no modifica los hechos.

-¿Por qué no puedo quedarme aquí?

La sencilla pregunta fue formulada sin énfasis

-¿Para hacer qué? –repuso Hugo, devolviéndole el tiro-. Lancashire está muy lejos de una presentación en la sociedad londinense.

-Quizá no –dijo ella en voz baja.

¿Y eso qué quería decir? Hugo se dio por vencido. Era evidente que esa noche no podría hacerse nada.

-Al parecer, en este momento no hay demasiadas alternativas. Esta noche tendrás que quedarte.

-Ya te lo decía yo –dijo Chloe a Samuel, con una dulce sonrisa, mientras recogía los platos sucios.

-Creo que sí –concluyó Samuel.

Capítulo 4

El aullido desolado del perro era el fondo perfecto para los recuerdos que se agolpaban en su mente. Hugo estaba sentado ante el pianoforte, en la biblioteca, y una única vela arrojaba un charco de luz amarillenta sobre el teclado, donde sus manos se afanaban por recuperar una melodía del pasado. Era una pieza que él había compuesto para Elizabeth, pero una parte del estribillo estaba ausente de su memoria.

Impaciente, giró de espaldas al instrumento y levantó su vaso. Estaba casi seguro de que, de todos modos, jamás la había tocado para ella. Apuró el contenido del vaso y volvió a llenarlo.

El amor que sentía por la esposa de Stephen era un secreto que había ocultado a todos, menos a Elizabeth… un secreto del que ese joven enamorado se había nutrido y alimentado durante los dos años que tuvo trato con ella. Nunca había consumado su amor. A Elizabeth no se le habría ocurrido hacerlo siquiera y, pese al deseo que lo atormentaba, él había disfrutado con la pureza de sus sentimientos hacia ella. Era un fuerte contraste con respecto a las aguas inmundas en las que estaba ahogándose.

Recordaba la primera vez que la había visto como si hubiese sido el día anterior. Ella no había dicho casi nada durante todo el fin de semana, pero su belleza lo había hechizado, por las sombras que veía en sus ojos azules, por la sensación de fragilidad que transmitía…. Y el anhelo de ponerse a su servicio, de rescatarla de lo que estaba causándole tanta desdicha, fuera lo que fuese, se había convertido en una obsesión.

Fue inmediatamente después de su introducción en la Congregación del Edén, como se autodenominaban en ocasión de celebrarse una reunión en el salón Gresham, en Shipton. La

sociedad había sido fundada por Stephen y dos amigos suyos; por medio de su hijo Jasper, habían captado a los miembros más jóvenes de la aristocracia londinense, aburridos por la ronda interminable de placeres vacuos, que buscaban experiencias que los transportasen más allá de los límites del mundo cotidiano.

Hugo acababa de perder a su padre cuando cayó bajo el embrujo de los Gresham. La distancia entre Denholm y Shipton era de sólo once kilómetros, más o menos, y él los conocía superficialmente de toda la vida. Único hijo, huérfano de madre, solitario y sin orientación en su vida, tras la muerte de su padre había aceptado ansioso las propuestas de Jasper, y había llegado a considerarlo como a un hermano mayor; en cuanto Stephen, no como a un padre, desde luego, aunque la atención de un miembro tan mundano, sofisticado y destacado de la sociedad lo había halagado, siendo él un joven inexperto, y había compensado, hasta cierto punto, la pérdida de su padre.

Bajo el liderazgo de Stephen Gresham, nada estaba prohibido a los miembros de la congregación; no había riesgos que no pudieran correrse. Había sustancias que alteraban la excepción…. que tanto podían crear un mundo prodigioso como otro tan pavoroso que podía llevar a un hombre a la locura; estaban los juegos de azar y las apuestas que podían disipar una moderada fortuna en poco tiempo; y estaban las mujeres.

Él había dado por cierto que la mujeres que participaban de las orgías lo hacían en forma voluntaria. Algunas de ellas eran damas de sociedad que, según él creía, estaban tan ansiosas por experimentar las emociones sensuales como cualquiera de los hombres. Ahora sabía que no todas ellas podían incluirse en esa categoría. Stephen no tenía escrúpulos cuando se trataba de hacer chantaje. Las otras mujeres eran prostitutas, a quienes se les pagaba por su participación en una de las veladas más de lo que podían ganar en un mes haciendo la calle. La bebida y las extrañas sustancias extraídas de las hierbas, de las que siempre había abundante provisión, desvanecían cualquier inhibición.

Eso siguió hasta aquella noche en que Stephen había llevado a Elizabeth a la cripta.

El alto reloj de la biblioteca dio las dos. Los aullidos de los perros rasgaron la noche. Hugo lanzó una maldición y bebió de su vaso lleno hasta el borde. No sabía por que motivo el coñac no surtía efecto. Estaba lejos del olvido que le brindaba la embriaguez; sus pensamientos eran tan crudos como siempre. Quizá no tendría que extrañarse de eso, teniendo en cuenta que la hija de Elizabeth estaba durmiendo bajo su mismo techo. Y el maldito perro mestizo que aullaba su desdicha, tampoco ayudaba.

Volvió al piano y trató de ahogar el desolado grito concentrándose en la música. De repente, se detuvo y se puso a escuchar, sin saber bien qué había oído. Un leve ruido que llegaba del pasillo. Se alzó de hombro. No habría oído nada. ¿Cómo era posible que oyese algo, con tanto estrépito?

Y entonces, como por milagro. Los aullidos cesaron. El silencio se adueñó de su cabeza y pudo captar los sonidos nocturnos de la casa: los crujidos y movimientos de los suelos y ventanas, sacudidos por las brisa de la noche.

Fue al pasillo y vio que la puerta que daba al patio estaba sin pasador. Sólo se le ocurrió una explicación. Era de suponer que Chloe estaba tratando de entrar, a hurtadillas, al perro y llevárselo arriba.

Abrió la puerta. En el cielo no había nubes y era una noche estival luminosa, con estrellas que brillaban sobre el patio desierto. Decidió esperarla en el pasillo. Y si le daba un susto, la culpa sería de ella. Sin embargo, quince minutos después no había señales ni de su pupila ni del perro. Y tampoco llegaba ningún ruido desde el establo.

Picado por la curiosidad, encendió una linterna y salió al patio. Cruzando hasta el establo donde había sido confinado el desdichado Dante. La paja esparcida amortiguaba el ruido de sus pasos; levantó más la linterna. Un charco de luz dorada cayó sobre el rincón de un pesebre abierto. Una menuda figura vestida de blando estaba acurrucada sobre la paja, apoyada contra el perro, rodeándole el cuello con un brazo y con la cabeza apoyada en su costado.

-Infierno y condenación –musitó Hugo, presa de una oleada de irritación.

Ella estaba durmiendo como un tronco. Dante miró con un solo ojo benévolo al intruso y dio un golpe sordo con la cola, a modo de saludo. Era obvio que él no sabía quien había impartido las órdenes que había causado su desdicha.

Hugo apoyó la linterna y se inclinó sobre Chloe.

-Levántate –dijo, sacudiéndola por el hombro-. ¿Cómo se te ocurre hacer una cosa así?

Chloe se despertó, parpadeando, confundida.

-¿Qué…. Dónde…? ¡Ah, ya recuerdo¡ -se sentó-. Como tú no querías dejar entrar a Dante en la casa, yo tuve que venir a hacerle compañía. No puedo dejarlo aullando así.

-Jamás he oído nada tan absurdo –dijo él-. Ve a tu cama.

-Sin Dante, no –dijo ella sin rodeos-. No he dormido un instante, ¿cómo podría hacerlo, mientras él aullaba de ese modo? No sé cómo alguien podría dormir con eso. Y ahora estoy tan cansada que podría dormir en cualquier parte.

-No dormirás en el establo –dijo él, irguiéndose sobre ella, balanceándose sobre sus talones, con los brazos en jarras

Chloe lo miró sin titubeos, como sopesando la fuerza de su decisión y enfrentándola a la que ella sentía. Si bien él le había advertido que no lo desafiara, esta vez ella tenía un as en la manga.

-Buenas noches –dijo, con dulce sonrisa, y se volvió a acostarse

-¡Chiquilla terca¡

Ya enfurecido, se inclinó, la tomó por la cintura y la levantó en el aire. Entonces, muy rápidamente, sucedieron dos cosas. La sensación de la piel de ella bajo el camisón de cambray, la fragancia de su pelo, la quemante presión de su cuerpo sus manos hicieron que la cabeza le diese vueltas como jamás lo había logrado el coñac, mientras se esforzaba por controlar sus sentidos arremolinados, Dante se incorporó gruñendo y, en un torbellino de piel y paja, se abalanzó sobre Hugo y le clavó los dientes en la pantorrilla.

Hugo lanzó un grito y pateó hacia atrás soltando a Chloe, que cayó al suelo.

-Échate.

Bastó esa única palabra de Chloe, pronunciada en voz baja, para surtir un efecto inmediato, Dante lo soltó pero siguió gruñendo, vigilando a Hugo y mostrando los dientes.

-¡Maldita sea¡ -estalló Hugo, inclinándose para examinar su pierna herida.

-Oh, caramba, no creí que iba a morderte .Chloe se arrodilló-, Yo sabía que él iba a protegerme, pero…. –se inclinó sobre la herida-. Es profunda.

-¡Ya sé que es profunda¡ ¿Protegerte de qué, si me permites la pregunta?

Chloe se puso en cuclillas, apoyada sobre sus talones, lo miró y dijo con sencillez:

-De que me obligaras a hacer algo que yo no quisiera hacer.

-Si piensas que me voy a dejar intimidar por este maldito perro mestizo en mis tratos contigo, señorita Greham, está muy equivocada –afirmó él, mirándola ceñudo.

A estas alturas, era prudente no seguir prolongando el enfrentamiento. Sería una manifestación de ausencia de tacto aprovechar la ventaja lograda sobre su tutor.

-No te imagino intimando por nada -dijo ella, sincera, poniéndose de pie-. Será conveniente que vayamos a la cocina para que yo cure esa herida. Es probable que haya que cauterizarla –levantó la linterna-. ¿Puedes andar? ¿Quieres que te consiga un bastón?

-Puedo andas- dijo él. Cortante, cojeando en dirección a la puerta del establo.

Dante echó a trotar delante de ellos, cruzó el patio, subió la escalera hasta la puerta abierta y allí se detuvo, expectante, aguardando a sus compañeros, que avanzaban con mucha mayor lentitud. Su cola se movía a toda velocidad; habría sido difícil reconocer en él al furioso animal de hacía unos minutos.

Chloe pasó su mano pequeña bajo el codo de Hugo y lo ayudó a subir los escalone. Era un gesto absurdo teniendo en cuenta la disparidad de tamaños.

-Puedo arreglármelas sin apoyo –dijo Hugo, de mal modo para disimular sus ganas de reír.

Cuando llegaron junto a Dante, el perro levantó una para y la apoyó sobre la rodilla de Chloe. Hugo se detuvo pero, antes de que pudiera decir nada, Chloe susurró.

-¡Por favor! Prometo que no molestará. No tienes pulgas ni nada parecido, y está acostumbrado a hacer sus necesidades donde se le indica.

Hugo enfrentó la derrota como un hombre. No tenía la menor simpatía por los animales domésticos. El pelo de perro le hacía estornudar y le desagradaba su olor, aunque estuviesen limpios. Pero su diminuta pupila lo había manejado hábilmente.

-El perro puede entrar esta noche –dijo, con un suspiro de resignación-. Pero no quiero tenerlo durante el día enredándose entre mis pies.

-Oh, gracias.

La muchacha se puso de puntillas y lo besó en la mejilla, y él vio que sus ojos brillaban a la luz de la luna.

Hugo volvió a debatirse con sus sentidos encabritados.

-No pienses que esto sentará ningún precedente –dijo, gruñón-. Tal Vez hayas ganado esta vuelta, pero no me cae muy bien que me fuercen a hacer los que no quiero.

-Oh, no lo haré –aseguró ella-. De cualquier modo, en este momento no hay ningún otro motivo de conflicto entre nosotros, ¿verdad?

Tras hacer esta pregunta tan descarada, siguió su camino, delante de él, rumbo a la cocina.

Él la siguió, andando más lentamente, y se apoyó un instante en la jambas de la puerta. Ella había de dejado la linterna sobre la mesa y estaba atizando las ascuas. Bajo la fina prenda, su cuerpo se veía claramente a contraluz y, cuando se inclinó para remover el fuego, la fascinante curva de sus caderas cortó el aliento de Hugo. Brotó una llama y ella se irguió y se volvió de cara a él. Sus pechos pujaban suavemente bajo la tela y los pezones parecían unas leves sombras.

-Creo que ya hay fuego suficiente para calentar un cuchillo y cauterizar… ¿Qué pasa?

La ansiedad delató sus ojos al captar la expresión de él.

Él se pasó la mano por los cabellos.

-Yo puedo arreglármelas solo. Tú ve a acostarte.

-No, no puedes –dijo ella, al tiempo que se aproximaba-. Es preciso limpiar a fondo la herida; yo sé bien cómo hacerlo.

Él extendió una mano como para indicarle que no se acercara.

-Puede hacerlo Samuel. Ve a costarte.

-Pero, es una estupidez despertarlo si estoy yo aquí.

Ella no tenía noción de su propio especto…. De lo que estaba ofreciendo. ¿Cómo era posible que a los diecisietes años fuesen tan inocente? Claro que, si pensaba en lo que había sido su vida… diez años en un seminario, con la excepción de unos días, en Navidad, junto al lecho de enferma de su madre recluida. ¿Cómo iba a saber algo?

Y el único que podría instruirla era él. Habló con forzada objetividad.

-Quiero que vayas a tu cuarto y te pongas una bata. Y no quiero volver a verte por la casa con tan escasa ropa.

Por los ojos de Chloe pasó el desconcierto, seguido por una desazón que los dejó oscurecidos. Se miró su cuerpo, vio la suave protuberancia de sus pechos, el triangulo más oscuro donde nacían sus piernas y sus mejillas se tiñeron de rosado cuando alzó la vista hacia él y dijo, avergonzada.

-Pero no hacía frío, y no creí que fuese a verme nadie.

-Eso lo entiendo. Pero no vuelvas a hacerlo –fue hasta la mesa, se sentó y apoyó la pierna herida sobre la silla que estaba enfrente-. Date prisa. La herida sangra bastante y me duele mucho.

Chloe echó una mirada alrededor: colgado de un gancho, detrás de la puerta, había un largo abrigo con el dobladillo embarrado. Ella pasó los brazos por las mangas y envolvió la tela sobrante alrededor de su cuerpo.

-¿Con esto se dará por satisfecho, sir?

Él la miró y, pese al tenso diálogo anterior, no pudo evitar una sonrisa.

-Parece una niña expósita, muchacha.

-Entonces, ¿así no estoy provocativa?

Había captado la situación con mucha rapidez, por ser una niña inocente.

En absoluto –admitió él. Provocativa, no, pero sí inmensamente atractiva.

Ella sacó un cuchillo del aparador y se acercó al fuego. En la cocina reinaba el silencio. Hugo soportó que Chloe abriese la hilera de marcas de la herida con la punta al rojo del cuchillo. Había sufrido cosas peores. Se distrajo concentrándose en la asombrosa competencia de la muchacha. Tenía mano segura, no tenía duda sobre los que estaba haciendo y, si bien intentaba causarle el menor dolor posible, no se arredraba ante lo que debía hacerse.

-¿Tienes coñac para que pueda bañar la herida antes de vendarla? –preguntó ella, levantando la cabeza, con el ceño crispado por la concentración.

-Eso sería un desperdicio –se respaldó en la silla con un suspiro de alivio, ahora que lo peor había terminado-. Me hará mucho mejor ponerlo dentro que fuera.

-¿Bebes mucho coñac? –preguntó ella, seria.

-Tal vez, sí. Encontrará una botella en la biblioteca. Cuando Chloe salió de la cocina, Dante se fue trotando tras ella, y Hugo cerró los ojos intentando olvidar su pierna palpitante y, también, su perturbadora erección. La solución sería una gobernanta y una discreta y elegante casa en Oldham o en Bolton. Deberían existir otras familias en la ciudad, con hijas que estuvieran a punto de ser introducidas en la sociedad de Lancanhire; sería inevitable que Chloe también fuese presentada. No sería Londres, pero ella estaría a salvo de problemas y, si tenía suerte, conocería al pretendiente ideal y él podría librarse de la perturbadora responsabilidad que Elizabeth había depositado sobre sus hombros.

A la mañana siguiente, Chloe despertó oyendo los insistentes maullidos de Beatrice que, parada sobre sus patas traseras, intentaba vanamente descorrer el pestillo de la puerta.

-Eres inteligente –dijo Chole, levantándose de la cama-. ¿Puedes encontrar el camino sola?

Le abrió la puerta.

Sin dignarse a respondes, Beatrice echó a correr por el pasillo, con Dante trotando detrás. El papagayo profirió un grosero saludo desde el alfeizar y esponjó sus plumas. Ella le rascó el copete, y él le dedicó un silbido.

Chloe se puso la enagua, los calcetines y el odioso vestido de sarga. Era de suponer que, si quería agua para lavarse, tendría que ir a buscarla a la cocina. Se cepilló el pelo, comenzó a trenzarlo en forma automática y luego se interrumpió. Ayer, sir Hugo había querido que ella

lo soltara; quizás le gustara así. Y ella había decidido que complacería a su tutor en cualquier cosa que a él le agradase, pues sus planes dependían de la cooperación que él le brindase.

Samuel estaba solo en la cocina cuando ella entró.

-Estoy muerta de hambre –anunció Chloe.

-Dígame algo que yo no sepa –Samuel, que estaba removiendo las ascuas, no levantó la vista-. Creo que encontrará algo en la despensa.

Chloe trajo a la mesa jamón, una hogaza de pan, un cuenco con mantequilla y una jarra con leche.

-¿Ya ha desayunado sir Hugo?

-No, que yo sepa. Vinieron visitas, y él ha salido. ¿Qué le ha pasado en la pierna?

-Dante lo mordió.

Chloe cortó una gruesa tajada de jamón. Al oírla, Samuel se volvió y le clavó la vista con expresión atónica.

-¿Y por qué haría algo semejante? –preguntó, marcando las palabras.

Chloe se alzó de hombros y colocó la gruesa tajada de jamón sobre el pan con mantequilla.

-Fue un simple error.

Sirvió leche en una jarra con pico, y dio un gran mordisco a su bocadillo.

-Extraña clase de error –farfulló Samuel, reanudando su tarea.

Chloe vaciló, pues no sabía si debía seguir explicando. Era evidente que Samuel había sacado sus propias conclusiones, y lo más probable era que se acercasen bastante a la realidad; él sabía lo apegado que estaba Dante a su ama.

Decidió dejar las cosas como estaban y hundió la nariz en el jarro con leche.

-Voy a salir –dijo, al tiempo que dejaba su jarro vacío sobre la mesa.

La muchacha salió de la cocina llevándose lo que quedaba de su bocadillo, con la intención de ver cómo estaban Beatrice y Dante, pero la gata pasó a su lado como una exhalación cuando ella cruzaba el vestíbulo hacia la puerta.

-En un minuto, te daré algo de desayunar –gritó Chloe a la gata, que trepaba la escalera yendo a donde había dejado a su cría.

Beatrice se detuvo en mitad de su trayecto, irguió una oreja y luego continuó su camino.

Chloe se detuvo ante la puerta abierta y miró hacia el patio. Ahí estaba Hugo, conversando con dos hombres a caballo. Reconoció de inmediato al mayor de ellos, y no tuvo dificultad en deducir la identidad de su acompañante, aunque hacía siete años que ella no veía a ninguno de ellos.

Sin soltar su pan con jamón, bajó lentamente los peldaños. Dante cruzó corriendo el patio para saludarla, con la cola en alto.

Jasper Gresham estaba de cara a la entrada y fue quien primero la vio. El era un hombre apuesto, como lo había sido su padre, aunque se advertía cierta pesadez en sus rasgos, un tinte rubicundo en su rostro que daba indicios de una vida disipada. Sus ojos, en cambio, daban miedo. Eran extrañamente claros y superficiales, como si no pudiesen retener una expresión el tiempo necesario para identificarla. Se deslizaban y corrían sobre las cosas sin entregarse nunca; sin embargo, nada se les escapaban.

-Ah –dijo, en tono agradable-, Aquí viene el objeto de esta discusión.

Hugo, con el ceño crispado, se volvió hacia la puerta.

-¿Qué estas haciendo aquí?

Chloe vació en sus pasos ante tan áspero y desconcertante recibimiento. Pero luego, alzó la barbilla.

-Le ruego me perdone, sir Hugo, pero no sabía que el patio era lugar prohibido.

Jasper se adelantó, ante de que Hugo pudiese responderle:

-Bueno, hermanita; cómo ha crecido. ¿Estás bien?

Se bajó del caballo, la tomó de los hombros y le dio un beso en la mejilla.

De pronto, Dante gruñó y Hugo, sin advertirlo, retrocedió un paso. Él conocía a Jasper Gresham. Sabía de qué modo mancillaba a las mujeres. Pero luego se recobró. Nada iba a suceder esa soleada mañana, en el patio de su propia casa, y sobre todo, contando con la presencia de ese perro.

-Muy bien Jasper, gracias –respondió Chloe, cortés, apoyando una mano en la cabeza de Dante, con gesto tranquilizador-. Buenos días, Crispin –saludó al hombre más joven que también había desmontado.

Él también se inclinó y le dio un beso; Hugo vio que ella se ponía rígida aunque toleraba el saludo.

-Chloe, cuánto tiempo hacía que no nos veíamos –dijo Crispin, con una sonrisa que no iluminó sus inexpresivos ojos castaños ni animó sus facciones estólidas.

-Sí –coincidió ella. Retrocediendo.

Dio otro mordisco a su bocadillo de pan y jamón y, al parecer, creyó cumplidas las formalidades, dejando el campo libre a los visitantes.

Hugo reprimió una sonrisa, sintiendo que se desvanecían en un instante su preocupación y su enojo. Chloe no quería a su medio hermano ni a Crispin y lo que había manifestado con insolente claridad, por más que siguiera sonriéndoles vagamente mientas masticaba.

-Espero que vayas a visitarnos a Gresham –dijo Jasper en tono que, ahora, se había tornado cortante-. Somos tus parientes más cercanos, ahora que tu querida madre…

Chloe tragó su bocado.

-No estuviste en el funeral.

-No… yo estaba en Londres.

-Ah –exclamó ella, acompañando el monosílabo con una expresión escéptica de ceja arqueada.

De repente, Jasper se volvió hacia Hugo.

-Este testamento es un absurdo –le dijo-. ¿Podríamos conversar de ello en privado?

-No hay nada que conversar –respondió Hugo-. Scranton lo ha expresado con suma claridad…. A ambos, según tengo entendido. Las mejillas de Jasper se tiñeron de un intenso sonrojo.

-Es indignante, y tú lo sabes, Lattimer. Por el amor de Dios, vayamos adentro.

Hugo negó con la cabeza y dijo, con acento marcado:

-No, prefiero que no, Jasper. No eres bienvenido en mi casa.

El aire pareció restallar. Chloe estaba atónica. Observó a los dos hombres y percibió el odio que circulaba entre ellos. Crispin se había sonrojado tanto como su padrastro, y dio un paso delante de modo que quedaron hombro con hombro.

Hugo siguió mirándolos con calma. Por primera vez Chloe notó lo desarreglado que estaba. Tenía el mentón cubierto de barba crecida, los ojos turbios, las líneas de la cara marcadas a la luz dura del sol matinal. Llevaba la camisa desabotonada en el cuello, las mangas enrolladas hasta los codos. No usaba corbata y sus pantalones de cuero y sus botas eran de granjero.

En contraste, Jasper y Crispin estaban impecablemente vestidos con pantalones de montar de gamo, relucientes botas altas, ceñidas chaquetas de paño fino y sombrero de castor de ala vuelta que ambos habían metido bajo el brazo.

-Estás insultándome –dijo Jasper.

Hugo ejecutó una burlona reverencia y no dijo nada. Sabía que tenía el naipe ganador. No había visto a Jasper desde aquella noche fatídica, y sin embargo, odiaba a ese hombre con la misma intensidad de siempre. Era un embriagador alivio emocional poder dar rienda suelta a ese sentimiento.

-Exijo que mi hermana vuelva conmigo. Ella necesita el cuidado de una mujer; quién mejor que mi esposa, su propia cuñada para dar ese cuidado. Mírala –hizo un ademán despectivo-. ¿Ése es el modo en que una joven debe aparecer en público?

-¿Qué hay de malo conmigo? – preguntó Chloe, abriendo los ojos con aire inocente.

Hugo percibió el matiz de burla en la pregunta, aunque los otros no lo captaron, y no pudo contener una sonrisa.

-Por empezar, tienes un bigote de leche –dijo.

-¡No es cierto! –exclamó ella, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

-Y tienes legañas en los ojos –continuó él, inflexible-. Y barro y paja en el borde de la falda. Aun así, nada de eso requiere una cuñada para remediarlo. Podremos arreglarlo perfectamente nosotros mismos.

-Has arrojado el guante, Lattimer –declaró Jasper en voz baja.

En el patio reinó una atmósfera helada. Hugo hizo otro cabeceo burlón, como admitiéndolo; Chloe comprendió que las pullas acerca de su aspecto desaseado había sido, simplemente, coberturas de cierto conflicto que perduraba entre su medio hermano y su tutor. Y no se trataba sólo del testamento de su madre.

-Ven, Crispin –dijo Jasper con el rostro sombrío mientras volvía a montar. Crispin hizo lo mismo-. Aquí no se termina la cosa, Lattimer.

-Claro, Jasper, me imagino que no –dijo Hugo.

-En cierto modo, no creo que un triste borracho vaya a ser rival para mí –dijo el otro, con crueldad.

Hugo palideció, pero no dijo más que:

-Os deseo buen día, Jasper… Crispin.

Los dos hombres salieron a caballo del patio sin echar una mirada atrás.

Chloe miró a Hugo:

-¿Qué pasa?

Él no aprecio haberla oído. Su boca era una sola línea tensa, sus ojos verdes tenían una mirada remota. Se paso, con gesto ausente, la mano por la barbilla sin afeitar.

-¿Qué dijiste?

-Nada –respondió ella, pues comprendió que el misterio de lo que sucedía entre su tutor y su hermano no se resolvería esa mañana.

Él la miró y sacudió la cabeza.

-En realidad, tienes una traza bastante dudosa, muchacha. No habla muy bien de mi tutoría.

-Bueno, tú tampoco estás demasiado elegante –replicó Chloe-. ¿Acaso has dormido vestido?

-No he dormido –contestó él.

-¿Te dolía la pierna?

-No demasiado –no estaba dispuesto a explicarle los efectos perturbadores de una erección insatisfecha-. Aun en los mejores momentos, duermo poco.

-¿Por qué?

-El sueño de la inocencia.

-El sueño que teje la deshilachada tela de la angustia –lo siguió Chloe, sin dudar-. Pero Macbeth había cometido muchos asesinatos… no es de extrañar que no pudiese dormir. ¿De qué podrías ser culpable tú?

“He matado a tu padre.” Pero eso no era todo. Eran todas las demás cosas. ¿Cuántas de esas mujeres no habían sido partícipes voluntarias de su violación? Ésa era una de las preguntas que lo atormentaban. Stephen había sido capaz de comer chantaje. Había abusado de su propia esposa, la había cohesionado con su brutalidad. No había guardado demasiadas

consideraciones para con las indefensas mujeres de la calle… Las había habido que eran vírgenes…¡No¡ No iba a pensar en todo aquello.

Chloe, alarmada por lo sombrío de su expresión, le tocó el brazo.

-¿Qué te pasa?

-Demonios pintados –pronunció él. Con esfuerzo. Así llamaban ellos a esas odiosas imágenes que bailan sobre los muros de la mente-. Necesito mi desayuno. Y veo que tú ya has tomado el tuyo.

Chloe pensó que debía insistir sobre la cuestión y llegó a la conclusión de que no tenía derecho. Apenas lo conocía.

-Sólo he tomado pan con jamón –dijo, en tono alegre-. Si Samuel va a preparar huevos para ti, yo también quiero.

Algo había en esa muchacha que disipaba sus demonios. Hugo notó de pronto, que su corazón estaba ligero.

-¿Dónde pones todo lo que comes, muchacha?

-No lo sé, pero sí sé que siempre tengo hambre –confesó, acompañándolo a la cocina, con Dante pegado a sus talones-. Me pregunto si Jasper regresará.

-Si lo hace, será despachado en forma sumaria –Hugo echó una mirada al perro y se desentendió del tema. Al parecer, había sido derrotado en esa batalla-. Agua caliente, Samuel: voy a afeitarme.

Se sacó la camisa fuera de los pantalones, la desabotonó y la tiró sobre una silla.

Samuel puso sobre la mesa un cuenco con agua caliente y apoyó un pequeño espejo en una botella de vino vacía.

-El jabón está en la despensa.

Chloe se sentó en el borde de la mesa y contempló a Hugo que afilaba la larga navaja sobre una banda de cuero y se enjabonaba la cara. Sus manos la fascinaban eran bellas y elegantes, con largos dedos sensibles. Por alguna razón, le provocaba un extraño temblor en la boca del estómago.

-¿Qué tienes en el pecho? –preguntó ella de pronto. Había visto el pequeño tatuaje el día anterior, cuando él estaba en la cama-. ¿Es una serpiente?

Los movimientos de Hugo cesaron, pero luego dijo, despreocupado.

-Sí, es una serpiente.

-¿Por qué la tienes?

-¿No t hablaron, en el seminario, acerca de lo vulgar que es la curiosidad? –dijo él-. ¿O de lo incorrecto que es hacer comentarios de índole personal?

-Lo siento –adoptó una actitud abatida-. Me interesa; nunca he visto algo así.

-Más aún, no creo que hayas visto, hasta ahora, a un hombre sin camisa –repuso él con cierta aspereza, trazando un largo surco en la espuma.

-No –admitió ella-. ¿Te la hicieron en la marina?

Hugo suspiró y eligió la salida más fácil:

-Los tatuajes son comunes en la marina. Dime ¿tienes traje de montar?

Comprobó, con alivio, que ella no ponía objeciones al cambio de tema.

-Claro que sí, pero es otro saco.

Ella se humedeció el dedo y adhirió a él las migas que había sobre la mesa.

-Bueno, yo creo que ya es hora de hacer algo al respecto. Iremos a Manchester y veremos si podemos mejorar tu vestuario –él se limpió el jabón de la cara con una toalla y se pasó una mano por el mentón, para comprobar cómo había resultado-. Así está mejor.

Chloe seguía sentado sobre la mesa y él la sometió a una minuciosa inspección visual.

-Pero tú no. Samuel, dale a la muchacha una jarra de agua caliente para que la lleve a la planta alta. Ella necesita una buena lavada.

Samuel llenó una jarra de cobre usando la marmita que estaba sobre el fuego, y miró a Chloe, como evaluando sus fuerzas.

-Será mejor que yo la lleve arriba. Tengo la impresión de que un soplo de viento podría derribarte.

-Soy mucho más fuerte de lo que parezco –dijo Cloe, tendiendo la mano para recibir la jarra-. Puedo extirpar un chancro de la pata de un caballo; una para es pesada para sostenerla.

-Buen dios –murmuró Hugo-, ¿Cómo es que te has convertido en veterinaria?

-Me enseñó mucho el jefe de caballerizos de los establos de Bolton. Yo solía escaparme del seminario los domingos y pasaba el día con él. No era muy querida por eso –añadió.

-Me imagino que no.

-Pero no podían hacer nada para impedírmelo –continuó ella, tan fresca-. Además, en una aldea de Shipton vivía un cazador furtivo. Él me enseñó a tratar a los pájaros y a los animales pequeños.

-Me asombra que las sufridas señoritas Trent te hayan aguantado tanto tiempo –observó él.

-Estoy segura de que se les pagaba muy bien –replicó Chloe, con cierta acritud-. Después de todo, yo pasaba la mayor parte del año allí –levantó la jarra y fue hacia la puerta-. ¿Vamos a ir a Manchester esta mañana?

-Sí, a menos que tú tengas otros planes –respondió él.

-No, no lo creo –dijo Chloe, con burlona solemnidad.

Hugo rió, mientras se preguntaba dónde habría adquirido la muchacha ese sentido del humor. Elizabeth había sido extremadamente seria y Stephen sólo se divertía en situaciones límites.

-Yo tengo que hablar con tus banqueros. ¿A cuánto asciende tu asignación en este momento?

-¿Asignación? –este novedoso concepto dejó perpleja a Chloe-. Jamás he tenido dinero. Si yo quería dinero menudo, la señorita Emily no lo daba. Pero ellas me proveían de los sacos… y en eso no se gastaba mucho dinero.

Hugo se rascó la cabeza.

-No tengo la menor idea de cuál sería la suma apropiada para ti.

Claro que eso dependería de dónde viviese ella. Después de la visita de esa mañana, él ya no pensaba en la posibilidad de instalarla en un establecimiento privado, con una dama respetable como compañera. Y menos aún en uno que estuviese a corta distancia de Shipton pues, en esa circunstancia, ella no podría evitar a su medio hermano y a Crispin.

Ella todavía estaba de pie junto a la puesta, con la jarra de agua en la mano, y él le hizo señas de que se fuera.

-Ve a cambiarte ese vestido, muchacha. Yo lo resolveré.

-Entonces, ¿qué piensa hacer con ella? –preguntó Samuel, cuando la puerta se cerró tras ella.

-Solo Dios lo sabe –repuso Hugo, suspirando-. Has leído mis pensamientos.

-¿Piensas tenerla aquí?

-Por el momento, no veo que haya otra alternativa.

Sin embargo, tendría que haber alguna familia con la que ella pudiese vivir, y que no fuesen los Gresham, pensó él. No era posible que no existiese nadie que se preocupara por ella, por una muchacha de tan tierna edad.

Aquello no podía ser. Pero él sospechaba que así era. Hasta ese punto, la vida de ella había estado condicionada por un pasado disoluto y manchado de sangre, un pasado en el que él había tenido un papel importante. Y ahora, ese pasado clamaba venganza.

Capítulo 5

-Tienes buen aspecto –exclamó Chloe, admirada, cuando salió al patio media hora después.

Su tutor había cambiado su vestimenta de grajero por una corbata, pantalones de ante y botas altas.

Hugo, a su vez, observó con una mueca el traje de montar de sarga marrón de la muchacha.

-Quisiera poder decir lo mismo de ti, muchacha. ¿Toda tu ropa es de ese color lamentable?

-Si –respondió ella, despreocupada, mientras examinaba con ojo crítico el pony gris manchado que Billy tenía del cabestro -¿Yo voy a montar el pony?

-No puedo hacerte montar en uno de mis caballos de caza –dijo él-. La única alternativa es Dapple.

-Oh –exclamó ella, y dio una vuelta alrededor del pequeño y gordo animal-. La yegua que yo montaba en aquel establo para coches que te conté era de gran alzada.

-El más pequeño de mis caballos de caza es demasiado alto –dijo Hugo-. Y éste es el que vas a montar –la tomó por la cintura y la depositó sobre la montura-. Una vez que estés asentada en algún lugar, compraremos un buen caballo para ti.

-Ah –dijo Chloe-. Bueno, permíteme que te cuente cuál es mi plan en ese aspecto.

Hugo montó un flaco caballo castrado y echó a la muchacha una mirada de reojo. Ella, por sumarte, le dirigió una sonrisa radiante. Otra vez, llevaba el pelo trenzado, pero no estaba tirante hacía atrás con antes; unos mechones dorados escapaban por debajo de un horrible sombrero de fieltro. “Tal vez esté perdiendo la razón”, comenzó a pensar Hugo, al notar que una cantidad de imágenes impropias colmaban su cabeza.

Hundió los talones en los flacos de su caballo con abrupta presteza y salió al galope, delante de ella para pasar a través del arco de entrada que daba al camino exterior.

El pony de Chloe lo siguió con un andar bamboleante que auguraba una lenta cabalgada. Dante a quien Billy sujetaba con firmeza, alzó la cabeza y rompió a aullar cuando vio desaparecer a su ama.

-Mi plan –empezó Chloe desde atrás de Hugo-. ¿No quieres escucharlo?

El aminoró la velocidad para que ella pudiese alcanzarlo. Hasta el momento, los planes de ella no lo habían impresionado por su practicidad.

-No tengo particular interés, si se asemeja a tus anteriores propuestas –dijo él-. Pero estoy seguro de que lo oiré, lo desee o no. Esa repuesta tan poco entusiasta no arredró a Chloe.

-¿Tu posees una casa en Londres?

-Sí, pero esta inhabitable –respondió él

-Con dinero, podría hacérsela habitable, ¿no es así?

-¿Adónde diablos quieres llegar?

Él se volvió para mirarla, y vio que la luminosa sonrisa persistía.

-Bueno, es sencillo –repuso ella-. Necesitas una esposa….

-¿Que necesito qué? –exclamó él.

Su caballo resbaló en la grava.

-He llegado a la conclusión de que eso es lo que necesitas –confirmó ella-. Alguien que t cuide como es debido. Yo siempre sé cuándo las personas necesitan ser atendidas –concluyó, muy seria.

Hugo pensó si ella sabría diferenciar entre personas y animales.

Cuando ella vio que el silencio atónito de él persistía, prosiguió:

-Si tuvieras una esposa, estoy segura de que podrías volver a dormir bien; tendrías a alguien que administrara tu hogar y se ocupase de que estuvieras cómodo. Y sí ella fuese una mujer de fortuna, sería perfecto… ya que tú no tienes mucho dinero, por lo que he visto.

Lo observó con la cabeza ladeada, como evaluando su reacción y diagnóstico y la prescripción que ella había dado.

-¿Y dónde encontraré semejante paradigma? –preguntó Hugo sin saber si reírse o regañarla por su impertinencia.

-En Londres –dijo Chloe, como si fuese evidente-. Donde también yo encontraré a un esposo que me permita tener libertad. He decidido que, cuando me case, voy a conservar el control de mi fortuna. ¿Se puede hacer eso?

El brusco cambio de tema confundió de tal modo a Hugo que se sorprendió respondiéndola, como si hubiera sido una pregunta sensata cuando, en realidad, no lo era.

-De acuerdo con la ley; tu marido controlaría tu fortuna –respondió-. Pero se conocen excepciones.

-Ya que tú eres mi tutor, ¿podrías asegurarte de que sea así?

¿De dónde habría sacado ella esas ideas peregrinas? Un tanto divertido, le contestó: -Sí, puedo, siempre que demos por cierto que ese posible marido acepte tal condición para casarse contigo.

-Oh, yo espero que sí –dijo ella con altivez-. Yo compartiré mi fortuna con él. Y si él guardase alguna semejanza con el cura, el hijo del carnicero o el sobrino de la señorita Anne, nada lo detendría a la vista de semejante perspectiva.

Esa afirmación tan aplomada provocó un temblor en los labios de Hugo. Si sus antiguos enamorados habían perdido la cabeza por ella viéndola con esos vestidos mal cortados, de sarga castaña, no hacía falta mucha imaginación para imaginar el efecto que causaría cuando estuviese ataviada como debía ser. Empezaba a comprender que la señorita Gresham no era tan ingenua como él la había creído…. O como ella había decidido mostrarse hasta entonces.

Ésa sí que era una idea interesante.

-De todos modos, mi plan consiste en que vayamos a Londres; así podré hacer mi iniciación en sociedad, y tú hallar una esposa y yo un marido conveniente –concluyó.

-Si dejamos de lado los planes que yo pudiera tener con respecto a mi vida –dijo él, aún con cierto humor-, ¿cómo piensas que deberíamos establecernos en Londres?

-En tu casa, claro. Podríamos emplear mi fortuna para hacerla habitable y para pagar mi presentación que, según tengo entendido, es muy costosa ya que es necesario encargar un vestido para la corte y un baile de presentación y todo eso.

Hugo aspiró una honda bocanada de aire.

-Niña mía, hay un calificativo muy feo para el individuo que utiliza la fortuna de su pupila.

-¡Pero lo que yo te propongo es completamente diferente! –exclamó ella-. Estaríamos usando mi dinero en beneficio mío. Yo necesito tener un sitio donde vivir una presentación. Éste es el modo más sencillo de hacerlo y si, de paso, te beneficias también a ti pues, mucho mejor.

La paciencia de Hugo se esfumó junto con su sentido del humor.

-Nunca había oído tanta idiotez –afirmó-. No tengo la menor intención de ir a Londres; si tú deseas hacerlo, tendrás que conseguir un acompañante aceptable.

-Pero si tú eres un acompañante aceptable.

-No lo soy. Y, aunque quisiera serlo, esto es absurdo. Para ingresar en los círculos más elevados necesitas la compañía de una dama respetable.

-¿Tú no tienes acceso?

-Ya no –dijo él-. Y si oigo una sola palabra más con respecto a esta idiotez, pasarás el resto de tu tutoría vestida de sarga marrón.

Allí, en el patio, Dante seguía aullando. Lo habían atado a la bomba para impedir que siguiera a su ama y estaba tan desesperado que estiraba su correa casi hasta el punto de ahogarse.

Un hombre con ropa de trabajador entró en el patio.

-¿Qué le pasa?

-Que no puede estar sin la señorita –dijo Billy-. ¿Se te ofrece algo?

-Trabajo esporádico –respondió el hombre, sin dejar de mirar al perro con interés-. ¿Qué pasaría si lo soltaras?

-Apostaría a que iría corriendo tras ella. Tendrías que haberlo oído anoche, cuando el patrón no quería dejarlo entrar en la casa.

-Debe de estar muy apegado a ella –reflexionó el trabajador-. A veces pasa eso.

-Sí –admitió Billy-. Si quieres trabajar, tendrás que hablar con Samuel. Él debe estar en la cocina. La puerta del fondo es por ahí –dijo, señalando con la barbilla hacia la parte de atrás de la casa.

-Gracias, muchacho.

El hombre fue en la dirección indicada.

Cuando ellos entraron en la ciudad de Manchester, Hugo condujo a su pupila al George & Dragon, donde dejaron a sus caballos.

-Primero, iremos a ver a los banqueros –dijo Hugo, mientras sus caballos eran llevados al establo.

-¿Ya mismo?

Chloe echó una mirada anhelante hacia la puerta abierta de la posada, de donde emanaban los aromas más apetitosos.

-Sí… ¿por qué? ¿Cuál es el problema?

-Tengo hambre –dijo ella-. Y ahí hay algo que huele de maravilla.

Hugo suspiró.

-Ah, claro, no has comido huevos, ¿no es cierto? Ahora mismo te conseguiré un pastelillo de carne o algo así.

Y salieron del patio de la posada, en dirección a la calle, ella delante impulsada por él.

En la plaza de la ciudad se veía una tropa de hombres en ropa de faena, marchando y girando a las órdenes de un sargento instructor. Se había juntado una muchedumbre para observarlos y dar gritos de aliento y hacer alegres bromas cuando los que marchaban, se pisoteaban entre sí, perdían el compás y deshacían la fila o daban un salto para ponerse a la par de sus vecinos.

Chloe dio unos brincos para poder mirar por encima de las cabezas de los espectadores.

-¿Para qué es?

Un hombre, que llevaba un insólito sombrero blanco de copa, se volvió hacia ella.

-Están preparándose para cuando hable el orador Hunt, señorita –dijo, en el tono de una persona culta-. Los reformistas lo han invitado a pronunciar un discurso en una reunión sobre el voto universal, el mes próximo. Esperan que asista una gran multitud y los organizadores han pensado que sería ordenado si entrenaban grupos de participantes por adelantado.

-Es muy probable que un entrenamiento de tan marcado aspecto militar alarme a las autoridades –dijo Hugo con expresión sombría, al tiempo que sacaba un frasco del bolsillo de su chaqueta-. Más parecería que esos hombres están siendo instruidos para ejercer resistencia armada que para cualquier otra cosa.

Dio un sorbo a su provisión de coñac de emergencia.

La mirada de los claros ojos grises del otro hombre se aguzó

-Es de esperar que no haya nada que resistir, caballero. Si las autoridades son sensatas, esto transcurrirá tan apaciblemente como una misa de Navidad.

-Tengo poca fe en el sentido común de los funcionarios cuando se exacerba el temor que sienten ante una turba enardecida –dijo Hugo, guardándose el frasco en el bolsillo-. Ven, Chloe

La tomó del brazo y la alejó de la multitud.

-¿Quién es el orador Hunt?

-Henry Hunt, un fogoso radical –explicó Hugo-. Es un agitador político, profesional; en los que concierne a las autoridades, cada vez que se dirige a una multitud, pone el país un poco más cerca de la revolución y de la guillotina.

-Ah, entiendo –el ceño de Chloe se arrugó-. En ese caso, quizás deberían escucharlo y hacer algo al respecto. Hugo se echó a reír.

-Dulce criatura, esa visión de las cosas es de la que más utópico he oído.

Como su risa no tenía nada de riguroso, Chloe no se ofendió; al contrario, le sonrió y pasó su mano por el brazo de él.

Hugo contempló su cara vuelta hacia él y sintió como si le hubiesen asentado un puñetazo en el plexo solar. Era absurdo. ¿Cómo era posible que tuviese semejante afecto sobre él? Si no era más que una niña bonita que se acercaba a la plena feminidad. "¿Y no sería maravilloso hacerla traspasar el umbral?" ¡Por Dios, esa clase de pensamientos lo llevarían derecho al manicomio!

-¿Ese niño vende empanadas?

Esa pregunta prosaica lo hizo volver a la realidad. Aliviado por la distracción, apartó la vista de ella y miró.

Un muchacho que empujaba una carretilla voceaba su mercancía con un sonsonete incompresible. Pero el olor era suficiente para identificar lo que vendía; él lo mantenía tibio sobre la parrilla bajo la cual había un lecho de carbones encendidos.

Hugo compró una humeante empanada de carne y luego, ya disipada toda idea de seducción, observó, divertido, a Chloe que, de pie en una esquina, mordía su empanada.

-¿Está buena?

-Deliciosa. Estaba a punto de desmayarme de hambre.

-Bueno, podríamos ir comiéndola mientras andamos.

Chloe asintió, contenta con la boca llena. El señor Childe, del banco del mismo nombre, saludó a Hugo con una profunda reverencia e indicó su oficina privada.

-Si la señorita Gresham quiere esperar en la antesala, haré que el empleado le sirva el té –dijo, dedicando una sonrisa benigna a la muchacha de horrible atuendo escolar.

-Oh, no –repuso Chloe-. Yo quiero saber todo lo que se refiere a mi fortuna. Y no necesito té… gracias –recordó agregar.

El señor Childe se quedó estupefacto.

-Pero… pero… no creo que tengas interés en fondos y porcentajes, mi querida. Para las jóvenes damiselas todo esto suele resultar muy aburrido. Sin duda, podremos encontrar un

periódico para que hojees mientras esperas… -hizo un cabeceo entusiasta-. Estoy seguro que las últimas modas serán muchos más entretenidas para ti que nuestra tediosa conversación.

-No, no lo creo –repuso Chloe con dulce sonrisa-. La moda no me interesa en absoluto, pero me importa saber qué sucede con mi fortuna –procedió a explicarle con amabilidad-: es que tengo la intención de administrarla yo misma cuando me case y, por eso, debo conocer todo lo necesario, ¿sabe usted?

El señor Childe se quedó boquiabierto. Pensó en recurrir a sir Hugo, que estaba mirando por la ventana, sin preocuparse por la herejía que acababa de cometer su pupila.

-Estoy seguro de que no, ¿verdad, sir Hugo?

-Eso depende, más bien, del marido en cuestión –respondió Hugo-. A mi juicio, es un poco prematuro especular acerca de un marido, teniendo en cuenta que no asoma el posible caballero por el horizonte. Aun así, la muchacha quiere estar presente, yo no veo inconvenientes. Si llegara aburrirse, la culpa sería de ella, y si aprende algo, no veo que haya nada de malo en ello.

Puso una mano en la espalda de ella, entre los omóplatos, y la hizo entrar antes que él en la oficina del banquero.

A Chloe se le ocurrió pensar que ya estaba acostumbrándose a esa forma de propulsión, y se preguntó por qué razón no la irritaba.

Escuchó atentamente la conversación entre los dos hombres, con respecto a las complejidades de los asuntos financieros. Hugo se mostraba paciente con sus interrupciones, pero el señor Childe iba sintiéndose cada vez más fastidiado hasta que, al fin, cuando Chloe interrumpió una explicación particularmente intrincada, Hugo le indicó, con un ademán, que guardara silencio.

-Reserva tus preguntas para después, muchacha. Si no, estamos aquí toda la tarde.

-Después, ¿tú podrás responderlas?

-Lo intentaré.

-Pero…

-Ya es suficiente, Chloe.

Esa severidad la llamó a la obediencia; accediendo, ella entrelazó sus dedos sobre el regazo y cerró la boca.

Hugo le dirigió una mirada de reojo: ella tenía expresión ofendida pero él no tenía intenciones de alentarla a que volviese a interrumpir.

-Una última cuestión, sir Hugo. ¿Continuará usted con su pago anual a sir Jasper Gresham? –preguntó el banquero, apoyando las manos sobre un fajo de documentos que había en el escritorio.

-¿Qué?

Esta exclamación de Chloe pasó sin ser observada.

-Durante los últimos diez años, lady Gresham nos había dado instrucciones de pagar a si Jasper tres mil libras por año –el banquero dirigió esta información a sir Hugo, con tono cortés-. En el testamento de la señora no había instrucciones para nosotros en el sentido de que continuásemos con esos pagos.

De modo que así era como Elizabeth se había protegido, ella y su hija, de los Gresham. Hugo tamborileó con las puntas de los dedos mientras todas las piezas iban colocándose en su lugar. Tres mil libras al año era una bonita suma; Jasper no tomaría a bien dejar de recibirlas.

-¿Para qué le pagaba mi madre?

-¿Cómo puedo saberlo? –mintió Hugo.

No podía decirle: “para tu seguridad”, aunque estuviese seguro de que eso habría sido lo que más importaba a Elizabeth.

Jasper debía de haber intentado controlar la fortuna de la heredera de su madrastra. Mientras Elizabeth flotaba en la niebla de láudano, él podría haber llevado a vivir a Chloe

bajo su propio techo y ejercido su persistente influencia sobre la niña. La habría casado con Crispin a los dieciséis años. Lo quisiera ella o no. En cambio, de esta forma Elizabeth se las había ingeniado para proteger a su hija hasta que llegase a la edad adulta alejándola por completo de Shipton y sobornando a Jasper. Sin duda, habría abrigado la esperanza de que, si Chloe llegaba a adulta sin contacto, sin temerle, tendría fuerza suficiente para resistir la presión que él ejercería sobre ella cuando su madre ya no existiera.

Y, para brindarle otra ventaja más, Elizabeth había apelado al recuerdo de un antiguo amor y a la obligación que éste debía sentir hacia ella; de ese modo, había puesto al mayor enemigo de Jasper del lado de su hija.

-No –dijo él-, si Lady Gresham no dejó ninguna instrucción, los pagos deben cesar.

-Muy bien –aprobó Chloe-. No veo por qué Jasper debe recibir mi dinero.

-Lo que dices es innecesario –dijo Hugo, contenido, al ver que el banquero se escandalizaba cada vez más ante la conducta de esa joven tan poco propia de una dama.

A decir verdad, Elizabeth habría contribuido a que él pudiese cumplir con la tarea que le había impuesto si hubiese logrado enseñar a su hija algunos modales convencionales.

Se puso de pie.

-Bien, creo que eso es todo, señor Childe. No le robaremos más tiempo.

-¿Y qué hay con respecto a mi asignación? –recordó Chloe

Hugo frunció el entrecejo y dijo, por encima de su cabeza:

-Creo que serán suficiente cien libras por trimestre.

-¡Cuatrocientas libras por año! –exclamó la muchacha-. Y Jasper estaba recibiendo tres mil de un dinero que ni siquiera era suyo.

Dio la impresión de que los ojillos del señor Childe iban a escapársele de la cara.

Hugo sintió que Chloe tenía razón, por más reprensible que fuese su forma de decirlo pero, a pesar de ello, se apresuró a decir:

-Discutiremos eso más tarde. Ven.

Extendió la mano al banquero a modo de despedida y tiró de Chloe con la otra. Para alivio. Para su alivio, ésta se despidió con gran gentiliza y agradeció al banquero la atención dispensada, disculpándose por haberlo molestado.

Era difícil resistir su sonrisa, y el señor Childe se ablandó un tanto. Le palmeó la mano y los acompañó hasta la puerta.

-¿Informará a sir Jasper que se producirá un cambio en los pagos, sir Hugo?

Hugo negó con la cabeza. No pensaba tener tratos de ningún tipo con el hijo de Stephen.

-No, haré que el abogado Scranton le notifique.

Ya fuera, Chloe repitió:

-¿Por qué mamá ha dado tanto dinero a Jasper? Ella lo detestaba.

-No tiene importancia –dijo su acompañante, echando a andar por la estrecha calle adoquinada.

-¿Estas enfadado? Dijo Chloe, mirándolo, con un atisbo de ansiedad que oscurecía sus ojos azules-. Sé que no debería hacer dicho eso de Jasper y supongo que tampoco debería haber objetado mi asignación, pero todo eso me tomó por sorpresa.

-En el futuro deberé procurar que estés a salvo de sorpresas –repuso él con sequedad-. Childe estaba escandalizado, y yo lo comprendo.

-Yo sólo estaba expresando mi opinión.

-Hay determinadas opiniones que no deben ser expresadas ante extraños, por legítimas que sean.

-Ah, eso significa que estás de acuerdo conmigo –dijo, festejando su triunfo con un pequeño salto.

Él ahogó una sonrisa y sorteó una pila de excrementos que había en una zanja.

-Eso no tiene nada que ver. Como sea, no vas a recibir una asignación de tres mil libras, de modo que ni lo pienses.

-Pero, en Londres, además de mantener un guardarropa tendré que mantener a mis caballos.

Hugo se detuvo cando salieron del estrecho callejón hacia una calle más transitada y ancha.

-Ya te he dicho que no quería oír hablar más de eso –afirmó-. ¿Vamos a ir a la sombrerería o no?

Chloe supo que no ganaría nada con privarse de su ropa nueva. Entonces, se alzó de hombros, sonrió y dijo:

-Vamos, por favor.

Hugo le lanzó una suspicaz mirada de reojo y ella la retribuyó con una enceguece dora sonrisa, cargada de tanta inocencia que él se convenció de que sus sospechas eran justificadas. Resignado, meneó la cabeza y reanudo la caminata.

Las sombrereras y modistas de la ciudad estaban todas reunidas en una sola calle. Si bien Hugo no era un cliente frecuente de tales tiendas, había vivido toda su vida en Manchester y conocía los nombres de las más famosas; había una de ellas, en particular, que le interesaba. Chloe, por su parte, estaba profunda e indiscriminadamente fascinada por todo lo que exhibían los escaparates con arcada. Brincaba de un lado al otro de la calle atrayendo la atención de él hacia cada vestido y cada sombrero que atrapaba su vista.

Para consternación de Hugo, comprobó que la muchacha no tenía la menor idea de lo que era de buen gusto o apropiado. Lo oyó elogiar, extasiada, un vestido de sangalete violeta, bordado con falsos zafiros y un sombrero de tul de proporciones monstruosas, y supo que debería modificar sus planes para esa tarde.

Había pensado dejarla a cargo de la modista mientras él buscaba el alivio líquido que tanto necesitaba en una taberna cercana, Ahora, se le hacía evidente que no podía confiar en el juicio de ella y, sabiendo lo testaruda que podía se, estaba seguro de que la modista no podría orientarla en su elección. La botella de borgoña tendría que esperarlo.

Se fortaleció una vez más, recurriendo al frasco de emergencia, y entró por la puerta de un discreto establecimiento que exhibía, en su escaparate, un delicado vestido de muselina adornado con pequeñas ramas.

-Adentro.

-Eso tiene un aspecto bastante común –dijo Chloe, frunciendo la nariz-. Preferiría, más bien, la otra tienda. Ésa donde estaba el redingote rojo fuego.

-Si, me imagino. Pero, aun así, vamos a entrar aquí. Con una mano en la parte baja de la espalda, la hizo trasponer la entrada.

Al oír la campanilla, la modista emergió de la trastienda. Sus agudos ojos negros examinaron a Chloe, y adivinaron, bajo el espantoso vestido de sarga, la belleza que se ocultaba. Ella saludó con la cabeza al caballero, y trató de evaluar su importancia: difícil saberlo. Estaba respetablemente vestido, la tela de su ropa era de buena calidad, pero no mostraba signos evidentes de riqueza. Ni alfileres de corbata con gemas, ni cadenas de reloj o sortijas. Se veía que era de la clase de hombre a quien le agradaban las jóvenes cuando se trataba de elegir a una querida. Sin embargo, esta dama tan joven era un diamante de primer agua.

Madame Letty preguntó, sonriente, en qué podría servirlos. Su sonrisa adquirió un matiz de cálculo cuando el caballero le informó que, para empezar, necesitaban un traje montar y dos vestidos de tarde, por lo menos.

-¿Cómo para una debutante? –preguntó, cabeceando con aire satisfecho.

Esto prometía ser una transacción lucrativa. Los tutores no acostumbraban acompañar a sus pupilas a hacer las compras pero, en lo que tocaba a las ganancias, la naturaleza de la relación no tenía importancia.

-Así es.

Hugo tenía una idea bastante aproximada de la deducción que la modista debía de haber hecho con respecto a sus clientes pero, en tanto ella conociera su oficio, era libre de pensar lo que le diese la gana.

Madame Letty llamó en tono perentorio y entró en la tienda una niña de unos treces años. La niña hizo una reverencia y retorció sus manos enrojecidas por el trabajo, manteniendo la vista baja. A una orden de su patrona, fue a buscar vestidos a la trastienda y los expuso a la inspección de los clientes.

Chloe se mantuvo indiferente. Los vestidos de tarde eran todos de muselina con delicados dibujo o de cambray, de escotes recatados, bordeados con encaje. Atrajo su vista algo que había en un exhibidor, en un rincón del salón. Abandonó lo que estaba mostrándole y fue hasta el exhibidor, de donde sacó un vestido de tafetán azul pavo real, abundantemente adornado con hijo de plata.

-Éste es precioso –lo sostuvo frente a ella-. ¿No es el vestido más hermoso que existe?-acarició la tela con sus manos-. Me encanta cómo brilla a la luz.

Hugo se encogió, y madame Letty carraspeó. La pequeña dependienta se tapó la boca con una mano para ocultar una sonrisa.

-En mi opinión, la señorita se sentirá más cómoda con los de muselina –dijo madame.

Oh, no, no quiero ninguno de esos vestidos tan sosos –declaró Chloe, haciendo un ademán despectivo hacia los vestidos que estaban ofreciéndole-. Me gusta éste. Quiero algo que destaque.

-Bien, no cabe duda de que lo lograrás con ése –dijo Hugo.

La modista miró al caballero como pidiéndole ayuda, y éste hizo un mínimo gesto de asentimiento. Con evidente renuncia, la mujer indicó un probador.

-Si la señorita tiene la amabilidad de pasar por aquí, Mary la ayudará.

Hugo se sentón en un sofá y esperó a que apareciera el esperpento. Abrigaba la remota esperanza de que, cuando Chloe viese lo ridícula que quedaría con ese vestido destinado a las pretensiones de una ramera de clase alta, el conflicto se resolvería solo.

La esperanza no cristalizó. Chloe salió del cuarto de vestir radiante, y cruzó corriendo hacia él.

-¿No es encantador? Me siento grandiosa –hizo unos giros ante el espejo de cuerpo entero-. Está un poco grande, pero estoy segura de que se puede modificar –frunciendo un poco el entrecejo, acomodó el escote-. Es demasiado revelador, ¿no es cierto?

-Demasiado –declaró Hugo.

-Podría usarlo con un chal –propuso ella, con gesto alegre-. Voy a comprar este vestido. Ah, hay algo que quedará hermoso con esto: ese sombrero de tul que vimos en la sombrerería, en esta misma calle.

Hugo cerró los ojos y oró, pidiendo fuerzas.

-Con ese sombrero tendrás la apariencia de una calabaza aplastada. Es demasiado grande para tu cara.

Chloe adoptó una expresión consternada.

-Estoy segura de que no será así. ¿Cómo puedes saberlo, hasta que no me lo haya probado?

En cierto modo, Hugo había considerado como una verdad de Perogrullo que las mujeres nacía con el sentido de la elegancia, así como nacían con cinco dedos en cada mano y otros cinco en cada pie. Pero acababa de descubrir que ése era un talento que se adquiría… y

que esta niña, casi huérfana de madre, y que había crecido usando toscos vestidos de sarga, no había tenido oportunidad de adquirirlo tras los altos muros del seminario.

Esa situación exigía medidas drásticas. Él se puso de pie.

-¿Nos disculpa un minuto? –pidió a madame Letty-. Me gustaría hablar a solas con mi pupila.

La modista hizo salir a la criada del salón y Hugo aspiró una bocanada de aire. Chloe lo miraba con expresión atenta e interrogante.

Él se acercó a ella, la tomó de los hombros y la hizo volverse de frente al espejo.

-Y ahora, escúchame, muchacha. Este vestido está hecho para una mujer que vive en la calle Quay.

-¿Qué clase de mujer vive en la calle Quay? Lo miró, ceñuda, a través del espejo.

-Las prostitutas- respondió él, sin rodeos y vio que los ojos de la muchacha se agrandaron-. Mírate.- Pasó la mano alrededor y tironeó del flojo escote. Cuando su brazo rozó el pecho, él hizo una brusca inspiración, pero continuó-: para usar un vestido como éste necesitas estar más generosamente dotada de lo que tú estás. Además, tendría que pintarte la cara, usar muchas joyas falsas y tener diez años más de los que tienes, por lo menos.

Chloe puso cara larga.

-¿No te gusta?

-Eso es decirlo con delicadeza. Es una prenda del peor gusto y te da una apariencia ridícula.

Supo que había sido brutal, pero lo creyó necesario.

Chloe se mordió el labio e inclinó la cabeza para mirarse en el espejo.

-Estaría mucho mejor con los zapatos y el sombrero apropiados. Hugo cerró los ojos y elevó otra ferviente plegaria. Apoyó suavemente las manos en los hombros de ella.

-Chloe, si no puedo convencerte, voy a ejercer mi derecho de tutor: voy a ordenártelo.

-¿Eso quiere decir que no podré llevármelo?

Alzó el mentón y sus ojos se oscurecieron de cólera.

-Eso es lo que quiero decir, ni más ni menos –empezó a desabotonarlo rápidamente-. Pruébate uno de los otros y estoy seguro de que verás cuánto más bonita estás.

-No me gustan los otros –dijo ella-. Quiero tener un aspecto diferente, no común.

-Mi querida niña, no existe ninguna posibilidad de que tengas un aspecto común –afirmó él con convicción.

Ella siguió mirándolo por el espejo, midiendo la fuerza de su resolución, como había hecho la noche anterior en el establo. Sólo que, esta vez, ella no tenía el naipe ganador en la manga.

-Estoy resuelto, muchacha –dijo él con suavidad-. Y no cambiaré de idea aunque me dispares esas miradas matadoras

Se dio la vuelta hacia los vestidos que había sobre una silla y los examinó rápidamente.

-Éste armoniza con tus ojos –dijo, tratando de engatusarla, sosteniendo en alto un vestido de muselina con un cinturón de color aciano y cintas del mismo color.

-Es tan remilgado… -murmuró Chloe.

-Es tan apropiado… -replicó él, y llamó a la modista-. La señorita Gresham se probará éste.

Chloe apeló a su mejor buena voluntad y accedió a que le quitaran el vestido de tafetán azul brillante y a ponerse el de muselina. Madame Letty le ató el cinturón en torno de su estrecha cintura y dio un paso atrás, sonriente.

-Hermoso –dijo la mujer-. Mary, trae ese sombrero de paja, el que tiene las cintas del mismo color. Con él, estarás exquisita.

Chloe no estaba convencida, salió cariacontecida del vestidor para que su tutor la viera.

El rostro de Hugo se iluminó con una sonrisa que fue creciendo a medida que la contemplaba.

-Ven aquí –la llamó y la hizo volverse, de nuevo hacia el espejo-. Y bien, muchacha, ésta es una imagen que deleitaría hasta al ojo más ahíto.

-¿En serio?

Chloe echó una mirada nostálgica al vestido de tafetán.

-Créeme.

Una hora después, cuando salieron de la tienda de madame Letty, Chloe poseía tres vestidos, una capa de terciopelo, el sombrero de paja y un traje de montar de buen corte, hecho de paño azul. Hugo lo había permitido comprar un tricornio con una pluma plateada para usar con el traje pero, por lo demás, había orientado a la selección con mano de hierro. Chloe caminaba en silencio cuando iban de regreso al George & Dragon, y Hugo se esforzó por imaginar algo que la compensara de su decepción.

De repente, Chloe desapareció de su lado. Exhaló un grito de indignación, se precipitó hacia la calle y pasó ante un carrocín tirado por dos caballos en fila, conducido por un joven elegante vestido con una chaqueta de viaje por cuyos ojales pasaba una docena de puntas de látigo.

El caballo líder retrocedió, resoplando, cuando Chloe se agachó, saltó hacia un costado y se abalanzó hacia el centro de la calle atestada de tráfico.

Sin mirar al conductor, Hugo aferró los arneses del líder, que sacudía la cabeza y, al mismo tiempo, escudriñó la calle buscando alguna señal de Chloe. El joven lanzó una andanada de improperios.

-Por el amor de Dios, hombre, deja de maldecir y ocúpate de tus caballos –dijo Hugo, impaciente, mientras seguía buscando con la vista a Chloe entre la creciente muchedumbre, pero sin soltar al caballo.

El conductor no respondió e hizo restallar su látigo en la oreja del líder. El caballo se lanzó hacia delante y Hugo se hizo a un lado justo a tiempo, dando un salto. En el mismo instante, reconoció las impávidas facciones y los inexpresivos ojos castaños del conductor: Chloe había cruzado frente a los caballos de Crispin Belmont.

Hugo observó el avance del carrocín por la empinada calle, bajo la guía de su malhumorado cochero. Quizá no fuese hijo de nacimiento de Jasper, pero no cabía duda de que había heredado de él su temperamento. En el lado opuesto del camino se había reunido una pequeña multitud y se oían voces airadas que discutían con vehemencia. Hugo cruzó la calle, animado de un sombrío presagio, u se abrió paso a empujones.

El presagio se justificaba. Chloe no guardaba ninguna semejanza con la abatida muchacha de la tienda. Como una diminuta incendiaria, estaba sermoneando a un hombre corpulento, sentado en el pescante de un carro cargado de nabos.

A Hugo le bastó con echar una mirada al caballo atado entre las varas para comprender lo sucedido. El animal tenía un aspecto penoso, con la cabeza caída, la piel surcada de cicatrices de viejos latigazos, mamando sangre de cortes recientes, las costillas visibles, el pecho agitado por el esfuerzo que le exigía su viaje cuesta arriba.

-¡Bruto! Lo denunciaré ante las autoridades –vociferaba Chloe. Pese a su furia, desenganchaba con manos seguras y eficientes las correas del arnés del animal-. ¡Tendrían que ponerlo en la picota!

Ella le quitó el freno y lanzó otra andanada de reproche al ver el estado de la boca del animal, lastimada por crueles tirones de las riendas.

El vendedor de nabos se bajó del carro de un salto, que asombrosa agilidad por tratarse de un sujeto tan robusto.

-¿Qué diablos estás haciendo?

Aferró el brazo de Chloe. Ella giró como un trompo y le dio un puntapié en la ingle.

Los curiosos lanzaron una exclamación al ver que el hombre se doblaba como si se hubiese quedado sin aliento. Chloe se volvió otra vez hacia el caballo y soltó la cincha.

-¡Chloe! –gritó Hugo en voz enérgica.

Ella alzó la vista, impaciente, y él vio que, en ese momento, a ella no le importaba otra cosa que el caballo. No pensaba en sí misma, en la impresión que podía estar causando enla asombrada multitud.

-Dale algo de dinero a este hombre –dijo ella-. Voy a llevarme este caballo. Aunque ha abusado de manera espantosa de esta pobre bestia, no sería justo quitárselo sin compensación.

-¿Tú espera que yo…?

-Sí, claro –interrumpió ella-. ¡El dinero no es tuyo; es mío!

Ya había terminado de soltar al animal y ahora estaba sacándolo de entre las varas, acariciándole el cuello flaco. Los curiosos cuando el dueño del animal, que estaba acuclillado por el dolor, intentó enderezarse.

-¡Si tú te llevas mi caballo…!

Desistió, jadeando. La gente empezó a murmurar, y la simpatía por uno de los suyos comenzó a tomar el lugar de la curiosidad.

Sin demoras, Hugo metió la mano en el bolsillo y arrojó dos soberanos de oro al suelo, entre los pies del hombre. El decrépito animal daba la impresión de no poder pasar de esa noche pro, aunque así fuese, la turba se pondría del parte del dueño del caballo, y él tenía que sacar a Chloe de ahí sin daño.

-¡Muévete! –ordenó, en voz baja.

Chloe lo entendió y condujo a su lamentable botín entre la gente mientras aún miraba con asombro las monedas.

-Gracias –dijo ella, un poco tarde, cuando ya habían llegado al otro lado de la calle.

-Oh, no me lo agradezcas –respondió él arqueando una ceja con expresión irónica-. Según recuerdo, el dinero es tuyo.

-¿Para qué me serviría si no pudiera usarlo como yo quiero? –preguntó ella, acariciando dulcemente el cuello del caballo con una mano.

“Por ejemplo. Los vestidos de tafetán y los sombreros de tul”, pensó Hugo. El patético animal maltratado era una justa compensación por el vestido de prostituta. Con todo, no estaba seguro de querer volver a pasar un día como ése. Su impredecible pupila era una compañía agotadora. Y él aún no había tomado contacto con un trago decente.

Sin embargo, su ánimo no estaba preparado para aventurarse a pasar un rato en el George & Dragon mientras ella se expusiera a encontrar otra cosa que llamara su atención en esa ciudad llena de potenciales victimas. Olvidando su medicina, se apresuró a regresar al hogar con Chloe y el liberado rocín del vendedor de nabos.

Capítulo 6

-¿Dónde está Dante?

Chloe se apeó del pony en el patio y miró alrededor ceñuda.

La ausencia del perro era notoria. Era inconcebible que no se hubiese acercado corriendo a recibirla.

Hugo desmontó y gritó, llamando a Billy. El muchacho apareció, llegando desde las perreras, balanceando un cubo vacío. Dejó el cubo en el suelo y se acercó a ellos con un poco menos de abulia que de costumbre.

-Estaba alimentando a los perro, señor –se tironeó del flequillo y miró con in disimulado disgusto al jamelgo del vendedor de nabos-. ¿Qué es eso?

-Buena pregunta –dijo Hugo-. ¿Dónde está el perro de la señorita Gresham?

Billy se rascó la cabeza.

-Bueno, en realidad no lo sé –señaló la bomba-. Yo lo había amarrado ahí. Pero, cuando volví de comer había desaparecido.

-¿Cortó la cuerda?

Billy sacudió la cabeza.

-No me mire así, señor. Parecería que la cuerda se desató sola.

-¡No sea ridículo! –exclamó Chloe, yendo hacia la bomba con paso brioso. La cuerda no esta deshilachada ni rota-. Debes de haberlo atado mal.

-Él volverá. Muchacha –dijo Hugo, al ver su expresión-. ¿Cuánto hace que no está, Billy?

-Más o menor una hora, señor.

-Apostaría a que debe de estar cazando conejos en el bosque –dijo Hugo, para tranquilizarla-. En cuanto oscurezca, regresará cubierto de fango y hambriento.

La expresión de Chloe fue escéptica y ceñuda.

-Después de que haya atendido a Rocinante, iré a buscarlo.

-¿Has bautizado Rocinante a esa bestia lamentable? –Hugo rió a carcajadas-. ¡Criatura absurda!

-Rocinante era un animal bastante lamentable –replicó Chloe-. Por otra parte, siempre me ha gustado ese nombre. Y el caballo se acostumbrará a él, ¿no es cierto? –le preguntó, rascando la cabeza del animal entre las orejas-. Billy, quiero que hagas una pasta de afrecho. Voy a aplicar un remedio en esas mataduras.

Hugo giró la cara ala casa y preguntó, con cierto grado de curiosidad.

-Ya que estamos, ¿cómo se llama el papagayo?

-Falstaff –respondió ella, sin titubeos-. Estoy convencida de que ha tenido una vida disipada.

Hugo entró en la casa riendo por lo bajo.

Chloe levó las heridas de Rocinante, lo alimentó con pasta de afrecho tibia y lo instaló en un pesebre con una generosa provisión de heno.

-Voy a ir a buscar a Dante –dijo, entrando en la cocina-.Está oscureciendo.

Hugo, gratamente instalado con una botella de borgoña frente a él, reprimió la incómoda certeza de que debería abandonar su vino y acompañarla.

-Lleva a Billy contigo; la responsabilidad es principalmente de él.

-¿Y si no lo encuentro?

Los ojos de la muchacha se habían tornado purpúreos.

-Yo saldré contigo después de la cena –prometió él-. Pero vuelve aquí dentro de media hora.

Chloe volvió a la hora acordada con las manos vacías y se sentó en la mesa con aire desdichado, jugueteando con la comida que Samuel le había servido.

-¿Tiene algo malo eso? –preguntó él, con cierta aspereza.

Chloe negó con la cabeza.

-No, lo lamento… es que no tengo hambre.

-Sería la primera vez –comentó Samuel, sin dirigirse a nadie en particular.

-Bebe un poco de vino –dijo Hugo, llenándole el vaso-. Y come la cena. Sólo imaginas que no tienes apetito.

Chloe masticó un trozo de pollo y le supo a aserrín. Bebió el vino con algo más de entusiasmo; para el segundo vaso, ya comenzaba a sentirse más alegre. Dante era un animal joven y saludable que no había tenido muchas oportunidades de recorrer la campiña siguiendo los rastros que le indicaba su olfato.

-¡Desgraciado animal! –exclamó ella, fastidiada, y la emprendió con la cena.

No tenía sentido seguir pasando hambre porque esa criatura exasperante estuviese haciendo lo que solían hacer los perros cuando tenían oportunidad.

-Así está mejor –aprobó Hugo-. ¿Qué piensas hacer con él cuando regrese?

-Nada –respondió Chloe-. ¿Qué podría hacerle? El no sabe que está haciendo algo malo… más aún: no está haciendo nada malo. Sólo está portándose como un perro.

Sin embargo, la certeza de que Dante jamás estaría lejos de ella tanto tiempo por su propia voluntad atravesó la euforia inducida por el vino.

Hacia la medianoche, ella estaba desasosegada; Hugo estaba en el límite de su paciencia. Entre los tres habían recorrido los campos alumbrándose con una lámpara de petróleo, andando con cuidado por el bosque reseco y lo habían llamado a gritos hasta quedar roncos.

-Vete a la cama, muchacha –cansado, Hugo se apoyó contra la puerta de la cocina para cerrarla-. A la mañana, él estará aquí y será la imagen misma del arrepentimiento.

-Tú no lo conoces –dijo ella, con la voz cargada de llanto contenido.

Pero Hugo se había hecho una idea bastante clara de la personalidad de Dante y no creía en absoluto que esa prolongada ausencia del lado de su amada dueña fuese voluntaria. Claro que no se lo dijo a Chloe.

-Ya es hora de que estés en la cama –repitió-. Esta noche ya no se puede hacer nada más.

-¿Cómo podría dormir? –gritó ella, paseándose por la cocina-. ¿Y si está herido… en una trampa…?

Se cubrió la cara con las manos como para ahuyentar las imágenes de Dante sufriendo.

-Leche caliente con coñac –anunció Samuel, al tiempo que depositaba la lámpara sobre la mesa-. Esto la hará dormir cono si fuera un recién nacido.

-Entonces, calienta un poco de leche-dijo Hugo. Tomó a Chloe por los hombros y le dijo, con serena autoridad-: ve arriba y prepárate para acostarte. Yo llevaré algo que te ayudará a dormir en un minuto. Ve –la hizo volverse y le dio una leve palmada en el trasero-. No puedes hacerle ningún bien a Dante paseándote toda la noche.

Eso era razonable y, además, ella estaba molida de cansancio. Había sido un día largo y fatigoso, seguido de una noche angustiante. Chloe se arrastró escalera arriba. Se puso el camisón y se sentó junto a la sombrerera, tratando de consolarse con la alegría de Beatrice y sus crías que, ahora, estaban mucho más bonitas.

En la planta baja Hugo pensó en aderezar la leche con láudano en lugar de coñac, pero luego recordó el modo en que Elizabeth había resbalado hacia la adicción. Era probable que esas tendencias fuesen hereditarias. Echó una generosa cantidad de coñac en la jarra que Samuel había llenado con leche caliente y la llevó arriba.

Golpeó suavemente la puerta de la habitación de la esquina y entró. Chloe estaba sentada en el suelo. Alzó la vista cuando él entró, sus ojos parecían inmensos en su cara pálida. Él pensó en lo joven que era ella, pero también pensó en los guardiamarinas de catorce años que, estando bajo su mando, habían sido testigos de muertes e incluso habían muerto en circunstancias terribles. Una persona de diecisiete años tenía suficiente madurez para soportar la tensión emocional acarreada por la pérdida de un perro.

-A la cama, muchacha –puso la jarra sobre la mesa que había junto a la cama-. Mañana por la mañana estarás en condiciones de resolverlo.

Ella no discutió.

-Lo que más me duele es no saber –dijo ella, poniéndose de pie-. Podría aceptar su muerte… lo difícil para mí es pensar en que está solo y sufriendo, quién sabe dónde –se apartó el pelo de la cara y miró a Hugo con seriedad-. No creas que el sufrimiento de un perro me parezca más terrible que el de las personas. Es que yo amo a Dante.

Con la suficiente madurez para soportar la tensión emocional acarreada por la pérdida de un perro… y mucha más. Sin pensarlo, él la rodeo con sus brazos y ella se abrazó con fuerza a su cintura y apoyó la cabeza en su pecho. Hugo sujetó la barbilla de Chloe con su mano, le levantó el rostro y bajó su cabeza.

Su intención era darle un paternal beso en la frente o, quizás, en la punta de la nariz. Pero la besó en la boca. Y no habría pasado nada si se hubiese limitado a un leve roce de los labios. Sin embargo, en cuanto sus labios tocaron los de ella, su sangre se precipitó como un torrente por sus venas y barrió de su mente todo lo que no fuese la calidez de la piel de la muchacha a través del fino camisón, la curva delicada de aquel cuerpo en sus brazos, la presión de los pechos contra su tórax. Su abrazo se intensificó y se apoderó de esa boca con fervoroso apremio y ella le respondió, abriendo los labios a la exploración de su lengua, ciñéndole la cintura con los brazos. Lo envolvió su perfume a lavanda y miel, ahora realzado por el matiz picante de su excitación… y él cedió por un lapso demasiado prolongado de esa embriaguez explorando esa boca, instándola a explorarlo a él, dejando resbalar sus manos por el trasero de ella, amasando su carne, apretándola como en una prensa contra su miembro erguido.

Fue demasiado largo el tiempo que él se entregó a la tentación hasta que, al fin, la realidad interrumpió su trance y él apartó de sí con tal brusquedad que podría haberse interpretado como un rechazo Hugo contempló un momento los labios de Chloe, enrojecidos por los besos, su pelo revuelto, la excitación de sus ojos, que habían adquirido el color del cielo a medianoche y, lazando una maldición por lo bajo, se volvió y salió de la habitación.

Asombrada y maravillada, Chloe se tocó los labios. Su corazón martilleaba, su piel estaba húmeda, sus manos temblaban. Sentía la huella del cuerpo de él en el suyo, sus manos apretándola contra él. Se sentía arder, agitada por un torbellino de emociones y sensaciones que aún no sabía cómo denominar.

Aturdida tomó la jarra de leche que ya estaba enfriándose y la bebió, sintiendo que el coñac giraba en la boca de su estómago en una cálida ola, provocando una imbatible lasitud en sus miembros ya pesados. Apagó la vela, se metió en la cama, estiró la sábana hasta el mentón y permaneció acostada de espaldas, quieta, la vista perdida en la tenue claridad de la luna en la habitación, aguardando que ese fuego se extinguiese, que acudiera a su mente alguna palabra para nombrar lo que estaba sintiendo… o lo que acababa de suceder.

Hugo bajó lentamente la escalera maldiciéndose a sí mismo. ¿Cómo se había permitido semejante indulgencia? Y, al evocar la anhelante reacción de ella, se reprochó todavía más. Él era su tutor, el hombre en quien ella confiaba. Ella vivía bajo su techo, estaba sometida a su autoridad; él había tenido la desvergüenza de aprovecharse de esa posición y de la inocencia de ella.

Cuando Hugo entró en la cocina, Samuel levantó la vista y vio que él recogía la botella de coñac de la mesa y volvía a salir, cerrando de un portazo. Samuel reconoció los síntomas y suspiró. Debía de haber sucedido algo que había desencadenado uno de sus sombríos estados de ánimo de los que a veces no salía durante días.

Desde la biblioteca llegó flotando la música. Samuel prestó atención y reconoció la vehemencia de Beethoven. En ese momento, el impulso más fuerte era la ira. Cuando estaba sumido en la más sombría desesperación, Hugo tocaba los fragmentos más desolados de

Mozart o de Haydn. Samuel, por su parte, prefería el enfado pues la recuperación era más rápida.

La biblioteca estaba debajo de la habitación de Chloe y el sonido del piano llegaba con claridad a través de su ventana abierta. Ella lo había oído tocar, la noche anterior, una angustiosa melodía que los aullidos de Dante no habían sido capaces de ahogar. La fuerza de esta música hubiese podido ahogar hasta los aullidos del infierno. Hizo presa de ella una oleada de somnolencia; se volvió y se tapó la cabeza con la sábana.

Chloe no supo cuánto tiempo había dormido cuando algo la despertó y la impulsó a incorporarse en un solo movimiento. La música había cesado y la noche parecía más negra que antes. Permaneció sentada, quieta, aguzando el oído para captar qué la había despertado. Entonces, volvió a oírlo: era el remoto pero inconfundible ladrido desesperado de un perro.

-Dante –murmuró.

Saltó de la cama y corrió hacia la ventana, Prestó oído, tratando de darse cuenta de la dirección de donde llegaban el frenético ladrar. Su cuarto daba hacia el frente de la casa, y en consecuencia, al lado opuesto al patio pero, estirando el cuello, podía verla sinuosa entrada de coches que llegaba hasta la carretera. El sonido venía desde un punto indefinido cercano a la entrada. Pero, ¿por qué? El perro debía de estar herido o apaleado.

Salió corriendo de su cuarto sin que sus pies descalzos hicieran ruido sobre el suelo de madera, bajó la escalera y cruzó el vestíbulo. Se lastimó un pie en una laja sobresaliente y su grito de dolor, que sofocó de inmediato, resonó con fuerza en medio del silencio de la casa.

Prestó atención y comprobó con alivio que no había despertado a nadie. Dante ya había causado suficiente conmociones; no era necesario que arrastrara fuera de su cama a dos hombres fastidiados, en mitad de la noche, además.

Chloe abrió la puerta sin ruido y se escurrió fuera, cerrándola con suavidad tras de sí. Algunas nubes habían ocultado buena parte de las estrellas y la noche estaba mucho más oscura que antes. Ella no sabía que hora sería y se arrepintió de no haber mirado el reloj del vestíbulo.

Se oyó el ulular de un búho y un súbito chillido agudo de terror y el dolor emitido por algún animal pequeño. Pero los ladridos habían cesado.

Chloe sabía que no los había imaginado. Bajó corriendo los peldaños hacia el patio, sintiendo en sus pies los fríos adoquines. Se levantó una brisa fresca que anunciaba la llegada del alba; ella tembló y se arropó en su camisón. Vaciló, recordando el abrigo que había dejado tras la puerta de la cocina pero, cuando la brisa le trajo un lejano ladrido, se olvidó del frío y corrió por el camino, sin reparar en que la grava pinchaba las plantas de sus pies.

Hugo había oído el grito de dolor en el vestíbulo pero tardó varios minutos hasta que atravesó el estupor que, por fin, le había provocado el coñac y que lo había dejado echado sobre el teclado, con una vela chisporroteando y consumiéndose junto a él.

Alzó la cabeza y parpadeó, confuso, aguzando el oído, pero sólo percibió los habituales crujidos nocturnos de la casa dormida. Sacudió la cabeza y volvió a abatirla sobre su brazo flexionado; un dedo de su mano libre empezó a puntear una pieza de Scarlatti. Pero una insidiosa inquietud penetró la semiinconsciencia de su trance y alzó de nuevo la cabeza, escuchando. No se oía nada; aun así, él tenía la firme convicción de que algo faltaba en la casa.

¿Chloe? Estaba profundamente dormida en la plante alta, volteada por la leche con coñac y por su fatiga física y emocional. La cabeza de Hugo cayó y volvió a elevarse. Se levantó con dificultad del banco y se quedó de pie un segundo, tambaleante, intentando dominar sus sentidos. Subiría y se aseguraría de que ella estaba durmiendo en su cama; entonces, quizás él también pudiera dormir en la suya.

Tambaleándose un poco, sorteó los obstáculos de la biblioteca y salió al vestíbulo. Una ráfaga de viento abrió la puerta del frente y él la miró parpadeando, perplejo. Enseguida, su perplejidad se disipó y su cabeza se despejó un poco.

¡Otra vez Chloe! Sin duda, debía de haber salido a buscar a ese maldito perro mestizo… y debía de estar vagando sola por el campo en mitad de la noche. ¿Acaso esa muchacha no tenía el menor sentido de conservación de sí misma? Fue un alivio derivar su ira contra alguien que no fuese él mismo, y también reajustar la imagen de Chloe a la de una escolar empecinada, exasperante, con una tendencia a meterse en apuros que era urgente corregir.

Fue hacia la puerta andando de prisa; su paso se hizo más firme a medida que los vapores del coñac se disipaban. Escudriñó entre las sombras del patio; no había señales de ella. Él no podía saber cuánto hacía que había oído aquel ruido que lo alertara. Tanto podrían haber pasado cinco minutos como veinte… el coñac hace estragos en la percepción del tiempo.

En ese momento oyó el ladrido de un perro, lejano pero desesperado, que llegaba desde el fondo del camino. Eso explicaba la prisa de Chloe pero no excusaba su imprudencia. ¿Por qué diablos no lo habría llamado?

Echó a andar orientándose con el lejano ladrido. Los árboles que flanqueaban el caminote entrada formaban una arcada y tapaban la luz de la luna que pudiese filtrarse entre las nubes intermitentes. Esforzó la vista y el oído tratando de captar los sonidos de los pasos de ella o el resplandor vago de su silueta ante él. Los ladridos se oyeron más cercanos y la nota de desesperación, más pronunciada. El perro debía de estar atrapado en alguna parte. Hugo apretó el paso y se alegró de conocer las curvas del camino como la palma de su ano.

Gritó varias veces el nombre de Chloe pero no obtuvo respuesta. Lo más probable era que ella, atenta a los ladridos de Dante, no oyese nada más. Emergió de la avenida de árboles al final del camino y, entonces, los ladridos cesaron. Sintió que un frío premonitorio le contraía las entrañas. Sin saber por qué, echó a correr hacía los derrumbados postes del portón de entrada. Cuando llegó hasta ellos, oyó un grito bruscamente interrumpido, que quedó vibrando en el aire.

Se precipitó hacia la carretera que corría fuera de su propiedad. Desesperado, miró hacia un lado y otro oyendo un ensordecedor crescendo de ladridos en medio de la noche. Pudo distinguir algunas sombras que se movían a unos cien metros de él. Un agónico gañido cortó los ladridos y las sombras forcejearon entre sí como en una danza frenética. La luz indecisa de la luna eligió ese momento para volver a salir, arrancando chispas de unos cuchillos metidos en los cinturones.

Tenía que ser Jasper; no había otra explicación. El único pensamiento de Hugo, mientras buscaba la protección de la maleza, era que no tenía un arma. Aun sin saber exactamente qué estaba sucediendo, sabía que era un hecho violento y que él era uno solo, desarmado, con tres que eran las siluetas que había podido distinguir. Tres… no, cuatro. Pero el cuarto estaba en el suelo, como un lío informe envuelto en algo.

Era preciso que encontrase el modo de separarlos. Podía enfrentar a uno pero no a más. Ahora podía oír sus voces y los grañidos y ladridos alternados de Dante. Entonces, oyó la voz furiosa de Chloe, tan furiosa como la de esa tarde, cuando había increpado al vendedor de nabos. Ella gritaba que dejaran en paz al perro. Como Hugo no podía ver, no tenía más remedio que adivinar y suponía que, de algún modo, ella había logrado soltarse del envoltorio. Rogó que tuviese la presencia de ánimo de distraerlos un momento más, y se arrastró boca abajo sobre el estómago acercándose al lugar donde se desarrollaba la escena.

Dante captó su olor y arremetió con una nueva andanada de ladridos, forcejeando con la cuerda a la que estaba atado, y que ahora Hugo podía ver. Alguien echó una maldición y se volvió hacia el perro blandiendo el cuchillo.

Chloe se precipitó a través del callejón, aferró el brazo del sujeto e hincó los dientes en su mano. El cuchillo cayó al suelo a poca distancia de Hugo.

Éste se apoderó del arma mientras los otros dos hombres forcejeaban con Chloe, echándole una manta sobre la cabeza, tratando de contener sus enloquecidos movimientos de brazos y piernas entre los pliegues sofocantes de la tela. Hugo cortó la cuerda que sujetaba a Dante y el perro saltó al cuello de uno de los que sujetaban al Chloe. El hombre cayó dando un grito de terror.

Uno caído, otro desarmado. Hugo saltó a la espalda del tercer hombre y le clavó el cuchillo en el hombro. El hombre se volvió con una expresión de absoluta sorpresa, llevándose la mano a la herida. Hugo avanzó y el arrancó el cuchillo de su cinturón.

No tenía modo de saber si había desarmado a todos sus rivales o si alguno de ellos sacaría una pistola. De cualquier modo, seguían siendo uno contra tres y, aun contando con Dante, la situación no era tan buena como para quedarse haciendo preguntas. La sorpresa era su última carta.

Chloe estaba,, todavía, debatiéndose con la manta; él se limitó a levantarla, a acomodar su ligero cuerpo sobre el hombro y a zambullirse otra vez hacia un constado buscando la protección de la maleza. No quería exponerse a un disparo de pistola; además, conocía ese terreno irregular desde que era niño.

Dante salió de entre los arbustos, a su lado. Hugo elevó una oración de agradecimiento porque en esta ocasión el perro no lo había considerado su enemigo, pese al modo poco considerado en que manipulaba a su ama.

Chloe tuvo la sensatez de permanecer quieta a pesar del susto y de la violencia de las sacudidas que producía su avance. Aún tenía los brazos y la cabeza sepultados entre los asfixiantes pliegues de la manta y no había visto nada de lo que había ocurrido. Pero sabía quién la llevaba y podía oír a Dante, por eso se quedó relajada y se esforzó por no estornudar.

No se oía ruido de persecución. Hugo aflojó el paso cuando atravesaron la vegetación y llegó al camino de acceso a Denholm Manor. Chloe forcejeó, intentando levantar los brazos para liberar su cabeza.

-Quédate quieta –fue la seca indicación.

Cuando ella abrió la boca para responder, sus palabras se perdieron entre los pliegues de la manta, y ella lanzó un fuerte estornudo.

Hugo usó una palabra que ella jamás había oído y aceleró su marcha. No quería detenerse a desembarazarla de la manta hasta que no estuviesen a salvo tras la puerta cerrada con llave.

Dante, meneaba furiosamente la cola, subió a saltos la escalinata de acceso a la casa, sin que su habitual exuberancia se viera afectada pro la dura situación que acababa de pasar. Hugo cerró con fuerza la puerta tras él y corrió el pesado pasador de hierro que rara vez usaba. Fue con Chloe a cuesta hasta la biblioteca. Sólo entonces la depositó sobre sus pies y le quitó la manta que apresaba.

-¿Quiénes eran? –dijo-. ¿Por qué querrían alguien raptar a Dante? ¿Tú piensas que pueden haberlo creído valioso? Sé que no es muy común, pero…

Hugo se quedó consternado. Chloe no imaginaba que ella misma era el blanco del ataque. ¿Y por qué habría de hacerlo? Ella no tenía noción de su propia importancia; tal vez, tuviese sentido que alguien codiciara al perro que ella adoraba y no que tuviese intenciones relacionadas con ella.

La cara de Chloe estaba sonrojada y acalorada, tenía los cabellos pegados a las mejillas, los ojos agrandados, más por el asombro y la curiosidad que por el temor. Se echó el pelo atrás y volvió a estornudar. El corazón de Hugo se enterneció. En el transcurso de su vida solitaria, Chloe ya había sufrido suficientes rechazos como para enterarse, además, de que sus

parientes querían hacerle daño… de que el único valor que ello le asignaba era su fortuna. Hugo reprimió con desesperación el impulso de abrigarla entre sus brazos.

-No tengo la menor idea de por qué alguien podría estar tan chiflado como para querer a un perro tan ridículo –explotó él-. ¡Pero mírate, por el amor de Dios! Ya te he dicho una vez que no anduvieras corriendo así, cubierta sólo con tu camisón. ¿Y dónde demonios están tus zapatos? ¡Morirás de un enfriamiento! Por otra parte, ¿qué diablos estabas haciendo? ¿Por qué no me llamaste cuando oíste ladrar a Dante?

Al oír su nombre, Dante irguió las orejas y golpeó la cola contra el suelo.

Chloe jamás pudo entender, después, por qué hizo lo que hizo en ese instante. Hacía unas horas Hugo la había hecho salir de la crisálida infantil. A continuación, había sufrido un ataque aterrador y se había visto invadida por la rabia y el temor. Y, entonces, había sido rescatada de manera tan súbita y violenta como había raptada. En ese momento llegó a la conclusión de que nunca más iba a sucederla cosas corrientes.

Rodeó con sus brazos la cintura de Hugo y, siguiendo a ciegas a su instinto, alzó la vista hacia él y apoyó la cabeza en su pecho, con los ojos oscurecidos por la emoción.

-Por favor, no te enfades –rogó, con esa voz un poco ronca que para él fue la más sensual que hubiese oído jamás-. Por favor, Hugo.

Se rompió la última hebra de resistencia. La rodeó con sus brazos; su palma ahuecada le rodeo la mejilla.

-No estoy enfadado –murmuró él, y agregó, casi como una plegaria-: ojalá lo estuviese.

-Bésame –dijo Chloe.

Ella se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos, sujetando la cabeza de Hugo con sus manos pequeñas y atrayendo su casa hacia ella.

El pedido, suave pero insistente, arrancó a Hugo una exclamación contenida, y todas las nociones previas de su universo se tambalearon, cuando los labios de ella se unieron a los suyos con una hambrienta seguridad que no tenía cabida en el mundo de los seminarios. Ella sabía a leche y coñac, a inocencia y a experiencia y, entre sus manos, el cuerpo de ella era suave y sinuoso por momentos, duro y firme en otros.

Una de las manos del hombre se pasó sobre el pecho de la mujer y cerró sobre el suave montículo, acariciando con el pulgar el duro capullo de su pezón bajo el camisón. Ella tembló apoyada contra él y abrió su boca, arqueando el cuerpo, apretando el pecho en su mano.

Chloe se sintió flotar, precipitándose al loco mar de las sensaciones en medio de un torbellino. Fue igual que antes, con aquel primer beso; esta vez estaba resuelta a no perder la sensación sino a apurarla hasta el final. Su mente no tenía influencia alguna sobre sus reacciones, y Chloe bebió, sedienta, los sabores del hombre y se dejó llevar por los potentes aromas masculinos de su cuerpo.

Él la alzó contra sí, con su boca aún pegada a la de ella, y la tendió sobre el diván, descendiendo sobre ella. El camisón de Chloe se subió sobre los muslos y él, impaciente, lo alzó hasta la cintura, inclinándose para besarle el vientre, para enredar sus dedos en el sedoso vellón que tenía en el vértice de las piernas.

Chloe lanzó una queda exclamación cuando él apartó con los dedos su vello y encontró el corazón de su sensibilidad. Ella sólo tuvo conciencia de una salvaje excitación, de un gozo que giraba y corría por sus venas.

Hugo deslizó una mano debajo de ella y la levantó mientras le quitaba el camisón por la cabeza, depositándola después, ya desnuda, sobre los cojines de desteñido terciopelo. Ella se movió sobre los almohadones, los ojos entornados, disfrutando de la sensación de su desnudez en medio de la palpitación de su excitación.

Alzó los brazos hacia él y él se cernió sobre ella, cerrando su boca sobre la de la muchacha, y las dos lenguas se trenzaron en una guerra, bailotearon, lanzándolos a una loca espiral de pasiones que sólo dejaba el apremio del deseo. Las piernas de Chloe lo rodearon y

así, abierta, apretó instintivamente su cuerpo contra el miembro erecto que abultaba sus pantalones. Guiada por el mismo instinto, su lengua emergió de su boca bailoteando en los labios de Hugo, en una caricia que lo cosquilleaba y provocaba.

Hugo comenzó a tironear de la pretina de sus pantalones ayudado por las manos de ella, que querían librarlo de la prenda que lo restringía, deslizándolo por sus cadera y pasando, luego, en ávida exploración, bajo su camisa, sobre sus caderas estrechas, encerrando entre ellas sus miembro palpitante, que se irguió con su contacto.

Hubo un momento en que él hizo una pausa, en el umbral mismo del cuerpo de ella, que le brindaba su ansiosa bienvenida, sintiendo en los límites de la pasión una incómoda sensación de inquietud. Bajó la vista hacia ella y comprobó que tenía los ojos cerrados, su semblante sumido en la dicha. Entonces, las doradas pestañas se alzaron y en sus ojos oscurecidos como un cielo a medianoche, se veía una súplica y una pasión que igualaba la suya.

-Por favor –susurró ella, alzando su mano par tocarle la boca.

Él condujo su miembro con delicadeza hacia ese húmedo y tierno hueco. Se detuvo al sentir la resistencia de la virginidad de ella, y sus músculos se tensaron bajo el imperio de su voluntad. Pero las manos de Chloe apresaron las nalgas y las apretaron expresando su apremiante deseo, y él cedió, exhalando un sofocado suspiro de liberación. Entonces ella sintió que su cuerpo se llenaba hasta quedar colmado, que casi no podía respirar; luego sintió que su suave grito se convertía en un suspiro de alivio más que en un quejido de dolor.

Hugo le tocó la comisura de la boca, le acarició las sienes húmedas, puso su mano sobre el pecho e hizo resbalar su pulgar sobre ese pico flexible y reactivo. La sintió relajarse, aflojarse, y la penetró más profundamente.

El placer inundó a Chloe, recorriendo cada una de sus terminaciones nerviosas. Empezó a moverse junto con él, regodeándose en la dicha de la fusión. El capullo del regocijo comenzó a florecer, sus músculos, expectantes, se pusieron tensos, sin que ella supiera qué esperaban. En ese instante, él se retiró hasta el umbral de su cuerpo y ella permaneció tendida debajo de él, tensa como la cuerda de un arco. Él le sonrió, sabiendo cómo se sentía, lo cerca que estaba de la plenitud. Con deliberado propósito, él la penetró hasta el centro de su ser, y el capullo estalló, convirtiéndose en una flor.

Pasó largo rato hasta que ella se movió debajo de él, sobre los cojines, cuando se desvaneció la sensación de que sus músculos y articulaciones se habían licuado, y recuperó el sentido de sí misma y del mundo que la rodeaba. El cuerpo de Hugo pesaba sobre el suyo, la cabeza vuelta sobre los almohadones. Ella le tocó la espalda, donde la camisa se pegaba a la piel mojada, y la atacó una repentina timidez.

Con lentitud, Hugo se incorporó. En silencio, contempló el rostro de ella, con una expresión desolada que aterrorizó a Chloe. Abrió la boca para decir algo… cualquier cosa que rompiera el silencio, pero las palabras murieron antes de nacer, bajo su verde mirada melancólica. Entonces, ella trató de sonreír.

Hugo se puso de pie. Permaneció junto al diván contemplándola. Vio el audaz abandono de su cuerpo desnudo, la actitud típica del cuerpo que acaba de dejar un hombre. Vio la sonrisa, era la sonrisa seductora de una amante. Todavía sonaba la voz de Chloe en sus oídos, pidiéndole placer. Aún sentía las manos de ella en su piel excitándolo, tentadora, insistente. Veía a una niña cuya confianza había traicionado, del mismo modo que había violado su inocencia, pero también veía a una seductora, una mujer que no había dudado del poder de su belleza ni de la forma de utilizar ese poder.

Rodaron por su cabeza multitud de imágenes. Veía a Elizabeth reflejada en su hija, aunque aquella no había tenido pasiones ni avidez. Había sido pura y frágil como el cristal, pese a los intentos de su esposo par manchar su pureza.

Sin embargo, hija de Elizabeth también era hija de Stephen, hombre de pasiones y apetitos intensos. Y, a juicio de Hugo, viendo el abandono de la mujer que él acababa de iniciar, la hija de ese hombre poseía pasiones y apetitos tan profundos y virulentos como los de su padre.

"Que Dios me perdone, pensó Hugo, pero creo que ella habría disfrutado con lo que se hacía en la cripta"

El voluntario y repugnante pensamiento le hizo subir bilis a la boca, le pareció que unas manchas negras danzan ante sus ojos. Recogió el abandonado camisón:

-Cúbrete.

La áspera orden fue tan brusca después del silencio que Chloe no hizo ademán de tomar la prenda de manos de él. Permaneció inmóvil, contemplándolo, mientras el desconcierto disipaba el suave resplandor que había brillado en la profundidad de sus ojos.

Hugo dejó caer el camisón sobre el vientre de ella.

-¡Cúbrete! –repitió-. Luego, sube a tu cuarto.

Se volvió de espalda a ella y se subió los pantalones con manos trémulas.

Chloe se sintió consternada; no podía creer lo que oía, bajó las piernas del diván. Después, se quedó ahí sentada, con el camisón sobre las rodillas, demasiado estupefacta para moverse.

Hugo giró hacia ella.

-¿Has oído lo que te dije? –con brusquedad, la hizo ponerse de pie-. Te he dicho que te pusieras esto –levantó el camisón, se lo pasó por la cabeza y le hizo meter los brazos por las mangas-. Y ahora, vete a tu cuarto.

-No entiendo –musitó ella, cruzando los brazos para cubrirse los pechos-. ¿Qué he hecho?

La expresión de los ojos de Hugo, que parecían dispararle rayos de ira y de disgusto, la hizo vacilar.

-¡Sal de aquí, ahora mismo!

Ella salió corriendo de la habitación, seguida de cerca de Dante.

Hugo se quedó contemplando el hogar vacío, sin poder fijar su mente en nada. Tal vez no había sucedido… quizás lo había soñado, inducido por el alcohol. En ocasiones, el alcohol provocaba esa clase de fantasía, uno no siempre sabía qué era verdad y qué imaginación.

Pero la negación era una treta infantil para escapar a las consecuencias; después de un minuto, fue a cerrar la puerta que Chloe había dejado abierta. Miró el diván de reojo. Había una mancha oscura en el desvaído cojín de terciopelo donde ella había estado acostada.

Él se sentó al piano y miró, con expresión sombría por la ventana; ya amanecía. Chloe no había sido responsable. Se había comportado como una seductora porque era una niña que probaba sus alas. Ella no conocía su propio poder, como tampoco sabía evitar ceder a las emociones vertiginosas y a los apetitos que jamás había conocido. Él tenía la responsabilidad de controlarse. Habría bastado con una severa y seca negartiva para acabar de una vez con el asunto… Y en cambio, él.

Hugo tomó la botella de coñac y la hizo trizas, estrellándola contra los paneles de madera de la pared.

Capítulo 7

-En el nombre de Dios, ¿cómo puede ser que tres robustos idiotas no hayáis podido echarle mano a una muchacha de diecisiete años?

Incrédulo, Jasper Gresham clavaba su mirada en los tres hombres a quienes el frío de la madrugada en el patio del establo de la propiedad de los Gresham obligaba a encogerse.

-Nosotros no hemos tenido la culpa señor –dijo Jethro Grant, el único que todavía podía tenerse erguido, hablando por sus compañeros maltrechos-. Ese perro endiablado mordió a Jake en el brazo; además nadie esperaba que apareciera en el camino un hombre con un cuchillo –su tono adquirió un tono truculento-. Usted no nos había dicho que habría guardias vigilándola, sir Jasper. Ned tiene un buen agujero en el hombro…con perdón de usted, señor.

Los ojos de Jasper, inescrutables, inconmovibles, entrecerrados se posaron sobre el hombre que tenía frente a él; Jethro empezó a temblar, carraspeó y sus hombros se abatieron un poco.

-¿Y de quién era el cuchillo que usó este prodigioso atacante? –preguntó Jasper sin alterarse-. No hay excusas para vuestra incompetencia. Era un trabajo bastante sencillo, y vosotros lo habéis convertido en una chapuza.

Giró sobre sus talones.

Lleno de pánico, Jethro miró a su compañero herido y volvió a hablar, en un tono más chillón.

-Sir Jasper…señor, ¿qué me dice de nuestra paga? Una guinea por cabeza; eso nos prometió.

Jasper se volvió, y Jethro se encogió ante la mirada de esos ojos inexpresivos que parecían escaldarlo.

-Yo pago cuando el trabajo está hacho, no sois más que un trío de imbéciles. Fuera de mis tierras.

-Pero señor… señor… Ned no podrá trabajar con esa herida en el hombro; tiene que alimentar a sus niños… son seis señor, y otro en camino.

-¡Salid de mi tierra, todos vosotros, antes de que os suelte los perros!

-Oh, Jasper, ¿te parece justo eso?

La vacilante pregunta fue formulada por una mujer envuelta en un chal, que estaba a un costado del patio.

¿Estás cuestionando mi juicio, señora?

El raro impulso de valentía de Louise Gresham se desvaneció en cuanto su esposo la miró.

-No… no, claro que no, señor. No me atrevería a hacer algo así… Es que…

Se sumió en el silencio.

-¿Es que qué, mi querida?

En actitud abyecta, ella negó con la cabeza.

-Nada… nada en absoluto.

-Aquí podrías pescar un enfriamiento, querida. Y me imagino que tendrás cosas que atender en la casa.

Su tono sedoso no bastaba para ocultar lo estricto de la orden. Louis se escurrió fuera del patio, evitando la mirada de los tres hombres que había tratado de defender.

-Crispin, acompáñalos a la salida.

-Si, señor.

Al mismo tiempo que su padrastro se alejaba, Crispin se apartó de la pared en la que se había apoyado, holgazaneando. Entro en la talabartería y regreso llevando consigo un látigo.

Sus ojos adquirieron un brillo divertido al ver que los tres frustrados secuestradores, aterrorizados, corrían a los tumbos hacia el portón del patio. Los persiguió sin muchos bríos, haciendo restallar el látigo en los pies de los sujetos hasta que llegaron al final del largo camino de entrada y pasaron el portón.

-Buen día, caballeros –les deseó, haciendo una burlona reverencia.

Luego, desanduvo sus pasos pateando, distraído, la grava donde la sangre había caído de esos desaseados.

Su madre surgió de las sombras cuando él entro en la casa. Ella metió un puñado de monedas en la mano del joven y le dijo, en un susurro asustado:

-Crispin, debes dar esto a esos hombres. La esposa de Ned está a punto de tener otro niño y, si él no puede trabajar, no tendrán alimentos.

-No seas tan blanda, madre –Crispin echó una mirada al pequeño montón de monedas, preguntándose cuanto tiempo le habría llevado a su madre acumular esa patética suma, sacándola de la magra pitanza que lograba arrancar a su esposo cuando la necesidad apremiaba. Le tomó la mano y volvió a poner en ella las monedas-. Si sir Jasper descubriese que esta entrometiéndote…

-¡Crispin, no debes decírselo!

Se llevó las manos a las macilentas mejillas y echó una mirada aterrorizada a su hijo.

Crispin hizo un gesto negativo con la cabeza, manifestando su desdén, y fue a grandes trancos hacia la sala de desayunar, donde hallaría a su padrastro.

Louise fijó la vista en él e intentó recordar como había sido su hijo en los tiempos en que todavía era un niño cariñoso… en esa época, antes de que el comenzara a verla a través de la mirada dura y desdeñosa de su padrastro. Y no sólo a su padre, pensó la mujer, volviéndose para subir la escalera. No se trataba, sólo, de las mujeres que llevaban a la cripta sino, al parecer de todo el sexo femenino. Pobre pequeña Chloe. Había sido una niña tan animada, vivaz, pese a la enfermedad de su madre y el abandono sufrido… ¿Cuánto tiempo tardarían Jasper y Crispin en quebrarla, también a ella?

Louise no pensó, ni un instante, que su esposo y su hijo no lograrían cumplir los designios que tenían respecto a la hija de Elizabeth. Jasper no iba a dejarse desanimar por un tropiezo.

-De modo que los perros regresan, pues –comentó Samuel, levantando la caldera humeante del fuego en el preciso momento en que Hugo entraba en la cocina.

La puerta trasera estaba abierta y dejaba entrar el brillante sol de la madia mañana. El resplandor hizo encogerse a Hugo, que se pasó las manos por el pelo.

-¿Dónde está ella?

-La señorita salió a caminar

Samuel miró con perspicacia a su patrón y echó otra cucharada de café en la jarra antes de verter el agua hirviendo sobre los granos molidos.

Hugo maldijo y fue hacia la puerta.

-¿Acaso no tiene un gramo de sentido común? ¡Anda vagando por el campo, después de lo de anoche!

-No creo que haya ido lejos –Samuel revolvió el café-. Estaba descalza y en camisón –sirvió un jarro del espeso y fragante líquido negro-. Como sea, ¿qué sucedió anoche?

Hugo demoró en responder. Giró de frente a la cocina y preguntó exasperado:

-No estarás diciéndome que ha salido otra vez en camisón, ¿verdad?

-El perro tenía mucha prisa –explicó Samuel, empujando el jarro sobre la mesa.

Hugo lo tomó, rodeó con sus manos el recipiente tibio e inhaló profundamente su fragancia. Le despejaba la cabeza.

-Ayer, mientras estaba en Manchester, ¿hubo algún desconocido merodeando por aquí?

Samuel asintió.

-Un tipo que quería un trabajo ocasional. Arregló el techo del gallinero… y debo decir que hizo un trabajo bastante bueno.

-¿Es posible que él se haya llevado al perro?

Los ojos claros desteñidos de Samuel adquirieron una expresión sagaz.

-Supongo que sí; quizá lo hizo mientras que el joven Billy estaba comiendo.

Hugo le relató los sucesos de la noche anterior, hasta el momento en que el había corrido el pasador de la puerta principal, una vez que su pupila y el perro estaban dentro de la casa, a salvo.

-Chloe está convencida de que querían llevarse al perro, pero yo no estoy seguro de que sea tan simple como eso –concluyó.

Hugo pensó si debía comentar con Samuel su sospecha de que Jasper estaba involucrado en esos hechos pero, si lo hacía, tendría que revelar algunos de los repugnantes embrollos de su pasado, y no se sentía capaz de enfrentar tal cosa.

-Hasta que yo pueda decidir qué es lo mejor que podemos hacer, tendremos que vigilarla todo el tiempo… pero no hagas mucha ostentación del ello. No hay por qué alarmarla sin necesidad.

La mirada perspicaz de Samuel no vaciló. Había captado muchas cosas no dichas, estaba acostumbrado a la reserva de Hugo y sabía que no debía sondearlo.

Hugo fue hasta la puerta. Impaciente, escudriño el jardín amurallado que estaba a la salida de la cocina; Dante, fervoroso como de costumbre, salió a los saltos de la huerta que había detrás del jardín. Chloe seguía a su perro y los largos faldones de la levita de la cocina se arrastraban sobre la hierba.

Al menos, había hecho caso a la recomendación de no salir con el camisón como única vestimenta. Los ojos de Hugo clavaban su mirada en los pies descalzos de la muchacha. Eran unos pies bellísimos, largos y esbeltos, con altos arcos, rectos dedos rosados y encantadores talones. Desde luego, uno no esperaría que algo tan insignificante como los pies arruinara tanta perfección. La cabeza le dio vueltas. Tendría que encontrar el modo de olvidar lo que había sucedido durante su trance inducido por el coñac. Tendría que obligar a Chloe a olvidar lo que había sucedido… o, al menos, a desecharlo como una abominación, que había brotado de la excitación y la confusión de los sucesos de esa noche.

No volvería a ocurrir jamás; en ese momento, él no podría hacerle mayor favor que aplastar la semilla de cualquier pasión que estuviera esperando recibir riego para crecer.

-De ahora en adelante, no saldrás sin compañía –le espetó, haciéndose a un lado cuando ella llegó a la puerta-. Más aún, no irás más allá del patio sin mi permiso. Es muy poco correcto que te pasees por el campo sin acompañamiento. No eres una lechera.

Cualquiera hubiese sido el saludo que ella pensara ofrecerle murió en sus labios; se quedó contemplándolo con una expresión de tan dolorosa vulnerabilidad en la mirada que el corazón de Hugo se conmovió. Pero siguió, con la misma aspereza:

-Y ya que este condenado perro se mete en líos en un abrir y cerrar de ojos, tú deberás tenerlo a tu lado siempre. Si no puedes controlarlo, tendrá que marcharse. ¿Está entendido?

El dolor y la confusión asomaron por un instante en los ojos de Chloe; luego fueron repentinamente reemplazados por un relámpago de ira y desafío; alzando su firme barbilla redondeada, dijo:

-Este cambio de criterio me confunde, sir Hugo, teniendo en cuenta que ayer habías prohibido la entrada de Dante a la casa. ¿O acaso yo deberé dormir en el establo?

-Mi muchacha, si continúas en esa vena descubrirás que soy poco paciente con la insolencia –dijo él, pronunciando con esa suavidad que Chloe ya identificaba con el enfado.

-Dante necesita hacer ejercicio –señaló, defendiendo su posición-. No se puede mantener a un perro bajo techo por tiempo indefinido.

-Samuel o Billy podrán sacarlo a dar un paseo cada día.

Hugo se dio la vuelta haciendo un gesto que le restaba interés a la cuestión y que enfureció a Chloe tanto como la hirió.

-Yo también necesitaré algo más de ejercicio que el de pasearme por el patio –repuso.

El giró bruscamente hacia ella, con los ojos entornados.

-En ese caso, te sugiero que te ocupes de los quehaceres de la casa. Ya has hecho abundantes observaciones sobre el estado general de desaseo. En tu lugar, yo estaría contento con matar dos pájaros de un tiro. Estoy seguro de que fregar y lustrar es un excelente ejercicio.

-Yo pensaba que no era una ocupación apta para la heredera de ochenta mil libras –replicó ella, con voz trémula de furia.

No entendía por qué el la atacaba de ese modo, como tampoco había entendido lo ocurrido la noche pasada, pero su espíritu se reveló ante la injusticia; en ese momento, no creyó sentir por su tutor algo más que disgusto.

-Bien podrías ser útil –dijo él, encogiéndose de hombros.

A ciegas, Chloe recogió el objeto pesado que más cerca tenía, que resultó ser una tabla para el pan, y se la arrojó, con pan y todo, a través de la cocina.

Hugo se hizo a un lado pero el proyectil había sido arrojado sin puntería y se estrelló contra la pared con un fuerte ruido. La hogaza salió volando y cayó en el suelo bajo la nariz de Dante. Éste la olfateo, con la larga lengua colgando.

Chloe salió corriendo hacia la puerta del vestíbulo y Dante, abandonando su inesperado botín, arrancó tras ello. La puerta se cerro de un golpe después de que ellos salieron, Samuel se inclinó para levantar el pan y lo examinó con atención.

-Ha estado un poco duro con la muchacha, ¿no? –quitó el polvo al pan con el delantal-. ¿Qué ha hecho ella para merecer el látigo de su lengua?

-¡Ocúpate de tus asuntos, maldita sea! –exclamó Hugo, apoyando su jarro de café con un golpe-. Tú cerciórate de que lleve al perro para protegerla, y vigílala.

Salió a zancadas de la cocina.

Samuel oyó sus pisadas en los peldaños del sótano y se rasco la nariz con el entrecejo fruncido. En los últimos catorce años, él había estado junto a Hugo Lastimar bajo fuego de cañón o de mosquete. Había sido testigo de la transformación del muchacho de veinte años en un comandante maduro, sabio y victorioso. Y había estado con él cuando se sumía en ataques de lóbrega depresión, abrazado a la botella de coñac cada vez que bajaban a tierra. Nunca supo a qué se debía esa negra melancolía, aunque percibía que era alimentada por una profunda cólera dirigida hacia sí mismo.

Samuel había aceptado con su actitud flemática esos cambios de ánimo, convencido de que su amigo volvería a ser el comandante alegre, de mente rápida, autoritario y seguro de siempre en cuanto se hiciera a la mar, y convencido, también, de que ningún hombre joven del carácter y las habilidades de Hugo podía vivir siempre bajo el influjo de un desprecio tan amargo hacia sí mismo. Algo tendría que suceder para ayudar a cerrar las brechas de su alma.

Sin embargo, tras el regreso a Denholm Manor, las depresiones se habían vuelto más frecuentes e intensas. Esta vez, Samuel tampoco recibió ninguna explicación, aunque dedujo que estaban provocadas por la proximidad con el pasado, sumadas a la falta de objetivo en la actual existencia de Hugo. Y el alcohol no hacía más que exacerbar su desdicha. Samuel lo acompañaba con paciencia, confiado en que algo resolvería la situación.

Entonces llegó la muchacha. Era una joven animosa, vivaz, con una veta de independencia y decisión que exigiría un trato firme. Samuel había abrigado la esperanza de que fuese ella quien disipara las angustias de la mente de sir Hugo.

Ahora, en cambio, Samuel empezaba a sospechar que la señorita Gresham había ido un poco más allá. Lo que quedaba por ver era si eso era bueno o no.

Oyó los pasos de Hugo que regresaba, subiendo por la escalera del sótano. Los oyó cruzar el vestíbulo y, después, el portazo de la puerta de la biblioteca. Supuso que su patrón se había encerrado para vivir otra sesión con algo que había ido a buscar al sótano. Samuel suspiró. Sin duda, hasta ahora, la llegada de la señorita Gresham no había sido útil.

Hugo abrió la botella y se sirvió un trago. Empezaba a dolerle la cabeza; si bebía más coñac quizá lograra amortiguar el dolor. Fue hasta la ventana y contempló el jardín invadido de malezas. Una enredadera de rosas que exhibía una urgente necesidad de poda, trepaba por la ventana, enredándose con una lozana madreselva; el perfume mezclado de las dos llenaba la habitación. De súbito, tuvo la sensación de que el perfume de Chloe flotaba en el cuarto como un recuerdo provocativo, tan vívido que parecía real.

Hugo ahogó un juramento y, cuando se volvió de espaldas a la ventana, su mirada cayó sobre el diván donde ambos se habían revolcado con tan repentina y arrasadora pasión. La mancha de la sangre de su virginidad parecía mirarlo con reproche.

¡Dulce Jesús! ¿Y si quedaba embarazada? ¿Cómo había podido permitir que sucediera semejante cosa? ¿Cómo pudo haber sido tan ciego a las consecuencias de su locura inducida por la ebriedad y no haber adoptado las más elementales precauciones para evitar la concepción?

Existían formas que podían emplearse para evitar esa consecuencia, pero eran los métodos que utilizaban las rameras y las damas de sociedad de su pasado, ésas que mantenían relaciones sin afecto, que engañaban a amantes y maridos sin el menor reparo y que se precipitaban por aquellos senderos que llevaban a la obtención del placer que diera algún propósito a su vida.

Facilitar a Chloe semejantes medios habría sido como colocarla en la misma categoría que aquellas mujeres… como vincularla a ella con su amargo pasado. Pero, ¿qué alternativa tenía?

Vació el vaso y lo llenó otra vez. Él le había arrebatado su virginidad en una acción propia de un canalla. Y ahora que él ya había satisfecho su malsana urgencia, ¿huiría como un canalla por un callejón, dejándola sola para soportar el fruto de eso compulsión?

Se reprochó para sus adentros con las más despreciables imágenes que su cerebro afiebrado pudo concebir; cuando acabó, fue a los establos a buscar su caballo.

Chloe estaba en la cocina con Samuel, consumiendo su desayuno con una notoria falta de apetito cuando Hugo abrió la puerta de la biblioteca. Ella se irguió en la silla, atenta, con una expresión esperanzada y expectante en sus ojos. Al oír el golpe de la puerta lateral, dejó caer los hombros y la luz se apagó en sus ojos.

-No le haga caso –dijo Samuel, en voz áspera-. Cuando se pone de ese talante, no hay nadie que pueda hacer nada por él; ya se le pasará.

-Es que yo no sé qué he hecho de malo –dijo Chloe, pinchando sin ganas una seta asada. Un leve sonrojo cubría sus mejillas.

Ella adivinaba dónde se originaba el problema aunque no conociera el motivo, pero era difícil que pudiese confiárselo a este falso marinero con pendientes de oro y áspera lengua.

-Déjelo en paz –aconsejó Samuel-. Cuando está de ese humor, es mejor no acercarse.

-No veo por qué tendría que tolerarlo –dijo Chloe empujando el plato-. Es injusto que me ataque sin decirme por qué. Yo no tuve la culpa de que Dante se soltara; tampoco entiendo cómo esperaba él que yo ignorase los ladridos de mi perro.

Samuel se encogió de hombros como si el tema ya no le interesara. Hugo seguía su propio consejo con respecto a lo sucedido la noche anterior, y Samuel no quería dejarse enredar en nada. Eso sí, mantendría un ojo atento sobre la muchacha, tal como él le había ordenado.

-En la despensa hay un hígado de cerdo para su gata.

Chloe logró dedicarle una sonrisa de agradecimiento y salió al patio. Se sentó sobre el barril dado vuelta que había en un rincón y alzó la cara hacía el sol. Dante se echó a sus pies, lanzando un suspiro.

Ella sintió la tibieza del sol en los párpados cerrados y un suave resplandor rojizo que aliviaba sus ojos, mientras intentaba desenredar la confusión que la entristecía. Ella había gozado con lo sucedido en la biblioteca, un placer que no enturbiaba el arrepentimiento ni la culpa. Tenía absoluta conciencia de que las reglas de la sociedad determinaba que el amor debía quedar confinado sólo al lecho conyugal pero, en su experiencia, eses reglas no tenían aplicación alguna a las realidades de su vida. Éste era sólo un ejemplo. Lo sucedido no la había dañado en ningún sentido, antes bien al contrario. Se sentía abierta al mundo por primera vez, como si hubiese transpuesto el umbral que separaba los temibles confines de su infancia del vibrante y excitante reino de las experiencias adultas.

¿Qué perturbaba a Hugo de ese hecho? Aun con su inexperiencia, Chloe había visto que el placer físico de él había sido semejante al de ella. Esa conciencia había aumentado su propio placer, liberándola de la inhibición, permitiéndole entregarse sin reservas, miedos ni pudores.

Sin embargo, él la había emprendido contra ella con una amargura que había ensombrecido la pureza de su placer. Cuando salía huyendo de la biblioteca, ella se había sentido mortificada; había permanecido despierta preguntándose que habría desatado en él ese torrente de desprecio. Y esa mañana, él se había dirigido a ella con la agria autoridad del más severo de los tutores…

¡Ah! Los ojos de Chloe se abrieron cuando sintió que empezaba a encontrar un camino en medio de ese laberinto. Ella no sentía culpa pero no por eso Hugo podría no sufrirla. Él era su tutor, y ella estaba casi segura de que el adhería a ciertas anticuadas nociones con respecto al modo en que los tutores debían comportarse con las pupilas. Sin duda, se habría sentido indignado cuando ella le propuso que emplearan parte de su fortuna en beneficio de ambos. Quizá, aún no había entendido que Chloe tenía sus propios planes para el futuro y que no pensaba quedarse sentada, tranquilamente, dejando que las cosas le sucedieran. Ella había provocado lo de la noche anterior en mucha mayor medida que Hugo. Ella era responsable. Qué absurdo que él asumiera toda la culpa.

De pronto se sintió mucho más animada, se bajo de ese barril destinado a recoger el agua de la lluvia y fue al establo a ver como estaba Rocinante. El jamelgo tenía el mismo aspecto desdichado de siempre, a pesar del potaje tibio de afrecho y el fardo de heno fresco.

-En mi opinión, lo más bondadoso para este animal sería una bala –afirmó Billy, meneando la cabeza.

-Puede ser –dijo Chloe-. Si no mejora en un par de días, pediré a sir Hugo que ponga fin a su desdicha –pasó sus manos por las sobresalientes costillas y apretó la boca-. ¡Yo se a quién le vendría bien una bala! –entonces, alzó la vista hacia Billy y le preguntó como al pasar-: Ya que lo menciono, ¿sabes a dónde ha ido sir Hugo?

Billy negó con la cabeza.

-Sólo se que quiso que ensille su caballo

-¿Ha dicho cuanto tiempo estaría ausente?

Billy volvió a negar con la cabeza.

-No. No tiene por qué decírmelo: no es asunto mío.

-Supongo que no.

Chloe salió del establo absorta en sus pensamientos. Todo daba a entender que sería ella la encargada de poner las cosas en claro. Bastaría con que tranquilizara a Hugo, con que lo persuadiese de que no había hecho nada malo. Más aún: tal vez el mejor modo de lograrlo sería hacer que sucediera otra vez.

La idea la impulsó a dar un brinco sobre los sucios adoquines. Ella sospechaba que, en esta cuestión de hacer el amor, debía de haber mucho más de lo que ella había percibido la noche anterior; la perspectiva de seguir experimentando le provocó pequeños escalofríos de anticipación que recorrieron por su espalda.

Ya en su habitación, inspeccionó los vestidos hechos en la casa de madame Letty que colgaban en su armario. Esa mañana, no se le había ocurrido nada mejor que ponerse uno de los atuendos de sarga marrón, pero ahora sentía como si el sol le corriese por las venas mientras planificaba su campaña, y esa delicada muselina le parecía muy atractiva… si bien no tan llamativa como la tafeta del color de la cola del pavo real. No tenía sentido insistir en batallas ya perdidas.

Desechó el vestido de sarga marrón y se enfundó en el de muselina con cintas azules, retorciéndose para ensartar los ganchos en la espalda antes de atar el cinturón. En su cuarto no había espejo pero recordó haber visto uno de mesa sobre un tocador, en uno de los otros dormitorios. Salió a buscarlo en una oscura y penumbrosa habitación que olía a ratones; una gruesa capa de polvo cubría el suelo de roble y las desvaídas cortinas de terciopelo que cubrían las ventanas con montante impedían el paso de la luz.

Aperó las cortinas para que pudiera pasar la luz. Trató de levantar el espejo de la mesa del tocador con la intención de llevarlo a su cuarto pero tenía marco de caoba y era demasiado pesado. Por lo tanto, tendría que mirarse por partes, de pie sobre un taburete bajo, para poder verse de la cintura para abajo.

Las toscas botas que acompañaban el vestido del seminario tenían un aspecto ridículo en contraste con la clara y tenue muselina, pero el día anterior no había quedado tiempo para ir al taller de un zapatero. Chloe se quitó los zapatos y los calcetines y movió sus dedos desnudos ante el espejo. El efecto que ejercían sus pies descalzos era atractivo, a su juicio, como si ella fuese una lechera o una pastora. Era de esperar que a su tutor también le resultara atrayente esa imagen pastoril.

Escudriño su rostro en ese espejo cubierto de polvo, mojándose un dedo con saliva, pasándoselo luego por las cejas para darles nítida curvatura, experimentó con el pelo, recogiéndolo primero, en un moño en su coronilla, y luego apartándoselo de su rostro, sujeto en la nuca. Al final, llegó a la conclusión de que tenía un aspecto más bucólico si lo dejaba suelto, libre sobre los hombros; fue a su cuarto a cepillárselo hasta que su oro intenso se onduló y relució.

Faltaff la observaba con la cabeza ladeada y seguía con un ojo el rítmico movimiento del cepillo, mientras emitía una constante retahíla de obscenidades. Beatrice dejó a sus pequeños dormidos unos momentos y se estiró al sol, sobre el alféizar, dejando que el sol le entibiase los flancos. Dante la contempló, expectante, golpeando de tanto en tanto su cola contra el suelo.

-Qué os parecerá Londres –comentó Chloe, distraída, sujetando sus cabellos con una cinta azul como flores de aciano-. No podremos marcharnos hasta que hayas destetado a tus hijos, Beatrice –la gata alzó una oreja. Dante suspiró pesadamente y se dejó caer al suelo, llegando a la evidente conclusión de que no pasaría nada fuera de lo común-. Aun así, espero que no me lleve tanto tiempo persuadir a sir Hugo de que haga los arreglos necesarios –reflexionó, sentada sobre el alféizar, cuidando de no arrugar el vestido.

Pasó una hora hasta que un solitario jinete apareció en el sendero. Chloe se bajó de un salto y cerró con firmeza la puerta, dejando dentro al desolado Dante; corrió hasta lo más alto de la escalera desde donde, mirando hacia abajo, veía el gran vestíbulo.

Hugo subió la escalinata de entrada y entró en la casa con el semblante tenso, la boca y los ojos rodeados de líneas de fatiga. Sus ojos enrojecidos no tenían luz y eran como opacas piedras verdes en un rostro macilento, bajo el bronceado.

Dejó caer la fusta sobre la mesa, se mesó los cabellos y se masajeó las sienes con los pulgares en un gesto que a Chloe comenzaba a resultarle familiar. Daba indicios de cierto profundo abatimiento, que provocó en ella el anhelo de reconfortarlo, de encontrar el modo de brindarle paz. ¿Cómo sería eso de no poder dormir nunca?

De pronto Hugo alzó la vista y vio a Chloe, inmóvil en lo alto de la escalera.

-Ve a la biblioteca –dijo él, en voz inexpresiva.

Su tono hizo vacilar el optimismo y la seguridad de Chloe. Titubeó, pero puso un pie descalzó en el primer peldaño.

-¡Ahora mismo!

Ella ahogó una exclamación y bajo corriendo como si alguien la azotase por la espalda, aunque él ya se había vuelto hacia la puerta que iba a la cocina.

-Espérame en la biblioteca –ordenó él, y entró.

Lentamente, Chloe hizo lo que le indicaba, perdida ahora su confianza de hacía un rato. Él no la había mirado bien; menos aún notando su aspecto. Se detuvo en la puerta de la biblioteca y paseó una mirada por la habitación donde había sucedido algo tan importante. Ahora parecía tan lúgubre y poco acogedora como la primera vez que ella había entrado, cuando buscaba la carta del abogado Scranton.

Sus pasos la llevaron hasta el diván, y contempló los ajados almohadones, la mancha oscura en el desvaído terciopelo. La noche pasada, cuando llegó a su cuarto, había sagrado un poco, pero la consternación provocada por el violento rechazo de Hugo, tras la euforia anterior, la había impedido prestar atención al hecho excepto para enjuagar la sangre de manera superficial y luego meterse en la cama. Se inclinó para tocar la mancha oscura de su cuerpo tratando de volver a relacionarla con el dichoso momento que la había originado.

En ese instante, Hugo entró en la biblioteca con un vaso en la mano; sintió que una renovada ola de reproches a sí mismo le oprimía el estómago.

Chloe giró hacia él, con sus ojos dilatados por la ansiedad.

-Yo sólo… yo sólo… -titubeó, intentando hallar las palabras que expresaran lo que había estado pensando.

-Quiero que bebas esto –dijo él, descartando sus titubeos, negándose a ver lo que expresaban sus ojos.

Le presentó el vaso.

Chloe lo recibió y observó el turbio líquido que contenía, frunciendo la nariz al percibir el intenso vapor aromático.

-¿Qué es?

-Bébelo –dijo él.

-Pero… pero, ¿qué es? –levantó la vista hacia él, confundida-. ¿Por qué no me lo dices?

-Nos dará la seguridad de que no habrá consecuencias de lo de anoche –afirmó él en voz fría e impasible-. Bébelo.

-¿Qué consecuencias? No entiendo –su boca suave tembló tratando de sonreír, de suplicar, y el azul de sus ojos se tornó tal violáceo como los brezos de un páramo escocés-. Por favor, Hugo.

Extendió su mano hacia el brazo de él, pero él se apartó como si fuera hierro candente.

-¡Pequeña tonta ingenua! –exclamó el hombre-. No puedo creer que no sepas de qué estoy hablando.

Giró hasta quedar de espaldas a ella y recurrió a su pronto socorro, la botella de coñac.

Bebió un trago y sintió que un calor se difundía en su vientre. El temblor de sus manos cesó. Hizo una profunda inspiración y giró de nuevo hacia la muchacha.

-Un niño: ésa es la consecuencia. Podrías haber concebido un hijo. Lo que hay en el vaso nos dará la garantía de que eso no sucederá.

-¡Oh! –Chloe adoptó una expresión grave-. Debería haberlo pensado. No fue mi intención pasar por una simplona –dijo ella, con voz clara y remota. Entonces bebió el contenido del vaso, cerrando los ojos al sentir el desagradable saber, y tragó-. ¿Y de resultado?

-Si, da resultado –dijo Hugo, yendo hacia la ventana.

Hugo se había enterado de la existencia del brebaje la primera vez que estuvo en la cripta. La mujer se lo había pedido al llegar la temible luz del alba en ese sitio húmedo, cuando la euforia de la alucinación se había disipado y el espíritu se sentía frío y tenebroso. En aquel momento, él no supo a que se refería, y ella se había reído de su ingenuidad, con risa áspera y dura que había herido su juvenil dignidad. Ella había llamado a Stephen y se había reído con él de la inexperiencia de su joven amante. Pero Stephen, en lugar de reírse, se había mostrado comprensivo y simpático y había conducido al joven iniciado hasta el armario donde se guardaban esas sustancias extrañas. Él le había explicado cómo mezclar las hierbas anticonceptivas y, unos días después, lo había llevado a la choza de un carbonero, en el bosque, donde la entendida en hierbas había hecho uso de su oficio.

Hugo había escuchado a Stephen y a la vieja hablar de los nuevos ingredientes que necesitaban. Vio cómo Stephen pagaba con oro los sacos de cuero y frascos de alabastro. En la siguiente oportunidad, cuando fue necesario abastecer de nuevo al armario, Hugo se ocupó en persona de la tarea.

La herborista aún vivía en la choza del carbonero. Reconoció a Hugo pese a que habían pasado catorce años; ante sus ojos, ella no había cambiado mucho, aparte de unas pocas líneas en el rostro algo marchito y el pelo canoso más ralo y descuidado. Pero sus ojos eran tan agudos como antes y sus precios igual de elevados.

Chloe dejó el vaso vacío y camino hacia Hugo, que seguía mirando por la ventana. Ella hizo una profunda inhalación y luego, estiró una mano sobre el hombro de él y le tocó la cara.

-Hugo… yo –pero no pudo seguir.

El se volvió y apartó su mano con tal violencia que le hizo gritar.

-¡No me toques! –gritó-. No me toques nunca más, ¿entiendes?

Ella se frotó la mano dolorida y clavó la vista en él, perpleja.

Él la tomó por los hombros y le dio una sacudida.

-¿Entiendes?

-Pero, ¿por qué? –logró pronunciar ella.

-¡Por qué! –exclamó él-. ¿Preguntas por qué? ¡Después de lo que pasó anoche!

-Pero… pero yo he disfrutado con lo que pasó anoche; fue hermoso, me sentí maravillosamente bien. Y tú no debes sentirte culpable por eso –hablaba con fervor, con urgencia; sus ojos ardían con intensidad-. No hay motivos para que te sientas mal por lo que ha pasado. No hay que lamentar…

-¡Eres una chiquilla presumida! –volvió a exclamar él-. ¡Tienes la audacia de decirme qué debo lamentar y qué no! Y ahora, me escucharás con mucha atención.

Le apretaba los hombros con tanta fuerza que la obligó a encogerse, pero Chloe no podía moverse, como tampoco podía apartar la vista de esos penetrantes ojos verdes que sostenían su mirada.

-Lo que tuvo lugar anoche sucedió sólo porque yo estaba borracho. Si hubiese estado sobrio, jamás habría pasado. ¿Crees que estoy tan loco como para no poder resistirme a una ingenua escolar?

Remarcó la pregunta con otra sacudida.

-Yo no sabía lo qué estaba haciendo –Hugo dijo esas brutales palabras con fría claridad-. De ahora en adelante, te mantendrás fuera de mi camino a menos que yo te llame. Te juro

sobre la tumba de mi madre, que si llegaras a intentar otra vez tus tretas de provocadora, ese día será el más lamentable de tu existencia.

Le soltó los hombros de golpe y la apartó de sí con un empellón.

-Y ahora, sal de aquí.

Chloe salió de la biblioteca dando tumbos, demasiado aturdida hasta para llorar. Le pareció que no podía respirar; sintió como si la hubiesen sumergido en un lago helado; se quedó inmóvil en el vestíbulo, tratando de llenar de aire los pulmones hasta que disminuyó ese dolor que le punzaba las costillas. Guiada por el instinto, fue hacia la puerta abierta, para que la tibieza del sol en el patio acariciara su carne helada e insuflara vida a su espíritu congelado.

Capítulo 8

Como de costumbre, Chloe se sentó sobre el barril del patio y, aturdida, clavó la vista en el espacio.

De manera indefinida, se preguntó por qué no estaba llorando y comprendió que su herida era demasiado profunda para poder aliviarse con algo tan simple como las lágrimas. Quería huir de ese lugar, de ese hombre que era capaz de herirla tan hondamente, pero no tenía adónde ir, nadie a quien acudir… salvo Jasper. Chloe sabía que su madre le había temido; también sabía lo que se decía de él en la región: era preferible no cruzarse en el camino de ese hombre. Sin embargo, el nunca había reparado demasiado en su pequeña media hermana y ella no recordaba haber recibido un trato francamente hostil de parte de él. Tampoco había tenido demasiado contacto con Crispin.

El repiqueteo de unos cascos en el sendero que estaba más allá del patio interrumpió sus amargas meditaciones; sin mucha curiosidad, alzó la vista y miró hacia el arco de entrada. Como si estuviera respondiendo a sus reflexiones, Crispin Belmont estaba entrando al patio. Venía solo, montando un potro blanco de impecable pedrigí. Miró en torno, vio a Chloe sentada sobre el barril y levantó el sombrero de ala vuelta. Agregó una lave inclinación que daba la impresión de invitarla a no tomar en serio la formalidad.

Chloe se puso lentamente de pie.

-Buen día, Crispin. ¿Qué te trae por aquí?

-Ésa no es una gran bienvenida –dijo su visitante con una jovialidad que sonó con una nota falsa en los oídos de Chloe-. Vengo llena de buena voluntad y amistad, Chloe.

El recién llegado dejo vagar su mirada sobre la muchacha y una chispa de interés animó sus facciones a medida que tomaba nota de la ondulante masa de cabellera reluciente, la breve

cintura acentuada por la faja de tenue muselina, el busto redondeado y la suave curva de sus caderas. Esta Chloe era muy diferente a la desalineada escolar enfundada en sarga castaña que había visto la otra mañana, comiendo un bocadillo de jamón.

El desmontó, tomó las riendas con una mano y le sonrió.

-¿Siempre andas descalza?

Chloe se miró los pies y alzó los hombros.

-Tenía ganas de hacerlo.

Crispin, por su parte, tuvo que esforzarse por disimular la irritación que le producía tan frío recibimiento. Se apoyó en la idea de que él tenía un deber que cumplir y que en todo obedecería las órdenes de su padrastro. El nuevo plan, forjado durante el desayuno, debía ser llevado a cabo, en principio, sólo por el supuesto pretendiente. Por eso, él tragó su rabia y recordó que ochenta mil libras compensarían cualquier insulto. Además, bajo el techo de Jasper no duraría mucho tiempo esa falta de respeto.

Sonrió de nuevo y tendió un paquete a la muchacha.

-Mi madre te envía un poco de pan de jengibre. Ella recordó lo mucho que te gustaba de niña, cuando ibas con frecuencia a la mansión. Creo que hay algo más ahí adentro: cintas o alguna chuchería parecida –se echó a reír como para quitar valor-. Naderías femeninas, mi querida.

-Ah –Chloe recibió el paquete y se quedó perpleja-. Bueno, por favor, di a lady Gresham que le agradezco su bondad.

Se volvió a medias.

Crispin estaba intentando imaginar un modo de detener la atención de la muchacha cuando apareció Samuel en la escalinata de acceso a la casa. Samuel había estado mirando por la ventana de la planta alta y, teniendo presente la importancia de vigilar constantemente a la pupila de sir Hugo, bajó de prisa.

-Permítame una palabra, señorita –dijo, alzando la voz.

-Discúlpame –dijo Chloe con improvisada cortesía y se acercó a Samuel.

-¿Quién es? –preguntó Samuel, sin desperdiciar palabras.

-Crispin, mi hermanastro. ¿Por qué?

Samuel se rascó la cabeza. No creía que pudiese haber mal alguno en que conversara en el patio con un pariente; además, la agudeza del tono de ella contrastaba con la tristeza de su expresión.

-¿Dónde está ese perro suyo? –preguntó él-. Sir Hugo ha dicho que usted debía evitar que se metiera en problemas.

-Está encerrado en mi habitación. He olvidado dejarlo salir.

El acento desafiante había desaparecido de su voz. Tena muy buenos motivos para creer que Dante no sería un agregado apto para la escena que ella había planeado que sucediera en la biblioteca.

-Yo lo dejaré salir –Samuel se volvió hacia la casa-. Pero usted no trasponga los límites del patio.

Chloe regresó junto a Crispin, quien aún estaba de pie junto a su caballo.

-Es bastante imperioso por tratarse de un criado, ¿no es cierto? –comentó él, frunciendo el entrecejo.

Chloe se alzó de hombros.

-No es un criado común, más bien es un hombre de confianza.

Dante bajó saltando los peldaños, ladrando alegremente. Se irguió sobre las patas traseras, apoyó las delanteras sobre los hombros de la muchacha y le lamió la cara.

-¿Podrías creer que alguien ha tratado de robar a este tonto animal –dijo Chloe, riendo, mientras lo apartaba, sin recordar su abatido talante de hacía unos momentos-. Es un animal tan común que nadie podría imaginar que tuviese algún valor.

-No es tan común –dijo Crispin, diplomático, esforzándose por ignorar a Dante, que olfateaba sus botas e incrustaba el hocico en su ingle de un modo bastante embarazoso-. Además por esta zona abundan los cazadores furtivos. Es difícil saberlo, aunque es probable que alguno de ellos se haya encaprichado con él. Tal vez pueda sacar de él un buen rastreador de conejos.

-Oh, seguramente –admitió Chloe-. Es muy inteligente… Dante, deja de hacer eso.

Lo apartó de Crispin con el pie.

-¿Dónde está tu tutor? –preguntó Crispin, mientras miraba como al descuido el desordenado patio.

"Bebiendo hasta quedar tonto", pensó Chloe mordiéndose el labio con fuerza para contener las palabras y las lágrimas.

-En alguna parte de la casa –respondió-. Y ahora tengo que entrar. Tengo cosas que hacer –hizo un gesto vago-. Gracias por tu visita; te ruego que agradezcas a tu madres por el pan.

Se volvió y corrió con agilidad hacia la escalinata sin esperare a que Crispin respondiese a su saludo.

El joven montó de nuevo y salió trotando del patio, muy satisfecho de los avances logrados hasta el momento. Si sir Hugo creía que el perro había sido el objeto del ataque, eso significaba que era mucho más tonto de lo que Jasper lo consideraba pero, además, creyera lo que creyese, no tenía pruebas. Chloe, al menos, no sospechaba. Por añadidura, el había dado un pequeño paso en pos del objetivo de desarmarla. Jasper estaría complacido.

Chloe entró a la cocina, procurando no mirar hacia la biblioteca cuando pasó ante la puerta cerrada. Apoyó el pan de jengibre sobre la mesa y lo desenvolvió.

-Que raro que lady Gresham recordara cuánto me agrada –dijo, sirviéndose un trozo.

-No coma ahora; eso podría estropearle el apetito –dijo Samuel con aspereza, al tiempo que recogía el paquete.

Chloe se puso ceñuda.

-No creo que eso pueda ocurrir aunque, de cualquier modo, no lo quiero.

Arrancó un trozo de pan y se lo dio a Dante.

-¡Samuel! –llamó Hugo, de repente, desde la puerta de la cocina. Sin pensarlo, Chloe se volvió hacia él y luego giró de nuevo, sonrojándose-. Salgo para Manchester –dijo Hugo con su mirada desenfocada, su vos densa-. No sé cuándo regresaré.

-Con que estamos quedándonos sin coñac, ¿eh? –dijo Samuel.

-¡Maldita sea tu insolencia, Samuel!

Y se marchó dando un portazo.

-¿Por qué va a Manchester? –preguntó Chloe.

-Lo hace siempre que sus demonios lo acosan demasiado –comentó Samuel.

-¿Y qué hace allí?

-Se emborracha y va de putas –respondió Samuel sin rodeos-. No me extrañaría que estuviese ausente unos días –puso una horma de queso sobre la mesa-. Sir Hugo está luchando contra ciertos poderosos demonios, señorita. Viene sucediendo así desde que lo conozco, es decir cuando él tenía apenas veinte años.

-¿Y usted conoce esos demonios?

-No –Samuel enfatizó la negativa con movimientos de cabeza-. Jamás ha dicho una palabra de eso, ni siquiera cuando está lleno de alcohol. La mayoría de los hombres parlotean como chiflados cuando están borrachos, pero él no. Es muy reservado. Cerrado como una ostra –cortó el queso-. ¿Qué le parecería un trozo de queso tostado?

Chloe negó con la cabeza.

-No, gracias. Mejor será que suba y me acueste. Me siento fatigada.

Cuando Cripin Belmont apareció en el patio, a la mañana siguiente, Samuel llamó desde abajo a Chloe, que estaba en su cuarto.

-Tiene una visita señorita.

-¿Ah, si? ¿Quién es?

Al oír el tono letárgico en que la muchacha hacía la pregunta, Samuel maldijo para sí a su patrón, a quien juzgaba responsable de la palidez y las ojeras de Chloe. Por añadidura, había vuelto a usar sus túnicas de sarga marrón, lo cual no hacía más que empeorar las cosas. Una distracción, de cualquier género que fuese, le haría la mar de bien.

-Es ese pariente suyo –respondió, señalando con la cabeza hacia la puerta abierta.

-No estoy segura de querer verlo –dijo ella, girando de nuevo hacia la escalera.

-No sea tonta –dijo él con aspereza-. Le hará bien. No puede andar arrastrándose por ahí todo el santo día.

-¿Por qué no?

-Ah, ¿no? –Samuel llegó a la conclusión de que su papel de perro guardián necesitaba más fuerza-. Salga ahora mismo y hable con u pariente, señorita. Es muy grosero negarse a recibir a una visita. No sé que diría sir Hugo.

-Es poco probable que nosotros nos enteremos de eso –musitó Chloe, pero salió al patio.

Crispin ya había desmontado y tenía en su mano un gran ramo de flores silvestres que le ofreció con una sonrisa cuando ella se acercó a él.

No era casual que hubiese hecho una elección tan acertada. Lasa flores cultivadas no eran del agrado de Chloe; en cambio, la mezcla natural de colores en ese ramo de dedaleras, pimpinelas, correhuelas y buglosas le arrancó una exclamación de deleite.

-Oh, son preciosas. ¿Tú mismo las recogiste?

-Si, cuando venía hacia aquí –respondió él-. ¿Recuerdas que solías hacer guirnaldas de margaritas? Una vez, me hiciste una corona y un collar.

Chloe frunció el entrecejo: no lo recordaba… peor aun, por lo que recordaba de Crispin era bastante poco probable que hubiese hecho tal cosa. Pero, como estaba dispuesta a otorgarle el beneficio de la duda, respondió:

-Lo recuerdo vagamente.

Su disposición hacia él era tal que lo hubiese invitado a entrar en la cocina si no hubiese recordado que Hugo le había dicho a Jasper que no era bienvenido en su casa. Dedujo que esa prohibición también se aplicaba a Crispin.

-¿Quieres un vaso de agua? –ofreció señalando la bomba con un ademán-. El paseo debe de haberte dado calor.

Era la única hospitalidad que podía ofrecerle, a pesar de que Crispin lucia tan pulcro y fresco como si no hubiese tenido que recorrer más de diez kilómetros a caballo.

-No, gracias –dijo él-. Pero me agradaría caminar en tu compañía. ¿Qué opinas si llevamos al perro a un paseo por el campo?

Dante oyó la palabra mágica y, meneando la cola, emitió un corto ladrido de excitación.

Chloe frunció el entrecejo.

-Tendré que preguntarle a Samuel.

-¿Al criado? ¿Permiso a él? –preguntó Crispin, realmente sorprendido.

-El dirige la casa –dijo ella-. Al menos, mientras sir Hugo está… ausente.

-Ah, ¿Adónde se ha ido? –preguntó Crispin como al pasar, al tiempo que se agachaba para palmear a Dante.

-A Manchester –dijo ella.

-¿Cuánto tiempo estará ausente?

Chloe tomó conciencia de que no deseaba reconocer que no lo sabía.

-Sólo un día –respondió-. Iré a hablar con Samuel.

Crispin la vio correr hacia la casa y se preguntó por qué habría vuelto a usar esos odiosos atuendos de sarga y esas incómodas botas. No lo atraía la idea de un paseo por el campo con una acompañante tan mal vestida. Pero, como había recibido precisas instrucciones, esperó el regreso de la joven con una sonrisa de ansiedad clavada en los labios.

La negativa de Samuel había sido terminante, y Chloe regresó desconsolada.

-Él tiene que obedecer a sir Hugo –explicó-. No sería justo obligarlo a que haga lo contrario.

Crispin recibió la explicación de buen talante.

-Sentémonos al sol, pues.

Llevó a su caballo hasta donde el tonel de Chloe y, alardeando de una actitud de muchacho, se sentó sobre una tapia baja que había junto al barril.

Crispin sostuvo una corriente continua de conversación amistosa durante media hora y luego se marchó. Mientras regresaba a la casa, Chloe se había puesto pensativa. Había algo en ese sujeto que le irritaba los nervios, como si sonara una nota falsa en algún sitio, aunque no podía identificarla; pero no le parecía justo buscarle defectos después de que él se hubiese tomado tantas molestias para complacerla. Y si alguien necesitaba ser complacido y que lo distrajesen de sus pensamientos, ese alguien era ella.

Hugo se removió pesadamente en el hondo lecho de plumas. Inhaló los olores rancios de la cerveza y de los cuerpos mientras rodaba hasta quedar tendido de espaldas. Lanzó un quejido y pasó su brazo sobre el blando montículo de carne que tenía junto a él. Betsy resopló y giro de lado su cuerpo gordezuelo, con lo cual se hundió más entre las plumas. El difuso calor hizo sonreír a Hugo, aún medio dormido; dio a la mujer un par de amistosas palmadas para luego entregarse a movimientos más deliberados e insinuantes.

Betsy gimió, como protestando sin muchas ganas pero se entregó como lo hacía siempre. Era su trabajo; este cliente era más considerado y regular que la mayoría, además de pagar con generosidad.

Después, Hugo se hundió de nuevo en la inconsciencia y volvió en sí con una horrible sacudida que lo despertó dolorido y sintiendo sus miembros pasados. Betsy se había levantado y estaba encendiendo las velas.

-Es hora de irte, amor –dijo ella.

Llevaba desarreglada su enagua, que a duras penas cubría sus grandes pechos y sus carnosas pantorrillas, pero su sonrisa era amistosa.

-Tengo otros clientes. No podría ganarme la vida si me quedara contigo hasta la mañana, ¿no es cierto?

Hugo cerró los ojos, sintiéndose desbordado por un vacío aterrador. Cuando estuviese solo, ese vacío podría engullirlo.

-Vuelve aquí –dijo-. Te pagaré por el resto de la noche.

-No puedo –replicó Betsy con firmeza-. Ahora, la cama está comprometida a Sal. Nosotras nos turnamos; ahora debo ir a una esquina de la calle. En verano no es tan malo pero, en una noche de invierno, se sufre mucho frío –hizo chasquear la lengua y se inclinó sobre el plato de cobre bruñido que le servía de espejo para desenredarse el pelo-. Es un arreglo justo, amor. Hace un año que Sal y yo trabajamos así.

Hugo se incorporó con esfuerzo. Le temblaban las manos y sentía una banda que ceñía su cabeza, amenazadora. Sacudido por un ramalazo de desesperación, miró a su alrededor.

-Ten –dijo Betsy, alcanzándole una botella de coñac: lo había comprendido de inmediato-. Queda una gota ahí. Servirá para aliviar tus temblores.

Después que Hugo vació el contenido sus manos dejaron de temblar y el incipiente dolor desapareció.

-Ven a mi casa –dijo, con una nota de súplica en su voz-. No puedo estar solo, Betsy. Yo te pagaré la noche y estarás mucho mejor que si estuvieras esperando en una esquina.

Intentó dirigirle una sonrisa halagüeña pero sus músculos faciales estaban rígidos.

-¿Y cómo regresaré, luego? –preguntó Betsy, ceñuda.

-Yo me cuidaré de eso –prometió él-. Por favor, Betsy. Te prometo que no saldrás perdiendo.

Ella se alzó de hombros.

-Bueno, ¿por qué no? Pero quiero una guinea por toda la noche. Y algo extra por la molestia, tenlo en cuenta.

-Lo que quieras –él se incorporó lentamente, esperando que la habitación se balanceara violentamente a su alrededor. Cuando se estabilizó, tomó la chaqueta de una silla y tanteó en sus bolsillos-. Ten, se una buena muchacha y compra otra botella de este matarratas a tu amigo, el de la planta baja, mientras yo me visto.

Betsy tomó la moneda y bajó, así como estaba vestida. No era asunto de ella si un cliente buscaba una muerte temprana con alcohol.

Hugo se puso los pantalones, concentrándose con dificultad en cada movimiento. Si lograba que su mente estuviese centrada en los detalles mínimos del presente, ese vacío no se lo tragaría.

-Betsy volvió con la botella, y él bebió otro generoso trago. De inmediato, se sintió más fuerte, un grato y cálido cosquilleo se extendió por su ser, volviendo a sus demonios al sitio de donde habían venido.

Bajó la escalera rodeando con su brazo los hombros de Betsy y fueron juntos hasta la cochera donde estaba alojado su caballo.

-No te molestará montar a la grupa, ¿verdad, Betsy, mi amor? –dijo, riendo entre dientes, enfatizando sus palabras con una amistosa palmada en el ancho trasero de ella.

-A mí no, pero al caballo tal vez sí –respondió Betsy riendo-. Ayúdame a montar, venga.

Hugo la alzó y luego montó delante de ella. Como el caballo estaba descansado, resistió bien el peso de ambos. Hugo sacó la botella del interior de su chaqueta, bebió un buen trago, chasqueó la lengua y luego espoleó los flancos de su cabalgadura. No recordaba cuanto tiempo hacía que estaba ausente de Denholm. Suponía que haría varios días aunque, en realidad, no tenía ninguna importancia.

Era una noche brillante, el aire estaba tibio y suave y el blanco camino hacia Denholm se extendía serpenteado ante ellos. Betsy empezó a canturrear una atrevida canción de taberna, y Hugo se unió a ella en el canto, dando tragos a la botella de vez en cuando. Existía un hueco, pero era confortable. Los demonios no acechaban; no lograba recordar nada del pasado y poco o nada le importaba del futuro. Existía sólo encerrado en la cápsula del presente, sintiendo a sus espaldas el cuerpo cálido de Betsy que lo recibía sin remilgos, el caballo que se movía entre sus muslos, el coñac que rodaba en su estómago. Hugo Lattimer era feliz.

Samuel oyó los cascos del caballo sobre los adoquines bajo su ventana abierta. Oyó la risa de bajo de Hugo y una risilla femenina. Lanzó un suspiro resignado, se volvió y se dispuso a dormir: al menos sir Hugo estaba de regreso y, además, en una sola pieza. Siempre persistía el temor de que en medio de esas orgías de albañales, cuando Hugo olvidaba quién y qué era, sufriera algún intento de asalto, robo y asesinato. Sin embargo, siempre salía indemne. Sin duda, eso se debería a que, incluso borracho, nunca dejaba de tener la estampa del hombre que había comandado, en otro tiempo, un navío de la Armada de Su Majestad. De

este hombre emanaba una indefinible autoridad, que superaba aún la desordenada alegría de un borracho.

Hugo llevó su caballo al establo, después forcejeó con su silla y bridas mientras lo desensillaba. Pero, por fin, concluyó la tarea y se volvió hacia Betsy que estaba de pie en la entrada y seguía canturreando la obscena copla. En el momento en el que se volvía, su vista se posó sobre el contorno de una silueta que no le resultaba familiar en el pesebre contiguo. Frunció el entrecejo y sacudió la cabeza, preguntándose que extraña bestia habría ido a parar a su establo. Le pareció que captaba la sombra de una respuesta, pero ésta no terminó de cobrar forma. Pero carecía por completa de importancia: todo carecía de importancia en ese momento. Pasó su brazo alrededor de Betsy y la hizo entrar en la casa, y luego, en la biblioteca.

Chloe no había oído entrar a Hugo en el patio puesto que su habitación estaba en el otro extremo de la casa, pero Dante se despertó en el extremo de la cama e irguió sus orejas cuando entró el dueño de casa. Aguzó el oído unos instantes y luego, convencido de que no sucedía nada fuera de lo común, apoyó de nuevo la cabeza sobre los pies de Chloe lanzando un pesado suspiro.

Pero la música del piano que entraba por su ventana abierta despertó a Chloe. Se quedó escuchando esa música que llenaba la oscuridad. Era una melodía alegre y movediza que, hasta el momento, nunca había oído tocar a Hugo. Además del alivio de que hubiese vuelto sano y salvo, sintió una chispa de esperanza de que él se hubiese librado de los demonios y que fuese, otra vez, el que había sido antes de haberla rechazado de una manera tan cruel.

Después de un rato, la música cesó y ella intentó volver a dormir. Sin embargo, comenzó a crecer en ella la posibilidad de poner fin a su desdichada soledad y a su confusión y, al mismo tiempo, empezó a sentir que su propósito recuperaba su fuerza anterior. Aún tenía la posibilidad de manejar su propia vida. Y antes de poder organizar su futuro, tendría que saltar algunas vallas.

Antes aun de ser consciente de que había adoptado una decisión, ya había saltado de la cama. Dante se bajó de un salto, se sacudió y fue hacia la puerta.

-No, quédate aquí –le dijo su ama-. No demoraré.

Se escabulló hacia el corredor y cerró la puerta con sigilo. El perro gimió.

Sólo cuando ya había bajado la mitad de la escalera notó que estaba andando, otra vez, por la casa, en camisón. Pero no había nadie que pudiese verla y, además, no iba a salir. Cuando llegó a la puerta de la biblioteca se detuvo, presa de una pasajera vacilación. Hugo le había dicho que no se acercase salvo que él la llamase… pero eso fue cuando se hallaba invadido por los demonios, cuando se convirtió en una persona diferente, Era imposible que el individuo que había estado tocando esa alegre melodía fuese el mismo que la había arrojado lejos de sí con tan áspera crueldad.

Levantó el pestillo y abrió la puerta. Un plateado hilo de luna atravesaba la gastada alfombra turca. Se oían sonidos quedos en la habitación, sonidos extraños que la inquietaron, que la llenaron de una mezcla de recelo y curiosidad. Entró en el cuarto.

A la luz de la luna yacían dos cuerpos entrelazados que emitían susurros ahogados y respiraban pesadamente. Atónita, Chloe vio los rollizos muslos blancos que brillaban bajo la luna, rodeando el cuerpo largo y duro de Hugo Lattimer. El pelo castaño de éste, que miraba a su compañera, le caía sobre la frente y se movía de manera acompasada, al ritmo del generoso cuerpo de la mujer que lo recibía.

Hugo soltó una breve carcajada de placer, hecho su cabeza hacia atrás y apartó el largo pelo de su frente. Abrió los ojos.

Ver a la muchacha de pie en el vano de la puerta, boquiabierta de asombro, golpeó a Hugo como si hubiese caído sobre él una catarata de agua helada. Había olvidado su existencia. Había olvidado todo lo que lo llevó a sumergirse en el lago de coñac de la amnesia

y en los hospitalarios brazos de una amable ramera. Y, cuando vio la esbelta figura recortada por la luz que llegaba del pasillo, con su reluciente pelo volcado sobre los hombros, le subió a la garganta una amarga oleada de bilis y se agrió el coñac de su estómago. Intentó decirle que se marchara, que apartase la vista de ese espectáculo vergonzoso, pero no pudo pronunciar las palabras.

De pronto, ella había desaparecido cerrando sin ruido la puerta al salir.

-Eh, ¿qué fue eso? –preguntó Betsy-. ¿Qué te ha pasado a ti?

Era evidente que su compañero ya no era capaz de terminar lo que había empezado y que tampoco estaba interesado en hacerlo.

Hugo se desembarazó de la mujer y se levantó. Sentía náuseas y lo estremecía el horror. Al dirigir su vista hacia abajo vio a Betsy repantigada sobre la alfombra, a sus pies; sólo pudo ver la degradante vulgaridad de su posición, los blancos y gordos miembros sobre las sucias enaguas levantadas. Ahogó una maldición y le dio la espalda.

-Vístete y vete.

-Eh, ven, ¿qué es esto? –Betsy se levantó y se bajó las enaguas-. Tú habías dicho toda la noche. ¡No vas a echarme así como así!

-Ya casi amanece –repuso él, subiéndose los pantalones-. La carreta del carnicero pasa por la carretera a la seis en puno. Él puede llevarte a Manchester.

Fue hacia el escritorio que había en un rincón, abrió un cajón y sacó una caja fuerte.

-Ten, toma esto.

Betsy clavó la vista en los tres soberanos de oro que chisporroteaban a la luz de la luna a punto de desaparecer en el horizonte. Era una suma como la que había podido ganar en dos meses, y la había obtenido sin demasiado esfuerzo ni incomodidad.

-Eres un tipo muy extraño, tú –dijo, aceptando las monedas y alzándose de hombros-. Está bien, me marcho

Hugo no respondió. Fue hasta la ventana y miro hacia fuera, donde el cielo ya comenzaba a palidecer, y aguardó a que Betsy se pusiera su vestido, sus ordinarias medias de algodón y se calzara sus zuecos de madera.

-Bueno –dijo la mujer, vacilando, ya en la puerta-. Me marcho.

La figura rígida no movió un músculo. Betsy volvió a alzarse de hombros y salió al pasillo, cerrando la puerta tras de sí.

-¿Quién es usted?

La pregunta, formulada en voz suave, sobresaltó a la mujer. Se volvió y vio una pequeña silueta sentada en el primer escalón.

-¡Bendita sea mi alma! ¿Y quién eres tú, se podría saber? –se acercó y observó con curiosidad a la muchacha de pálido rostro-. Entonces, ¿fuiste tú quien entró ahí hace unos instantes?

-Yo no sabía –respondió Chloe en voz inexpresiva-. ¿Es usted amiga de Hugo?

Betsy echó a reír con una risa franca que llegaba desde su estómago.

-Bendita seas; no, mi amor, yo no diría que soy una amiga, exactamente. Yo trabajo dando alegría a los caballeros y, en ese sentido, hago la que puedo –las monedas tintinearon en el bolsillo de su falda-. Pero, ¿qué hace una niña como tú merodeando en mitad de la noche, viendo cosas que no deberías ver?

-No soy una niña –replicó Chloe-. Y no estaba merodeando.

Betsy la miró con más atención.

-Ya veo; no eres tan niña –admitió con un matiz de simpatía en su tono-. Te has dado un buen susto, ¿no es así, cariño?

Antes de que Chloe pudiese responder, se abrió la puerta de la biblioteca.

-Ve a tu cuarto, Chloe –ordenó él, en voz carente de expresión.

Chloe se puso lentamente de pie.

-Lamento haberte interrumpido –dijo ella, con irónica cortesía-. Por favor, perdóname. No sabía que tenías una visita.

Se volvió y subió corriendo la escalera sin mirar atrás.

-Has tenido un aprieto, ¿eh? –comentó Betsy mientras Hugo le abría la puerta principal-. Si me permites un consejo, haría bien en tener tus pequeños entretenimientos fuera de la casa.

Hugo no dijo nada y se limitó a cerrar la puerta después de que ella salió. Regresó a la biblioteca y empezó a recoger las botellas esparcidas por la habitación, tanto las aún llenas como las medidas y también las vacías. Las llevó a la cocina y luego subió a la planta alta y despertó a Samuel.

Samuel escuchó sus instrucciones en completo silencio. Cuando su patrón hubo terminado, dijo:

-¿Cree que podrá hacerlo?

-Debo hacerlo –respondió Hugo con sencillez, aunque en su voz y en sus ojos se percibía una callada desesperación-. Mantén a Chloe alejada de la biblioteca a cualquier precio –cuando ya salía, agregó, con un toque de humor que sorprendió a ambos-: Tiene una endiablada tendencia a aparecerse en el lugar inapropiado en el momento inoportuno.

-Puede que sí o puede que no –reflexionó Samuel, levantándose de la cama.

Quizá esta vez ella había aparecido en el lugar y el momento justos.

Hugo volvió a la biblioteca y cerró la puerta. Se sentó en el sillón de cuarteado cuero, junto al hogar vacío y dejó vagar su mirada por la luz gris que inundaba el cuarto mientras esperaba que comenzara el largo y lento descenso a los infiernos.

Capítulo 9

Chloe no volvió a dormir. Se sentó en el asiento junto a la ventana a contemplar la salida del sol, con la cabeza de Dante sobre su rodilla, mientras Falstaff se atildaba sus plumas con el orgullo de un pavo real. Beatrice salió de la sombrerera, se estiró, bostezó, arqueó el lomo y se deslizó, decidida hacía la puerta. Chloe la dejó salir. Para entonces, la gata ya sabía salir de la casa y volver a entrar.

Chloe analizó sus emociones con desapegada curiosidad y llegó a la conclusión de que ya no estaba herida ni confundida; sencillamente, estaba muy enfadada. Por más que se dijera que no era asunto de ella con quién se acostara su tutor, esa idea no contribuía en nada a menguar se indignación. ¡Él la había rechazado y la había reemplazado por una gorda prostituta! Quizá fuese una mujer bondadosa pero ello no quitaba que fuese prostituta. Desde ese momento en adelante, ella no tendría nada que ver con sir Hugo Lattimer, con excepción de las necesidades urgentes que derivasen de su tutoría. Ya la había herido y humillado demasiado y cuanto antes dispusiera las cosas para abandonar la casa de él, tanto mejor sería para todos. La única duda era saber adónde iría.

Entonces, recordó a la señorita Anstey. ¿Por qué no podía ella instalar un establecimiento con la señorita Anstey? Era lógico pensar que, con su fortuna, podría pagar

una acompañante tal como podía hacerlo lady Colshot. Primero, escribiría a la señorita Anstey y, si recibía una respuesta afirmativa, dejaría una carta formal a su tutor, presentándole el plan. Él no había ocultado se impaciencia por librarse de ella; es decir, su plan coincidía de tal modo con el plan de él que, sin duda, la aceptaría gustoso. Pero ella insistiría en instalarse en Londres.

Una vez adoptada su decisión, Chloe fue a la cocina a buscar una jarra de agua caliente. Cuando paso ante la puerta de la biblioteca vio que estaba cerrada y le sacó la lengua en un gesto infantil que, pese a serlo, revelaba sus sentimientos.

-Querrá comer su desayuno –dijo Samuel no bien ella entró en la cocina.

Como éste ya conocía la totalidad de los hechos, lanzó a la muchacha una mirada perspicaz para captar su estado de ánimo. Tuvo la impresión de que ya no pesaba sobre ella la pesada depresión de los últimos días; sin embargo, no le pareció que la expresión de sus ojos fuese particularmente dichosa.

-Lo que más deseo es un baño –dijo Chloe, sorprendida ella misma por su declaración. Se paso la mano por su pelo-. Quisiera lavarme la cabeza.

-Puede hacerlo aquí, si no le molesta que sea en la cocina –dijo Samuel-. No me atrae la perspectiva de llevar jarras de agua a la planta alta. Hay una bañera en el fregadero –fue hasta el pequeño cuarto que había en la parte de atrás de la cocina y regresó con una bañera de asiento, de hojalata. La apoyó delante del hornillo-. Supongo que necesitará un biombo o algo así.

-En la biblioteca está ese biombo de la chimenea –dijo Chloe, yendo hacia la puerta.

-Yo iré a buscarlo, señorita. Usted no debe entrar ahí, ¿entendido?

El apremio de su tono la hizo detenerse.

-He visto borrachos antes de ahora –replicó ella en un tono ácido-. Y más que eso.

-Ya lo sé –repuso Samuel-. Pero lo que está sucediendo allí es cosa de sir Hugo consigo mismo. Si pone usted un dedo en esa puerta se las verá conmigo.

Tan innecesaria ferocidad de parte del flemático Samuel desconcertó a Chloe.

-¿Qué está haciendo él?

-Eso no importa; no es asunto suyo –fue hacia la puerta a paso firme-. Ya mismo dispondré el baño para usted.

Pensativa Chloe permaneció sentada en la mesa, pellizcando la costra del pan. ¿Qué estaría sucediendo ahora?

Sigiloso, Samuel fue a la biblioteca y vio que Hugo Aún estaba sentado, sus manos aferradas a los brazos del sillón, los nudillos exangües. En su frente brillaba el sudor.

-Tráeme café, Samuel.

-Eso está muy bien –Samuel levantó la pesada pantalla de la chimenea-. La señorita se dará un baño en la cocina.

-Bueno, vigila al joven Billy –dijo Hugo-. Yo no me atrevería a jurar que sea incapaz de espiar.

Samuel sonrió un poco, apreciando el intento de tomar con ligereza la situación.

-¿Usted quiere comer algo?

Hugo se limitó a negar con la cabeza.

Samuel volvió con una cafetera que depositó junto a Hugo. Llenó un jarro y se lo tendió sin decir palabra. Hugo lo recibió con cuidado, rodeó el recipiente con las manos para sentir su calidez y aspiró el aromático vapor que despedía.

-Gracias.

-¿Algo más?

-No, sólo necesito que me dejen tranquilo.

Cuando la puerta se cerró tras Samuel, Hugo bebió un sorbo de café. Se le revolvió el estómago y una ola de nauseas le subió a la garganta. Apoyó el jarro y cerró los ojos. Se había

mantenido borracho durante cuatro días, hacía varios años que se encontraba en estado de semiintoxicación y ese estado empeoraría antes que comenzara a mejorar.

Mientras se bañaba, Chloe contó a Samuel su plan de sociedad con la señorita Anstey; aquél pelaba patatas detrás del biombo mientras vigilaba que no entrasen visitantes inesperados.

-Yo creo que sir Hugo lo aprobaría –concluyó ella, mientras derramaba una jarra de agua sobre el pelo-. Eso, siempre que se ponga lo bastante sobrio para escuchar, claro.

-No tiene por qué decir algo así –reprochó Samuel-. No se entrometa en lo que no entiende.

-¿Se refiere a los demonios?

-Eso creo.

-Pero usted mismo dijo que usted tampoco los entendía.

-No, es verdad; no los entiendo. Y por eso no formulo acusaciones.

Chloe se llamó a silencio. Se puso de pie y tomo la toalla que colgaba del biombo.

-Ojalá entendiera –dijo al fin, envolviéndose el pelo mojado con la toalla-. Así no me enfadaría tanto se puso una bata y salió de atrás del biombo-. ¡Quisiera clavarle un cuchillo entre las costillas, Samuel!

Samuel dibujó una sonrisa tensa.

-Yo no le aconsejaría que lo intentase, señorita. Con sir Hugo, no. Ya esté bebido o sobrio, no es aconsejable enredarse con él.

Chloe subió a vestirse. Mientras elegía uno de sus vestidos nuevos se sorprendió al darse cuenta de que estaba preguntándose si Crispin volvería a visitarla. Era una posibilidad que le complacía. Y uno de los motivos era que sospechaba que eso molestaría a Hugo.

Un sujeto que se divertía emborrachándose, y retozando con prostitutas gordas merecía que fuera fastidiado.

Cuando llegó Crispin llevando de la rienda una yegua ruana de elegante estampa, ella estaba en el patio frente al establo, revisando las heridas de Rocinante.

-Que animal asqueroso –dijo él sin pensar, al ver al maltratado jamelgo del vendedor de nabos-. Tendría que servir de alimento a los cuervos.

Chloe extendió una banda de gasa sobre una de sus feas heridas que Rocinante tenía en el flanco y dijo con voz engañosamente neutral:

-Oh, ¿tú crees?

-Yo lo sé –Crispin desmontó-. Ni siquiera vale una bala. ¿Por qué pierdes tiempo y desperdicias remedios en semejante criatura?

Chloe se volvió y observó al visitante. Al ver su expresión, Crispin dio un paso atrás sin darse cuenta de lo que hacía.

-Siempre fuiste un bruto –afirmó ella, con una voz que era todo hielo y fuego a la vez-. De modo que no vale ni una bala, ¿eh? Esta criatura lamentable ha sido torturada durante toda su vida, y cuando ya no puede soportarlo más, ¿tiene que servir de alimento a los cuervos? Esa actitud me enferma, Crispin.

Se volvió otra vez hacia su paciente.

-Fue una manera de decir –respondió el, al fin-. No tienes por qué ponerte así, Chloe. Y debería agregar… -hizo un débil intento de tomarlo a risa- que es un poco demasiado acusarme de haber sido siempre un bruto.

Chloe siguió en silencio, con sus curaciones durante un instante y luego dijo:

-Tenías la costumbre de arrancarle las alas a las moscas.

Otra carcajada poco convincente.

-Oh, vamos, Chloe. Los varones somos así, tu lo sabes.

-No, no lo sé –respondió ella.

-Bueno, pues, ya no lo hago más –dijo él con cierta docilidad.

-No. Pero, ¿sigues reventando caballos de caza? Un caballo de caza sin capacidad de rastreo no sirve de mucho, ¿no es así? Espero que tengas la generosidad de dedicarle una bala a uno de ésos.

Por un momento, ese discurso apasionado y amargo dejó mudo a Crispin. No supo a qué se debía el ataque y, a tintas, trató de recobrar el equilibrio. De repente, Chloe lo había reducido a la categoría de un niño pequeño y desagradable. Flexionó sus manos enguantadas y se esforzó por contenerse.

-Si me permites dejar a un lado el tema de los caballos, sir Jasper te ha enviado un obsequio –dijo con rigidez.

-¿Ah, si? –Chloe se volvió y los miró, entornando los ojos para protegerse del sol.

El señalo la yegua que traía.

-Ésta es Maid Marion. Es descendiente de Sheriff y de Red Queen. Tu hermano supuso que te gustaría tener un buen caballo.

-Oh, recuerdo a Sheriff –dijo Chloe-. Magnífico semental. Con razón ella es tan hermosa –así aceptó el cambio de tema, pensando que su ataque a Crispin había sido un tanto exagerado-. Pero no puedo aceptarla.

Como a él le habían advertido que podría recibir una respuesta así, tenía preparada su réplica.

-¿Por qué no? Es muy normal que un hermano haga un regalo a su hermana.

Chloe sopló con suavidad el hocico de la yegua. Maid Marion frunció la nariz aterciopelada y retrajo sus labios en caballuna sonrisa. Chloe le acarició el cuello mientras decía, con la mayor neutralidad posible:

-Puede ser, pero realmente no puedo aceptarla como regalo. Tal vez, algún día pueda pedirla prestada.

Crispin dedujo que el resultado sería el mismo y, aflojándose, preguntó ligeramente:

-¿Permitiría tu tutor que salgas a cabalgar conmigo?

Chloe frunció el entrecejo. Hugo había perdido todos sus derechos a darle órdenes. No existía el menor motivo para que ella no compartiese algún tiempo con sus familiares. Y ella no tenía amigos cariñosos y parientes a su alrededor. Tragó con dificultad, reprochándose por dar rienda suelta a la autocompasión. El instinto le decía que Hugo no le permitiría salir a cabalgar con Crispin, aunque por motivos que no tenía relación alguna con ella; esos motivos, cualquiera que fuesen, tenían relación con lo que había entre Jasper y sir Hugo. Chloe no entendía por qué razón ella tendría que sacrificar su felicidad.

-Yo no se lo preguntaría –respondió-. Pero hoy no puede ser. Tengo que arreglarlo con anticipación.

Sin disimular su satisfacción, Crispin preguntó, impaciente:

-¿Cuándo, entonces?

-Déjame pensarlo; lo arreglaremos cuando vengas mañana… Si es que vienes mañana –añadió.

-Tendrás que prometerme que me recibirás con más cortesía –dijo Crispin.

Había intentado decirlo en tono juguetón, pero su mirada seguía siendo dura; se inclinó para palmotear a Dante con la esperanza de ocultar su expresión. El perro se alejó.

-Fui grosera y te pido disculpas –dijo Chloe-. Cuando estoy enfadada, a veces hablo de más… y me enfado mucho cuando alguien maltrata a los animales –se encogió de hombros, como si su explicación fuese obvia-. Pobre Rocinante. ¿Te imaginas lo que habrá sido andar sin herraduras, muerto de hambre, golpeado y obligado a arrastrar cargas increíblemente pesadas?

-Me temo que no. Recuerda que no soy un caballo –respondió Crispin.

Acompaño su frase con una irónica sonrisa y Chloe, cuyo humor siempre estaba a punto de aflorar, le devolvió la sonrisa.

-Tal vez me vuelva un tanto obsesiva –admitió-. Pero es verdad que arrancabas las alas de las mariposas.

Crispin alzó las manos en un gesto de derrota que la desarmó

-Pero yo era muy joven, Chloe. Apenas tenía nueve o diez años. Te juro que me he reformado.

-Oh, está bien –dijo ella, riendo-. Lo dejaremos en un pasado borroso y distante.

-¿Y no me permitirás que deje a Maid Marion?

Chloe negó con la cabeza.

-Dale las gracias a Jasper en mi nombre, pero no puedo aceptar este regalo. Sin embargo, me encantaría comprarla –agregó ella-. Sir Hugo me ha dicho que me compraría un buen caballo, en cuanto…

-¿En cuanto qué? –animó Crispin, al ver que ella no se decidió a continuar.

-En cuanto quede resuelto dónde voy a vivir y de qué modo –dijo ella, encogiéndose otra vez de hombros.

-¿Y cuándo se decidirá eso?

"Cuando mi tutor esté lo bastante sobrio para pensar en ello".

-Pronto, cuando sir Hugo haya pensado en todas las posibilidades.

-¿Cuáles son esas posibilidades?

Por alguna razón, pese a sentirse un poco mejor dispuesta hacia él, Chloe cayó en la cuenta de que no deseaba confirmar sus planes a Crispin.

-Aún no lo se bien –respondió, como al descuido-. Tengo que preparar un emplasto nuevo para Rocinante, de modo que…

-Y yo tengo que seguir mi camino –respondió Crispin, captando lo indirecta. Tomó la mano de la muchacha y se la llevó a los labios-. Hasta mañana entonces.

-Hasta mañana –dijo Chloe, retirando su mano, un tanto sorprendida.

No esperaba semejante galantería de parte de Crispin. En lo que tocaba a la galantería, hasta entonces, sólo había conocido los balbuceos y torpezas del cura y del sobrino de la señorita Anne. En cuanto al hijo del carnicero, en realidad no tenía importancia.

Como tampoco tenía importancia lo que había sucedido entre ella y Hugo. Eso no era galantería. ¿Qué había sido?

Saludo a Crispin con la mano y éste salió del patio a caballo, montando a Maid Marion. ¿Qué había sido? Había sido mágico, y había pasado con mucho los juegos de la galantería. No había sido un juego. No había en ello nada de juguetón.

Esa noche, ella volvió a oír el piano. Pero esta vez no había nada de alegre y retozón en la música… peor aún: aquello no era música. Era una áspera mezcla de4 discordancia, en la que las notas eran arrancadas al instrumento con una desesperación que a ella le provocaba escalofríos. Era un grito de alienación… un desesperado clamor de soledad. El grito agónico de un hombre que ha perdido su lugar en el mundo.

Chloe no hallaba palabras para describir el dolor que transmitían esos sonidos que entraban por su ventana aunque, de todos modos, sintió ese dolor como si fuese propio. Se levantó y fue a sentarse en el asiento de la ventana. Dante temblaba, apretado contra ella, y Beatrice se había enroscado en torno a sus gatitos, protegiéndolos con su cuerpo y con su tibieza.

Chloe oyó el paso pesado de Samuel en la escalera. Oyó abrirse la puerta de la biblioteca y lanzó un trémulo suspiro. Samuel podría ayudarlo de un modo que ella no podía. Se quedó estupefacta al comprender lo inconmensurable de su propia ignorancia, de su incapacidad de comprender un dolor de esa magnitud.

Los sonidos discordantes cesaron; Chloe suspiró con suavidad y sintió que su cuerpo se liberaba de la tensión.

Cuando las manos encallecidas de Samuel cubrieron las de Hugo, que estaban posadas sobre el teclado, éste dejó caer la cabeza sobre el pecho.

-No sé si puedo hacerlo –susurró.

-Si, puede –repuso Samuel en voz queda-. Sólo necesita descansar.

-¡Necesito un coñac, maldita sea! –Hugo extendió las manos, que temblaban de manera incontrolable-. Me arde la piel –masculló-. Ya me siento como si estuviese apaleando carbón en los hornos de Satanás. El paraíso en el infierno –lanzó una risotada que no tenía nada de alegre-. Es lo justo, ¿verdad Samuel? ¿No quieres reunirte conmigo aquí? Yo te aseguro que el camino está empedrado con todos los libertinajes conocidos por el hombre. La incógnita, Samuel, es si vale la pena sufrir el infierno adonde conduce ese camino por las alegrías que depara –dijo, meneando lentamente su cabeza.

-Venga arriba –dijo Samuel-. Lo ayudaré a acostarse…

-¡No, déjame en paz! – Hugo apartó esas manos que se disponían a ayudarlo-. No me puedo dormir, me quedaré aquí.

-Tiene que comer algo…

-Samuel, déjame en paz.

La voz, aunque baja, revelaba alguna emoción salvaje.

Samuel salió de la biblioteca, y volvió a su cama. Chloe le oyó subir la escalera y también ella se metió bajo las mantas, alentando a Dante a que abandonase el sitio a sus pies y se instalase a su lado. Sintió el aliento cálido y húmedo del perro en su cara, su cuerpo pesado como otra manta y, por fin, se quedó dormida.

En la biblioteca, Hugo mantenía una larga vigilia de resistencia.

Crispin no volvió a la mañana siguiente, y Chloe, que ya había pensado un plan para eludir la atenta vigilancia de su custodio, se decepcionó más de lo que le agradaba reconocer. Inquieta, decidió seguir el consejo de Hugo e invertir sus energías en el aseo de la casa. Quitó las colgaduras y cortinas de su habitación, las lavo y las colgó a secar en el patio. Con la desganada ayuda de Samuel, sacó afuera la alfombra isabelina y la sacudió, levantando de ella una nube de polvo, luego barrió y lustró el suelo de roble y los macizos muebles de su dormitorio. Al llegar el atardecer, estaba exhausta pero satisfecha. Dante, que había dado una caminata bajo la vigilancia de Billy, también estaba en paz y se desplomó, embarrado y agitado, a sus pies en la cocina.

Samuel estaba preocupado y sus hirsutas cejas grises se unían en un ceño que denotaba ansiedad, mientras manipulaba sus ollas de cobre sobre el hornillo. Había estado entrando y saliendo de la biblioteca todo el día, llevando jarros de café y tazones de sopa, pero todo volvía intacto.

Chloe era testigo de todo eso pero, cuando preguntó a Samuel qué estaba sucediendo con sir Hugo, éste le replicó que no era asunto de ella, y cambió de tema. Entonces, ella dedujo que él había bebido hasta perder la conciencia y que Samuel estaba esperando que él se recobrase. La Muchacha pensó en ir al descuidado jardín y espiar por la ventana de la biblioteca, pero retrocedió al imaginar que pasaría si Hugo la sorprendía: en esta ocasión, si podría acusarla justificadamente de espiar.

Permaneció en cama, esperando oír sonidos angustiosos de piano, pero Hugo ya había traspasado el punto en que la música podía darle solaz y había entrado en un territorio donde nada podía expresar su angustia. La concentración que le exigía la fuerza de voluntad atenzaba todo su cuerpo, sacudido por un dolor que torturaba cada músculo, cada articulación. Habría sido fácil acabar con su agonía: bastaba un trago para hacerlo sentirse mejor, pero siguió luchando aún cuando empezó a ver formas en los rincones de la habitación,

a sentir que algo trepaba por sus brazos, que miles de pies minúsculos bullían en su espalda, los pies de seres que él no podía ver ni atrapar. Rogó la misericordia del sueño, aunque sólo fuese una hora, una tregua en su tormento, pero siguió despierto sudando, con la vista perdida en el vacío, visitado por cada uno de los recuerdos perversos y las vergüenzas de su pasado.

A la mañana siguiente, no hubo señales de Crispin y Chloe llegó a la conclusión de que le había inferido una ofensa mortal. Cuando tomó conciencia de que le importaba más de lo que debería, su talante empeoró. A última hora de la tarde, estaba a punto de desafiar la prohibición y salir a dar una larga caminata por el campo, cuando Crispin entró a caballo en el patio.

Su ausencia había sido cuidadosamente calculada y había obtenido el resultado deseado. Si Chloe había albergado alguna duda con respecto a la posibilidad de transgredir la prohibición en compañía de Crispin, esa duda quedó arrasada ante el riesgo de perder la oportunidad de cometer esa trasgresión.

Lo saludó con una calidez que no le había manifestado antes.

-Te doy las buenas tardes, Chloe –dijo él, con sonrisa un tanto petulante, al ver que ella se aproximaba a él, dándole la bienvenida sin titubeos-. ¿O debería decir buenas noches? Lamento no haber llegado antes; pero sucedió que sir Jasper me encargó que hiciera unas transacciones en su nombre en Manchester –desmontó con cautela, sujetando contra el pecho una pequeña caja con tapa-. Tengo una sorpresa para ti.

Chloe lanzó una exclamación de sorpresa y tomó la caja De inmediato supo que había un ser vivo dentro. Levantó con suavidad la tapa, donde había practicado unos agujeros.

-¡Oh! –exclamó-. Pobre pequeño. ¿Dónde lo has encontrado?

Un pichón de búho yacía en un lecho de paja, y sus ojillos oscuros, fijos, no parpadeaban en la cara en forma de corazón. Su plumaje estaba erizado y una de sus alas se torcía en un ángulo extraño.

-Se habrá caído del nido –dijo Crispin-. Lo he encontrado cerca del campanario derruido de la abadía de Shipton. Me parece que tiene un ala quebrada.

-Si, sin duda es así –ella tocó con delicadeza el ala que parecía rota-. Es una fractura simple, creo que puedo entablillarla. Que suerte que lo hallaste, Crispin.

-Y más suerte aún que pude traértelo –dijo, con sonrisa complacida-. Confió haber compensado mis mezquinos comentarios con respecto a ese patético jamelgo

Chloe se echó a reír.

-Has sido perdonado.

-¿Me he reivindicado lo suficiente como para que compartas conmigo una comida campestre?

Mientras aguardaba su reacción con los ojos entornados, se golpeaba las manos con las riendas.

-Por cierto que sí –se apresuró a responder Chloe-. Ya lo tengo todo pensado. Nos encontramos en el extremo del camino de acceso. Lo mejor sería por la mañana, temprano. En ese momento, Samuel está atareado ayudando a Billy en el establo.

-¿Mañana?

-Si tú quieres… -estaba tan concentrada en el ave herida que no levantó la vista hacia él-. Alrededor de las ocho.

-Estaré allí con Maid Marion. Ya veo que ahora no estas pensando en conversar conmigo; por lo tanto te dejaré para que atiendas a tu paciente –montó-. Hasta mañana, Chloe.

-Si –accedió ella, distraída-. Adiós, Crispin.

Corrió hacia la casa con su caja, sin esperar a que el se marchara.

Crispin salió a caballo del patio, muy satisfecho: al día siguiente, a esa misma hora, Chloe Gresham estaría bajo la firme tutela de su medio hermano.

Chloe llevó el pájaro a la cocina y apoyó la caja sobre la mesa.

-¿Qué tiene ahí? –preguntó Samuel, entrando por la puerta del fondo con una cesta con manzanas.

-Véalo usted mismo –respondió ella, distraída-. Yo voy a entibiar un poco de leche y a mezclarla con pan para preparar unas bolitas. Por el momento, tendrá que servirle como alimento porque yo no me siento capaz de regurgitar ratones.

-Que el señor nos proteja –Masculló Samuel, espiando al ave-. ¿Qué le pasa?

-Tiene un ala rota. Necesito encontrar trozos de madera muy livianos y delgados para entablillarlo. ¿Tenemos hilo?

-Pienso que sí.

El la observó con resignada curiosidad mientras ella mezclaba el pan y la leche, formando con eso unas diminutas pelotillas y luego se sentaba, con el pájaro en la palma de su mano, abriéndole el pico con paciencia y arrojando dentro las esferillas. Después de un par de bocados, el pichón abría la boca sin ayuda.

-Eso es, está mejor así, ¿no es cierto? –lo arrulló mientras volvía a poner el pájaro en su caja-. Y ahora a buscar una astilla.

Ella estaba trabajando con dos astillas del cesto de leños, envueltas en hilo, cuando Hugo entró en la cocina. Él se apoyó en el marco de la puerta y dijo con tranquilidad:

-Buenas noches.

Chloe estaba tan concentrada en enderezar el ala quebrada que no le contestó. Samuel, por su parte, exhaló un audible suspiro de alivio y su rostro se iluminó mientras observaba la macilenta figura que estaba en el vano de la puerta. El rostro de Hugo evidenciaba los estragos de cuatro días con sus noches sin dormir y las marcadas líneas de su resistencia. Tenía los ojos enrojecidos, debajo la piel adelgazada como papel formaba bolsas, el mentón estaba cubierto con una barba de una semana. Y, a pesar de too, emanaba de él un aire de paz, la sensación de haberse purgado, de haber sido arrojado a una serena ribera después de un naufragio.

-Entre –Samuel se frotó las manos y sus ojos brillaron de alegría-. ¿Qué puedo ofrecerle?

-Primero café; después comida –respondió Hugo. Miró la espalda rígida de Chloe y dijo-: Buenas noches, muchacha.

Esta vez, tampoco obtuvo respuesta. Arqueó las cejas interrogando con la mirada a Samuel; éste meneó la cabeza y puso la tetera a hervir sobre el fuego.

-¿Qué estas haciendo, Chloe? –volvió a intentar Hugo.

Chloe no le hizo caso y siguió concentrada en la delicada operación de vendar el ala del búho.

Hugo se acercó a la mesa.

-¿No me has oído, muchacha?

-Está claro qué estoy haciendo –musitó ella-. Estoy entablillando un ala quebrada.

Hugo observó sus dedos y cerró su boca, admirando la precisión con que se movían. Decidió ignorar la flagrante descortesía y se sentó frente a ella.

Su primer trago de café fue, para él, una revelación. Desde que se había encerrado en la biblioteca, no había ingerido otra cosa que agua. Cualquier otro elemento le provocaba unas furibundas náuseas. Ahora, en cambio, ese líquido caliente llenaba con renovada vitalidad cada grieta de su cuerpo, pues tenía la sensación de que le dolía por dentro y por fuera, como si le hubiesen dado una gran paliza. Estaba hambriento y agotado. Sin embargo, se sentía limpio, con el organismo libre de toxinas, la mente clara, el espíritu cicatrizado, hasta cierto punto, como si, durante ciertas horas de resistencia, hubiese expiado su pasado, por fin.

Ahora, tendría que abordar el problema con su bella pupila, de la que irradiaban ondas casi palpables de resentimiento y de ira. Él era consiente de que la había herido y confundido. Da ahora en adelante, proseguirían su relación en base a la amistad y el sentido práctico,

como tutor y pupila que eran; pronto Chloe olvidaría lo que había sucedido entre ellos durante la locura inducida por el alcohol. Y él la compensaría de todas las formas que pudiera, pero sin comprometer su autoridad.

-El problema, ahora, es donde te pondremos –dijo Chloe, examinando su labor con el entrecejo fruncido-. En un sitio oscuro y tranquilo… donde estés a salvo de Beatrice. Aunque, en realidad, ella esta muy ocupada con los ratones –concluyó.

-Así que caza ratones, ¿eh?

Samuel echó unas mollejas a una sartén que tenía sobre el fuego.

-Sí, aunque desearía que no jugara con ellos antes de matarlos –se lamentó Chloe. Olfateando, hambrienta.

Debe ser su naturaleza de animal –intervino Hugo.

Chloe le dirigió una mirada de supremo desdén, como si él hubiera dicho una idiotez, y se dirigió en forma evidente a Samuel:

-¿Se le ocurre en qué lugar podría ponerlo, Samuel?

-¿Por qué no usas la antigua destilería? –insistió Hugo-. Allí está oscuro, y como tiene llave, no tendrás que temer que alguien la abra por accidente.

-¿Dónde está?

Chloe seguía dirigiéndose a Samuel, como si él se lo hubiese sugerido.

-Al fin del corredor norte, en la plante alta –indicó éste-. Lo más probable es que esté lleno de telarañas.

-Si es así, él se sentirá muy a gusto.

Levantó la caja y salió de la cocina.

-¡Oh, señor! –gimió Hugo, apoyando la cabeza en las manos, con los codas sobre la mesa.

Me parece que hay que reparar algunas cercas –repuso Samuel, lacónico.

Puso una hogaza de pan y un cazo con manteca amarilla sobre la mesa.

-Eso es decirlo con suavidad… pero esta noche no tengo energías para hacer nada.

Vamos, no permita que la señorita lo preocupe –aconsejó Samuel con cierta aspereza-. Usted limítese a descansar –volcó el contenido de la sartén en un plato y lo puso delante de Hugo-. Coma eso, sir Hugo: le hará mucho bien. Y, después, hay una bonita trucha. La pesqué esta mañana.

-¿Y qué le darás a la niña? –preguntó Hugo con leve sonrisa-. No mejorará su humor si yo me como su cena.

-Ella comerá huevos con jamón, como yo., y dará las gracias por ello.

Chloe no se quejó del jamón con huevos y no echó miradas envidiosas a la cena de su tutor, del otro lado de la mesa. En cambio, sí le impresionó su aspecto agotado cuando lo observó con disimulo, a pesar de que sus ojos verdes, si bien enrojecidos, parecían más despejados de lo que nunca los había visto. El recuerdo de aquella espantosa música atravesó el caparazón de ira que ella trataba de proteger con tanto celo. Si él no había estado bebiendo durante los prolongados días y noches que estuvo en la biblioteca, y era evidente que no había bebido, ¿qué había estado haciendo?

-¿Cómo se encuentra Rocinante? –preguntó Hugo, al tiempo que dejaba a un lado el tenedor, echando un suspiro de satisfacción.

Chloe se alzó de hombros.

-Creo que está bien.

Ella hubiese querido hablar de la salud del animal pero se negó la oportunidad de oír otra opinión.

Hugo echó atrás la silla.

-Me caigo de cansancio, Samuel.

Hugo rodeó la mesa y se detuvo junto a la silla de Chloe. La tomó del mentón y la hizo alzar la cara. Los profundos ojos azules lo miraron con hostilidad, pero él capto la emoción más profunda que había detrás de esa hostilidad.

-Esta noche, te reconozco el derecho a castigarme –dijo él-. Pero, mañana por la mañana, muchacha, me responderás con un mínimo de educación, ¿está claro?

Yo no soy mal educada –replicó Chloe, tratando de librarse de la mano de él.

-Oh, desde luego que lo eres. Y mucho, y yo no pienso tolerarlo después de esta noche. Tenemos mucho de qué hablar y no tengo ganas de llevar adelante una conversación con una chiquilla que responde con monosílabos.

Suavizó sus palabras con una sonrisa fatigada porque ella, pese a lo tenebroso de su expresión, era increíblemente bella. Entonces, recordó a donde lo había llevado la contemplación de sui belleza y soltó bruscamente el mentón.

-Que tengáis buenas noches.

Se marchó, cerrando la puerta tras él. Chloe se frotó el mentón, allí donde aún perduraba la presión de sus dedos.

Capítulo 10

Chloe despertó con el canto del gallo, desbordante de excitación por su aventura; supo que eso se debía a lo prohibido de sus planes para ese día. En cualquier otra circunstancia, pensar en un paseo con Crispin la habría dejado indiferente. Él no era una compañía muy estimulante. Pero sucedía que estaba harta de estar encerrada en la polvorienta y ruinosa casa solariega, bajo el dominio de un hombre que no podía dominar su propia cabeza. Tras haber soportado diez años de encierro en el seminario de las señoritas Trent, su presente era como sal en su herida. Por otra parte, brillaba el sol y afuera había todo un mundo aguardándola.

Además, ¿qué sentido tendría poseer un nuevo traje y un tricornio con una pluma plateada si no tenía oportunidad de lucirlos?

Bajó corriendo a la cocina e hizo salir a Dante al jardín por la puerta trasera, tomó una manzana del cesto y salió a la huerta ella también. Se encaramó en la tapia baja que rodeaba la huerta y tendió la vista hacia el valle de Shipton, donde se veía una niebla temprana que prometía una jornada calurosa.

Ya había decidido escaparse saltando por encima del muro y rodear la huerta, para salir en la mitad del camino de acceso. Así, las posibilidades de ser descubierta eran menores que si salía por el patio.

Ella comió la manzana mientras Dante perseguía liebres en la hierba húmeda de rocío, luego volvió a la cocina. No podía salir en busca de aventuras sin dejar, al menos, una nota explicativa. Ya bastante grande sería el enfado sin necesidad de asustarlos, además, obligándolos a preguntarse qué le habría sucedido.

En el aparador de la cocina había papel y lápiz, llevó ambas cosas a su habitación para escribir una nota aceptable.

A las siete en punto Chloe oyó los pesados pasos de Samuel en la escalera. Oyó que ponía la tetera en el fuego y luego iba al gallinero a recoger huevos. Después, preparó té, gachas de avena y leche para él y para Billy. Cuando ellos terminaron de desayunar fueron al establo, a ocuparse de los perros y los caballos.

Chloe se vistió deprisa y releyó su nota. Si bien no era un poema, era clara y en ella decía que volvería por la tarde. Después de pensarlo un poco, agregó una postdata. Era preciso encerrar a Dante mientras ella estuviese ausente pues, ante la posibilidad de que los planes de Crispin se modificaran por la presencia del perro, Samuel tendría que soltarlo cuando ella ya se hubiese marchado.

Una vez concluida la nota, salió de su dormitorio, fue de puntillas hasta el final del corredor, echó un vistazo al dormido Platón, que seguía en la destilería y que, al ver una hendidura de luz, parpadeó. Pero permaneció tranquilo y, hasta el momento, su entablillado no se había movido.

Tal como ella esperaba, la cocina estaba vacía y la puerta del fondo estaba abierta. Apoyó la nota en la cafetera y salió afuera a toda prisa. Cruzó el jardín de hierbas aromáticas, atravesó la huerta, saltó sobre el muro y ya estaba libre.

Crispin estaba esperándola en el callejón que había al final del sendero de acceso. Sujetaba a Maid Marion del cabestro y, sujeto a su silla de montar, había un cesto de mimbre.

-Buenos días-lo saludó ella alzando la voz, y corriendo hacia el portón-. ¡Qué mañana hermosa!

Crispin se apeó

-Bellísima. ¿Nadie sabe que tú estás aquí?

-Nadie, en absoluto-repuso ella en tono alegre mientras frotaba la nariz de Maid Marion-. Pero he dejado una nota para que no se preocupen.

Crispin palideció.

-¿Les dejaste una nota?

-Sí, claro.. ¿No me ayudas a montar? Sin el bloque de montar me será difícil.

Crispin sostuvo en su mano el pie de ella y la impulsó hacia arriba. Ella se dejó caer con gracia sobre la silla de mujer, levantó su rodilla izquierda apoyándola en el pomo y, tras acomodarse la falda, dirigió a su acompañante una sonrisa luminosa.

-¿Adónde iremos?

-Es una sorpresa-Crispin montó también-. ¿Qué pusiste en tu nota?

-Que iba a cabalgar contigo y que regresaríamos en algún momento de la tarde-lo miró de reojo-. ¿Qué te preocupa?

-Nada, ¿por qué habría de preocuparme?-replicó él, aunque su boca estaba tensa y su mirada era dura-. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que encuentren tu mensaje?

-Yo diría que media hora, más o menos-respondió Chloe-. ¿Por qué?

Crispin se alzó de hombros y espoleó los flancos de su caballo. El caballo echó a trotar y luego, a galopar. Chloe se vio tomada por sorpresa y lo siguió, haciendo aumentar la marcha de su ruana.

Pasaron quince minutos hasta que Crispin aminoró la marcha; para entonces, Chloe estaba disfrutando tanto con el paseo que no pensó más en ese repentino arranque. Como Crispin aún se negaba a decirle adónde irían, ella se relajó y gozó la mañana radiante, la

sensación de montar a un animal brioso y la embriaguez que le provocaba tener ante ella todo un día de libertad.

Samuel vio la nota en cuanto regresó del establo y entró en la cocina. Desplegó la hoja de papel y leyó con esfuerzo esas letras garrapateadas. No era muy diestro en la lectura y, en cuanto a escribir, totalmente incapaz, aunque podía firmar, pero ese mensaje lo llenó de malos presagios. Tras arduos ejercicios mentales, dedujo que ella se había ido a alguna parte.

Había ocasiones en que Samuel bien hubiese podido impresionar con sus imprecaciones a la Armada de Su Majestad completa: ésta era una de esas ocasiones. No tenía más alternativa que despertar a sir Hugo, interrumpiendo el primer sueño decente que tenía desde Dios sabía cuándo.

Las mujeres eran unos seres engorrosos... sólo causaban dificultades. Subió a la planta alta y golpeó la puerta del cuarto de sir Hugo. Como no recibió respuesta inmediata, abrió el pestillo.

-Perdóneme, sir Hugo...

-¿Qué hay, Samuel?

Hugo se despertó de inmediato y, si bien durante un segundo se sintió desorientado, creyó que estaba comandando una nave y que Samuel estaba despertándolo durante la guardia nocturna porque había novedades urgentes.

-Se trata de la señorita-dijo Samuel, yendo hacia la cama-. Ha dejado esto sobre la mesa de la cocina.

Le tendió el papel.

Hugo se lo arrebató, leyó su contenido y cerró un instante los ojos.

-¿Por qué diablos se habrá ido ella con Crispin, a dondequiera que hayan ido? ¡Si ella ha dicho que no podía soportarlo!

-¿Es ese pariente de ella?-preguntó Samuel frunciendo el entrecejo, preocupado-. ¿El mismo que ha estado merodeando por aquí estos últimos días?

-¿Qué?

-Bueno, sir Hugo, ella estaba un poco abatida y yo tuve la impresión de que él la animaba. Jamás salieron del patio, se lo juro. Y yo los vigilaba todo el tiempo. Apostaría a que fue él quien le trajo el búho-un intenso sonrojo moteó las mejillas curtidas de Samuel, que miró a su patrón con expresión ansiosa-. ¿He hecho mal?

-La responsabilidad no era tuya, Samuel, era mía –Hugo hizo una mueca de disgusto-. Creí que tendría tiempo de recuperarme. Jasper había dicho que él era rival de sobra para un patán borracho... y te juro por Dios que sabía qué estaba diciendo-apartó la ropa de cama y se levantó-. ¿Cuánto tiempo hará que se ha ido?

-Una media hora, más o menos.

-Podría ser peor-se puso la camisa pasándola por la cabeza y se embutió los pantalones-. Estoy bien seguro de que le había dicho que no debía salir de la propiedad sin permiso..., ¿o acaso es otra expresión de deseos nacida de mi imaginación alcoholizada?

-No, sir Hugo, yo estaba presente cuando usted se lo dijo- aseguró Samuel, mientras le daba las botas.

-Ahá. Si es así, será mejor que la señorita Gresham se prepare para sufrir serios inconvenientes cuando yo le ponga las manos encima-se sentó en el borde de la cama para calzarse las botas-. Di a Billy que ensille los caballos. Hay un único camino y sólo dos direcciones que pueden haber seguido. Yo tomaré por la ruta de Manchester a Shipton y tú irás hacia Edgemcombe. Alguien puede haberlos visto el algún punto del camino y podrá orientarnos.

Se levantó otra vez y cerró la hebilla de su cinturón.

-Samuel, quiero mi cuchillo y mi pistola.

Samuel se los dio y corrió escalera abajo a transmitir las órdenes a Billy.

Hugo pasó un dedo por la hoja del cuchillo y luego metió el arma en la vaina que llevaba en el cinturón. Cargó la pistola y la guardó en el bolsillo más profundo de su chaqueta.

Como no había confiado a Chloe sus sospechas con respecto a los Gresham, no podía culpar del todo a ella por haber aceptado la compañía de Crispin. Para ella, él formaba parte de su infancia y no tenía motivos para sospechar de su maldad. Sin embargo, él le había dicho que permaneciera cerca de la casa y ella, al desobedecer esa orden, había ido a parar de cabeza a la guarida del león y, en consecuencia, le había provocado a él una buena cantidad de problemas... por no hablar del hecho de haberlo despertado antes de tener el lujo de un descanso que ya casi había olvidado, haciéndolo salir de la casa sin afeitarse y en ayunas. Si antes de acostarse él hubiese retenido la energía necesaria para afeitarse esa barba de una semana, no tendría ahora el aspecto de vagabundo.

El talante de Hugo no era el mejor mientras bajaba la escalera. Aun así, tampoco estaba ansioso por recuperar a Chloe. Nunca se inquietaba por el resultado de una empresa cuando estaba ejecutándola.

¿La llevarían a Shipton? ¿O a algún otro sitio igual de alejado? Como fuese, se dirigió hacia Shipton. Si acaso Jasper no estuviera allí, había mejores probabilidades de poder convencer a alguien de que le brindase alguna información. Un cuchillo y una pistola empuñados por un hombre que no tenía miedo de emplearlos eran argumentos muy convincentes.

Salió al patio soleado mientras se ponía los guantes.

-Si alguien los ha visto pasar por tu parte del camino, sígueles el rastro, Samuel. Si llegas a un punto muerto, búscame lo más rápido que puedas. Yo haré lo mismo.

Montó su caballo

-De acuerdo.

Samuel montó y siguió a su amo por el sendero que conducía hasta la carretera; se separaron en el cruce.

Crispin hizo avanzar a su caballo por el reseco camino a Manchester, lleno de surcos. Ya estaban acercándose a la ciudad y habría una silla de postas esperándolos en la encrucijada. Echó una mirada impaciente hacia atrás. Chloe iba holgazaneando, observando los setos vivos, deteniéndose a mirar un águila que revoloteaba arriba, y él no sabía qué hacer para que se apresurara. Si sólo llevaban una ventaja de media hora, debía lograr introducirla en la silla y atravesar la ciudad sin más tardanza.

Furibundo, tiró de las riendas de su caballo y esperó a que ella lo alcanzara.

-Qué lenta eres, Chloe.

Ella se sorprendió.

-Pero si no llevamos ninguna prisa. Tenemos toda la mañana... ¿No crees que hay mucha gente en la carretera?

Era cierto. A cada minuto, el trajín en la carretera de Manchester era mayor, iba llenándose de carros, de jinetes y de caminantes, en algunos casos familias enteras que avanzaban por el arcén cubierto de hierba, con niños que corrían y chillaban, saliendo y entrando de sus respectivos grupos. Había un ambiente de excitación y, también, de celebración, como si estuviesen yendo a una fiesta en esa sofocante mañana de lunes.

Si Chloe se resistía a entrar en la silla de postas, se armaría una escena endemoniada en esa carretera pública. Nada salía bien; Crispin deseó que su padrastro no hubiese depositado

sobre sus hombros toda la responsabilidad de la empresa. Tenía la sensación de que el control se le escapaba de sus manos y no sabía cómo adaptar el plan al cambio de las circunstancias.

-Vamos-dijo, mirando alrededor con impaciencia.

-Tengo hambre-dijo Chloe-. Sólo comí una manzana. ¿Por qué no hacemos un alto, nos metemos en el campo y merendamos? Tú habías dicho que haríamos eso.

-Sí, pero no aquí.

-Bueno, ¿qué llevas en la cesta? Quizá haya algo que yo pueda comer mientras cabalgamos.

De pronto, Crispin recordó cómo había sido su compañera cuando era una exasperante niña de siete años, cuando insistía en preguntar el significado de una palabra que había oído en el patio del establo de Gresham Hall. Él tampoco sabía entonces qué significaba, aunque sabía que era algo muy grosero pero, como había alardeado de que lo sabía, cayó en su propia trampa. Y Chloe, aún imaginando que él no lo sabía, había insistido y fastidiado tanto que él la había abofeteado. En este momento, tenía unos enormes deseos de hacer lo mismo.

-Aguarda unos minutos-dijo, tenso.

Faltaba muy poco para llegar a la encrucijada, lanzó miradas ansiosas hacia delante como si, de ese modo, pudiera lograr que se materializara más rápido.

Chloe, tan perpleja como irritada, frunció en entrecejo. El atento, el generoso Crispin de los últimos días había desaparecido. Su actual acompañante se asemejaba más al niño quisquilloso y egocéntrico que ella recordaba de su infancia.

Giraron en un recodo de la carretera y ella percibió que Crispin se ponía rígido sobre su montura. Lo miró con curiosidad y percibió en él una nerviosa expectativa. Él acercó más su caballo al de ella, tanto que los flancos de ambos animales se rozaron. La yegua, incómoda, relinchó e intentó desplazarse de lado. Crispin se inclinó hacia delante y sujetó las riendas de Chloe.

-Está bien-dijo ella-. Yo puedo manejarla sin problemas. Tu caballo está apretándola.

Al ver que la mano de Crispin no soltaba las riendas, Chloe sintió un estremecimiento de inquietud. Miró adelante.

En la encrucijada había una silla de postas y tres hombres alrededor del vehículo. Las miradas de los hombres se dirigían hacia la carretera, hacia el punto donde estaban los jinetes. Chloe percibió, de inmediato, que algo malo sucedía y que ella corría peligro. Por un segundo permaneció muy quieta, tratando de evaluar su situación, igual que una gacela que hubiese olido al león.

Entonces, alzó la mano que sostenía la fusta y la bajó, dando de lleno a Crispin en el dorso de la mano que sujetaba las riendas. A pesar del delgado guante de cuero, Crispin soltó un grito de dolor, retiró la mano y, en el mismo instante, Chloe espoleó a Maid Marion que se lanzó al galope por la carretera. Cuando pasaron delante de la silla uno de los hombres lanzó un grito y saltó al camino en pos de ella. Chloe se agazapó sobre el cuello de la ruana y le susurró palabras de aliento, animándola a correr. Siguió oyendo los gritos a sus espaldas y el golpeteo de los cascos del caballo de Crispin, que la perseguía. El semental era más veloz que la yegua, puesto que tenía patas más largas y el pecho más fuerte; ella sabía que no podría mantener la delantera.

Más adelante, una muchedumbre de hombres y mujeres que agitaban banderas cruzaba el camino; Chloe, desesperada, se abalanzó en medio del gentío. La multitud se cerró a su alrededor como las dos mitades de una ostra sobre su perla, y ella tiró de las riendas de su caballo, temerosa de atropellar a alguno de sus involuntarios escoltas. Crispin jamás podría atravesar el grupo. Y, aunque lo hiciera, costaba imaginar qué podría hacer en medio de semejante muchedumbre.

El grupo pareció hincharse y la llevó consigo en su avance hacia la ciudad. Chloe no podía escapar a la multitud aunque lo hubiese querido, y se dejó llevar aun sin saber qué estaban haciendo y hacia dónde iban.

Un hombre que estaba cortando un seto informó a Hugo que había visto a un hombre y a una mujer jóvenes cabalgando hacia la ruta a Manchester, aproximadamente una hora antes. Hugo se alegró al saber que estaba siguiendo el rastro correcto y lanzó su caballo al galope. La cuestión pendiente consistía en saber si habrían girado hacia Shipton o seguido hacia la ciudad. Pero, como la suerte estaba de su lado, al girar en la curva, un niño, que pescaba en una zanja con un gusano enganchado en un alfiler doblado, le informó que había visto a un tipo excéntrico montado en un caballo negro y a una dama sobre un ruano, que iban hacia Manchester. Los recordaba porque la dama había frenado a su caballo para preguntarle si había logrado pescar algo.

Ésa no podía ser otra que Chloe. Pero, ¿cuáles serían sus intenciones? ¿La ocultarían en la ciudad? Eso era muy posible.

Hugo titubeó unos instantes, dudando de si no sería preferible ir a Shipton, de todos modos, y sonsacar a sus habitantes toda la información posible. Sin embargo, aún existía una mínima posibilidad de que pudiera darles alcance antes de que llegaran a la ciudad. Podría haber sucedido algo que los demorase. Abrigó la ferviente esperanza de que Chloe hubiese seguido remoloneando a los costados del camino, entablando conversación con jóvenes y ansiosos pescadores y, por eso, siguió avanzando con su caballo.

El gentío que caminaba por la carretera le hizo aminorar la marcha; él se tranquilizó pensando que también debían haber obstaculizado la de su presa. Se preguntó sin mucha atención qué estaría pasando pero, concentrado como estaba en su búsqueda, no lo pensó demasiado. Entonces, vio a Crispin.

El joven forcejeaba tratando abrirse paso entre la gente; lo más asombroso era que iba en dirección a Hugo. Éste condujo a su caballo a un costado del camino, quedando medio oculto por un enorme roble y aguardó, con calma, a que el otro llegara hasta allí. Como Chloe ya no estaba con Crispin, era de suponer que ya había sido enviada a su destino. ¿La habrían metido en un coche?

La pregunta sólo era especulativa en parte, pues la respuesta se aproximaba a él a toda velocidad en la forma de Crispin, que blandía su fusta a derecha e izquierda, abriéndose camino en medio de la muchedumbre.

Por fin, logró librarse y exhaló un suspiro de alivio. Este alivio tuvo corta duración, puesto que Hugo Latimer se materializó en el camino, delante de él.

-Qué afortunado encuentro, Crispín.

Hugo le sonreía pero su sonrisa era de ésas que dan escalofríos. Había una indescifrable amenaza en el ángulo de su mentón sin afeitar; en el fondo de los ojos verdes brillaba un fuego. Aunque la boca de Hugo sonreía, Crispin tuvo la horrenda sensación de que estaba a punto de devorárselo.

Crispin alzó su látigo para fustigar a su cabalgadura en la grupa. Pero, en el mismo instante, Hugo se inclinó y, con un movimiento casi lánguido, le sujetó la muñeca. Crispin jadeó de dolor cuando los dedos de esa mano enguantada se tensaron. El látigo cayó al suelo.

-Muy bien-dijo Hugo, todavía amable-, salgamos del camino, Crispin. No podremos tener una charla tranquila en medio de tanto bullicio.

Le soltó la muñeca y tomó sus riendas. Como no le quedaba otro remedio, Crispin dejó que guiara su caballo hasta la sombra del roble.

-Apéate.

La orden fue dicha con la misma sonrisa, aunque tuviera el filo de una navaja.

-Protesto...

-No... no, Crispin, pierdes el tiempo-dijo Hugo, apeándose de su caballo mientras sujetaba las riendas del otro-. ¿Quieres que te ayude a desmontar?

Se quitó los guantes con movimientos amenazadores y comenzó a golpear con ellos en la palma de su mano, sin abandonar la sonrisa.

Crispin se sintió tan impotente como si aún fuese un escolar y estuviese enfrentando el poder absoluto de la autoridad. Casi hipnotizado, obedeció y desmontó.

-Muy prudente-comentó Hugo, soltando las riendas y reclinándose contra el tronco del árbol con aire de indiferencia.

A pesar de todo, emanaba de su robusto cuerpo una sensación de fuerza que hizo a Crispin sentirse como un pigmeo.

-Bueno-dijo Hugo-, vayamos al grano, Crispin. ¿Puedes decirme dónde está mi pupila, por favor?

-¿Chloe?

-Esa misma.

-¿Cómo podría saberlo?

La mejor defensa que se le ocurrió fue enfurruñarse.

-Bueno, yo supongo que tú deberías saberlo, puesto que ella fue lo bastante obediente... o quizá prudente y esta mañana temprano me dijo que salía a caballo contigo.

La sonrisa se había evaporado y los ojos verdes ardían con brillo glacial.

-Eso es absurdo-trató de indignarse Crispin, al tiempo que volvía hacia su caballo-. No sé de qué está usted hablando, sir Hugo. Chloe es asunto suyo, no mío; si no la sujeta con mano lo bastante dura, no es culpa mía.

Dos manos se cerraron sobre su garganta desde atrás, haciéndolo jadear.

-Oh, no te equivoques, amigo. Mis manos son bastante fuertes.

Crispin sentía el aliento de Hugo en la nuca. Intentó mover la cabeza pero los largos dedos blancos apretaron... y apretaron.

-¿Dónde está?

Él se ahogó y sacudió la cabeza. Entonces, la presión sobre su tráquea aumentó. Estaba sofocándose, su pecho se hinchaba.

-¿Dónde está?

La inexorable pregunta fue dicha directamente en su oído. Empezó a ver manchas negras que bailoteaban ante sus ojos y le pareció que su pecho iba a explotar.

-¿Dónde está?

Cuando Crispin hizo esfuerzos para hablar, sus hombros se abatieron. Por misericordia, la presión disminuyó, y oyó otra vez la pregunta.

-No sé-boqueó.

El torniquete apretó de nuevo, y Crispin tuvo la impresión de que su cabeza explotaría junto con sus pulmones. Lo rodeó una niebla roja que amenazaba con tragárselo.

-Es verdad-murmuró-. Por favor

-Explícate.

Las manos se aflojaron lo suficiente para que él pudiera hablar. En un susurro entrecortado y jadeante, le explicó que Chloe lo había dejado y había echado a correr con su caballo rumbo a la ciudad, por una razón que él desconocía.

Hugo sacó las manos del cuello de Crispin y se las sacudió, haciendo una mueca.

-Estoy seguro de que tú conoces la razón, pero eso puede esperar. Puedes marcharte. Y también puedes decirle a Jasper que ocultarse tras la torpe incompetencia de sus inferiores es

la marca característica de los cobardes. Si quiere pelear, estaré esperándolo... Hace catorce años que lo espero-añadió-. Díselo, Crispin.

Dio un paso atrás y se quedó observando al joven mientras montaba, tenía el rostro enrojecido y manchado, y se acariciaba la garganta con una mano, allí donde las marcas de sus dedos iban tornándose purpúreas en su delicada piel.

A Crispin le dolía demasiado la garganta para responder, aún cuando hubiese tenido la presencia de ánimo de pensar una respuesta. Pasó un momento aterrador cuando creyó que iba a morir estrangulado. Nunca hubiese imaginado que los dedos de un hombre pudieran tener tanta fuerza. Se alejó, doblado sobre su caballo.

Hugo flexionó los dedos con aire pensativo. Los suyos eran dedos de músico. Delicados y sensibles. Sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción; volvió a montar, enfilando hacia Manchester donde era de suponer que hallaría a Chloe, atrapada en medio de la muchedumbre. Pero, ¿qué diablos se propondría esa gente?

En ese momento lo recordó: era lunes, dieciséis de agosto. La fecha en que el orador Hunt iba a dirigir un discurso sobre la Reforma en St. Peter’s Fields. La exigencia básica era el sufragio universal y los funcionarios debían de haberse preparado para lo peor.

Sacó a su caballo de la carretera y galopó a campo traviesa, rodeando al gentío en su prisa por llegar a la ciudad.

Chloe permaneció en medio de la multitud, que había llegado a St. Peter’s Fields. El entusiasmo era contagioso; por el momento, ella resolvió dejar de lado sus especulaciones con respecto a Crispin y a la silla de postas. Todo eso era muy interesante, y no cabía duda de que tendría que hablar con Hugo al respecto, pero en ese momento no podía hacer nada.

Seguía llegando gente al prado, como un torrente de humanidad que agitaba banderas y gritaba. Prevalecía en la masa un humor alegre; los niños jugaban y se caían entre los pies de la gente, y las parejas de jóvenes, con los brazos enlazados, intercambiaban besos furtivos. Colgaban de las tribunas banderines de brillantes colores y otras ondeaban, alegres, en sus mástiles. La gente retozaba y cantaba en el prado, mirando con impaciencia hacia la plataforma donde pronto se presentaría el orador Hunt a pronunciar su discurso.

Chloe detuvo su caballo en el borde de la muchedumbre. Desde allí tenía una vista despejada, por encima de la multitud, hasta las tribunas; vio que un grupo de hombres trepaba a la plataforma. Se alzó un gran clamor de bienvenida y flotó en la brisa la consigna canturreada: “El voto para los trabajadores”.

Un hombre tocado con un insólito sombrero blanco se adelantó hasta el borde de la plataforma y el rugido de la multitud aumentó de volumen. El hombre que había hablado con ella y Hugo, acerca del Mitin de la Reforma, el día en que ellos habían ido a Manchester, llevaba un sombrero blanco de copa. Supuso que sería una especie de distintivo.

La voz del orador Hunt se elevó sobre la multitud, que fue reduciendo su clamor hasta llegar a un murmullo quedo. Pro, cada vez que el orador hacía una pausa efectista, la gente lanzaba un rugido de aprobación y coreaba su nombre.

Chloe sintió que le bullía la sangre y se esforzó por oír al orador por encima del ruido de la gente, hasta que percibió un sonido diferente, un extraño murmullo que provenía de un sector de la multitud. Giró sobre la montura y miró hacia la iglesia, que estaba en el extremo más alejado del prado.

-Debe de ser la gente de Blanckburn que está llegando-dijo un sujeto robusto cubierto con un delantal de zapatero que se encontraba cerca de ella.

Hubo un murmullo de afirmación mientras la gente se ponía de puntillas para mirar sobre sus cabezas y ver quién estaba causando esa perturbación.

-Son soldados-dijo Chloe.

Una tropa de caballería, con uniforme azul y blanco, dio la vuelta al muro de un jardín, andando al trote. El sol arrancó chispas a las espadas desenvainadas que blandían los soldados. Sin romper la formación, giraron y formaron una línea ante una hilera de casas que daban al campo, enfrente de la tribuna.

Se elevó un grito desde la multitud; a los oídos de Chloe, aquello sonó como algo benévolo, más como una bienvenida que como otra cosa. Entonces, sucedió.

Los jinetes se elevaron sobre sus estribos y revolearon los sables encima de sus cabezas. Alguien vociferó una orden y, lanzando un grito, los soldados espolearon a sus caballos y cargaron contra las primeras filas de la multitud, lanzando mandobles a derecha e izquierda con sus espadas.

Chloe miró, horrorizada e incrédula, que la carga de la caballería dispersaba a las primeras filas y el aire era atravesado por gritos. A su alrededor, sonaban gritos de: “¡Aguantad, aguantad!”. La gente no cedía terreno y, por un minuto, los soldados retrocedieron sin poder irrumpir en medio de esa compacta muchedumbre para llegar hasta el orador Hunt. Luego, cargaron de nuevo, asestando golpes de espada a la gente que les impedía el paso. Chloe vio correr la sangre, oyó los gritos que ahora eran de dolor, mezclados con gemidos y alaridos de terror.

-¡Abríos!-aulló alguien-. Están matando a la gente que no puede escapar. –El grito fue obedecido-. Abrirse... abrirse...

La gente se inmovilizó, como si estuviese conteniendo el aliento y luego se oyó una especie de retumbante rugido y se separó. Fue como una marea, inmensa e incontenible. Maid Marion relinchó de miedo cuando esa masa se arremolinó en torno de ella y Chloe se convenció de que habría salido disparada si hubiese podido pasar. Desesperada, sujetó con fuerza las riendas para impedir que el animal retrocediera y causara más estragos aun entre los pies de los manifestantes que la rodeaban y forcejeó tratando de guiar a la yegua fuera de la multitud. Alrededor, la gente era aplastada por hordas de personas frenéticas por el terror. El cuerpo de caballería irrumpía cargando sobre la gente, dondequiera que se abriese un claro en la multitud, tajando cabezas, manos y brazos a medida que se abrían paso por la fuerza hacia la tribuna, afanosos por llegar hasta el hombre al que debían arrestar.

Un niño cayó al suelo gritando de terror al ver tantos pies pisando alrededor de él. Chloe desmontó y recogió al niño. Guió a la yegua mientras sujetaba al niño apretado contra su cuerpo y la turba la empujaba a los tumbos hacia delante.

Llegó a un jardín que había en el linde del campo y donde reinaba cierta seguridad. Maid Marion estaba sudando y temblaba, haciendo girar los ojos. Chloe depositó al niño en el suelo. Él se quedó mirándola fijamente un instante y luego echó a correr.

Ella supuso que él sabría volver a su hogar. Chloe sintió que la invadía una cólera más intensa de la que jamás había sentido. La turba pasó ante el jardín y, de pronto, se hizo silencio. El campo que, diez minutos atrás, había sido un torbellino de personas, estaba prácticamente desierto. La tribuna era un derruido montón de maderas rotas, los restos de las banderas colgaban de los mástiles, las banderas desgarradas estaban, arrugadas, en el suelo. Y, bajo el inclemente resplandor del sol estival, los cuerpos yacían donde habían caído, unos sobre otros, aplastados, sofocados, pisoteados y heridos. La hierba reseca estaba sembrada de trozos de ropa de vivos colores, sombreros, cofias y zapatos que la gente había perdido en la estampida.

Chloe ató a la yegua al portón del jardín y salió al campo. La caballería había desmontado y los soldados limpiaban sus sables y aflojaban las cinchas de sus caballos. En el aire húmedo se oían los gemidos que llegaban desde los cuerpos amontonados y los relinchos de los caballos que coceaban la tierra al oler la sangre.

Aparecieron en el campo otras personas que se inclinaban sobre los cuerpos. Chloe se arrodilló junto a una mujer joven que sangraba de una herida en el pecho. Estaba viva y sus párpados se agitaban. Chloe levantó la falda de su traje, arrancó una tira de su enagua y con ella restañó la sangre. Un anciano avanzaba apoyado en el brazo de un muchacho. Tenía los labios azulados y su rostro cerúleo, y jadeaba dolorosamente.

-Yo me la llevaré, señorita-dijo una voz suave. Era un hombre que se agachó para levantar a la joven-. Le doy las gracias.

Chloe vio que sus ojos no tenían expresión y su voz tampoco.

Ella anduvo de aquí para allá por el campo de batalla, ayudando donde podía, mientras algunos levantaban unos cuerpos de encima de otros, para liberar a los sobrevivientes y a los heridos de la sofocante presión de la carne.

Esas personas actuaban como quien e halla en medio de un trance, casi sin hablar. De las sesenta mil personas, que el apacible mitin había reunido esa tarde en St. Peter's Fields, habían sido heridas cuatrocientas, mientras que nueve hombres y dos mujeres habían sido muertos por una tropa de caballería, que había recibido órdenes de los funcionarios de la ciudad para arrestar al orador Hunt.

Capítulo 11

Hugo galopaba a toda velocidad por la calle Market, en la ciudad desierta y fantasmal, cuando llegó a él, desde St. Peter's Fields un sordo retumbar, parecido a un trueno. Su caballo se asustó y alzó la cabeza, dilatando las narices. A continuación, Hugo oyó los gritos y se le congeló la sangre en las venas. Giró en la calle Cross espoleando a su caballo. Corrían hacia él personas que gritaban, "La caballería", a modo de advertencia y explicación, sin dejar de correr.

Tal como él había temido, los magistrados se habrían dejado dominar por el pánico. ¿Dónde diablos hallaría a Chloe en medio de este tumulto? Siguió avanzando en sentido contrario a la marea humana, escudriñando entre el gentío. Giró en la esquina de la iglesia y llegó al campo en el preciso momento en que huían los últimos manifestantes, pasando a la carrera junto a él. Detuvo a su caballo y sintió que se le revolvía el estómago cuando tuvo ante sus ojos aquella carnicería. ¿Estaría, acaso, Chloe, bajo alguno de esos desdichados montones de miembros entrelazados? Era tan pequeña, que no hubiese podido sobrevivir a semejante estampida.

Desmontó y ató su caballo a un poste que había ante la iglesia, y luego fue hasta el campo. La vio casi de inmediato, arrodillada junto a un cuerpo tendido en el suelo. Había perdido el sombrero y el pelo se le escapaba de las hebillas. Esa cabellera reflejaba la luminosidad del sol, y su brillo y su color formaban un chocante contraste con la lobreguez de la escena.

-¡Chloe!-gritó él, lanzando su nombre a través del espacio que los separaba, sintiendo que se le aflojaban las rodillas de alivio.

Ella alzó la vista, se puso de pie con dificultad y corrió hacia él.

-¡Oh, Hugo!

Cayó en sus brazos y lo aferró por la cintura con desesperación, en un gesto que lo inundó de recuerdos que sacudieron su cuerpo e hicieron bullir su sangre.

Chloe lloraba, y sus ojos eran como acianos mojados.

-¿Te has hecho daño?-le preguntó él con brusquedad.

La muchacha negó con la cabeza.

-No... no, en realidad no... pero estoy tan enfadada... ¿Cómo pudieron hacer una cosa así? ¿Qué justificación podían tener? Fue terrible, terrible, una maldad, Hugo.

Un sollozo le quebró la voz.

-Calma-él le acarició el pelo y sacó un pañuelo-. Sécate los ojos... además, tienes la nariz chorreando.

Le enjugó las lágrimas y le limpió la nariz con una premura que procuraba disimular su emoción y le permitía verla como él quería verla: una niña acongojada que necesitaba consuelo.

-He perdido el sombrero-dijo ella, apesadumbrada.

-Hay otros sombreros.

-Pero a mí me gustaba ése-ella recorrió con su mirada el campo y exclamó, colérica-: ¿Por qué? ¿Por qué hicieron algo como esto?

-El miedo-dijo él en voz baja-. Francia les ha dado una idea del poder de la muchedumbre. La idea de un levantamiento popular los aterroriza.

-Yo mandaría a todos a la guillotina-dijo ella con ferocidad-. Y me sentaría a tejer mientras sus cabezas caen en el cesto... si supiera tejer.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas y, de golpe, se sentó en el suelo.

-¿Qué hay?

Alarmado, Hugo se acuclilló a su lado.

-No lo sé-dijo ella-. Me tiemblan las piernas. Tal vez se deba a que no he comido nada en todo el día; apenas una manzana.

Hugo la hizo ponerse de pie, convencido de que tras su habitual reclamo de alimento, en esa súbita flojedad había algo más. Sin embargo, era probable que satisfacer esa necesidad básica la ayudaría a alejarse de los horrores de esa tarde.

-Eso es fácil de solucionar-la tomó de la mano-. Aquí ya no puedes hacer nada más.

Chloe miró alrededor. Los ciudadanos de Manchester estaban buscando a los suyos; poco a poco, el campo iba despejándose a medida que amigos y parientes se llevaban a los heridos.

Aunque todavía bullía la ira en ella, Chloe debió reconocer que ya no podía hacer nada: Entonces, sus preocupaciones individuales tomaron la delantera.

-Crispín quería hacer una merienda... Oh, tengo que contarte sobre Crispín.

Sorbió y se limpió la nariz con el dorso de la mano libre; la otra la llevaba Hugo mientras la guiaba fuera del campo.

-Ya lo sé.

Volvió a darle el pañuelo.

¿Cómo?

Ella se sonó la nariz con fuerza y le devolvió el pañuelo, convertido en una bola arrugada.

-Quédate con él-dijo-. Me topé con él y... logré convencerlo, digamos, para que me confesara que tú te habías alejado de él con cierta premura. Fingió ignorar la causa.

-Había una silla de postas y yo tuve la extraña sensación de que ellos querían forzarme... ¿convencerlo?-preguntó, mirándolo, distraída de lo que había estado diciendo-. ¿Le hiciste daño?

-No mucho.

-Ojalá se lo hubieras hecho.

Hugo pensó que, por tratarse de una persona tan empeñada en curar a los demás, de una defensora de los débiles, estaba manifestando bastante impiedad.

-Lo único que ha hecho Crispín fue obedecer a tu medio hermano-explicó él-. Igual que los hombres de la otra noche. Yo lo he sabido desde el principio pero no estoy de acuerdo con ejercitar la venganza con los inferiores.

-¿Los hombres de la otra noche?-Chloe se detuvo y se volvió a mirarlo-. ¿Quieres decir que querían llevarme a mí... y no a Dante?

La estupefacción de ella provocó en Hugo una mínima sonrisa.

-Por extraño que pueda parecerte, yo creo que tú eres mucho más valiosa que ese perro mestizo, muchacha... y no es que arroje sombras sobre el linaje de Dante, ¿entiendes?, pero...

El comentario burlón disipó en cierta medida las sombras que oscurecían el semblante de la muchacha.

-¿Para qué me querrían?

-Tú eres una joven de fortuna. Jasper quizá pretenda conservar tu fortuna dentro de la familia.

-Y para eso querrá casarme con Crispín-afirmó ella. Dio un puntapié a un guijarro suelto y su boca se endureció-. ¿Acaso puede obligarme a casarme con él?

-No, si es que yo puedo opinar al respecto-admitió Hugo con calma-. Pero, si él lograra echarte mano, tendría una excelente oportunidad.

Chloe guardó silencio mientras asimilaba esa información. Llegaron al jardín donde ella había dejado a Maid Marion, y quitó su mano de la de Hugo.

-¿Adónde vas?

-A buscar mi yegua... o, mejor dicho, la de Jasper. No creerías que montaba a Dapple, ¿no es cierto?

Hugo comprendió que no había pensado ni un minuto en esa cuestión. Y, al ver al animal que ella llevaba del cabestro, lanzó un silbido:

-¡Qué hermoso animal!

-Sí, es hija de Red Queen y de Sherrif... Conozco al semental pero no a la madre. Sherrif es el orgullo de la caballeriza de Jasper-mientras hablaba, acarició el cuello de la yegua-. Se había puesto muy nerviosa pero ahora está más tranquila.

Hugo frunció el entrecejo.

-Habrá que devolverla a Shipton.

-Yo dije a Crispín, que dijese a Jasper, que no podía aceptarla como regalo pero que se la compraría-le informó Chloe.

-Ah, ¿eso dijiste?-Hugo alzó sus cejas. Era una circunstancia muy apropiada para iniciar un nuevo régimen y afirmar su autoridad sobre su terca pupila, una autoridad que había sufrido un fuerte menoscabo-. ¿Quién te ha dado permiso para adoptar semejante decisión? Permíteme recordarte, señorita Gresham, que tu fortuna está bajo mi control y que yo decidiré de qué modo se gasta.

-Eso es una tontería, teniendo en cuenta que los dos sabemos que es una buena montura y que yo... yo...

Hugo alzó un dedo para hacerla callar.

-Es probable que tú no seas consciente de ello, joven Chloe, pero ya estás metida en un considerable aprieto. Yo, en tu lugar, no complicaría la situación. Tal como están las cosas, ya tendrás que dar suficientes explicaciones.

Chloe se mordió el labio.

-No creía que estuvieses enfadado después de lo que ha pasado aquí.

-Lo que ha pasado aquí no tiene nada que ver con el motivo por el que tú te encontrabas en medio de todo esto-la tomó por la cintura y la alzó, depositándola sobre el lomo de la yegua-. Hablaremos de eso en la tranquilidad de la cafetería Gritón.

-Pero yo te dejé una nota para que no te preocuparas-probó ella, mientras él montaba su caballo.

-He de tomar eso en cuenta-dijo él-. Pero no sé qué peso podrá tener eso, si pienso que he debido saltar de la cama y correr en tu busca sin tiempo para un sorbo de café ni para afeitarme.

A Chloe no le pareció que la situación fuera muy promisoria. Lanzó a Hugo una mirada de reojo. En efecto, parecía incómodo; era evidente que necesitaba agua caliente y una navaja.

-Yo misma me he salvado-señaló ella.

-Si hubieras hecho lo que te había dicho, eso no habría sido necesario.

Chloe cayó en un receloso silencio.

La cafetería Gritón estaba desierta. Daba la impresión de que la ciudad entera se hallaba en estado de conmoción y la gente se reunía en pequeños grupos de personas aturdidas, en las esquinas o en los portales. El señor Lampton saludó a sus huéspedes sin ceremonias y les preguntó si habían estado en St. Peter’s Fields. Hugo le contó lo que sabía.

-Eh, eso es difícil de creer-dijo Lampton sacudiendo su cabeza-. Es como soltar al gato en medio del corral, acuérdese de lo que yo le digo.

-Han arrestado al orador-dijo un hombre que había aparecido en la entrada, con el rostro macilento y llevando un garrote en la mano-. La gente está reuniéndose en Mitre.

Después de haber hecho su anuncio, se esfumó para continuar difundiendo la información puerta a puerta.

-Yo no-dijo Lampton, sacudiendo de nuevo su cabeza-. Ya hay bastantes problemas. ¿Qué puedo serviros?

-Una taza de chocolate para la dama, café para mí, y cualquier cosa que pueda servirnos como tentempié-respondió Hugo sin demoras.

Poco después hacían su aparición una sopera con sopa de patatas y un pollo frío; Hugo aguardó a que ambos hubiesen saciado su hambre. Entonces, se reclinó en su silla, cruzó una pierna sobre la otra y dirigió una severa mirada a su pupila.

-¿Y bien?

Chloe se removió, inquieta, pero se lanzó a la ofensiva, devolviendo la mirada de los ojos verdes con una expresión desafiante en los suyos.

-Yo no sabía que Crispín tuviese intenciones de hacerme algún daño. Tú no me habías dicho nada de que sospechabas que Jasper podía hacerme secuestrar. Por supuesto, si me lo hubieses dicho, yo no me habría ido con él.

-Tal vez sea cierto que no te comuniqué mis sospechas pero, según recuerdo, tenías prohibido expresamente salir de la propiedad sin mi permiso.

-Yo conozco a Crispín de toda la vida. De niños, solíamos jugar juntos. No se me ocurrió que pudiera haber nada malo en salir a cabalgar con él.

-Si no pensaste que hubiera nada malo en salir con él, ¿por qué no me lo preguntaste?-él arqueó las cejas-. Sin duda, habrías presentado tu argumentación de manera muy elocuente.

-Tú no estabas presente, por eso no podía preguntártelo-replicó Chloe-. Y Samuel me había dicho que yo no debía ir a la biblioteca.

Hugo movió la cabeza:

-Eso no servirá, muchacha; habría bastado con que pidieses a Samuel que me consultara.

Chloe no pudo pensar en nada que contradijese esa verdad.

-No lo hiciste porque ya habías decidido que yo no te autorizaría, ¿verdad?-reflexionó él-. ¿No habrá sido que tú habías decidido pasar por alto mi autoridad porque estabas enfadada conmigo?

Chloe llegó a la conclusión de que ya sabía lo que debía sentir una mariposa cuando la clavaban: igual que ella en ese momento, con esos ojos verdes, fijos en ella con una expresión firme y perspicaz.

Hugo asintió lentamente al ver que ella no decía nada.

-Eso mismo pensé yo. ¿Qué haré contigo, señorita Gresham?

Chloe quebró el hechizo de esa mirada hipnótica y decidió que ya era hora de defenderse con las mejores armas que tenía. Alzó el mentón.

-Sí, estaba enfadada contigo. Y tenía un motivo bien fundado... si es que puedes recordarlo.

Un suave sonrojo floreció en sus mejillas pero ella siguió mirándolo a los ojos.

-Eso alude a otro tema que debemos tratar-dijo él. Y si bien su voz se tornó enérgica y contenida, no modificó su postura relajada-. Voy a decir esto una sola vez; después, no volveremos a tocar el tema. No puedo decirte hasta qué punto lamento lo sucedido, Chloe. Pero sucedió, y ya ha terminado. Que Dios me perdone, pero yo no estaba en mi sano juicio. Me aproveché de tu inocencia y de mi posición...

-Pero yo quería...

-¡No!-él se abalanzó hacia delante y apoyó las manos sobre la mesa, entre los dos, acercando su cara a la de ella-. No, Chloe. Eres demasiado joven para saber lo que pudiste haber querido. Fue una aberración, producto de una mente enferma... la mía. Y se ha acabado.

No era así. Ella lo sentía en cada hueso, en cada articulación de su cuerpo, la certeza fluía por sus venas junto con la sangre. No estaba terminado para Hugo, como tampoco lo estaba para ella. Pero no lo convencería con argumentos. Necesitaría echar mano de una persuasión mucho más potente.

-Y, ya que estamos, vamos a poner en claro otra cosa más-se reclinó de nuevo como si se hubiese persuadido de que el silencio de ella indicaba su aceptación-. Es probable que yo te haya dejado la impresión de que soy una persona un tanto descuidada respecto de las convenciones y que soy lo bastante complaciente como para ser tratado sin demasiado cuidado. Y es verdad, hasta cierto punto. Pero tengo mis límites, y tú has llegado a ellos, muchacha. Puedo asegurarte que descubrirlo te resultará bastante incómodo.

Se puso los guantes y se levantó, ordenando al camarero:

-Tráeme la cuenta, muchacho.

Retiró la silla de Chloe y dijo, en el mismo tono:

-Como vamos a reanudar esta relación a partir de una base nueva, en esta ocasión no vamos a referirnos al pasado, pero sería conveniente que, de aquí en adelante, recordaras que tengo un fastidioso empeño en ser obedecido por aquellos que están a mi cargo.

No había respuesta a palabras tan convincentes. Chloe se hizo a un lado mientras él pagaba la cuenta. La condujo fuera en la forma habitual, empujándola con una mano entre los omóplatos, luego la alzó y la depositó sobre la yegua.

-No estés tan desolada, muchacha-dijo él, sonriendo de pronto-. Soy el mismo de siempre; estoy seguro de que aquí en adelante nos llevaremos muy bien. Y si deseas conservar este animal, yo enviaré el dinero a Jasper-rió entre dientes-. Yo diría que es un grato giro de la situación haberlo dejado despechado.

Su pupila se las arregló para sonreír, aunque se sentía demasiado castigada para disfrutar a pleno, imaginando la posible reacción de su hermano ante semejante giro de los acontecimientos. Una cosa era planear la seducción del Hugo complaciente y despreocupado, que ella pensaba recuperar junto con su sobriedad, y otra muy diferente intentarlo con el tutor severo y compuesto en que se había convertido ahora.

Salieron de la ciudad y encontraron a Samuel en el camino.

-Oh, gracias a Dios que está a salvo-dijo, con su curtido rostro crispado por la ansiedad. Hizo girar a su caballo y se puso a la par de Hugo-. En el camino a Edgecombe, nadie me dio

noticias de la señorita y el joven, por eso volví para seguirlo a usted. Pero había una muchedumbre enorme. Era difícil atravesarla. ¿Qué diablos está sucediendo en la ciudad?

Hugo se lo contó.

-Y Chloe estaba en medio del tumulto-concluyó.

Samuel disparó una mirada penetrante a la muchacha y notó su palidez.

-¿Está lastimada?

-No-respondió ella, sacudiendo su cabeza-. Pero fue algo espantoso, Samuel. ¡Una maldad! Los soldados sencillamente se lanzaron sobre la gente con sus espadas.

-Maldita caballería-masculló Samuel-. Quién podría imaginar que harían eso con los que son como ellos.

-Claro-coincidió Chloe-. Del mismo modo, cómo iba nadie a imaginar que mi propio hermano intentaría secuestrarme, para casarme con Crispín. Sigo sin entender cómo podría él obligarme a casarme, Hugo.

Hugo evocó a Jasper tal como lo había visto en la cripta... Jasper sujetando a una mujer joven, que se debatía sin muchas fuerzas, una mujer con los ojos nublados por las drogas y el licor; Jasper, que golpeaba a una afligida criada joven que había tenido la mala suerte de dejar caer una fuente; Jasper azotando con un látigo a un sabueso que lo había disgustado. No compartiría esas imágenes con su pupila.

Su expresión heló otra vez a Chloe. Ya había visto antes esa máscara de ira y desdén, como tallada en piedra, esos ojos, los de un hombre que había echado un vistazo al infierno.

Y luego, ese semblante se despejó. Hugo sacudió su cabeza con vivacidad. Había logrado dominar, hasta cierto punto, los recuerdos durante las espantosas horas pasadas en la biblioteca; si bien nunca lo abandonaban, su poderío había menguado.

-Él no tendrá otra oportunidad, Chloe-declaró-. De ahora en adelante, tú vas a permanecer al alcance de nuestros ojos y oídos, para que no te perdamos de vista desde la casa en ningún momento, salvo que estés conmigo o con Samuel... aunque tenga que atarte.

Chloe no discutió. Más allá del hecho de que estaba más impresionada por la crueldad de la conspiración de su hermano de lo que hubiese querido admitir, permanecer cerca de Hugo convenía a sus propios planes. Una vez que ella hubiese superado el ataque de conciencia que lo había atacado en coincidencia con su flamante sobriedad, ella podría empeñarse en sus intentos de ir a Londres. Estaba segura de que era un plan que convendría a los dos. Hugo estaba desperdiciando su vida en esa casa descuidada, en medio de los páramos de Lancashire; si él mismo no hacía nada por salvarse de una existencia tan desolada y carente de sentido, entonces ella tendría que hacerlo por él.

Se le ocurrió una idea y una chispa de alegría atravesó la sordidez de los recuerdos de ese día.

-Me pregunto si esa mujer que tenías la otra noche en la biblioteca estaría entre la multitud-comentó la muchacha como al pasar-. Espero que no haya salido lastimada. Era muy agradable.

Hugo aspiró con fuerza; ella estaba mirándolo con un atisbo de picardía bailoteándole en los ojos y con una traviesa y leve sonrisa. El universo de Hugo se tambaleó, y él lo equilibró de nuevo son severidad. Le echó una hosca mirada de reojo y le advirtió con suavidad:

-Yo, en tu lugar, sería muy prudente.

Chloe inclinó la cabeza como si estuviese meditando el consejo, y, luego dijo en tono perplejo:

-Lo único que yo dije es que me pareció agradable. Un poco rolliza, claro, pero creo que hay hombres a quienes eso les gusta, Además, tenía una sonrisa bondadosa y parecía ser muy alegre.

Samuel se ahogó y, justo a tiempo, Hugo comprendió que si respondía del modo que fuese a cualquiera de esos escandalosos comentarios, caería en una insondable fosa de indignidad.

Pasó por alto la observación y se dirigió a Samuel para comentar con él los incidentes del tumulto de esa tarde.

Chloe espoleó su montura y se lanzó camino adelante a un enloquecido galope, con el pelo revoloteando tras ella y el aire tibio silbando en sus oídos. La velocidad le daba la sensación de despejarle la cabeza, liberándola de las confusiones, las tensiones y las angustias de la jornada; además, le relajaba el cuerpo, que ella movía con facilidad, acompasándolo al paso largo y elegante de la ruana.

Ya había resuelto cómo abordar la fortaleza de la conciencia de Hugo Latimer: con una constante provocación. Lo haría girar permanentemente con un desafío tras otro. El instinto le aseguraba que él quería responder a su estímulo, tal como lo había hecho una vez. Aquella única experiencia había despertado en ella una vorágine de curiosidad y de deseos, y no veía barreras que obstaculizaran la satisfacción de su mutua atracción. Después de haber logrado eso, se dispondría a trabajar por un futuro que arrancase a Hugo de su auto impuesta renuncia al mundo y que, al mismo tiempo, la pusiera a ella bien lejos del alcance de su medio hermano.

Capítulo 12

A la mañana siguiente, cuando Chloe entró en la cocina, Hugo estaba sentado a la mesa, enfundado en pantalones de ante, botas altas y una corbata de lino blanco atada con pulcritud aunque sin mucho arte.

-¿Piensas ir a visitar a alguien? - le preguntó mientras llenaba una jarra con leche de la lechera y bebía con ganas.

-A tu medio hermano - respondió él, apartando su plato y reclinándose en su silla -. Para arreglar la cuestión de Maid Marion. Tú has dicho que querías conservarla, ¿no es así?

-Oh, sí, claro --ella lo miró, pensativa, y a él se le ocurrió que sus ojos eran como gencianas al sol -. ¿Hablarás de alguna otra cosa con él?

Hugo negó con la cabeza.

-Tocaré de oído, pero no creo que sea necesario deletrearle las cosas, muchacha.

-No, es cierto - admitió ella, revolviendo con los dedos en un tazón con grosellas que había sobre la mesa hasta que dio con una que le pareció sabrosa.

-Jasper no es tonto... sin embargo no estoy seguro de que se pueda decir lo mismo de Crispín.

Ella se metió una fruta en la boca y perforó la piel con los dientes, cerrando los ojos sin saberlo, para disfrutar mejor del placer que le brindaba el zumo ácido bajando por su garganta y la sensación de la pulpa de la redonda fruta entregándose a ella.

-¿Irás solo?

Por unos instantes, Hugo quedó fascinado por la intensa sensualidad de su expresión y

se le pasó por alto lo calculado de la pregunta.

¿Cómo era posible que se hubiese desarrollado un ser tan vibrante, tan pleno de apetitos terrenos en el vientre de la pura y pálida Elizabeth? Claro, con el aporte de Stephen Gresham. Ese lúgubre pensamiento llegó y se fue con asombrosa ausencia de dolor.

Se puso de pie.

-Solo estaré fuera un par de horas. Si quieres cabalgar conmigo esta tarde, puedes hacerlo, pues hace tiempo que debo recorrer la propiedad, muchacha. De paso, también haremos que Dante de un largo paseo.

-Eso será agradable - dijo Chloe, un poco distraída -. ¿Ya te vas?

-Dentro de poco rato - fue hacia la puerta -. Samuel, creo que ya seria hora de que el joven Billy se ponga en movimiento y limpie el patio. Lleva escabulléndose un día tras otro.

-Tiene mucha razón - dijo Samuel-. Se lo diré - una breve sonrisa complacida iluminó su curtido semblante y, mientras Hugo salía de la cocina, él hizo un gesto afirmativo de secreta satisfacción -. ¿Quiere huevos revueltos, muchacha?

-No, Samuel, gracias -Chloe ya estaba saliendo de la cocina -.Creo que no quiero desayunar nada.

Tras tan extraordinaria afirmación, salió por la puerta cerrándola con firmeza y dejando a Dante dentro.

-Que el Señor nos proteja -mascu1ló Samuel – Y ahora, ¿qué se traerá entre manos?

En su cuarto, Chloe se quitó rápidamente el vestido y se puso el traje de montar. Bajó corriendo la escalera y se quedó aguardando en el vestíbulo hasta que oyó que Hugo salía del patio a caballo. Entonces, corrió hacia el establo.

-Billy, ayúdame a ensillar a la yegua.

El mozo se alzó de hombros y le dio una mano, con su habitual pereza. Chloe condujo al animal hasta el bloque de montar y trepó de un salto a la silla.

-Di a Samuel que me he marchado con sir Hugo – ordenó -. Díselo ya mismo, Billy.

Chloe aguardó solo el tiempo necesario para que el muchacho desapareciese en la esquina de la casa, yendo hacia la puerta de la cocina, y luego llevó a Maid Marion al trote hasta el sendero. Samuel no se preocuparía si sabía que ella estaba con Hugo.

Ya en la carretera, espoleó a la ruana a lanzarse al galope, en dirección a Shipton. Hugo debía de llevarle unos diez minutos de delantera; ella suponía que no debía de ir a gran velocidad porque no llevaba ninguna prisa. Muy pronto podría alcanzarlo.

Hugo oyó el retumbar de los cascos a su espalda y, al principio, no le hizo caso. Ese camino era bastante concurrido. Pero, cuando los oyó casi a su lado, echó una mirada por encima del hombro.

Chloe le dedicó una mirada radiante y tiró de las riendas al llegar junto a él.

- Pensé que tal vez te agradaría tener un poco de compañía.

- ¿Que pensaste?

Por un instante, el se quedó perplejo.

- Que quizá te hubieses arrepentido de haber resuelto ir solo - dijo ella, aun radiante -. Y, mira, aquí estás, sintiéndote solitario por no tener con quien conversar. Y como a mi no me molesta en absoluto hacerte compañía, aquí estoy, pues.

Esa descarada justificación, pronunciada con tan dichosa despreocupación, lo dejó mudo unos momentos. Chloe siguió parloteando, hablando de la tibieza de la mañana, de la belleza de la vegetación, de la aparición de una ardilla roja.

-¡Silencio! - exclamó el, cuando al fin pudo recapacitar -. Tienes muy corta memoria, señorita Gresham. Ayer mismo te he dicho que no toleraba la desobediencia de las personas que están a mi cargo.

- Pero yo no estoy desobedeciéndote - dijo ella con acento sincero -. Tuve mucho cuidado de no preguntarte si podía acompañarte de modo que no pudieras decirme que no

podía. Recuerda que yo solo te pregunté si pensabas ir solo.

Hugo cerró los ojos unos segundos... ¡Qué artera zorra!

- Por otra parte, como ya dije, se me ocurrió que nadie podría desear estar solo en una mañana tan bella, y si tu te habías arrepentido, entonces....

- Ya te he oído la primera vez que lo dijiste - repuso él-. Y tampoco en ese momento me convenciste.

- Cuando dejes de exasperarte comprenderás que es mucho mas grato hacer el trayecto en mi compañía - dijo ella, con la más só1ida confianza y sin dejar de sonreír -. Además, ni Jasper ni Crispin pueden hacerme ningún daño puesto que estarás tu para protegerme. Yo se muy bien como debemos comportarnos. Será muy divertido. Haremos de cuenta que ayer no ha sucedido nada, que nosotros no sospechamos nada. Diremos que hemos ido a comprar a Maid Marion, y yo diré que, sin duda, Crispin quería saber como esta Platón...

- ¿Platón? - preguntó sorprendido.

- El búho - aclaró ella, impaciente -. Estoy segura de que Crispin querrá saber si esta curándose. Más bien, eso le diré. En realidad, sé que le importa un cuerno.

-¿De que estas segura?

Hugo pasaba de una indignación a otra.

- Que le importa un cuerno.

- Eso creí haberte oído decir. Me niego a pensar que las señoritas Trent pueden haberte enseñado semejante lenguaje.

-Por supuesto que no - admitió ella en tono alegre -. Yo lo he aprendido de los carreros o de los caballerizos de los establos.

-En ese caso, me harás el favor de corregirlo de inmediato. - Oh, no seas remilgado. Tú lo dices permanentemente. - Pero tú no debes decirlo.

-Oh - acompañó la exclamación con un fruncimiento de la nariz, pero luego se alzó de hombros y dijo, ecuánime -: Esta bien, si tu quieres... ¿Que opinas de mi plan con respecto a Jasper y Crispin? Estoy ansiosa por ver la cara de Jasper cuando entremos trotando por su portón…. muy sonrientes y corteses.

Hugo admitió para sus adentros que esa estratagema tenía cierto atractivo. Aun así, no quería dar esa satisfacción a su manipuladora compañera de viaje; se propuso aplastar su animosa confianza.

-Esta no es una cuestión para abordarla como un juego infantil; tu presencia es tan poco apropiada como deseada. Te doy mi palabra de que el asunto que debo tratar con Jasper no requiere tu intervención.

-Oh - dijo Chloe, mientras lo pensaba; luego agregó -: Tal vez podría regresar, pero es un trecho muy largo y yo se que tu no quieres que ande sola.

-Por empezar, ¿que estabas haciendo cuando se te ocurrió venir aquí? El sarcasmo resbaló sobre la muchacha como el agua sobre las plumas de los patos.

-Pero sólo empleé unos minutos. He corrido como el viento para alcanzarte.

Hugo se dio por vencido. No podía enviarla de regreso sola. Claro que el podía llevarla de vuelta pero, en ese caso, perdería la mañana. Siguió cabalgando, en severo silencio.

Chloe estaba convencida de que era su deber entretenerlo. Por eso, llenó el silencio con joviales comentarios acerca del paisaje que los rodeaba, con reflexiones acerca de los sucesos del día anterior y cualquier otra cosa que le pasara por la cabeza.

Hugo interrumpió una minuciosa descripción de los seis gatitos de Beatrice.

-¿Es preciso que hables tanto?

-Si tú no lo deseas, no - dijo ella, complaciéndolo de inmediato -. Quiero ser el tipo de acompañante que tu deseas, de modo que si prefieres que me calle, no diré una palabra mas.

Su compañero emitió un sonido que era mitad gemido estrangulado y mitad carcajada.

-¿Te he divertido? - preguntó ella, mirándolo con ojos que desbordaban de humor.

-Los embrollos rara vez me divierten. Si aprecia su pellejo, señorita Gresham, deberá contener todo intento de conversación hasta que lleguemos a casa - declaró él, manteniéndose serio con cierta dificultad.

Hugo no esperaba reaccionar como lo hizo cuando entraron por el sendero de acceso a Gresham Hall. Habían pasado catorce años desde la última vez que piso ese sitio; entonces, Elizabeth, su amor imposible era joven y estaba viva. El edificio en ruinas de la abadía Shipton se recortaba contra el cielo estival, en un claro, a la derecha del sendero, a media distancia entre la carretera y la casa.

É1 apartó la mirada y luego se obligó a mirarla, a ver en su imaginación los peldaños que bajaban a la cripta. De súbito, el olor a podrido revivió en el suave aire veraniego, superponiéndose a la dulce fragancia de la madreselva.

-¿Que pasa? - preguntó Chloe en un susurro, ya sin rastros de burla o picardía en su voz o en su semblante.

Con esfuerzo, el apartó su mirada de la imagen interior de sus pasados males.

-Son los demonios pintados.

-Ya has dicho eso mismo antes. ¿Que son?

-No es asunto que te concierna a ti, señorita Metereta. Ya es tiempo de que demuestres un poco de respeto por la intimidad de otras personas.

-Lo que dices es injusto --dijo ella, en voz baja pero vehemente -. Y tú lo sabes.

Era cierto, y Hugo suspiró.

-Ya que estas haciéndome compañía contrariando mis deseos, harías bien en tener el tacto, por no mencionar la prudencia, de meterte lo menos posible con mi conciencia.

-Bah - desestimó Chloe-. Por supuesto que, si viera que eres desdichado, yo trataría de ayudarte.

-Estoy seguro de que lo harías - murmuró él -. No se como me las he arreglado sin tu ayuda. Debo decirte, sin embargo, que puedes quedarte tranquila: no soy desdichado simplemente, estoy enfadado contigo.

Chloe no creyó que aquello mereciera una respuesta.

-No había estado aquí desde el funeral de mama – comentó ella -. Louise estuvo muy bondadosa pero, hay que tener en cuenta que, en aquel entonces, como no estaban Jasper ni Crispin ella no tenía miedo.

Hugo se volvió bruscamente hacia ella.

-¿Miedo?

-Casi todos temen a Jasper - dijo ella, como si fuese un hecho evidente -. Al menos, aquellos sobre los cuales él ejerce poder.

-¿Tu le temes? - preguntó el, mirándola con atención.

Chloe frunció la nariz mientras pensaba.

-Creo que no – dijo -. Al menos, hasta ayer era así. Pero me desagrada mucho. Aunque, ya que no tiene poder alguno sobre mi, no tengo motivos para temerle, ¿no es cierto?

-Espero que eso sea cierto - repuso el sin comprometerse. Chloe aceptó esa respuesta y cambió de tema.

-¿Llamaremos en la puerta principal?

-No sé de que otro modo se puede hacer una visita social.

-Yo siempre entraba por la puerta lateral... tal vez porque soy pariente.

-Bueno, pero en esta ocasión harás lo que yo haga.

-Desde luego --dijo ella, sumisa, mientras trotaban por el sendero de grava que había frente a la casa-. ¿Golpeo el llamador?

-Como quieras - respondió él, abandonando la pretensión de mantener su actitud severa.

Era imposible seguir enfadado con ella más de un minuto; fingirlo era un derroche inútil de esfuerzos, además de ser aburrido.

Chloe se apeo, subió corriendo los peldaños de la entrada, asió el gran aldabón de bronce y lo sacudió con entusiasmo.

Un lacayo con delantal de bayeta abrió la puerta y parpadeó, al ver a los visitantes.

-Buenos días, Hector. ¿Está Jasper en casa?

-Bueno, bueno, pero si es mi hermanita - dijo Jasper, desde atrás del criado -. Esta bien, Hector -se acercó a la puerta y examinó a Chloe con una ceja arqueada -. ¿Que te trae por aquí?

Alzó los ojos y vio a Hugo que todavía estaba a caballo, con aire impasible.

-He venido a comprar a Maid Marion - informó Chloe -. Dije a Crispin que no podía aceptarla como regalo pero que me gustaría comprarla.

Jasper la apartó de su paso poniéndole las manos sobre los hombros. Bajó con gran lentitud los escalones en dirección a Hugo. Chloe lo siguió, sin amedrentarse por haber sido ignorada.

Crispin apareció por el costado de la casa, y ella lo saludó alzando la voz:

-Buen día, Crispin. Hemos venido a comprar a Maid Marion; me pareció que quizá querrías saber como está recobrándose el búho. El entablillado se sostiene bien.

Abarcó con su sonrisa a los tres hombres, con un aire de ingenua confianza que no engañó a ninguno de ellos.

Con sus ojos, Hugo le envió una señal que implicaba la aceptación de la escena que ella estaba desarrollando.

-Deja de parlotear, Chloe - dijo el con fingida exasperación, al tiempo que desmontaba -. Jasper, ¿cuanto quieres por la yegua?

-No sé si esta en venta - respondió el aludido.

-¡Oh, tiene que estarlo! – exclamó Chloe -. Ibas a regalármela, por lo tanto, no puedes decir que quieres conservarla. Y ayer disfruté tanto montándola que no podía soportar separarme de ella - dirigió su brillante sonrisa a Crispin-. Fue una verdadera lastima que no pudiésemos hacer nuestra merienda, Crispin, pero sucedió que me quedé atrapada en medio de la gente que iba ala ciudad, a la reunión de la Reforma, y no pude volver.

Crispin se llevó una mano a la garganta. Llevaba una corbata almidonada que ocultaba sus magulladuras pero ese gesto inconsciente fué revelador, tanto para Hugo como para Jasper.

Este entrecerró tanto los ojos que quedaron convertidos en dos ranuras; pasó su mirada de su hijastro a Hugo Lattimer.

-Es lamentable que te hayas perdido tu merienda, hermanita – dijo -. Crispin se había tomado mucho trabajo para estar seguro de que la disfrutaras.

-Sí, yo lo sabía - respondió ella -. Me sentí desolada al ver que sus esfuerzos habían sido en vano.

Hugo decidió que había llegado el momento de que el interviniese en esa esgrima. Tenía la impresión de que Chloe estaba dejándose llevar por su propio impulso.

-Chloe, te había pedido que dejaras de parlotear. Jasper, ¿puedes decirme el precio que pides por la yegua?

-Tres mil libras - fue la inmediata respuesta -. Ya que mi hermana no la acepta como regalo, sería un tonto si no pidiera un precio justo.

-¡Un precio justo! -chilló la muchacha -. ¡Tres mil.!

-¡Cierra la boca! -advirtió Hugo, poniéndole una de sus pesadas manos sobre el hombro -. Este comportamiento es muy poco digno.

-Sí, pero...

-¡Silencio!

Chloe se sometió y lanzó una mirada furibunda a su medio hermano. La mirada fría de sus ojos se deslizó sobre ella; por primera vez, ella captó en esa mirada la amenaza sumada a

su habitual desagrado. Entonces, se volvió hacia Hugo con una sonrisa irónica en sus labios.

-Tres mil libras. Ya que no traigo conmigo esa suma...

-Suficiente - dijo Hugo, que había entendido perfectamente.

El había dejado de enviar los pagos que Elizabeth había dispuesto para Jasper y el ahora tenía que compensarlo. Sintió la rigidez del frágil hombro de Chloe bajo su mano, y percibió las corrientes de tensión que la atravesaban. Era evidente que ella también comprendía que estaba exigiendo su hermano. Sin embargo, se equivocaba si creía que ella se precipitaría a soltar un discurso desconsiderado.

-Tenemos que ver a la madre - dijo ella, con tanta calma como antes se había mostrado exaltada-. Conozco a Sherrif pero me gustaría ver a Red Queen.

Jasper inclinó la cabeza, indicando su asentimiento. - Crispin, lleva a Chloe al establo y muéstrale a Queen. Estoy seguro de que se sentirá satisfecha - se volvió hacia Hugo-. ¿Vamos a mi oficina a cerrar este negocio, Lattimer?

-No se si es un negocio que se pueda cerrar con tanta facilidad - comentó Hugo con sonrisa sesgada -. Pero de todas maneras, discutamos los términos. Sin embargo, creo que podrás entender si no acepto tu hospitalidad. Yo no te ofrezco la mía, eso sería muy hipócrita de mi parte, ¿no te parece?

E1 y Jasper esperaron a que Chloe y Crispin hubiesen desaparecido por el costado de la casa.

-Ella siempre fue una chiquilla mal educada - dijo Jasper, con evidente rabia.

Hugo arqueó una ceja y dijo:

-¿Demasiado mal educada como para ser la esposa de tu hijastro, Jasper? ¿O acaso su fortuna constituiría una adecuada compensación por cualquier defecto de carácter que ella pudiese tener?

Jasper se tornó más rubicundo de lo que ya era y sus ojos opacos eludieron la mirada directa de Hugo.

-¿Que estas tratando de decirme, Lattimer? -Jasper repitió su tensa sonrisa y comentó, hostil -: Algo te ha devuelto la sobriedad, Hugo. Me pregunto cuánto durará.

- Lo suficiente para asegurarme de que estés en el infierno -respondió Hugo sin alterarse. Se volvió de espaldas a él y montó de nuevo -. Yo no estoy interesado en la yegua, cualquiera sea su precio. No tengo interés en hacer ninguna clase de trato contigo, Jasper... salvo que seas tan imbécil como para entrometerte en mis asuntos.

Jasper se pasó la lengua por sus labios.

-Estás equivocado, Hugo. Eres tu quien está metiéndose en los míos. Ya lo hiciste antes; te aseguro que me vengaré por partida doble. -Hugo hizo un gesto afirmativo.

-Veo que nos entendemos. Siempre es preferible estar seguro de eso. Chloe y Crispin reaparecieron; Hugo la llamó en voz alta. Ella se apresuró a acercarse.

-¿Nos marchamos?

- Sí, pero dejamos la yegua - le tendió la mano -. Arriba. Pon el pie sobre mi bota.

Chloe no manifestó sorpresa ni desilusión ante este abrupto e inesperado fin de las negociaciones. Tomó la mano que él le tendía, puso su pie sobre el de Hugo y se impulsó hacia arriba al mismo tiempo que el tiraba de su mano. Se sentó sobre la silla, delante de el.

-Buenos días, Jasper... Crispin - ella les sonrió con una expresión tan amistosa que cualquiera hubiese creído que solo habían intercambiado gratas banalidades -. Gracias por prestarme a Maid Marion... y por mostrarme a Red Queen. Es hermosa.

-Y pensar que tu hermano dijo que eras una chiquilla mal educada - comentó Hugo con irónica sonrisa, mientras se alejaban -. Cuando te conviene, puedes ser de una exquisita cortesía.

Chloe rió entre dientes.

-No quería darles la satisfacción de que me creyesen decepcionada. Lamento lo de Maid

Marion, pero puedes estar seguro de que no habría pagado tres mil por ella.

- Es un alivio saberlo, puesto que yo no tenía intenciones de hacerlo. -¿El no habría regateado? -dijo ella, con un atisbo de esperanza en su voz.

-Yo no lo intenté.

-Supongo que tendrás tus motivos.

-Así es, muchacha. Pero esta misma tarde vamos a comprar un caballo para ti. Squire Gillingham tiene una buena caballeriza en Edgecombe. Estoy seguro de que tiene algo apropiado.

Hugo sostenía las riendas rodeándola ligeramente con un brazo y ella se reclinó contra el acomodándose a su hombro con toda naturalidad, como si siempre hubiese andado así. El aparente candor de esa proximidad provocó en Hugo un torbellino de confusas reacciones, tanto en su mente como en su cuerpo; él tuvo la enervante sospecha de que Chloe sabía bien el efecto que estaba causándole. Cada vez que el se convencía de que debía proteger a esa joven ingenua que estaba por ingresar en la feminidad plena, ella hacía o decía algo que le demostraba mas allá de toda duda que ella había cruzado ese limite hacía bastante tiempo, en lo que tocaba a los temas mas importantes.

Samuel salió al patio en el mismo momento en que ellos entraban.

-Me ha tornado por sorpresa –rezongó -. Yo no sabia que sir Hugo había dicho que podía ir con él.

-No lo había dicho - repuso Hugo, al tiempo que desmontaba y se estiraba para ayudar a bajar a Chloe.

-E1 no dijo que yo podía, Samuel-explicó Chloe con luminosa sonrisa -. Pero tampoco dijo que no podía ir.

Samuel se quedó mirándola, perplejo, sacudiendo la cabeza como un perro con una mosca en la oreja boquiabierto y tratando de encontrar palabras para expresarse.

-No lo intentes, siquiera, Samuel - dijo Hugo con torcida sonrisa -. A la hora de la 1ógica, esta muchacha puede ofrecer el mejor ejemplo desde que Eva comió la manzana.

Esa noche, antes de la cena, Hugo tocaba el piano cuando Chloe entró en la biblioteca en actitud dubitativa. Cuando la puerta se abrió, el se volvió, le ofreció una sonrisa de bienvenida y siguió tocando. Hacía mucho tiempo que no tocaba por el simple placer de hacerlo... mucho tiempo que el no tenía la suficiente serenidad para gozar de la música.

Chloe se acurrucó en el gran sillón de orejas que había junto a la ventana, desde donde podía observar la cara de Hugo mientras lo escuchaba. Estaba fascinada por la sucesión de emociones que desfilaban, fugaces, por el rostro de él, mientras sus finos dedos arrancaban hondos sentimientos que daban vida a la música. Cerró1a noche, el sol abandonó los últimos rincones de la biblioteca y el semblante de Hugo quedó en la sombra, aunque ella podía seguir viendo su boca expresiva, floja y apenas sonriente, un largo mechón de pelo cayendo sobre su ancha frente.

A Chloe se le ocurrió pensar que ese cuerpo poderoso contenía a más de un Hugo. Y que ella disfrutaba con el compañero divertido y de buen talante, sentía la dureza del autoritario y había conocido al apasionado. Ahora, veía al Hugo músico. Quizás, esta fuese la forma en que todos los otros se unían y encontraban su manera de expresarse.

Hugo cesó de tocar y se volvió hacia ella, apoyando un antebrazo sobre la tapa del piano.

-¿Te enseñaron a tocar en el seminario?

-Oh, sí. He adquirido todas las habilidades -aseguró ella.

Hugo contuvo una sonrisa.

-Bueno, quisiera oírte.

Se puso de pie y le indicó el taburete.

-Pero yo no sabría tocar esa pieza - dijo ella, levantándose sin muchas ganas.

-No pretendo que lo hagas: esa pieza es mía - frotó yesca y pedernal, encendió las velas del candelabro de brazos y lo situó de modo que la luz diese sobre el teclado -. Buscaré algo mas sencillo - hojeó una pila de partituras y eligió una conocida canción folclórica con una simple y alegre melodía -. Prueba ésta.

Chloe se sentó, con la sensación de que iba a ser juzgada, en tanto él ponía la partitura sobre el atril. Flexionó los dedos.

-Hace siglos que no toco.

-No importa. Relájate y hazlo lo mejor que puedas.

El se sentó en la silla que ella había desocupado y cerró los ojos, disponiéndose a escuchar. Después de los primeros compases, los abrió muy pronto y su expresión se tornó inescrutable.

Chloe concluyó con un floreo y se volvió de cara a él con una sonrisa de triunfo: le había resultado más fácil de lo que imaginaba. Hugo emitió un murmullo confuso y dijo:

-Fue una ejecución chapucera, muchacha.

-Estuvo muy bien -protestó ella -. Sé que no me equivoqué una sola nota.

-Estoy de acuerdo con eso - admitió él -. No es tu capacidad para leer las notas lo que está en entredicho.

-¿Qué fue lo que estuvo mal, entonces?

Chloe parecía herida y enojada.

-¿Acaso no lo advertiste? Tocaste demasiado deprisa como si sólo estuvieras pensando en acabar lo antes posible.

Chloe se mordió el labio. Si bien no le agradaba la observación, su honestidad le decía que debía aceptar la crítica.

-Eso debe ser porque en el seminario teníamos que practicar una pieza hasta que nos saliera bien. En ese momento, podíamos dejar.

Hugo puso cara de disgusto.

-De modo que los ejercicios eran un castigo por el fracaso. Dios mío, que manera criminal de enseñar - se puso de pie -. Tu madre tenía mucho talento para la música... Hazme sitio.

-¿En serio? - Chloe se desplazó en el banco y el se sentó a su lado -. Yo nunca la oí tocar.

Ella sintió el muslo duro y tibio de él en la fina muselina de su vestido y dejó su pierna inmóvil sabiendo que, en el instante en que el tomara conciencia de esa proximidad, la alejaría. Y eso era lo que menos quería ella.

Triste, Hugo pensaba que el láudano quizás había matado a la artista del mismo modo que mató a la madre en ella, pero estaba tan absorto en su música y en sus pensamientos que por una vez no advirtió el cuerpo esbelto y perfumado que se hallaba tan cerca del suyo.

-Ella tocaba el arpa, además del piano, y cantaba como un ángel.

-Yo se cantar - dijo Chloe, como si con eso pudiese compensar su lamentable ejecución en el piano.

-¿Si? - la ansiosa intervención de Chloe lo hizo sonreír -. Dentro de unos momentos podrás cantar para mi, pero ahora vamos a mejorar tu ejecución de "Larkrise". Escucha esto – tocó los primeros compases -. Ahí dentro hay un pájaro... no una manada de elefantes. Inténtalo.

Chloe reprodujo con fidelidad las pausas y tonos que el iba mar dándole, un compás tras otro.

-No tienes ningún problema con tu audición - comentó él al final -. Pero tendremos que

corregir tu pereza.

-Yo no soy perezosa - protestó Chloe -. Pero nadie me ha enseñado bien: tu mismo lo dijiste - cuando se volvió de cara a él, a la luz de la vela, él vió que su expresión era, a medias risueña, a medias indignada -. Tú puedes enseñarme.

E1 contuvo el aliento. No creía posible que existiera tal belleza, una que detuviera los latidos del corazón. Ella se movió sobre el banco y apretó el muslo contra el suyo, provocándole una sacudida de excitación que le llegó hasta lo más intimo.

-Ponte de pie - ordenó él con brusquedad -. No puedes cantar sentada.

Durante un segundo, Chloe no se movió y, con ojos cargados de intención, escudriñó el semblante del hombre. Una sonrisa trémula apareció en sus labios... una sonrisa de flagrante incitación sensual.

-Ponte de pie, Chloe - repitió él, esta vez más serena.

Ella obedeció lentamente, sonriendo, haciendo que su falda rozara las rodillas de el, apoyando, apenas, su mano en el hombro de él como para sostenerse.

-¿Que quieres que cante?

-"Larkrise" - dijo él, carraspeando -. La melodía es conocida; tú puedes leer la letra mientras yo toco.

Su voz era buena pero no tenía preparación; carecía de la fuerza y la intensidad de la de Elizabeth, además de que seguía con su tendencia a apresurarse. Cuando se extinguió la ultima nota, el pensó que sería interesante comprobar hasta que punto sería posible mejorar lo que ella había recibido de la naturaleza.

-Ya ves: te dije que sabía cantar - declaró ella -. ¿No estuvo bien?

-Hija mía, no tienes criterio - dijo el, adoptando con alivio el papel de maestro y tutor que le daba la distancia que tanto necesitaba -. Tu afinación es buena pero a tu voz le falta fuerza porque no respiras como es debido. ¿Por que vas tan de prisa?

Chloe se desanimo y, tal como el pretendía, su cara y su pose perdieron toda sensualidad.

-No advertí que estaba apresurándome.

-Pues, sí lo hacías. Pero, si quieres, podemos hacer algo para remediarlo.

-¿Tu me enseñarás?

Había asomado a sus ojos una expresión calculadora pero, como estaba mirando las partituras, él no la captó. Lo que pensaba Chloe era que las lecciones de música darían lugar a una cuota mayor de intimidad entre ellos; cuanto mas se acercaran, tanto mas breve seria el tiempo que ella necesitaría para que el superase su incomoda sobriedad y su recato.

-Lo haré, si tú quieres - insistió él -. Tienes que hacerlo por que tú lo deseas. Eso significa que deberás practicar porque tú quieres y no porque yo te diga que debes hacerlo.

-¿Cuanto tiempo por día tendré que practicar? - preguntó ella, cautelosa.

Hugo alzó las manos.

-Todo el tiempo que creas necesario para lograr lo que tu pretendes.

-¿Y que pasaría si no lo lograse?

-En ese caso, daría fin a las lecciones porque sería evidente que no te interesan.

-Ah - ella se puso ceñuda -. ¿Hasta que punto conocías a mi madre?

Era una pregunta legítima; el había esperado que surgiera, en algún momento. La contestó en tono pragmático.

-Muy bien. Pero hace mucho tiempo.

-¿Por que no la veías el ultimo tiempo? Vivían cerca y ella no tenía amigos. Sin embargo, debió de considerarte como a un amigo. De otro modo, no te habría nombrado mi tutor.

E1 había pensado su respuesta durante su larga vigilia de insomne.

-Tras la muerte de tu padre, ella se apartó del mundo. Eso, tu lo sabes.

-¿Y no quería verte?

-Dudo de que quisiera ver a alguien. A pesar de eso, ella sabía que contaba con mi amistad.

-Ya entiendo - con el entrecejo aun fruncido, Chloe fue hacia la ventana. Había salido la estrella de la tarde y estaba suspendida sobre el valle -. Eso quiere decir que también habrás conocido a mi padre.

E1 se puso tenso. Ni todos los preparativos del mundo habrían impedido que su sangre se acelerase y sus palmas sudaran.

-Lo conocí.

-¿Hasta que punto?

Había una sola respuesta sincera:

-Muy bien.

-Yo no lo recuerdo en absoluto. Tenia tres años cuando el murió; se supone que debería guardar algún recuerdo vago... un olor, una impresión, una sensación. ¿No crees?

Stephen no había tenido vínculo alguno con su hija. Hugo no creía que hubiese puesto su mirada en ella más que un par de veces en esos tres años. E1 tenía un hijo, y su hijo, un hijastro; solo ellos tenían importancia en su visión de las cosas. Si Elizabeth le hubiese dado un hijo habría sido muy diferente. El niño habría quedado bajo la influencia de su padre desde el primer momento. Una hija tenía para él mucha menos importancia que los caballos de caza que dormían en su establo.

-É1 pasaba mucho tiempo en Londres - dijo Hugo.

-¿Como era él?

“Malvado... increíblemente malvado... corrompía a todos los que caían bajo su influencia con sus endemoniados alicientes."

- No muy diferente de Jasper en su apariencia. Muy buen jinete, inteligente, muy popular en la sociedad, razón por la cual pasaba tanto tiempo en Londres. Según se, él y tu madre estaban un tanto...distanciados.

-Y luego, el murió en el accidente - afirmó ella -. Me extraña que un jinete tan bueno se rompiera el cuello en una partida de caza.

Esa era la explicación oficial, la que protegía los secretos de la Congregaci6n. Stephen Gresham había sido enterrado en la bóveda familiar como presunta víctima de un accidente de equitación.

-La cena esta lista - anunció Samuel, apareciendo en la puerta.

Hugo sintió alivio al poder conducir a su pupila fuera de la biblioteca, sabiendo que el anuncio la había distraído de inmediato.

Capítulo 13

Crispin había estado observando a su padrastro durante la cena. Los indicios le decían que Jasper estaba en medio de uno de sus más temibles ataques de ira. La visita de Hugo Lattimer y Chloe de esa mañana había atizado las ascuas de su furia por el fracaso del día anterior. Al ver

que Crispin había regresado con las manos vacías y las marcas de los dedos de Hugo en el cuello, Jasper había reprimido la cólera provocada por el fracaso de su hijastro. Crispin temía que la contención tuviese corta vida. Alguien habría de pagar por lo que había sucedido esa mañana entre Lattimer y Jasper.

Louise también percibía el humor de su marido. Estuvo temblando durante toda la comida, aterrorizada ante la posibilidad de que un criado cometiera una torpeza, un plato no estuviese bien caliente o el vino de él no estuviese lo bastante fresco. Cualquier inconveniente doméstico, por mínimo que fuese, le sería atribuido a ella. Primero, recibiría una helada indicación de que corrigiese de inmediato la falta. Luego, por la noche, llegaría el castigo. Él la humillaría con su cuerpo mientras, con su voz suave, se burlaría de ella, hasta que se aburriese de sus sollozos y se fuera a su propia cama.

Los criados, que sabían el peligro que corrían, andaban de puntillas en el lúgubre y silencioso comedor, con la vista clavada en el suelo y manteniéndose lo más lejos posible de su amo cuando tenían que servirle.

De repente, Jasper levantó la vista.

-¿Qué te pasa a ti, mi querida esposa? Estás mustia como una carpa enganchada en el anzuelo.

Louise se sobresaltó y trató de pensar en algo que decir.

-Oh, nada... nada en absoluto, Jasper. No me pasa nada... absolutamente nada... nada.

-Ya entiendo -interrumpió Jasper con pesado sarcasmo-. No es necesario que te explayes. De todos modos, estoy seguro de que tendrás algún tema de conversación para alegrar la cena. Algún detalle doméstico sin importancia que desees contar, tal vez... alguna novedad de alguna amiga... claro, olvidaba que tú no tienes amigas, ¿no es así, mi querida?

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas. Desesperada, parpadeó para ahuyentarlas, pues sabía que cualquier indicio de congoja lo irritaría aún más.

Crispin se removió en su silla, lamentando el patetismo de su madre. A él le daba la impresión de que ella daba alas al disgusto de su padre con sus nerviosos temblores y balbuceos.

-Ni la esposa del vicario -continuó Jasper, y sus ojos vacuos dejaron resbalar su mirada por el rostro pálido de su esposa-. Me resulta extraño que la esposa del vicario no visite a la del mayor terrateniente. Acaso has ofendido de algún modo a nuestros vecinos, querida?

Louise apretó las manos apoyadas en el regazo. Era Jasper quien había ofendido; él bien lo sabía. Si bien no se conocían en detalle las impías actividades en la cripta, daban pábulo a numerosas especulaciones. Y en todo el vecindario se sabía que era preferible no cruzarse con sir Jasper. Nadie cruzaría, por propia voluntad y a sabiendas, los límites de su propiedad.

-Espero una respuesta -dijo él, en tono sedoso, sonriendo a esa especie de esfinge que lo miraba desde el otro extremo de la larga mesa.

Levantó su copa y bebió, y sus ojos brillaron sobre el borde del recipiente.

Louise inspiró una gran bocanada de aire. Movió la boca y apretó un pañuelo en sus labios. Su voz tembló cuando dijo: -No lo creo, Jasper.

-¿No lo crees? Bien, entonces no sé cuál podría ser la explicación. Es un enigma.

Louise empujó su silla hacia atrás.

-Si me disculpas, te dejaré para que puedas tomar tu oporto. Huyó de la habitación con una lamentable falta de dignidad que ni siquiera escapó a la atención de los criados.

-¡Deje los botellones sobre la mesa y salga! -ordenó Jasper con brutalidad al mayordomo.

Éste obedeció y salió, haciendo gala de mayor sangre fría que la que había tenido su ama.

Crispin disimuló su aprehensión mientras aguardaba que el hacha cayera sobre él. Sabía que su única esperanza radicaba en parecer libre de temores. Cuando su padrastro deslizó el botellón hacia él sobre la pulida superficie de la mesa, él se sirvió una copa de oporto afectando despreocupación.

-Entonces, ¿qué piensa hacer, señor? -preguntó él, como al descuido, reclinándose en su silla.

Cruzó las piernas y bebió un sorbo de oporto, pensando que, quizá, si él mismo aludía al tema de manera franca, evitaría una explosión.

Jasper emitió una áspera carcajada: no resultó agradable de oír.

-Tal vez tú puedas sugerir algo, querido muchacho, ya que no fuiste capaz de llevar a cabo tu trabajo.

-La culpa no ha sido mía, sir -se defendió Crispin, convencido de que eso era lo que debía hacer-. Chloe se fue antes de que yo supiera qué estaba pasando. Si la muchedumbre no hubiese sido tan densa yo no la habría perdido. Si ella no hubiese estado montada en Maid Marion, tal vez la hubiese atrapado.

-De eso se deduce que la culpa ha sido mía, ¿no? -Jasper contempló el líquido color rubí que contenía su copa-. No sé por qué, estoy seguro de que a mí no se me hubiese escapado. Con o sin Maid Marion.

-Pero usted no estaba allí.

El joven sabía que estaba arriesgándose pero supuso que una acción temeraria le daría resultado.

-No -admitió Jasper, reclinándose-. Y por una razón muy simple, mi imbécil hijastro: Chloe no hubiese ido a ninguna parte conmigo por su propia voluntad. Sólo Dios sabe por qué le desagrado tanto... que yo sepa, siempre la he tratado con guantes de seda.

-Ella no le teme a usted.

-No... todavía no -concedió Jasper-. Pero puedes estar seguro de que eso llegará.

Hizo girar el pie de la copa entre el índice y el pulgar y su boca se apretó, formando una línea fina.

-¿Y bien, qué haremos ahora?

Crispin sabía que él ya no corría peligro.

-Intimidar -dijo Jasper-. Yo me vengaré de Lattimer, y mi hermanita empezará a sentir el acicate del miedo.

-¿Cómo?

Crispin se echó hacia delante; la luz del candelabro cayó sobre sus rasgos afilados y sus ojillos castaños parecieron alfileres en su rostro macilento.

-Un pequeño incendio -respondió Jasper en voz baja-. Y alguno de esos ridículos animales que ella tanto ama tendría que estar encerrado para sufrir un poco.

-Ahh.

Crispin se reclinó de nuevo. Evocó el punzante reproche que ella le lanzó cuando él hizo un comentario despiadado con respecto al estado del jamelgo. Sería una gran satisfacción vengar el insulto de un modo tan apropiado.

Durante los dos días que siguieron, Chloe desplegó su juego con discreción. Se dedicó con entusiasmo a sus lecciones de música, sin lanzar a Hugo miradas seductoras y, cada vez que estaba cerca de él, ya fuese de pie o sentada, fingía que no tenía conciencia de esa proximidad. Sin embargo, percibía que Hugo reaccionaba al menor roce de su mano, a cada movimiento que ella hacía cuando estaba con él. Sabía que él la observaba cuando la creía absorta en la música y, también, que buena parte del tiempo no la veía con la mirada de un tutor o de un guardián legal. Y cuanta más ignorancia fingía ella y más se comportaba con la naturalidad de una niña que jamás se había revolcado con él sobre los desteñidos cojines de terciopelo del viejo sofá, tanto más espontáneas se hacían las reacciones de él.

Juntos, salieron a caballo a recorrer la propiedad, Chloe montada en su nuevo caballo, un caballo zaino que casi compensaba la pérdida de Maid Marion. Hugo halló en ella a una compañera atenta e inteligente, que compartió con él el tedioso trabajo de escuchar las quejas de sus arrendatarios,

de observar las ruinosas cabañas, los tejados de los cobertizos con goteras, las cercas rotas, mientras él hacía esfuerzos desesperados imaginando un modo de reunir fondos para hacer las reparaciones necesarias.

Después de la recorrida, él se quedó hasta tarde en la cocina, sintiendo que la casa dormida crujía a su alrededor. Si bien su cuerpo registraba la fatiga, su mente, como siempre, no le daba descanso. Esa primera inspección de su propiedad, realizada en sobriedad, lo había estremecido hasta el tuétano. Años atrás, él había dejado que una propiedad descuidada se convirtiera en ruinas mientras chapoteaba en la compasión de sí mismo inducida por el coñac. Comprenderlo fue doloroso para él; eso cortó de raíz toda posibilidad de dormir.

Varias veces apareció en su imaginación la escalera de la bodega. Podía ver las rejillas donde reposaban las botellas de borgoña, clarete, madeira, jerez y coñac, cubiertas de polvo. Era una bodega magnífica, que habían ido formando su abuelo y su padre. Él no había sumado gran cosa, pues estaba muy ocupado vaciándola.

Ese azote de reproche de su conducta lo mantuvo alejado de la bodega durante media hora. Después, inexorablemente, se puso de pie, atravesó la cocina, sacó de su gancho junto a la puerta de la bodega la pesada llave de bronce. Metió la llave en la cerradura y la hizo girar. La llave chirrió y la puerta se abrió con un quejido. El oscuro tramo de escalones se extendía en la oscuridad. El frío olor a tierra de la bodega, superpuesto a los musgosos olores del vino, le cosquilleó las narices. Bajó un peldaño y, entonces, recordó que no llevaba consigo una linterna.

Se volvió. De golpe, cerró violentamente la puerta que tenía a sus espaldas. El ruido desgarró la noche. Hizo girar la llave, la colgó otra vez en el gancho, apagó las lámparas de la cocina, encendió una palmatoria y subió a acostarse.

El golpe despertó a Dante, que saltó de la cama, gruñendo. Chloe se sentó en la cama.

-¿Qué sucede?

Vio que Dante estaba junto a la puerta, olfateando por la hendidura de abajo, y moviendo alegremente la cola, como reconociendo a alguien que le era familiar.

Debía de ser Hugo que subía a acostarse. Chloe se preguntó qué hora sería. Tuvo la impresión de que hacía horas que dormía aunque aún se veía por la ventana que era noche cerrada. ¿Otra vez tendría insomnio?

Se deslizó fuera de la cama y abrió sin ruido la puerta que daba al corredor. Los aposentos de Hugo estaban en el otro extremo, pasando el vestíbulo central. Chloe veía el resplandor amarillo que se colaba por debajo de su puerta. Un poco temblorosa, aguardó a que apagara la luz pero vio que seguía encendida mucho más tiempo del necesario para prepararse para ir a la cama. En actitud pensativa, volvió a la cama y se acostó. Dance se acomodó a sus pies con un suspiro de alivio, suponiendo que habían cesado esos extraños vagabundeos nocturnos.

El sueño no volvió a ella. Tendida en la cama, con la vista fija en el vacío, sus ojos ya acostumbrados a la oscuridad podían penetrarla. Se puso a pensar, y no era la primera vez, cómo sería ignorar qué era dormirse cuando caía la noche y despertar descansado. Podía imaginar el rostro de Hugo en reposo, cuando su energía ya no disimulaba las líneas de fatiga hondamente marcadas en torno de sus ojos y su boca, las ojeras que oscurecían los huecos bajo sus ojos.

Ella creyó que él dormiría mejor después de haber acabado su calvario en la biblioteca. Parecía menos agotado, sus ojos más límpidos, su piel más flexible. Sin embargo, ¿cómo podía saber ella de qué modo pasaba él las largas horas de la noche?

Saltó de la cama y fue otra vez hasta la puerta. La luz aún brillaba debajo de la puerta de Hugo, en el otro extremo del corredor. De repente, ella percibió una inconfundible sensación de dolor… se percibía una especie de lucha en el aire que la rodeaba. ¿Acaso estaría bebiendo otra vez? "Por favor, pensó, que no sea así."

Le temblaron las manos cuando encendió la palmatoria, luego corrió como un espectro por el corredor y bajó la escalera hasta la biblioteca. Se movía llevada por un impulso; cruzó el cuarto

a tientas, su vela parpadeando sobre los oscuros muebles macizos, proyectando sombras fantasmales en los pesados paneles.

Ella sabía qué estaba buscando: el tablero de backgammon querecordaba haber visto la primera vez que entró allí. Encontró el tablero articulado sobre un arcón tarareado que estaba adosado al muro. Las piezas y los dados estaban en una caja tallada al lado del arcón.

Cargó las dos pesadas cajas apretándolas contra el pecho con un brazo y fue hacia el pasillo sosteniendo la vela lo más alto que pudo. Dance, ya resignado a tan inoportunas peregrinaciones, trotaba pegado a sus talones mientras ella subía con cuidado la escalera y doblaba por el corredor, rumbo a la habitación de Hugo.

Golpeó la puerta.

Hugo estaba sentado junto a la ventana, aspirando grandes bocanadas del fresco aire de la noche. Tenía sus manos crispadas y apretadas en la cara, dejando una huella sobre sus pómulos.

Cuando oyó el golpe en la puerta se sobresaltó y, por un instante, quedó desorientado. Entonces, supuso que era Samuel y dijo, fatigado: -Pasa.

De pie en el vano de la puerta estaba Chloe, con algo apretado contra su pecho y, en la otra mano, una vela que parpadeaba. El pelo le caía sobre los hombros, desordenado por el sueño. Sus ojos ansiosos eran como de terciopelo azul.

-Me pareció que, otra vez, tenías dificultades para dormir -dijo ella, al tiempo que entraba en la habitación y cerraba la puerta tras de sí-. Pensé que, tal vez, te gustaría jugar una partida de backgammon.

¡Backgammon! ¡Por el amor de Dios, Chloe, son las tres de la madrugada!

-¿Ah, sí? No lo sabía -dio unos pasos más hacia el interior-. Todavía no te has acostado a dormir.

Fue una afirmación más que una pregunta. Ella sabía que, esa noche, Hugo tenía dificultades y cada línea de su cuerpo, cada movimiento de sus rasgos emanaba la férrea decisión de ayudarlo.

-Vuelve a la cama, Chloe -dijo él, mesándose el pelo.

-No, no tengo nada de sueño -dejó la vela y abrió el tablero sobre la cama-. Estoy segura de que necesitas un poco de compañía. ¿Pongo las piezas?

-¿Por qué será que siempre estás tan segura de lo que yo quiero? -quiso saber él-. No sé por qué te apareces junto a mí una y otra vez y me dices que debo de sentirme solitario y que necesito tu compañía.

-Bueno; es cierto -dijo Chloe, con esa familiar expresión empecinada en su boca adorable-. Lo sé.

Se sentó en la cama y empezó a acomodar las piezas.

Hugo sabía que una hora de distracción lo salvaría; no sabía cómo lo había percibido Chloe pero era evidente que ella lo sabía. Fue hasta la cama y se sentó en el lado opuesto, diciendo con un suspiro de resignación:

-Esto es una locura.

Se oyó rascar la puerta y un gemido de Dante.

-Oh, caramba -Chloe se levantó de un salto-. Lo dejé fuera. No te molesta si entra, ¿verdad?

Hugo negó con la cabeza, como quien se somete a una fuerza irresistible.

Una vez más, Chloe no llevaba puesta una bata y su cuerpo esbelto se movió, flexible, debajo de la fina tela del camisón cuando fue a abrir la puerta.

Había algo en que él podría reafirmarse. Fue hasta el armario y sacó una bata de terciopelo marrón.

-Ven aquí -la tomó de los brazos, los hizo pasar por las largas mangas, la hizo girar, envolvió su cuerpo en los voluminosos laterales y ató con firmeza el cinturón-. ¿Cuántas

veces te he dicho, Chloe...? -preguntó, con exasperación no del todo fingida.

-Como no hace frío, no lo recordé.

-Bueno, yo te sugiero que empieces a pensar en ello si tienes intenciones de seguir vagando por ahí, en medio de la noche. Volvió junto al tablero de backgammon.

Chloe se subió también a la cama y se sentó con las piernas cruzadas, acomodando a su alrededor los pliegues de la prenda prestada. -. ¿Por qué te molesta?

Hugo le lanzó una mirada suspicaz y vio en sus ojos la pícara insinuación. Una vez más, su mundo se tambaleó y al ansia de coñac se sumó otra, con mayores posibilidades aún de acarrearle problemas. Pero, si permitía que ella lo detectara, sería como estar aceptando tácitamente la invitación.

-No uses esa falsa ingenuidad conmigo, muchacha-dijo él con suavidad, arrojando los dos dados-. No es que me moleste a mí, en particular. Sin embargo, tú sabes perfectamente bien que no es apropiado que una joven ande por ahí, medio desnuda.

Movió una pieza.

Ella arrojó los dados, a su turno, sin dejarse engañar en absoluto. De pronto, de la puerta que había dejado entreabierta, llegó un maullido lastimero. En la entrada estaba Beatrice sujetando con los dientes un pequeño lío de piel colgado del pellejo del cuello.

-Oh, ha sacado a pasear a sus cachorros por primera vez -dijo Chloe, extendiendo la mano, a modo de bienvenida, a la gata que se acercaba.

Beatrice saltó sobre la cama, depositó al gatito sobre el regazo de Chloe y salió de nuevo. Volvió a entrar y salir cinco veces más, bajo la mirada atónita, incrédula de Hugo. Cuando sus seis hijos estuvieron sobre el regazo de Chloe, Beatrice se acomodó enroscada sobre el cobertor y fijó la mirada sobre el tablero.

-Sólo nos faltan Falstaff y Rocinante -comentó Hugo-. Ah, y me olvidaba de Platón. Tal vez, deberías ir a buscarlo.

-Estás bromeando -observó Chloe-. Te toca a ti.

-¿Bromeando? ¿Por qué habría de bromear? -tiró los dados-. Me disgustan sobremanera los animales domésticos, y heme aquí, a las tres y media de la madrugada, jugando backgammon en un zoológico que solía ser mi dormitorio.

-¿Cómo es posible que te desagraden?

Chloe acarició a uno de los pequeños con la punta del dedo. El gatito parpadeó, abrió sus ojos nuevos y miró a Hugo.

-Perdona la escasa delicadeza de mi pregunta, pero, ¿saben hacer sus necesidades donde corresponde? Porque yo tengo que dormir en esta cama. -Beatrice limpia lo que ellos hacen -explicó Chloe, sin inmutarse. -Ah, qué tranquilizados.

En lo más profundo del pecho de Hugo comenzó a bullir la risa y notó que se había librado de la tensión provocada por la abstinencia de alcohol. Sus manos estaban firmes, su estómago, en paz.

Chloe, que estaba muy concentrada en el tablero, alzó la vista y rió, contenta, después de observar su expresión.

-¿Te sientes mejor?

Él la miró con suspicacia.

-Sí, ¿cómo lo supiste?

-Yo percibo cuando la gente sufre -dijo ella-. Del mismo modo, puedo sentir cuándo deja de sufrir. ¿Crees que podrás volver a beber alguna vez?

La pregunta lo sorprendió. No se le hubiese ocurrido que una persona con tan poca experiencia del mundo comprendiera tan a fondo su tormento. Ella lo observaba con expresión intensa; su traviesa y seductora rival de juego se había transformado en una compañera seria y preocupada por él.

-No sé. Tengo que esperar a ver qué pasa -respondió él con la misma seriedad que si ella fuese de su misma edad-. Pero no soy tan imbécil como para hacer la prueba por un buen tiempo. En este momento, ya es bastante difícil resistirlo.

-Yo te ayudaré.

Se estiró hacia él y apoyó su mano sobre la de él sacudiéndolo más que con cualquier otro de sus gestos íntimos anteriores. Éste era un sencillo gesto humano de apoyo y amistad.

-Ya lo has hecho -respondió él en voz tranquila.

El silencio reinante en el cuarto los envolvió; él sintió como si estuviese sumergiéndose en las azules profundidades de sus ojos. Entonces, con un supremo esfuerzo de voluntad, salió del trance y rompió el hechizo.

-Vamos, ya es hora de que vuelvas a la cama -Hugo levantó las piezas y las puso en la caja-. Ya has hecho lo que has venido a hacer; te estoy muy agradecido, pero ahora quisiera recuperar mi dormitorio. ¿Cómo piensas transportar a esa camada?

-Iré a buscar la sombrerera.

Hizo a un lado a los gatitos y se bajó de la cama, disimulando su decepción. Fue a buscar la caja, forcejeando con los pliegues de la bata. Cuando regresó, Hugo había guardado las piezas y el tablero, echado a Dance de la cama y estaba mirando a Beatrice un tanto desconcertado; la gata se había dormido, sin dejarse impresionar por lo que sucedía a su alrededor.

Al parecer, está instalada como para siempre -dijo a Chloe, mientras ella dejaba la caja sobre la cama.

-Ella seguirá a sus hijos -los levantó y los metió en la caja-. No puedo llevarlos si voy tropezándome con tu bata, así que, si no te importa, me la quitaré. -Hizo lo que decía y dejó la prenda a los pies de la cama-. Buenas noches -dijo, en tono llano.

-Chloe?

-¿Qué?

Ella se detuvo en la puerta.

Él se acercó a ella, la hizo girar y la besó con suavidad en la frente.

-Gracias. Me has ayudado mucho.

Ella tembló bajo sus manos, él sintió el hombro redondo y tibio en la palma de su mano a través de la fina tela del camisón, pero Chloe no dijo nada y él la soltó. Ella se marchó y Beatrice y Dance la siguieron, éste llevando la delantera por el corredor.

Hugo se acostó completamente vestido, frunciendo la nariz al percibir el leve olor de los animales que aún perduraba.

Tenía que hacer algo antes de que esta situación se le fuera por completo de las manos. Tendría que enviarla a algún sitio. Pero, ¿adónde? ¿Dónde se encontraría a salvo de Jasper si él no estaba cerca para protegerla? Había una cosa de la que estaba completamente seguro: no podían seguir viviendo los tres en esa casa, en esa peligrosa intimidad. Cada día él se sentía empujado más cerca del momento en que traicionaría a Elizabeth. Si cedía, arruinaría la vida de una inocente de dulce rostro que no entendía las consecuencias de lo que estaba sucediendo... y eso era algo digno de las depravaciones ejercidas en la cripta.

En el otro lado del corredor, Chloe estaba acostada en su cama, sin saber que sus pensamientos eran, en cierto sentido, un eco de los de Hugo. Algo había que hacer. Pero, en su caso, ella pensaba cuál sería el modo de llevar su plan a una rápida conclusión. Se sentía presa de tales fuegos y de tales sueños que sólo una cosa podría sofocar y satisfacer. Sentía que era necesario un firme empujón para impeler a Hugo a traspasar el límite de su contención. ¿Qué forma adoptaría ese empujón? Ya había probado con leves manipulaciones y suaves insinuaciones, con la esperanza de que él tomara la iniciativa. Quizá, ya fuese el momento de hacer algo escandaloso. Pero, ¿qué?

Bostezó y cerró los ojos, inundada por una ola de somnolencia. Si estaba atenta, la oportunidad se presentaría sola.

Capítulo 14

-¿Dónde está la niña esta mañana? -preguntó Hugo, al entrar en la cocina bostezando, frotándose la cara con las manos.

Su ropa estaba más arrugada que de costumbre.

-Ha desayunado hace una hora, más o menos. Dijo que iba a llevar al jamelgo a pastar en la huerta.

Samuel echó una mirada perspicaz a su patrón. Ya había pasado la mitad de la mañana, mucho más tarde de la hora en que Hugo solía levantarse, salvo que hubiese estado bebiendo en abundancia. Sin embargo, él parecía lúcido y despejado, sin contar con que daba la impresión de haber dormido vestido.

Samuel sirvió café.

-Necesitamos provisiones, de modo que, si me deja unos peniques, iré con el carro.

Hugo hizo una mueca.

-¿Cuánto es "unos peniques", Samuel?

Samuel se alzó de hombros.

-Pienso que bastarán un par de guineas para comprar un poco de harina, café y cosas por el estilo. Y habrá que matar el cerdo si queremos tener tocino para el invierno; a Colin le gusta cobrar en metálico. Y hay que pagar al herrador.

-¿Colin no aceptaría el pago en especie? Por ejemplo, ¿un trozo de tocino?

-Sí, podría ser. En este momento, la situación está dura para él. Para todos, si tenemos en cuenta que han rebajado los jornales en el molino.

Hugo lanzó un murmullo mientras bebía el café.

-Durante un tiempo, no habrá mítines de reforma. Henry Hunt ha sido sentenciado a dos años de prisión.

-Con eso, sólo logran enfurecerlos más. Si pudieran, colgarían a los funcionarios -Samuel puso un plato con jamón frente a Hugo-. ¿Eso le bastará?

-Me sobrará, gracias -Hugo cortó la carne-. Saca lo que necesites para las provisiones de la caja que está en la caja fuerte de la biblioteca.

Él recordó con pesar los tres soberanos de oro que había dado a Betsy... para no hablar de los otros dos que había derrochado en el vendedor de nabos para comprar a Rocinante.., era más que suficiente para pagar al herrador y al matarife, y comprar harina y café para un mes. Chloe había dicho que ese dinero era de ella, pero él no se veía así mismo recuperando el gasto del dinero suelto de su pupila.

-Me vendría bien un baño, Samuel -dijo, apartando sus pensamientos para concentrarlos en algo que podría resolverse con más facilidad.

-Se lo prepararé aquí -dijo Samuel-. Lo mismo hice con la muchacha. Supongo que querrá usar el biombo.

-Sí, sería conveniente -respondió Hugo.

Hasta la llegada de Chloe, él acostumbraba bañarse sin tales minucias, bajo la bomba del patio cuando el tiempo era bueno. Pero la población de la casa ya no era exclusivamente masculina.

Media hora después, estaba metido en la bañera de asiento, delante del hornillo y tras una pantalla de chimenea que hacía las veces de biombo, gozando con el agua caliente que humeaba a su alrededor. Cerca del amanecer, por fin, se había quedado profundamente dormido y ahora lo desbordaba una sensación de bienestar físico. La noche pasada, había luchado contra su adicción y le había ganado; ahora disfrutaba un dulce sentimiento de triunfo. No podía menos que reconocer la participación que había tenido Chloe en esa victoria; él se puso a pensar qué gusto podría darle sin tener que gastar demasiado. Otro viaje a Manchester... y hasta podría morderse la lengua cuando ella pidiera alguna horrible monstruosidad y le concedería el gusto de comprarla. Sin embargo, al recordar las cosas que la atraían, ya no le pareció tan buena idea. Cerró los ojos, flexionó los dedos de los pies sacándolos por el borde de la bañera, mientras se echaba agua en el pecho.

El agua estaba comenzando a enfriarse y le pareció oír a Samuel en la cocina.

-Samuel, antes de marcharte, tráeme otra jarra de agua caliente.

Chloe estaba en el vano de la puerta y contemplaba la desierta cocina. Estaba por aclararle a esa voz sin cuerpo de su tutor que ella no era Samuel cuando la inundó una oleada ardiente de excitación que le provocó un vuelco en el estómago y le aflojó las rodillas. Ahí estaba su oportunidad... su dorada oportunidad.

Se acercó al biombo y vio que había una fila de jarras de cobre preparadas para llenar de nuevo la bañera. ¿Se atrevería ella? Era lo más escandaloso que podía hacer.

-¿Samuel? -sonó la voz de Hugo, repitiendo el pedido un tanto impaciente-. Alcánzame otra jarra de agua caliente, por favor.

Chloe levantó la jarra que tenía más cerca, hizo acopio de todo su valor, y rodeó el biombo.

-Buen día, Hugo.

-¿Qué...?

Por un instante, él se quedó boquiabierto, incrédulo, hasta que advirtió que ella estaba observando con franca curiosidad la parte inferior de su cuerpo, que sólo estaba a medias bajo el agua. Abrió la boca como para decir algo... cualquier cosa, y en ese momento ella vació el contenido de la jarra sobre su pecho.

Chloe estaba tan empeñada en su plan, tan enceguecida por la excitación, que había tomado la primera jarra que encontró a mano: era la que contenía el agua helada de la bomba.

Hugo bramó como un buey herido y se levantó de un salto, sacudiéndose el agua de su cuerpo.

-¡Eres... eres una descarada! -rugió.

Salió de la bañera y se apoderó de una toalla que colgaba del biombo.

Chloe rompió a gritar, con una mezcla de miedo y excitación, y salió corriendo. Hugo la persiguió, echando abajo el biombo, mientras se anudaba la toalla a la cintura.

-Ven aquí, chiquilla odiosa -gritó, fuera de sí-. Ya verás, cuando te ponga las manos encima.

-Para eso, tendrás que alcanzarme.

Chloe se agazapó bajo la mesa de la cocina, con los ojos brillantes mientras pronunciaba su desafío. Hugo hizo a un lado una silla y se zambulló bajo la mesa. Dance ladraba excitado pues, por alguna razón, no creía que esta loca escena representase algún peligro para su adorada ama. Ni el perseguidor ni la perseguida le prestaron la menor atención.

Chloe escapó de las manos de Hugo por un pelo y se precipitó hacia la puerta. Corrió atravesando el vestíbulo y se detuvo una fracción de segundo. Si corría hacia el patio, Hugo no

podría seguirla, así como estaba cubierto, sólo con un taparrabos de toalla. Y si no la seguía, no podría atraparla.

Giró hacia la escalera y dio un salto que le franqueó los dos primeros peldaños. Hugo se arrojó hacia delante y, por un instante detuvo el corazón de ella, logró cerrar sus dedos en un tobillo de Chloe, pero ella iba con demasiada velocidad para que él pudiera sujetarla bien, y su mano se soltó. Chloe saltó hacia arriba, con el corazón hirviéndole de turbulencia, la sangre corriendo, ardorosa, por sus venas. Estaba sumida en un mundo hecho sólo de reacciones viscerales y su mente ya no controlaba las decisiones de su cuerpo. Al llegar a lo alto de la escalera, se precipitó por el corredor que llevaba a los aposentos de Hugo.

Abrió de par en par la puerta y se abalanzó al interior, mientras Hugo la seguía pegado a sus talones. Al correr tras ella, él cerró de un portazo. Dance saltó hacia atrás y lanzó un ladrido asustado cuando la puerta se cerró en sus narices.

La loca cacería había atizado los fuegos de la furia y la sorpresa de Hugo. Su respiración era agitada y entrecortada y la humedad se había enfriado sobre su piel.

-Por Dios, te juro que necesitas con urgencia una dura lección, señorita -afirmó él-. ¡Ven aquí!

-¡Atrápame! -lo provocó ella, riéndose, los ojos relucientes. Y saltó hacia atrás, cayendo sobre la cama. La ira de él la excitaba, aunque no tuviese la menor idea del motivo.

Chloe bailoteaba sobre la cama y Hugo se lanzó hacia ella y, esta vez, le atrapó el tobillo y no lo soltó. Tiró con fuerza. Ella chilló y cayó boca abajo sobre la cama, agitando locamente su pie libre en el aire.

Hugo atrapó el otro tobillo y sus dedos lo apretaron como si fueran un grillete. Tiró de ella, arrastrándola hacia él sobre la vasta extensión del cobertor y logrando, con ello, que su falda se enroscara hacia arriba. Con una parte de su atención, él notó que las plantas de los pies de ella estaban manchados de hierba, que sus tersas pantorrillas estaban desnudas, que el hueco de atrás de sus rodillas era profundo y satinado, que su pequeño y redondo trasero estaba enfundado en unos sencillos calzones de lino, sin adornos de encaje o volantes.

Mientras él se debatía con sus sentidos agitados, sintiendo que no quedaba en su mente la menor claridad acerca de sus propósitos, Chloe se retorció hasta quedar de espaldas y él quedó sosteniendo sus tobillos cruzados. Los ojos de ella eran como oscuros lagos de sensualidad, sus labios estaban entreabiertos, sus mejillas, encendidas, de sus trenzas habían escapado doradas hebras de cabellos que formaban un brillante halo en torno de su exquisito semblante. La dulce protuberancia de su pecho subía y bajaba al compás de su acelerada respiración. Su falda estaba alzada hasta la cintura y las perneras de sus calzones estaban subidas hasta la parte más alta de los muslos. La mirada de Hugo fue pasando sobre la barriga plana, las puntas afiladas de sus caderas que levantaban la tela de la prenda, los largos muslos de un blanco cremoso.

-Por todos los cielos -susurró él, reconociendo, desesperado, que estaba a punto de capitular.

Abrió las manos.

Chloe se incorporó con un movimiento que parecía letárgico, sin que su mirada abandonase un instante el rostro de él; en las profundidades intensamente azules de sus ojos acechaba la certidumbre de su triunfo y la conciencia de la capitulación de él. Se inclinó hacia delante, los ojos entornados, y tiró de la toalla que cubría las caderas de él con movimientos deliberados. Esa parte del cuerpo masculino se liberó, dispuesto y erecto y, con la misma parsimonia, ella lo tocó arrodillándose sobre la cama, sosteniéndolo con una mano, explorando con los dedos la espesa mata de vello para conocer su textura y, con la otra, fue subiendo por el pecho, rozándole los pezones. Tenía la cabeza inclinada para poder observar el efecto que causaban sus manipulaciones, la vista clavada en el cuerpo del hombre como silo viese por primera vez. Y era cierto: aquella noche, en la biblioteca, no había podido ver gran cosa pues estaba perdida en

sus sensaciones y no había sido capaz de percibir casi nada fuera de sí misma.

Hugo echó la cabeza atrás y emitió un suave gemido de placer con matices de impotencia. Acarició con su mano la cabeza baja de ella palpando su delicada forma bajo el revuelto pelo rubio. Ella le rodeó las caderas con las manos, hundió los dedos en los músculos firmes de las nalgas de él, e intensificó el alcance de su voluptuosa exploración.

Él levantó la cara de ella e inclinó su cabeza para besarla en la boca. Los labios de ella se abrieron, ansiosos, y las lenguas de ambos se unieron en una traviesa danza, pero luego él aferró el rostro de ella con las manos y penetró mas en su boca apoderándose de su dulzura con un rudo y delicioso saqueo hasta que, al fin, Chloe le cedió la iniciativa. Ella apartó las manos de su cuerpo y se arqueó hacia atrás, de rodillas, abriendo sus muslos en forma involuntaria y sintiendo que la abertura de su cuerpo se mojaba y palpitaba mientras él arrasaba la suavidad de su boca.

Hugo se echó atrás y le escudriñó el rostro, recorriendo suavemente con un dedo el contorno de su mentón, sus labios enrojecidos, su pequeña nariz arremangada. En la mirada del hombre no se veía humor sino un hambre y una obsesión que provocaron en la piel de ella estremecimientos anticipados, erizándole la piel, cosquilleándole el estómago.

Él se inclinó sobre ella, que seguía de rodillas sobre la cama, puso las manos en la parte interior de sus muslos y los empujó, separándolos más. Ella dejó sus manos apoyadas en la cama, junto a las rodillas mientras su cuerpo era inexorablemente abierto, haciéndole sentir la vulnerabilidad de su centro femenino que anhelaba el contacto de él. Con la misma lentitud y parsimonia, él apoyó una mano sobre esa mata palpitante y ella saltó, como si la hubiese tocado con un hierro candente.

-Quédate quieta -indicó él en voz baja-. Quédate quieta y deja que hable tu cuerpo.

Sus dedos recorrieron la húmeda tela de sus calzones hasta que ella comenzó a gemir y se mordió el labio, respondiendo al placer que iba creciendo en apretada espiral desde el fondo de su estómago. Sentía como si estuviese rasgándose, así arqueada hacia atrás, empujando su cuerpo contra la magia que obraban los dedos de él. Entonces, la espiral estalló y ella se vio inundada por una sensación que sacudió todo su cuerpo, le hizo arquear los pies y arrancó lágrimas de dicha a sus ojos.

Él volvió a asirle la cara y la besó con el mismo apremio posesivo de antes. Ella se aferró a él rodeándolo con sus brazos, acariciando con sus manos la espalda masculina, sintiendo que la vara turgente de su masculinidad se apretaba contra su estómago cuando ella se apoyaba en él.

Él le soltó la boca y se apartó un poco de ella.

-Quítate la ropa… toda… rápido.

Sus ojos verdes eran dos hendeduras de pasión mientras su voz ronca daba la orden.

Con dedos torpes, ella soltó su cinturón y abrió los ganchos que sujetaban su vestido en la espalda. Se lo sacó por la cabeza, todavía de rodillas sobre la cama, transportada por la mirada de esos ojos verdes, temerosa de no ser lo bastante rápida como para complacerlo, deseosa de complacerlo como él lo había hecho con ella. Los diminutos botones de su camisa sin mangas se resistían y uno de ellos se soltó mientras ella forcejeaba con él pero, por fin, se quitó la prenda por la cabeza y la arrojó al suelo. Se irguió, desató la cinta de los calzones, se los bajó por las caderas y se apresuró a sentarse para poder retirarlos por los pies.

-Y ahora, el pelo -dijo él.

Ella terminó de soltar sus trenzas medio deshechas quitando las cintas y pasó sus dedos entre los cabellos, que cayeron sobre sus hombros.

-Ponte de pie.

Ella se levantó con lentitud, percibiendo lejanamente que sus rodillas estaban flojas, su cuerpo en llamas; un deseo voraz palpitaba en sus venas. Se quedó quieta con las manos a los

lados, mirando a la cara al hombre que la contemplaba de manera larga y demorada, provocándole una especie de violento relámpago en las entrañas.

-Date vuelta.

Ella lo hizo, como si estuviese soñando, su vista sobre la cama, sintiendo un escozor en las nalgas pues sabía que los ojos de él devoraban sus tersas curvas. Sintió que él se acercaba a ella por detrás, sintió la presión de su cuerpo tibio en la espalda, sus manos que se desplazaban hacia delante para acariciarle los pechos, sosteniéndolos, trazando círculos en torno de sus erguidos pezones con las yemas de los dedos. Los labios de Hugo le rozaron la oreja y la nuca con su aliento cálido.

-Por favor -susurró ella.

Esa súplica de algo que ella desconocía era la primera palabra que pronunciaba desde que todo había comenzado; llegó a Hugo a través de la neblina de su excitación... una excitación que había nacido de su ira con tanta fuerza que él no intentó, siquiera, reprimirla y, al contrario, permitió que llevara a ambos al placer.

-¿Qué te gustaría? -murmuró él, contra la oreja de ella-. Bastará con que me lo digas.

Ella negó con la cabeza pues no podía hallar palabras para lo que no comprendía. Movió las manos hacia atrás para apretarlo más fuerte contra su cuerpo y movió los pies sobre las tablas desnudas del suelo.

-Veremos si puedo adivinar.

Su voz tuvo un levísimo matiz de humor y comprensión. Dio un paso adelante, alzándola a medias, y los dos cayeron juntos sobre la cama.

Hugo rodó hasta quedar de lado y dejarla a ella acostada boca abajo, poniéndole una mano en la cintura. Él se incorporó sobre un codo, besó cada uno de los puntiagudos omóplatos de Chloe y fue bajando por la espalda con pequeños mordiscos y lamidas, rozando con sus labios la curva de las caderas, marcando una huella en los muslos, hundiendo su lengua en esos huecos sedosos detrás de las rodillas de la muchacha. Ella se retorció y gimió quedamente, mientras él iba descubriéndola poco a poco, demostrándole qué placeres podía proporcionarle su cuerpo. Y cuando hubo terminado con su espalda, la hizo darse vuelta y recomenzó su trayecto hacia abajo, empezando por el palpitante hueco en la base del cuello.

-¿He adivinado bien? -murmuró él con tenue sonrisa, mientras iba ascendiendo, ahora, por el cuerpo de ella, percibiendo la vida que bullía en ella, sensibilizada en cada centímetro de su piel.

Ella movió la cabeza ofreciéndole una respuesta desarticulada y las miradas de ambos se encontraron: la de ella despedía un resplandor sensual tan intenso, sus caderas se movían expresando tal urgencia que, al fin, saltó por los aires la férrea contención que él ejercía sobre su pasión. Con todas las destrezas extraídas de su experiencia, él se había contenido con la intención de enseñar a esa tierna novata cómo era eso de responder de una manera menos impulsiva y ansiosa, pero ya no podía esperar más.

Deslizó sus manos bajo las nalgas levantadas de ella y la levantó más aún, mientras se introducía en la húmeda vaina de su cuerpo que lo recibía, dichosa. La sintió estremecerse en torno de él, apretando por instinto sus músculos internos, arrancándole un explosivo suspiro de placer. La sostuvo sobre sus manos mientras se movía dentro de ella hasta que Chloe comenzó a imitar su ritmo y esas esferas musculosas que sostenía se apretaban y se aflojaban siguiendo ese mismo compás. Puso las piernas de ella sobre sus hombros y los ojos de la muchacha se dilataron de sorpresa cuando la sensación cambió y percibió que la carne de él penetraba más profundamente en la suya.

Él le sostuvo la mirada, contemplando cómo cambiaba su semblante, gozando de la cándida franqueza con que sus expresiones se sucedían una a una en sus facciones, registrando cada cambio

de sus sensaciones. Él estaba seguro de que ella no era capaz de fingir; no podía fingir placer del mismo modo que no podía ocultarlo. Esa noción intensificó su placer de un modo que él no había creído posible, liberándolo de los tenebrosos y furtivos juegos sexuales de su pasado.

-No, no cierres los ojos -susurró él, al ver que descendían un momento los finos párpados surcados de venas azules.

Las largas pestañas se elevaron de inmediato y ella le ofreció una sonrisa tan radiante que él creyó que iba a ahogarse en su belleza.

Supo cuando ella estaba casi en el cenit de su placer. Entonces, movió la mano y tocó ese capullo de exquisita sensibilidad en el punto en que se unían los dos cuerpos. Chloe lanzó un grito, él sintió que su cuerpo se convulsionaba alrededor de él, arqueó la columna vertebral y volvieron a llenársele los ojos de lágrimas, con las cuales lo arrastró junto con ella a ese instante de bienaventuranza, sumergiéndolo en esas profundidades azul oscuro.

En el instante en que Hugo sintió que su propio orgasmo se precipitaba, se retiró del cuerpo de ella lanzando un gemido estrangulado. Estrechó a Chloe contra su cuerpo mientras la marea lo arrastraba en su loca estampida de éxtasis y la retuvo hasta que sintió que era arrojado a la orilla. Cayó hacia atrás, aún sujetando ese cuerpo ligero contra el suyo, esperando a que los latidos de su corazón recuperasen su ritmo y su cabeza se despejara.

-Oh, Chloe -susurró-. Dime, ¿qué mágica poción has preparado?

Rodó hasta quedar de costado, sin soltarla aún, y enjugó con los pulgares los rastros de lágrimas en las mejillas de la muchacha. Él había estado con muchas mujeres pero nunca había visto llorar a una mujer en el orgasmo. Y esa pequeña llena de pasión había llorado dos veces su alegría.

Chloe parpadeó, sonrió y se estiró contra el cuerpo de él.

-No hay ninguna magia.

-Sí, hay magia -insistió él, sacudiendo la cabeza-. Ésa no era la lección que yo pensaba darte.

-Pero era la lección que yo pretendía recibir -dijo ella con considerable complacencia en sí misma.

Él se echó a reír y se tendió de espaldas, arrastrándola consigo de modo que quedase acostada sobre él. Apartó de su cara el revuelto pelo de ella y la contempló.

-Se podría decir que he sido abordado y tomado como botín. -¿Eso hacen con los navíos?

-En tiempos de guerra.

Ella bajó la cabeza y le dio en los labios un beso de mariposa que apenas le rozó la boca.

-Pero esto no es la guerra.

-No -admitió él-. Ya que, si bien eres una chiquilla inclinada a la piratería, no estás hecha para la guerra.

-¿Una pirata? -ella dejó escapar un gorgoteo de risa que renovó el embeleso de él-. Creo que yo sería una experta pirata.

-Que el Cielo nos ampare; yo creo lo mismo -murmuró Hugo.

Ahí había un poder demasiado grande para que un solo hombre resistiera, apoyándose en los escrúpulos. De algún modo, él se había abierto paso a través de eso.

-Pero no me gustó cuando saliste de mí, al final -dijo ella de repente, con un surco entre sus cejas-. Si era para que yo no concibiese un hijo, habría preferido beber ese preparado.

Hugo se puso tenso y, de pronto, la hizo rodar de encima de él sobre la cama. Se inclinó hacia ella y le dijo, en tono quedo pero vehemente:

-Tú nunca volverás a beber esa porquería, Chloe.

-¿Por qué?

Hugo sintió que la cripta se alzaba con su horrible hedor de maldad, llenándole las narices, y resonó en sus oídos la voz de Stephen Gresham. Los enfermos apetitos del hombre se extendieron sobre la alfombra de su memoria. Esta muchacha era la hija de aquél. Era un

ser que manifestaba todos los apetitos, una criatura vital y luminosa, con un hambre devorador por los placeres de la vida.

-¿De qué se trata? -ella vio que él se apartaba de ella, que regresaba al mundo de sus demonios pintados, y el temor asomó a su semblante-. Lo siento, Hugo. Por favor. No sé qué he hecho, pero no tenía intención de hacerte daño.

Él hizo un esfuerzo y regresó a la habitación iluminada por el sol, a la realidad representada por la mujer a quien acababa de hacerle el amor, con quien había compartido tan enorme dicha. Habló con serenidad.

-Hay muchas cosas que tú no entiendes, muchacha. Tendrás que confiar en que yo sé qué es lo mejor en estos asuntos.

-Confío... confiaré -se apresuró a asegurar ella. La luminosidad del momento se había ensombrecido un tanto-. Pero no estás arrepentido, ¿no es así? ¿No lamentas lo sucedido?

¿Cómo podía lamentar semejante placer o negar el estímulo de tan irreprimible pasión? Ahora sabía que no estaba haciendo daño a Chloe. Ella era una participante que estaba a su misma altura, pese a la disparidad de edades. Y quizás él fuese la persona más apta para guiarla en esas primeras etapas, dado el inmenso apetito que ella sentía por la vida. Tal vez, también Elizabeth los hubiese percibido. Aun sumida en el trance provocado por el láudano, su percepción de madre la habría llevado a reconocer la índole de su hija. ¿Habría presentido temor pensando que su hija, cuando estuviera libre de las restricciones infantiles, seguiría el camino que le señalaban sus apetitos y su radiante belleza? Si careciera de guía, la llevarían a la ruina. ¿Habría advertido Elizabeth la herencia de Stephen en su hija?

Ella seguía contemplándolo con ansiedad, y él vio otra vez en ella a la niña ingenua y recordó lo abierto de sus reacciones. No eran malos tales apetitos si no eran dominados por el mal. Los pecados del padre no tenían por qué residir en la hija.

-No -respondió él-. No lo lamento.

Capítulo 15

-Sin duda, habrá una respuesta sencilla para eso, muchacha, pero quisiera saber por qué estos últimos días no llevas zapatos -dijo Hugo, observando los pies descalzos de su pupila que entraba en la cocina, llegando desde la huerta.

Aún perduraba, nítido, el recuerdo de las plantas de sus pies manchadas de hierba.

-Porque no tengo -respondió ella con sencillez, al tiempo que tomaba una manzana del cesto y la frotaba en su falda.

-¿Cómo es eso de que no tienes? Por supuesto que tienes zapatos.

-Sólo los que van con los vestidos de sarga marrón -explicó ella, mordiendo la manzana-. Botines pesados, que desentonan con este vestido.

-Tu vestido necesitaría una lavada -observó él-. Al verlo, da la impresión de que hubieras estado haciendo tonterías en los establos.

Ah, es la suciedad de Rocinante y el polvo de la destilería -dijo ella, sacudiendo una mancha de su falda de muselina-. Estaba intentando animar a Platón a comer uno de los ratones que cazó Beatrice, pero creo que todavía es pequeño. Tendré que cavar en busca de lombrices.

-Eso, sin duda, va a mejorar el estado de tu vestido -replicó Hugo con sequedad-. Como sea, pienso que será necesario hacer otra excursión de compras para ocuparnos de tu calzado.

-Y un sombrero de montar -recordó Chloe-. Perdí el que tenía en St. Peter's Fields. Me gustaría comprar un morrión. Una vez, vi a una mujer en Bolton que llevaba uno. Le daba un aire muy atractivo.

-¡Un morrión! -se quejó Hugo-. Eres demasiado menuda para eso, muchacha.

-¡Qué va! -contradijo Chloe-. Un morrión me hará más alta. ¿Vamos a ir esta mañana?

-Bueno, acabemos de una vez con esto -se resignó Hugo. -En ese caso, iré a ponerme el traje.

-Dame fuerzas -musitó Hugo cuando ella salió con su habitual energía y cerró la puerta-. ¡Un morrión! ¿Qué diablos irá a ocurrírsele después de eso?

-Estoy seguro de que usted podrá enderezarla -comentó Samuel, al tiempo que cortaba con los dientes un trozo de hilo. Levantó la camisa que había estado remendando y sacudió la cabeza-. Haría bien en comprar una camisa para usted. Ésta ya es más remiendos que otra cosa.

-No, aún hay que pagarle al herrador -repuso Hugo mientras se ponía de pie y suspiraba-. Oh, bueno, no hay mas remedio que disponerse a la brega. Deséame suerte, Samuel.

Samuel sonrió con ironía.

-Si cree que la necesita, por mí está bien.

Hugo respondió con otra sonrisa irónica.

-Oh, no te equivoques, Samuel: voy a necesitar toda la suerte del mundo para encontrar un camino seguro en medio de este laberinto.

Ninguno de ellos se refería a la salida de compras. Era poco frecuente que Hugo tuviera que dar muchas explicaciones al viejo marino. Su amigo no se perdía casi nada de lo que sucedía a su alrededor.

-Diga a la muchacha que traiga ese vestido; yo lo lavaré.

-No creo que te corresponda a ti lavar su ropa -replicó Hugo, frunciendo el entrecejo.

-Ella podrá ser muy habilidosa con los animales -dijo Samuel-, pero dudo que le hayan enseñado nada de lavar y planchar en ese seminario. Ya le ha costado bastante trabajo lavar las cortinas de su habitación... y no reconoce la parte por donde se sujeta la plancha.

-Claro que no, es difícil imaginarse que la heredera de ochenta mil libras tenga que aprender las artes domésticas -dijo Hugo-. Aunque tampoco hubiese imaginado que una heredera pudiera vivir en un ambiente tan espartano.

-Ella se siente muy a gusto -remarcó Samuel, gruñón.

-¿Están hablando de mí? -preguntó la voz clara de Chloe desde la entrada, y los dos hombres se volvieron.

-Así es -dijo Hugo con calma-. Samuel se ha ofrecido a lavar tu vestido.

-Oh, no, no puedo permitirle que haga eso. Atravesó la cocina.

Hugo la observó cuando se inclinaba para dar a Samuel un beso en la mejilla, y le pareció que bailaba, más que caminar. Qué asombrosa capacidad para el amor y la amistad, una capacidad que, hasta ese momento, sólo había volcado en los miembros del reino animal que

estuvieran solos, heridos o no fuesen queridos.

-Tonterías -replicó Samuel, y sus mejillas rubicundas se encendieron-. Usted limítese a traerlo y luego siga con sus cosas. Yo ya estoy harto de tanta discusión.

-Haz lo que te ha dicho, muchacha-dijo Hugo-. Y andando.

-¡Zapatos de color púrpura con rosetas doradas y tacones de ocho centímetros! -exclamó Hugo desplomándose en una silla, junto a la mesa de la cocina-. Y esos sombreros... no podrías creer cuántas sombrererías tuvimos que recorrer antes de hallar el que a ella le gustaba y yo estaba dispuesto a tolerar.

Sacudió la cabeza y se masajeó las sienes.

-Tenía una carretada de paja y tul... jamás has visto algo semejante... pero, el morrión... ¡Dios mío! Pensé que íbamos a liarnos a golpes a causa de él. ¿Puedes imaginar el aspecto de una muchacha tan menuda con esos zapatos púrpura y un morrión de treinta centímetros de alto con una monstruosa pluma teñida de escarlata?

-Los zapatos eran encantadores -repuso Chloe, indignada-. No le haga caso, Samuel. Eran los más bellos que vi en mi vida. ¡Pero sucede que Hugo es de lo más estirado, pomposo, anticuado... y chapado a la antigua!

Encaramada sobre la mesa, estiró uno de sus delicados pies y contempló con una mueca de disgusto las zapatillas de cabrito de color bronce que llevaba.

-Mire esto, qué soso.

-Es de buen gusto -replicó Hugo-. Y elegante. -Es soso, ¿no es cierto, Samuel?

-A mí no me meta en esto -se previno Samuel, mientras revolvía el contenido de una olla que colgaba de la barra de la chimenea, sobre el hogar-. Yo no sé nada de esas fruslerías.

-Y el sombrero no me gusta tanto como el que he perdido -siguió Chloe, mirando con ira a su tutor.

Desde su punto de vista, la excursión de compras no había tenido éxito y Hugo había manifestado una propensión a comportarse como si la relación entre ellos no se hubiese modificado de manera significativa como resultado de las actividades de la mañana.

-Pues, no tendrías que haber perdido el otro, muchacha -repuso él, sin dejarse provocar-. Que yo recuerde, nadie te obligó a meterte en medio del tumulto.

-¡Oh, sí! Crispin y Jasper me obligaron.

-¿Y quién se colocó en situación de verse obligada?

El acompañó la pregunta con una sonrisa un tanto burlona y sus cejas arqueadas.

-¡Oh, hay ocasiones en que me enfureces tanto! -Chloe bajó de la mesa de un salto-. Voy a ir a alimentar a Platón.

-¡Eh! Con esas zapatillas no -advirtió Hugo, al verla encaminarse hacia la puerta de la cocina-. No irás a cavar en busca de lombrices con esas zapatillas de cabritilla. Han costado una pequeña fortuna.

-Cuanto antes se arruinen, tanto más pronto podré comprarme otro par.

Fue un reto estúpido, que cayó en medio de un pétreo silencio; Chloe se mordió el labio y se le arrebolaron las mejillas oyendo su propia petulancia. En voz sumisa, dijo:

-Me pondré las botas.

Cuando ella pasó junto a Hugo hacia la puerta que daba al vestíbulo Hugo estiró sus brazos y la atrapó, asiéndola por las caderas y atrayéndola hacia su silla.

-No te pongas furiosa, muchacha. Yo sé mejor que tú qué es lo que más te conviene.

Le sonrió y ella vio en sus ojos un chisporroteo divertido y algo más que no pudo entender cabalmente.

-Pero tú no sabes mejor que yo qué me agrada más a mí. -Pienso que, en ese sentido, me pondré a la par de ti más adelante -repuso él con suavidad-. Bien podrías recibir una sorpresa.

De súbito, las rodillas de la muchacha se aflojaron y la irritación de la jornada se desvaneció como si jamás hubiese existido. Él ciñó sus brazos alrededor de ella, apoyó la mano en el muslo de la muchacha, y ella soltó un suspiro trémulo.

-Me gustan las sorpresas.

Él se echó a reír, la soltó y le dio una suave palmada.

-Ve a buscar tus botas de trabajo y ocúpate de ese búho. La cena que está preparando Samuel no puede esperar.

Chloe recuperó su buen humor con su habitual presteza y, después de haber alimentado a Platón, regresó a la mesa con ganas de comer. Samuel trinchó una pierna de cordero, sirvió patatas hervidas, guisantes y nabos en el plato de ella y se lo puso delante mientras ella ocupaba su acostumbrado lugar, en un costado de la larga mesa.

-¿Querrías acompañar eso con una copa de vino, muchacha? -preguntó Hugo alzando una ceja, cuando se disponía a ocupar su lugar a la cabecera.

Chloe negó con la cabeza y sonrió.

-No, gracias, sólo beberé agua.

-En mi opinión, la cena de Samuel merece un buen acompañamiento -replicó Hugo con calma-. Ve a buscar dos copas. Descolgó la llave de la bodega y bajó.

Chloe echó a Samuel una mirada ansiosa, y éste se encogió de hombros y le dijo:

-Yo diría que haga lo que él indicó.

Fue a buscar dos copas al aparador y luego se quedó de pie junto a la mesa, sin saber dónde ponerlas.

Volvió Hugo con una botella de clarete.

-Para ti y para Samuel, muchacha -dijo él con una leve sonrisa, mientras descorchaba la botella.

Hugo inspeccionó el corcho, lo olió, hizo un gesto de aprobación, lo dejó sobre la mesa y llenó las copas. A continuación, se sentó y empezó a comer.

Una oleada de aflojamiento de la tensión circuló alrededor de la mesa: el propio Hugo se había impuesto una prueba y la había superado.

Chloe ayudó a Samuel con la loza mientras, desde la biblioteca, llegaba la música de Vivaldi, ésta llenaba el aire; los dos percibieron la armonía que reinaba en el alma de Hugo, fluyendo desde sus dedos.

Después, ella fue a la biblioteca y se quedó de pie detrás de él, apoyando una mano levemente en la nuca de Hugo. Él la miró por encima del hombro y le sonrió:

-Estás cansada. Has hecho una larga cabalgata. ¿Por qué no subes a acostarte?

-No estoy cansada-contradijo ella, desmintiéndose con un gran bostezo.

Hugo rompió a reír.

-No, claro que no. Ve arriba -suavizó el tono-. Más tarde, yo subiré y te despertaré.

Cierta sabiduría innata indicó a la muchacha que no debía insistir en que la acompañase en ese momento, ni tampoco quedarse con él hasta que él estuviese dispuesto. Hugo estaba rodeado de una maleza demasiado densa a su alrededor como para que una relación tan reciente pudiese penetrar en ella. Ella no tenía derechos de posesión sobre él, ni derecho a entrometerse en su intimidad. La edad y la experiencia de él la obligaban a respetar su empleo del tiempo, el lugar y el modo en que llevarían adelante la relación.

-¿Me lo prometes?

Él estiró un brazo, puso una mano en la parte posterior de su cabeza y atrajo la cara de ella hacia él para darle un beso decidido:

-Te lo prometo. Tocaré una canción de cuna para ti. -Pero yo todavía no quiero

dormir.

-¿Acaso no he dicho que te despertaría?

Ella asintió y se marchó, acompañada por la suave melodía de una canción infantil, a la que el pianista adornaba con sabias variaciones; la música entraba flotando por la ventana abierta mientras ella se desnudaba.

Chloe no esperaba quedarse dormida, pero la música obró su hechizo y, en pocos minutos, dormía apaciblemente.

Poco después, Samuel también fue a acostarse y Hugo siguió tocando sólo para él, más quedamente para no molestar a los durmientes, disfrutando con la quietud de la casa, con el conocimiento de que una muchacha dormida aguardaba sus caricias para despertar, con la evocación de un día, de una batalla más, luchada y ganada.

En el otro lado del patio, tres siluetas que llevaban ropa oscura corrieron, agazapadas, a ocultarse en la sombra. El costado de la casa que daba al patio estaba en la oscuridad; ellos no podían oír las notas suaves del piano que sonaba en la biblioteca, donde una única vela entregaba su luz.

Sin hacer ruido, uno de ellos levantó el pestillo del establo y los tres se escabulleron dentro. Un caballo hizo crujir la paja al acomodarse y relinchó alarmado al captar el olor de los desconocidos. Los tres se movieron con rapidez y amontonaron paja en un rincón del cobertizo. Alguien frotó yesca y pedernal, un resplandor amarillo iluminó la esquina cubierta de telarañas y proyectó la sombra desmesurada de la cabeza de un caballo sobre la pared.

Alguien acercó la llama al montón de paja seca. Un caballo relinchó de nuevo, asustado, cuando el humo se difundió por el recinto.

Las tres figuras salieron del edificio andando hacia atrás, y cerraron la puerta tras de sí. A continuación, cruzaron el patio a la carrera, ya sin preocuparse de buscar la sombra, y desaparecieron entre los matorrales que crecían a los costados del sendero de acceso.

La paja se encendió aunque, al principio, ardió con lentitud. Gracias a la falta de industriosidad de Billy, estaba mezclada con paja húmeda que había estado pudriéndose en la zanja.

Hugo sintió el tenue olor del humo que entraba por la ventana abierta de la biblioteca al mismo tiempo que uno de los caballos chillaba de terror. El quejido despertó de inmediato a Chloe, que lo reconoció al instante.

Sin pensarlo, ella saltó de la cama y bajó la escalera. Hugo, ya estaba forcejeando con la puerta lateral al tiempo que ella atravesaba corriendo el vestíbulo.

-¿Qué es?

-Fuego -dijo él, sin rodeos.

-¿Qué diablos está pasando? -preguntó Samuel, subiéndose los pantalones por encima de la camisa de noche y bajando a saltos la escalera.

Hugo no le respondió porque ya había abierto la puerta y salido al patio. Un humo negro y espeso salía por la ventana abierta del establo y se colaba por debajo de la puerta. El retumbar de los cascos y los relinchos agudos y aterrorizados hacían vibrar el aire con horrible estrépito.

-¡Vuelve a la casa! -gritó Hugo a Chloe, que cabeceaba junto a él-. ¡Y no te pongas en el camino!

Obediente, la muchacha retrocedió mientras él abría la puerta de un tirón y, al mismo tiempo, se hacía a un lado. Emergieron llamas que se extendían hacia ellos y, al estrépito infernal y los ensordecedores gemidos de terror se añadió el rugido del fuego y el crepitar de la paja.

Hugo se protegió la cara con un brazo y se precipitó hacia el lugar donde salía el humo. Él sabía dónde se alojaba cada uno de sus caballos. Los pasadores de los pesebres estaban tan calientes que apenas se podían tocar; se quemó los dedos cuando los corrió. Los animales no estaban atados pero sí demasiado aterrados para encontrar el camino de salida en medio

del humo y las llamas.

Él aferró las crines de su semental negro y arrastró al asustado animal fuera del pesebre, rogando que no cayera sobre él uno de los potentes cascos del animal que retrocedía y se encabritaba. Sin embargo, cuando el caballo olió el aire fresco, saltó hacia delante y corrió hacia el patio, haciendo caer de rodillas a Hugo.

Samuel ya estaba al lado de Hugo, abriendo los cerrojos de los otros establos. Ahora, era imposible ver nada y sólo se dejaban guiar por los gritos y el ruido de las coces. Hugo sentía el olor del pelo que se chamuscaba, le ardía la piel, tenía la nariz llena de ceniza y sus pulmones se colapsaban por falta de aire.

Dapple quedó libre. Samuel estaba forcejeando con uno de los dos caballos de caza que estaban demasiado asustados para encontrar la salida del pesebre. En un momento dado, Chloe apareció junto a él. Tenía asido a uno de los animales por la crin y lo conducía fuera, hablándole en voz ahogada por el humo, en tono apremiante que, sin embargo, lograba ser sereno y tranquilizados. Lo hizo enfilar hacia la salida y le dio una palmada en la grupa.

Cuando el animal salió, Chloe dejó a Samuel y avanzó a los tumbos por el pasillo, con la cabeza hundida en la manga del camisón. Su zaino estaba en el extremo más lejano del pasillo, junto con Rocinante. Sólo podía salvar a uno de ellos.

El zaino era joven e inexperto; resistió todos los esfuerzos de Chloe para conducirlo fuera. A esa altura, Chloe sentía que su cabeza estaba a punto de estallar, le ardían los pulmones y estaba segura de que iba a perder el conocimiento. Con un último esfuerzo, fruto de la desesperación, se trepó a medias al tabique de madera del pesebre, que ardía, y cayó hacia delante sobre el lomo del caballo. Se las ingenió para pasar una pierna por encima de él y lo taloneó con los pies descalzos, haciéndolo salir del pesebre. El animal salió del establo como una explosión hacia el patio.

Hugo echaba miradas desesperadas a su alrededor, mientras los caballos liberados se arremolinaban y relinchaban. Era una noche luminosa, de luna llena que pendía, redonda y baja, en el cielo. Ahora había aparecido Billy, su rostro blanco a la luz de la luna, su expresión, habitualmente vacía, aterrorizada. A Chloe, en cambio, no se la veía por ninguna parte.

-¡Chloe! -bramó Hugo, sintiendo un miedo angustioso y, en ese preciso momento, el caballo emergía del cobertizo en llamas, haciendo rodar sus ojos y con sus labios retraídos sobre sus dientes amarillentos.

-¡Maldita sea! -vociferó él, sintiendo que su miedo se transformaba en rabia.

Asió a Chloe de la cintura y la sacó de encima del caballo sosteniéndola en el aire. Ella tenía chamuscadas las cejas y algunos mechones de pelo en la frente, y bajaban por sus ennegrecidas mejillas rastros de lágrimas de dolor y de desesperación.

-Lo que has hecho es loco y temerario -regañó él, furioso-. Te dije que te volvieras a la casa.

La sacudió así como la tenía, en el aire, impulsado por una furia producto del terror.

-¡Tenía que rescatar a Petrarca! -exclamó ella, tan vehemente como él-. ¡Petrarca todavía estaba ahí dentro! No podía dejarlo.

-¿Petrarca? -por un instante, él se sintió perplejo, hasta que al fin entendió. Por fin, el maldito zaino había sido bautizado-. Yo estaba a punto de entrar a buscarlo -aseguró él, mientras la depositaba sobre sus pies con bastante brusquedad.

-¡Pero él no podía esperar! -gritó ella, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano y manchándose la cara de negro-. No podía esperarte a ti... Rocinante.., todavía está ahí.

De repente, ella pasó por debajo del brazo de él y corrió hacia el establo sin hacer el menor caso a nada de lo que él le había dicho.

-¡Chloe! ¡Vuelve aquí! -él se lanzó hacia ella y la asió por un brazo, haciéndola volverse y apartándola del cobertizo en llamas-. ¿Acaso no has oído lo que dije? -la arrojó, casi, hacia atrás, a los brazos de Samuel-. ¡No la sueltes!

Luego volvió a zambullirse en el establo repleto de humo y avanzó a los tumbos por el pasillo, agazapándose todo lo posible. Cuando llegó al último pesebre, sus pulmones estaban tan llenos de humo que parecían a punto de reventar, y él estaba enceguecido. El calor era tan terrible que sintió que sus ropas comenzaban a chamuscarse, escaldándole la carne.

De algún modo logró aferrar la crin del debilitado caballejo. El pelo quemaba; Hugo sintió el olor a quemado de su piel. Lo empujó, haciéndolo salir hacia atrás del cobertizo, aliviado al comprobar que, gracias a sus años de privaciones, el caballo tenía un tamaño que él tenía fuerza para controlar.

Salió al patio en el instante en que sus pulmones estaban por rendirse a causa del humo. A Rocinante se le doblaron las rodillas y cayó sobre los adoquines, donde quedó tendido de costado, con sus flancos hinchándose y hundiéndose, la espuma manando de su boca y sus ojos en blanco.

Chloe se dejó caer junto al rocín, con las lágrimas aún resbalando por las mejillas. Apoyó una mano sobre el costado del animal y alzó su mirada hacia Hugo.

-Acaba con su sufrimiento. No puede respirar. Jamás se recuperará de esto.

-Yo iré a buscar la pistola -dijo Samuel.

Estuvo de vuelta en pocos minutos y, sin hablar, entregó el arma a Hugo. Chloe todavía estaba en cuclillas junto a Rocinante, murmurándole como si pudiese hacerse entender por él, en su agonía.

-Ve a la casa, Chloe -ordenó Hugo con brusquedad, agachándose para ayudarla a ponerse de pie-. ¡Ahora mismo!

-Está bien, no necesito...

-¡Ve! Y, ya que estás, ponte ese abrigo que está en la cocina.

Se arrodilló y apoyó la pistola en la cabeza del animal. Sonó el disparo, Rocinante dio una sacudida y luego se quedó inmóvil.

-Mataré a Jasper.

La afirmación, pronunciada en voz queda pero con ferocidad, hizo levantarse a Hugo. Chloe estaba de pie a un lado, fuera de su línea de visión mientras él disparaba al caballo, pero aún no llevaba el abrigo; era evidente que no había dejado el patio.

-¡Te he dicho que fueras a la casa!

-No necesitaba ir -replicó ella, y su boca adoptó la expresión terca que él había empezado a reconocer.

-¡Ve a ponerte el abrigo! -ordenó él en tono cortante.

Tendría que esperar a que el fuego estuviese controlado para librar una batalla con todas las de la ley contra su pupila.

Chloe fue a buscar el abrigo sin más protestas, y después corrió a reunirse con ellos que ahora estaban junto a la bomba, llenando cubos a toda prisa

-Yo le daré la bomba-dijo ella, arrebatando la manivela a Billy.

Media hora después, el incendio estaba controlado. El establo era una sólida construcción de piedra caliza, y el fuego ardió alegremente hasta que se consumieron la paja y las divisiones de madera entre los pesebres.

Chloe estaba empapada en sudor después de haber estado manejando la bomba de agua, tenía ampollas en las manos, bajo el abrigo, el camisón estaba desgarrado y ennegrecido de hollín, el rostro, las manos y los pies sucios como los de un carbonero. A pesar de todo, ella se ocupó, sin vacilar, de calmar a los caballos e instalarlos en el cobertizo, donde no tendrían que sufrir el hedor de la madera y la paja quemadas. Mientras ella se encargaba de eso, los tres hombres cargaron a Rocinante en un carro y lo sepultaron en un terreno alejado.

Eran más de las cuatro cuando Billy se fue a acostar en su altillo, sobre la antigua lechería y Hugo, Samuel y Chloe entraron a los tumbos en la cocina.

-Estoy seguro de que no vendría mal una taza de té -afirmó

Samuel, al tiempo que ponía la tetera sobre el hornillo.

-Tengo la garganta reseca -confesó Chloe, quitándose el abrigo. Se restregó los ojos.

-Tú, ven aquí -Hugo la tomó por la cintura, la levantó y la sentó sobre la mesa-. Tú y yo debemos tener una pequeña conversación, pupila mía. Sin detenernos a considerar esa imperdonable interferencia tuya con... con como sea que tú lo llames -de pronto lo recordó-: Petrarca... yo te había dado dos instrucciones precisas que tú, en ambos casos, decidiste ignorar.

-Pero es que tú te habías olvidado de Rocinante -protestó Chloe-. Yo tenía que ir a rescatarlo.

Merced a su situación sobre la mesa, se veía obligada a mirar a la cara de su tutor, pues él estaba frente a ella. No era una situación muy cómoda. Y si bien Hugo estaba tan sucio y fatigado como ella, la mirada de sus ojos era en extremo severa y su mandíbula expresaba inflexibilidad.

-No tenías que hacerlo -contradijo él, con fuerza-. Yo acababa de prohibirte que te acercaras al fuego, y tú no me hiciste el menor caso. ¿Acaso piensas que digo eso sólo para ejercitar mis cuerdas vocales?

-No podía pensar en nada que no fuesen los caballos. Y tú, en efecto, te habías olvidado de Rocinante -cuando vio que, por el momento, él se había quedado sin respuesta, se precipitó a retomar su propia defensa-. Además, no era necesario que yo viniera adentro mientras tú disparabas a Rocinante. No soy tan floja. Fue lo menos cruel que le pasó en su vida, pobrecillo.

Se sorbió y se limpió los ojos con la manga mugrienta. El reborde de encaje estaba desgarrado y deshilachado; Chloe comenzó a tironear de él. Eso le daba la posibilidad de bajar la vista y apartarla de la mirada fija de Hugo.

Hugo le puso un dedo en el mentón y le hizo levantar la cara.

-Durante los diez años que pasé en el mar -dijo, marcando las palabras-, nadie desobedeció, jamás, una orden mía.

-Tenían demasiado interés en conservar el pellejo -comentó Samuel, mientras medía el té y lo echaba en la tetera-. Bastante dura es la Armada.

Chloe supuso que Samuel estaba de su lado.

-Pero acá no estamos en la Armada -señaló.

-No, en efecto; por eso puedes agradecer al destino -dijo Hugo, bajándola de la mesa-. En vista de las circunstancias, por esta vez voy a dejarlo pasar, pero cometerías un gran error si lo considerases un precedente.

Al parecer, la tormenta había pasado. Chloe procuró cambiar definitivamente de tema, afirmando con la misma ferocidad que antes:

-Me gustaría clavarle un cuchillo a Jasper.

-Ya lo habías dicho -observó Hugo mientras se hundía en una silla soltando un gemido de fatiga-. ¿Qué te hace pensar que tu hermano puede ser el responsable?

-Es obvio. Todo el asunto tiene su sello -dijo-. Él jamás olvida un insulto o una ofensa; tampoco tiene escrúpulos en cuanto a los métodos a emplear para vengarse.

-Aquí tiene, métase esto adentro -Samuel puso un jarro de té ante ella-. Un poco de ron en el té no le haría daño -sugirió a Hugo. -En la despensa hay una botella de barro, ¿cierto? -Creo que sí.

Samuel fue a buscar la botella de ron y echó un poco en el té de Chloe. Hizo lo propio con el suyo, se sentó en la silla de costumbre, junto al fuego y cerró los ojos.

-Una vez, un hombre ofendió a Jasper: no quería venderle su caballo o algo así.

Entonces, Jasper hizo desviar el canal que regaba el huerto de ese hombre. Y también sé que envenenó el agua que bebían la vieja Red Biddy y su vaca porque, en una ocasión, ella lo había maldecido.

-¿Cómo sabes esas cosas?

Hugo se irguió, desvanecida su fatiga. Creía a Jasper capaz de cualquier cosa, pero no tenía conciencia de que la maldad de ese hombre fuese tan conocida.

Chloe se encogió de hombros mientras bebía su té.

-Me lo dijo Jebediah, el cazador furtivo. Él sabe todo lo que sucede.

Hugo siguió bebiendo su té en silencio; una profunda línea marcaba su ceño. Jasper había arrojado el guante con una fuerza indudable; ese duelo continuaría hasta que uno de los dos cayese derrotado. Lo primero y más importante era que Chloe estuviese protegida. Sólo cuando ella estuviese a salvo, lejos del alcance de su hermano, Hugo podría concentrar su atención en una vendetta más personal de lo que indicaba el incidente de ese día.

Chloe Gresham necesitaba un marido... y lo necesitaba pronto. -¿Qué vas a hacer? -preguntó ella-. No vamos a dejar que quede impune, ¿no es cierto?

-¿Qué propones tú? -le hizo sonreír la intensa ferocidad de la expresión de la muchacha-. Me parece difícil que él te permita acercarte lo suficiente para clavarle un cuchillo.

-Quemar su pajar -repuso ella de inmediato-. Darle a beber su propia medicina.., sólo que nosotros no lastimaríamos a nadie -agregó, y nuevas lágrimas brillaron en sus ojos-. ¿Qué habría sucedido si tú hubieses estado dormido o si nosotros no nos hubiéramos despertado? ¿O si llegábamos tarde?

-No sucedió ninguna de esas cosas -dijo él, con intenciones de tranquilizarla-. No especules con lo que podría haber pasado, muchacha. -Para Rocinante fue demasiado tarde.

-Hacía mucho tiempo, ya, que era tarde para Rocinante -de repente, él se puso de pie y su voz adquirió un tono completamente diferente-. Tienes la apariencia de un deshollinador. No puedes acostarte en esas condiciones.

-¿A qué te refieres?

Pero él ya había salido de la cocina.

Chloe cayó en una especie de trance inducido por la fatiga, mientras bebía la reconfortante infusión hasta que su jarro quedó vacío y, entonces, bostezó.

-No puedo permanecer despierta un minuto más.

-Podrás permanecer despierta el tiempo suficiente para lavarte -dijo Hugo desde la puerta. Traía consigo la bata castaña que ella había usado antes, una toalla absorbente y un jabón-. Ven, muchacha. Estará un poco fría pero terminaremos rápido con esto.

-De qué estás hablando?

El brillo que veía en los ojos de él la inquietó.

-Pronto lo adivinarás -repuso él, y el brillo de sus ojos se hizo más inquieto y sus labios temblaron en el esfuerzo por contener la risa, cosa que aumentó las sospechas de Chloe.

Samuel se puso de pie.

-Yo me voy a la cama -dijo, con intención.

-No, no se vaya, Samuel -pidió Chloe, extendiendo una mano para detenerlo.

Él le echó una mirada y negó con la cabeza.

-Sir Hugo tiene razón. Buena falta le hace una limpieza. Y eso no habría sucedido si usted no se hubiese metido en el establo.

-Yo creí que usted estaba de mi lado -se quejó Chloe. Samuel rió entre dientes y salió de la cocina.

-Ven, muchacha -volvió a llamarla Hugo-. Es hora del baño. Chloe se mantuvo en sus trece, sujetándose del respaldo de la silla y mirando a Hugo con gran suspicacia.

-No quiero un baño.

-Oh, te equivocas, muchacha. Estoy seguro de que quieres un baño con urgencia.

Avanzó hacia ella, decidido, y ella fue retrocediendo.

-¿Qué vas a hacer?

-Voy a ponerte bajo la bomba -respondió él de inmediato, alzándola en sus brazos sin dificultad.

-¡Pero el agua está helada! -chilló Chloe.

-La noche es cálida -hizo notar él en tono tranquilizados, que no tranquilizó a Chloe en absoluto.

-Déjame. ¡Quiero ir a la cama, Hugo!

-Ya irás... ya irás. Todo a su debido tiempo -salió al patio con ella en brazos-. Más aún: muy pronto, los dos iremos a la cama.

Al oír eso, Chloe dejó de debatirse. Pese a su fatiga y a los sucesos de esa noche, reconoció que estaba muy interesada en esa promesa.

-¿Por qué no calentamos un poco de agua y nos damos un baño como es debido? -propuso, cautelosa.

-Eso llevaría mucho tiempo -la bajó cuando llegaron a la bomba de agua, sujetándola de un brazo-. Y tampoco te persuadiría acerca de las consecuencias de tu conducta caprichosa y terca. Si te lanzas al medio de un infierno, saldrás convertida en un deshollinador.

Le soltó el brazo, le sacó el camisón por la cabeza y la dejó desnuda bajo la luz de la luna.

-Y los deshollinadores van a dar debajo de la bomba de agua -concluyó, al tiempo que accionaba la manivela.

Un chorro de agua fría cayó sobre el cuerpo de Chloe, y la obligó a lanzar un grito. Él le arrojó el jabón.

-¡Frótate!

Chloe tuvo la idea de huir de ese helado chorro y meterse en la casa, pero la suciedad que se desprendía de su cuerpo bajo el vigoroso chorro de la bomba la convenció de que no tenía mas remedio que soportar ese baño punitivo. Bailoteó, furiosa, unos momentos tratando de calentarse el cuerpo y después se dobló para recoger el jabón y comenzó a frotarse con esmero.

Hugo la observaba divertido; su deseo aumentaba rápidamente. Los movimientos de ese cuerpo esbelto, plateado por la luna, pondrían a prueba los votos de castidad de un monje. Ella tenía tanta prisa por terminar la tarea que sus movimientos carecían de artificio y de propósitos de incitación; eso le resultaba más excitante aun.

-¡Te odio! -gritó ella, arrojando el jabón al suelo-. ¡Deja de bombear: ya estoy limpia!

Él todavía reía cuando dejó de accionar la manivela de la bomba. -Qué espectáculo fascinante, muchacha.

-Te odio -repitió ella, temblando, castañeteando los dientes e inclinando la cabeza para retorcerse el pelo y quitarle el agua.

-No, no me odias -envolvió sus hombros en la gruesa toalla-. Pocas veces se me ha brindado tan tentadora actuación.

Empezó a secarla con rudo vigor, dándole friegas para devolver vida y tibieza a su piel fría y limpia.

-No tuve intenciones de tentarte -refunfuñó ella, sin mucha convicción, halagada por el comentario.

-Ya lo sé; eso añadía encanto al momento -admitió él, dedicando su atención a las partes más íntimas de su anatomía-. Confío en que, de ahora en adelante, lo pensarás mejor antes de meterte en cualquier peligro, mi obstinada pupila.

Chloe sabía perfectamente que volvería a hacer lo mismo si se presentaban las

mismas circunstancias, aunque le pareció poco prudente o necesario aclararlo, sobre todo mientras él hacía lo que estaba haciendo. La tibieza se infiltraba en ella en pequeñas oleadas y, si bien su piel aún estaba fría, su sangre caldeada fluía rápidamente.

Por fin, Hugo soltó la toalla y la envolvió en la bata de terciopelo.

-Ahora, ve corriendo adentro y sírvete otro poco de ron. Podrías secarte el pelo junto al hornillo. Yo voy a lavarme.

-¿Ah, sí? -Chloe alzó una ceja-. Sin duda, será más fácil para ti si yo manejo la bomba -le mostró sus palmas ampolladas-. Ya he tenido bastante ocasión de practicar... y, además, tengo derecho a gozar de mi venganza… , o, mejor dicho, de mi placer.

Hugo sonrió y se quitó la ropa.

-Desquítate, pues.

Giró de cara a ella, exhibiendo su plena erección; sus ojos brillaron hablando de desafíos y promesas.

Chloe lanzó una alegre carcajada y arrojó sobre él un chorro de agua, cuidando de no acertar sobre la parte del cuerpo que más le interesaba. El frío no inmutó a Hugo, pues había gozado de innumerables baños bajo la bomba de cubierta en los barcos de guerra de Su Majestad. El truco consistía en saber cuándo llegaría el chorro. Esa mañana, cuando Chloe le había arrojado el agua helada de la jarra, él estaba esperando la bendición del líquido caliente.

Él se lavó con la más absoluta seriedad, mientras ella seguía accionando la manivela y Hugo se exhibía a la mirada ávida de Chloe. Ella trabajaba con entusiasmo, dejando asomar la lengua entre los labios, los ojos chisporroteando de expectativa.

-¡Suficiente! -por fin, él alzó las manos pidiendo que cesara-. El espectáculo ha terminado. Pásame la toalla.

Chloe sonrió con astucia y siguió manipulando la bomba unos minutos más. Hugo dio un brinco, salió del chorro de agua y se apoderó de la toalla húmeda.

-Estás ganándote un problema, joven Chloe. Se frotó el pelo y la piel.

-Vamos, adentro, si no quieres que te meta otra vez bajo el agua.

Él dio un paso hacia ella en actitud amenazadora; dando un grito de fingido temor, ella echó a correr hacia la casa pero, en lugar de enfilar hacia la cocina, se dirigió al dormitorio de Hugo y se zambulló bajo las sábanas.

Cinco minutos más tarde, cuando él llegó, ella estaba acostada en su cama con las sábanas subidas hasta el mentón y los ojos de aciano desbordantes de esa intensa sensualidad que nunca dejaba de asombrar a Hugo.

-Buen día, sir Hugo.

Ella apartó la ropa de cama moviendo las piernas y ofreció su cuerpo desnudo, translúcido a la luz perlada del alba.

-Buen día, mi pupila.

Él dejó caer la toalla que llevaba en la cintura y se tendió en la cama junto a ella.

Capítulo 16

-Si fuéramos a Londres y te casaras con una novia rica, podrías devolverme todo lo que hubieras gastado de mi fortuna para hacer que tu casa quedase habitable –decía Chloe en tono de conversación-. Como es lógico, no tendrías que reintegrarme lo que gastaras en mi presentación: ropa, bailes y cosas por el estilo.

Enroscó uno de los sedosos vellos del pecho de él en su dedo meñique, mientras apoyaba la cabeza en el hueco del hombro de Hugo. Hasta entonces, nunca había logrado llegar tan lejos sin ser interrumpida.

-Debe haber muchas mujeres ricas en Londres, viudas o algo así a quienes les encantaría casarse contigo. Tú eres apuesto, inteligente y...

-Deja de halagarme –interrumpió Hugo, por fin-. De hecho, no tengo el menos interés en viudas ricas aunque debe decir que me complace en gran medida que imagines filas de ellas cayendo a mis pies.

-Pero, Hugo; debes ser sensato –replicó ella, entusiasmada-. Puede suceder que no sean bonitas... ni siquiera muy jóvenes, pero si son ricas...

-¿Qué he hecho yo para merecer el destino de ser engrillado a una vieja viuda, Chloe? A decir verdad, tienes muy mala opinión de mis encantos, ¿no es así?

-¡No, no es así! –se sentó, y en su rostro apareció una expresión de genuino horror, un horror provocado por el hecho de que él pudiera pensar semejante cos-. Te he dicho que eres apuesto, inteligente y bondadoso. Si embargo, ¿no crees que una mujer joven, rica y bonita tendría expectativas de casarse con un hombre con título y fortuna? Yo tenía entendido que eso era lo que sucedía –lo miró con el entrecejo fruncido-. ¿Acaso te he herido?

-No, muchacha tonto, claro que no –él le sonrió y metió las manos en la radiante cascada de su cabellera en torno de su rostro-. Tengo cabal conciencia de mis ventajas en lo que se refiere al mercado del matrimonio: los barones ya mayores, en situación de estrechez, económica, son malos partidos.

-¡Tú no eres mayor! –semejante absurdo hizo reís a Chloe. Envalentonada al ver que no se manifestaba la habitual prohibición en relación con ese tema, prosiguió-: Y si no te casas con una viuda rica, ¿qué te parecería si pagamos para arreglar tu casa como parte de los gastos de mi presentación? Tengo que habitar en algún sitio mientras espero a que aparezca un marido apropiado.

-Está bien –dijo Hugo-

¿Qué? –exclamo la muchacha, sentada sobre sus tobillos y parpadeando, incrédula-. ¿Entonces acabas de aceptar que vayamos a Londres?

-Ésa sería una interpretación correcta –admitió él, solemne.

-Pero... ¿por qué..?¿Cuándo cambiaste de idea?

-¿Por qué te interesa saberlo? –bromeó él-. ¿No te basta con que diga que sí?

-Sí... no... si... pero... pero, hasta ahora, no querías ni considerar la idea, siquiera. ¡Hacía semanas que yo esperaba que te ablandaras!

-¡Qué me ablandara! –él la recostó en cima de su cuerpo-. ¡Eres una pequeña zorra inescrupulosa y astuta!

Él la sentía como si estuviese hecha de suave satén; el cuerpo de la muchacha se amoldaba dulcemente a los contornos del suyo cuando él le separó los muslos y la penetró, haciendo un lento giro con sus caderas.

Los ojos de la joven se dilataron mientras absorbía las sensaciones diferentes que le proporcionaba esa posición novedosa.

-No sabía que podrías hacerlo de este modo.

-Existen muchos modos, mi amor –repuso él, acariciándole la espalda.

-Y los practicaremos todos –declaró ella con una sonrisa tan semejante a la de un gato satisfecho que él estalló en carcajadas.

Hasta entonces, él nunca había hecho el amor a un compañera tan plena de alegría y desinhibición. Ella siempre estaba ansiosa; aceptaba cada nueva experiencia y cada nueva sensación con ávida pasión. Sobre todo le encantaba el modo en que ella le decía qué quería y, al miso tiempo, le pedía que hiciera lo mismo con ella. Le decía qué estaba pensando durante el acto amoroso, qué le daba placer de lo que él le hacía tanto como la actitud recíproca de él. Esa actitud convertía al acto de amor en la experiencia más compartida y compartible que él hubiese imaginado jamás; cuando él gozaba de esa experiencia, los siniestros recuerdos de la farsa grotesca que tenía la cripta por escenario perdían su capacidad de dañarlo.

-Si yo hago así –decía ella, moviendo su cuerpo sobre él, girando, apretando con los dientes su labio inferior, mientras un ceño de concentración unían sus cejas finas-, ¿a ti te da placer?

-Eso es maravilloso –dijo él, sonriendo con los ojos entornados, tan extasiado por la expresión de ella como por sus movimientos.

-¿Y así? –ellas se inclinó hacia atrás sobre los talones, arqueando el cuerpo y jadeando-: ¡Oh... tal vez no debería haberlo hecho todavía!

-Haz lo que quieras y cuando quieras, muchacha –dijo él, reteniendo sus caderas-. Esta tarde, la batuta está en tus manos.

-Pero tiene que ser bueno para ti también, replicó ella, seria-. Tú siempre procuras que sea bueno para mí.

Él sonrió de nuevo y, estirando la mano, cubrió uno de los pechos de Chloe, perfecto y redondo: la pequeña y firme protuberancia cabía a la perfección en su mano.

-Eres un manojo de amor, mi joven Chloe.

Media hora después, Chloe concentró de nuevo su dispersa atención y volvió al tema que más le importaba.

-¿Cómo viajaremos a Londres? Está lejos, ¿no?

-Trescientos kilómetros –admitió él-. Alquilaremos una silla de postas.

-Y cambiaríamos de caballos en mitad del camino –dijo ella, enfatizando con un breve cabezazo-. La señorita Anstey iba a hacer eso

-Eso me recuerda que debemos encontrar una dueña, de compañía para ti –dijo él, incorporándose sobre las almohadas-. En Londres, no podrías vivir sola en casa de un soltero puesto que escandalizarías a la sociedad.

-Pero tú eres mi tutor.

-Aunque así, necesitas a una acompañante mujer... alguien que te acompañé a las fiestas, que te ayude a recibir visitas, que salga contigo de compras.

-Yo había pensado en pedir a la señorita Anstey que fuese mi compañera si yo me establecía por mi cuenta –dijo ella pensativa, mientras iba recorriendo con un dedo la serpiente enroscada que él tenía tatuada en el pecho-. Eso era cuando tú te portabas tan mal conmigo, tanto que yo pensé que no podría soportar quedarme contigo.

Él le sujetó la muñeca, esforzándose por disimular que odiaba que ella tocase la marca del Edén.

-¿Tan horrible fue mi conducta como para llevarte a pensar eso, muchacha?

-Sí, pero no por mucho tiempo. ¿Es preciso que escriba a la señorita Anstey?

-No, una gobernanta no serviría en este caso –respondió él-. Necesitas una acompañante con cierto relieve social.

-¿Quién?

-Déjalo por mi cuenta –saltó de la cama y se estiró-. Qué manera vergonzosa de pasar la tarde.

-Fue una manera encantadora –corrigió Chloe-. Además todavía llueve a cántaros. ¿Qué otra cosa podríamos hacer?

Hugo la miró con expresión interrogante.

-Se pueden hacer muchas cosas provechosas en una tarde de lluvia, muchacha.

Ella se alzó de hombros.

-Apostaría a que ninguna es tan agradable.

-Ah, no; admito que en eso tienes razón.

Él se pudo su camisa.

¿Y cuándo iremos? –preguntó Chloe, sin hacer el menor intento de dejar la cama, más aun, acurrucándose más bajo las mantas.

-No bien haya hablado con Childe, el del banco, alquilado la silla y organizado las cosas aquí.

-¡Tan pronto! –la actitud indolente de la muchacha desapareció-. En una semana, Beatrice aún no habrá destetado a sus hijos.

-¡No! –exclamó Hugo mientras se ponía los pantalones-. No, no y no –se acercó a la cama-. Te lo repito, Chloe: no y no. Estoy resignado a llevar a Dante, pero no viajaré a Londres con una gata, seis gatitos, un papagayo cojo y un búho manco.

-Claro que no vamos a llevar a Plantón –coincidió ella, como si fuera una idea absurda-. Su lugar está aquí; ya tiene el ala casi curada.

-Qué alivio –dijo él con tono irónico-. Pero insisto: no llevaremos al resto de los animales.

-Yo pensaba que te alegrarías de tener a Beatrice y sus gatitos, por si hubiera en la casa de Londres tanto ratones como hay aquí.

-No. No. No. ¿Es necesario que lo diga otra vez?

Chloe dirigió su mirada hacia un punto más allá de él, mirando con extraño interés el cristal de la ventana donde resbalaba la lluvia.

Siete días después, dos fascinados postillones miraban a un pasajero mientras se afanaba acomodando un cesto con gatitos que maullaban y la jaula de un pájaro en el interior del vehículo. El ocupante de la jaula soltó una rotunda opinión sobre ese cambio en sus circunstancias, luego cloqueó aparentemente satisfecho consigo mismo. Una gata carey subió de un salto a la silla, detrás de los gatitos, y se acurrucó en el mullido asiento junto a la ventana. Un enorme perro mestizo corría alrededor de la silla ladrando excitado, con su peluda cola flameando sin cesar.

Hugo supervisaba el amarre de Petrarca a la parte trasera del carruaje, No podía entender cómo había sucedido. Su pupila era dueña de una voluntad absolutamente obstinada; simplemente, ignoraba cualquier negativa. Se había comportado como si él no viese hablado en serio en lo relativo al a proposición; de algún modo, él se bahía convencido de que eso era cierto.

¡Pero, maldita fuese, si él se lo había prohibido! Le resultaba odiosa la perspectiva de viajar trescientos veinte kilómetros con semejante circo. Y no menos odiosa la idea de llegar a su desolada y derruida casa de la calle Mount con semejante zoológico.

Con expresión de impotencia, oyó a Chloe mientras animaba y tranquilizaba a su familia y la acomodaba en el vehículo. Estaba detallándoles todas las virtudes de un viaje en silla de postas y todas las diversiones con las que se encontrarían. A juzgar por la respuesta de Falstaff no se bahía impresionado demasiado.

-No me apetece la idea de viajar con esos bichos –musitó Samuel, que apareció junto a Hugo-. Quizá debería viajar a caballo, junto a usted.

Samuel no era un gran jinete; el balanceo de un barco le sentaba mejor que las sacudidas del galope de un caballo; su decisión evidenciaba asta qué punto le desagradaba esa perspectiva.

-Lo siento –se disculpó Hugo, moviendo la cabeza-. No sé cómo ha sucedido.

-El problema con ella es que no acepta un no –se pronunció Samuel.

-¿Y cuál sería el mío? –preguntó Hugo.

Samuel le dirigió una mirada perspicaz.

-Estoy seguro de que usted lo sabe tan bien como yo –giró hasta quedar ante la puerta abierta del carruaje y espió dentro con aire dubitativo-. ¿Hay sitio para mí?

-Sí, claro –respondió Chloe-. Yo me sentaré con Beatrice, Falstaff y los gatitos, y usted podrá ocupar todo el asiento de enfrente.

-¿Y el perro?

-Él se acomodará en el piso... pero estoy segura de que le gustará hacer una parte del trayecto corriendo junto al carruaje.

Samuel soltó un pesado suspiro y subió. Chloe le sonrió con calidez, dándole la bienvenida y se apretó contra el respaldo como para hacerse más pequeña de lo que era.

-Tiene usted bastante lugar, ¿no es así? –preguntó, solícita y ansiosa, mientras él se sentaba.

-Estimo que sí –dijo él, resoplando, quejoso-. Sin embargo, muy pronto esto olerá a diablos.

-No será así –se empecino Chloe, intentando que Dante, que había saltado con sus habituales bríos al interior del carruaje y lanzaba su aliento sobre sus compañeros de viaje, se empequeñeciera-. Son muy limpios. Además, podemos dejar la ventana abierta.

-La corriente de aire es mala para mi cuello.

-Oh, Samuel, por favor, no se moleste –dijo ella, estirándose y apoyándole una mano sobre la rodilla.

Como era de esperar, él no tenía posibilidades de vencer el fascinante encanto de sus ruegos; refunfuñó, expresando una desganada aceptación. En conjunto, esa expedición le parecía una locura. Él había nacido y crecido en Lancashire y, fuera de los años que había pasado en el mar, jamás había estado fuera del condado. Nunca había estado en Londres y tampoco quería ir esta vez. Él pensaba que tenía mucho que hacer en la propiedad rural; ahora que Hugo había vencido sus períodos de estancamiento, estaba seguro de que la vida se deslizaría con considerable fluidez. Pero él iba adonde iba sir Hugo; si el señor creía que este incómodo y enloquecido traslado era necesario, Samuel estaba dispuesto a morderse la lengua.

Hugo montó su caballo y la silla salió del patio. Echó una mirada hacia atrás, a su casa. Nunca se había encariñado con ella, ni siquiera de niño, y no lamentó cuando tuvo que dejarla para engancharse en la Marina. Después, cuando regresó, la cercanía de Shipton y de Gresham Hall había echado por tierra todo deseo que pudiese haber libertad de hacer de ella un hogar. Se había quedado, unido a ella por el fantasioso cordón umbilical que representaba el único amor puro de su vida... y porque le daba lo mismo esta casa o cualquier otra para beber hasta conseguir una muerte prematura.

Pero eso ya había quedado atrás para él.

Ahora, estaba atrapado en un giro al que aún debía hallar una solución. Y la única solución posible era un marido para Chloe. Y, si se quedaba en Denholm Manor, no podía encontrar un marido aceptable. Él no podía instalarla por su cuenta sin exponerla al peligro de las maquinaciones de Jasper. Por eso, tendría que hacerlo en Londres, y bajo su protección. Quod erat demostrandum. El adagio, recuerdo de la geometría de sus primeros años de estudio, venía al caso por su absoluta verdad.

Por otra parte, era posible que en Londres hallaran distracciones que amenguarían el embrujo en que ese pequeño manojo de amor había envuelto a ambos. Y hasta que no se deshiciera ese hechizo, Chloe no sería realmente libre para recorrer los caminos convencionales que Elizabeth hubiese querido para ella. Encontraría amigos, actividades, un

remolino social que esa niña sobreprotegida no habría imaginado. Y, a medida que ella fuese absorbida por esa vida, los lazos que la ligaban a él se aflojarían.

En cuanto a él... ya una vez había hallado en Londres el cofre del tesoro. Debía de haber miembros de la sociedad que lo recordasen... parientes lejanos para quienes, lo peor que él había hecho en su vida fue involucrarse precipitadamente en la lucha contra Napoleón. Él contaba con amigos en el Almirantazgo... hombres que subsistían con la mitad de su paga, pues habían preferido eso antes que venderse al enemigo al terminar la guerra. En otros tiempos, él había sido un individuo gregario y no había motivos para que no volviese a serlo. Podría deshacerse de la sombra que sobre él había proyectado la Congregación del Edén.

Y mientras fuera detrás de esas distracciones, él podría retraerse con elegancia de ese vínculo antinatural... no, antinatural no pero sí impropio y desdichado, con su pupila de diecisiete años.

Una vez que ella hubiese contraído un respetable matrimonio, se libraría de la amenaza de Jasper y él, estaría libre para abandonar Inglaterra y organizar su vida en el Continente.

Estaba seguro de una cosa; ésa era una certeza que le venía de la médula de los huesos más que del cerebro: él no podría soportar vivir cerca de Chloe cuando ella estuviese casada... enamorada... perdida para él, y por motivos valederos. Él ya había sufrido por la madre de ella en la soledad del mar. No volvería a pasar lo mismo por la hija.

Capítulo 17

-Usted es Hugo Lattimer, ¿verdad?

Al oír la serena pregunta, Hugo, que estaba examinando los anaqueles en Hatchard’s, una casa de libros de música, levantó la vista. Cuando vio al hombre de ojos negros que la había hablado, frunció el entrecejo un instante; entonces, lo recordó y se aclaró su expresión.

-Carrington –dijo, ofreciendo la mano a Marcus Devlin, marqués de Carrington-. Cuántos años que no nos vemos.

-Catorce, por lo menos –coincidió lord Carrington, estrechando la mano del amigo-. Entonces, éramos un par de jovenzuelos. Tengo entendido que tú te uniste a la Marina.

-Sí, estuve allí mientras duró la guerra. Y me retiré después de Waterloo.

-¿Y qué te trae a Londres? ¿Los placeres de la Temporada? –preguntó Carrington en tono un tanto irónico. Él no era muy aficionado al vértigo de la sociedad.

Hugo se encogió de hombros y recordó cierta vieja historia que se refería a un compromiso roto que había agriado la visión de Marcus Devlin sobre los placeres de la sociedad.

-Me han endosado a una pupila –dijo, sonriendo-. Y, al parecer, la presentación en sociedad se cuenta entre los deberes de un tutor.

Echó una mirada en torno de la atestada librería.

-Está por aquí, no sé exactamente dónde, buscando la edición de la obra póstuma de la señorita Austen; creo que se titula Persuasión.

-Es una persona interesante, esta señorita Austen –comentó Marcus-. Una sagacidad casi dolorosa; no tiene ninguna tolerancia con los imbéciles y sus debilidades.

-No –coincidió Hugo-. Orgullo y perjuicio...

-Sentimiento y sensibilidad –acotó de inmediato Marcus-. Bueno Lattimer, tendrás que disculparme... Quizá nos veamos en White's o en Watier's, ¿no es cierto?

Hugo hizo una inclinación de cabeza que indicaba un vago asentamiento. Si bien todavía era miembro de ambos clubes, no tenía recursos ni deseos para dedicarse a los juegos de azar, las actividades principales de esos exclusivos clubes de St' James, tampoco quería llamar la atención hacia sí mismo si se negaba a las copiosas sesiones de bebida que acompañaban los vínculos sociales en esos bastiones del privilegio masculino.

El marqués abandonó la librería y se detuvo en la acera, mirando hacia Piccadilly, mientras aguardaba a que su cochero trajese el carrocín; éste había estado haciendo andar a los caballos mientras su amo efectuaba sus compras.

Casi no prestó atención al alboroto que producía un grupo de pilletes en la esquina de una calleja que quedaba a sus espaldas, hasta que una ligera silueta salió precipitadamente de la tienda de ventanas de arco y pasó corriendo junto a él, lanzando un grito de indignación. La curiosidad le hizo volverse para mirar; de pronto, la persona giró en redondo y corrió de nuevo en dirección a él.

-Déjeme su fusta –exigió la mujer, con sus ojos relampagueando-. Rápido, por favor.

Impaciente, la mujer extendió la mano para recibir el largo látigo de conductor que él sostenía flojamente a su costado.

Marcus pensó que jamás había contemplado un rostro más exquisito ni tampoco más furioso. Una justa indignación la hacía arder. Y, antes de que él pudiera decir nada, ella le arrebató la fusta sin más ceremonias y corrió una vez más hacia el bullicioso grupo reunido en la esquina.,

El marqués se quedó boquiabierto observando la escena y vio cómo ella se zambullía en medio del grupo y repartía fustazos a diestra y siniestra sin misericordia.

-¡Qué demonio...! ¡Chloe! –exclamó Hugo Lattimer, que había salido a la calle-. No puedo creer lo que veo –dijo-. Le doy la espalda dos minutos y ya está enzarzada en alguna refriega.

-Y eso sucede con frecuencia, ¿no es así? – preguntó Marcus, tan divertido como intrigado.

-Cada vez que ve maltratar a un animal –respondió Hugo.

Se encaminó hacia el grupo que iba dispersándose mientras, a su alrededor, se había formado una considerable multitud.

El marqués lo siguió, fascinado.

Chloe Gresham había salido victoriosa de la refriega mientras que los jóvenes azotados habían retrocedido hacia el callejón. Ella llevaba algo apretado contra el pecho. Tenía el sombrero torcido, la falda estaba manchada de lodo, y una marca de tierra le cruzaba una mejilla. Sus ojos ardían con una mezcla de furia y triunfo.

-¡Pero mira un poco! –musitó Hugo, mirando con ojos muy abiertos el rescate de Chloe-. ¡Es un oso!

Marcus comprendió de inmediato la consternación del otro hombre. Aún así, sus hombros temblaron un poco cuando Chloe dijo:

-Es un cachorro... sólo tendrá dos meses... y lo estaban torturando. Supongo que pinchar a los osos es contrario a la ley.

-Por su puesto –dijo Marcus-. Le ruego me perdone, pero creo que no he tenido el honor...

-Mi pupila –presentó Hugo, soltando un suspiro-. Chloe Gresham. Chloe, permíteme que te presente a lord Carrington.

-Encantado señorita Gresham –dijo Marcus, haciendo una reverencia mientras sus ojos negros desbordaban de humor y de una considerable dosis de admiración.

Por una extraña razón, la línea de tierra acentuaba los tonos de albaricoque y crema del cutis de la muchacha, la emoción intensificaba el color de sus ojos, que ahora tenían un indescriptible matiz azul oscuro, y el temblor de indignación de sus labios no hacía más que acentuar la perfecta plenitud de una boca adorable.

-Oh, su fusta, lord Carrington. Gracias, y le pido perdón por habérsela arrebatado.

Y al decir esto, se la entregó.

-No es nada –murmuró él-. Le habría ofrecido ayuda si no me hubiese parecido superflua.

Dirigió a Hugo Lattimer una mirada de complicidad divertido y éste le respondió con una sacudida de la cabeza que expresaba resignación.

-Ven aquí muchacha. Tienes el sombrero torcido.

Él le enderezó el sombrero de paja, cuidando de eludir el bulto que ella llevaba en los brazos y, al hacerlo, permitió a Marcus una observación más completa de la dorada cabeza brillante.

Hugo sacó un pañuelo, mojo una punta con saliva y limpió la suciedad que Chloe tenía en la mejilla.

-Y ahora, si no te importa, me gustaría que me dijeras qué vas a hacer con un cachorro de oso. No creo que Dante vaya a aceptarlo... por no hablar de Beatrice.

-¿Dante? –preguntó Marcus, fascinado-. ¿Beatrice?

-Oh, mi casa se asemeja a un circo –informó Hugo-. Hasta ahora, tenemos siete gatos, un enorme perro mestizo y obsesivamente devoto, un papagayo cojo con el lenguaje más soez que yo haya oído y ahora, al parecer, un oso... ah, y hemos tenido un búho y un maltratado jamelgo que fue liberado de las manos de un vendedor de nabos. Todos ellos han sido bautizados con nombres decididamente eruditos.

-Demuestras una gran fortaleza, amigo mío –comentó Marcus.

-Os estáis burlando de mí –protesto Chloe, pasando a mirada de uno a otro.

-El Cielo nos ampare –exclamó Hugo, alzando las manos-. ¿Qué puede ser menos divertido que un oso?

-Es un pequeñuelo –repitió ella, inclinando la cabeza para mirar el breve bulto de piel que llevaba en sus brazos.

Unos ojos brillantes a miraban y un hocico negro resoplaba.

-Pero, ¿qué harás con él?

-Quisiera saber si es posible enseñar hábitos de limpieza a los osos.

-¡No! –estalló Hugo

-¿No crees que sea posible?

-Yo diría que es muy poco probable –acotó Marcus, apoyando a la parte de la controversia hacia la cual lo empujaba la camaradería-. En mi opinión, el lugar más apropiado sería el establo... al menos hasta que... hasta que haya crecido.

Le tembló la voz al sentir que Hugo gemía; ambos imaginaron a un oso adulto, alojado en una residencia, en pleno Londres.

-Bueno, ya veré –dijo Chloe-. Me ocuparé de eso una vez que haya tenido tiempo de ver si sus heridas son graves y si está desnutrido. Es probable que deba tenerlo dentro de la casa un tiempo.

-Ojalá no estuviese que irme –murmuró Marcus-, antes de que usted haya resuelto el tema pero, por desgracia, tengo una cita –volvió a tender su mano a Hugo-. Sin duda, has sido dotado de una notable tolerancia, Lattimer. Ahora no sé si darte mis felicitaciones o mis condolencias.

-Acepto cualquiera de las dos o ambas –replicó Hugo con ironía. Aunque casi no conocía a Marcus Devlin, su manera de reaccionar ante la situación daba lugar a una inmensa familiaridad. Era preciso tener en cuenta que Chloe solía provocar ese efecto en la mayoría de las personas-. Me queda una duda: ¿cuál de las dos me ofrecerá la sociedad?

-Con tanta belleza –dijo Marcus en voz tan baja como para que Chloe no lo oyese-, ella pondrá a la ciudad de rodillas, amigo mío.

-Sin contar las ochenta mil libras –dijo Hugo, en el mismo volumen de voz, aunque Chloe estaba demasiado concentrada en su nueva adquisición para prestar atención a ese dialogo en voz baja.

Marcus frunció los labios y moduló un silencioso silbido:

-Tendrás que echarlos de la puerta de tu casa Lattimer.

Si volvió hacia Chloe.

-Señorita Gresham, le ruego acepte mis cumplidos pues usted es una persona fuera de lo común, Estoy seguro de que lady Carrington tendrá un gran placer cuando la conozca. Le diré que la visite... en la calle Mount, ¿no es así?

Acompañó la pregunta con una mirada inquisitiva dirigida a Hugo ventaja con ese encuentro inesperado. Si la marquesa de Carrington se interesaba por ella, Chloe tendía asegurado su ingreso en los mejores círculos más elevados. A pesar de ello, él no dejaba de comprender que el hecho de que se hubiera metido en una refriega callejera podría ser contraproducente. Si Marcus se disgustaba por una demostración tan escandalosa por parte de una debutante social, ella se vería apartada por todos, menos los consabidos cazadores de fortunas.

Marcus trepó a su vehículo, que ya estaba aguardándolo y en él se dirigió a su casa de Berkeley Square. Halló a su esposa en el cuarto de los niños.

-Hace unos momentos, he conocido a una pupila absolutamente exquisita –dijo él-. Aunque no tan exquisita como mi Emma.

Con el rostro iluminado por una suave sonrisa, se inclinó para levantar a su hija que, a la altura de sus rodillas, reclamaba su atención. La alzó en el aire haciéndola chillar, excitada, y la pequeña le asió la nariz con una manita llena de hoyuelos.

Judith Devlin se reclinó la silla acunando en sus brazos a su hijo más pequeño, sonriendo mientras contemplaba a su esposo con la pequeña. Marcus era un padre afectuoso.

-¿Entonces? –preguntó ella, cuando él dejó de jugar con la niña y la apoyo sobre su cadera-. ¿Qué sucedió en ese encuentro?

Marcus se inclinó para observar a su hijo, que dormía placidamente en brazos de su madre, succionando un pulgar.

-Hoy, Edmund parece más grande.

-Qué tontería –repuso Judith riendo, indulgente-. Esta mañana, no está más grande de lo que estaba anoche –alzó la cara para recibir el beso de su esposo-. ¿Acaso me lo dirás alguna vez?

-Oh, sí. Pocas veces me he divertido tanto.

Relató el rescate del oso y, como él esperaba, la hilaridad asomó a los ojos castaños de su esposa. Era un episodio que atraía a las personas no convencionales; Judith siempre lo había sabido.

-Hugo Lattimer y yo entramos al mismo tiempo en la sociedad –dijo él, al tiempo que dejaba a su inquieta hija en el suelo sobre sus pies-. Pero, en aquella época, él andaba en compañía de un grupo bastante alocado... Oh, esta casa es espléndida, Emma.

Aceptó la hoja de papel que le entregaba su mujer.

-Aquí está mamá –dijo la niña, señalando con el dedo un dibujo-. Con tu caballo.

-Muy real –observó él, serio, comparando a su esposa con el dibujo-. Como sea, lince, he prometido que irías a visitar a la muchacha. Ella debe de ser la hija de Stephen Gresham.

Lattimer estaba muy relacionado con el grupo de él –hizo una mueca-. Si las habladurías son ciertas, los Gresham son gente de sangre corrupta, pero es difícil imaginar que corra sangre corrupta por las venas de una criatura tan exquisita. Además, ella me dio la impresión de ser una muchacha carente de artificios.

-Tiene una edad cercana a la de Harriet –comento Judith.

Su cuñada era cinco años menos que ella.

Marcus meneó su cabeza.

-Si bien eso es cierto, tú sabes tan bien como yo que Harriet no tiene inclinaciones contrarias a las convenciones, mi amor. Ella no sabría cómo tratar a la señorita Gresham.

Judith rió.

-No supongo que tienes razón. De todos modos, Sebastián me ha dicho que ella está otra vez esperando un hijo. Las náuseas siempre la hacen sufrir mucho, pobrecilla, y yo no entiendo por qué siguen teniendo hijos.

-Porque les gusta tenerlos –repuso Marcus-. Tu hermano está más embobado, con sus hijos de lo que estoy yo.

-Si y, además, los consiente de una manera abominables. Por otra parte, Harriet es incapaz de decir que no. Ayer, el pequeño Charles armó aquí un gran alboroto y, en cuanto al joven Peter...

-Bueno, pues tú eres la única persona, incluyendo a su esposa, a la que Sebastián está dispuesto a escuchar –señaló Marcus, pronunciando una estricta verdad.

-Yo se lo he dicho –dijo ella-, y él no me ha prestado atención. Yo imagino que él desearía darles todas las cosas que él jamás ha tenido. Ha pasado su infancia vagando por las capitales europeas, siguiendo a un apostador empobrecido; eso le ha dejado muchas carencias.

-Eso no ha hecho daño a ninguno de ellos.

-No siempre has opinado lo mismo –puntualizó ella, entornando los ojos-. Hubo una época en que te expresabas de una manera muy vehemente con respecto a ese tema.

-Mucho agua ha corrido bajo los puentes desde entonces –replicó él-. Si la muchacha es hija de Gresham, me extraña que no sea su tutor su medio hermano. Lattimer no es pariente de ella... aunque...

-¿Aunque qué? –pregunto Judith-. ¿Qué sospechas?

-Bueno, el modo en que él la trataba tenía algo... –empezó a decir Marcus lentamente, recordando con qué naturalidad Hugo le había enderezado el sombrero y limpiado la mancha de tierra en el mejilla- una intimidad muy particular...

-Aah... –exhaló Judith ... -¿Qué sospechas?

-Nada –repuso él, encogiéndose de hombros-. Lattimer tiene sus buenos treinta y cuatro años y la muchacha acaba de salir de la escuela. Quiero pensar que la actitud de él hacia ella es la de un tío... De cualquier manera, ¿la visitarás?

-Estoy impaciente por conocerla.

Dos días después, lady Carrington fue a la casa de la calle Mount condiciendo ella misma su faetón de alto pescante.

Desde el mismo momento en que vio aun hombre fornido, enfundado en pantalones de cuero y chaleco, que llevaba pendientes de oro en las orejas, ella supo que no estaba de visita en una casa ordinaria.

¿Está en casa la señorita Gresham?

Judith se quitó los guantes y paseó la mirada por el vestíbulo cuadrado. El aire olía a pintura fresca.

-Sí, creo que sí –respondió el peculiar mayordomo-. Lo último que sé de ella es que estaba fastidiando a Alphonse, en la cocina. Fíjese usted, no sé para qué podríamos necesitar un cocinero, menos aun uno que se hace llamar por un caprichoso apellido francés, aunque no

sea más francés que yo. En mi opinión, lo que está bien en Lancashire tendría que estar bien aquí.

Judith no supo bien cómo responder a semejante confidencia, pero en ese momento se abrió de par en par una puerta batiente forrada de bayeta que había al final del pasillo y un bulto marrón irrumpió en el vestíbulo seguido por un enorme perro.

-¡Dante, ven aquí! –corriendo tras ellos, una esbelta figura traspuso la misma puerta como un torbellino, blandiendo una cuchara de madera-. ¡Eres el animal de peor conducta que he visto! Deja en paz a Demóstenes.

Judith se apresuró a dejar el camino libre cuando el lío de piel marrón pasó junto a ella a sorprendente velocidad, seguido por el perro que ladraba.

-¿Señorita Gresham? –preguntó.

-Sí –respondió Chloe, distraída-. Le suplico me perdone, pero debo atrapar a Demóstenes. Si Hugo lo hallara vagando suelto por la casa montaría un terrible escándalo.

-¿Demóstenes? –repitió Judith en voz débil.

Era raro que ella se sintiera débil.

-Bueno, ¿no le parece que Bruin es bastante aburrido? –dijo Chloe, al tiempo que se abalanzaba sobre el cachorro de oso-. Samuel ¿podría sujeta a Dante?

Samuel refunfuñó, aferró el collar de Dante y el perro se sentó, jadeando. El oso se había refugiado bajo una mesa consola tallada y sus brillantes ojos miraban desde las sombras.

Judith se dejó caer en una silla y estalló en carcajadas.

-Marcus había dicho que tu compañía era refrescante –dijo, entre risas-, pero dudo de que sepa hasta que punto lo eres.

-¿Marcus?

Chloe, arrodillada ante la mesa consola, la miró por encima del hombro.

-Mi esposo, lord Carrington. Tengo entendido que lo has conocido ayer.

-Oh, sí; él tuvo la bondad de prestarme su fusta –dijo Chloe, poniéndose a gatas y asomando la cabeza bajo la mesa-.Ven aquí animal tonto. Sólo quería vendarte ese herida.

En ese preciso momento, Hugo entró por la puerta aún abierta de su casa. Dante lo recibió con entusiasmo y él, al principio, no vio a su visita, que estaba sentada en una silla junto a la pared, pues su atención quedó atrapada, de inmediato, por el trasero levantado de Chloe, que espiaba bajo la mesa.

-¿Qué estas haciendo? –preguntó, al mismo tiempo que daba un suave fustazo en ese trasero que parecía invitarlo.

-¡Ay! –exclamó Chloe, retrocediendo-. Tenía la esperanza de que no regresaras hasta que yo hubiese podido atrapar a Demóstenes. Dante saltó sobre él mientras yo estaba revolviendo el emplasto y se desató un infierno.

-¿Qué paso?

-Oh, bueno, tú ya sabes a qué me refiero. Ah, ésta es lady Carrington. Ha venido a visitarnos.

Señaló a la aludida con un ademán.

-Tengo la impresión de que he escogido un momento inoportuno –dijo Judith, enjugándose sus lágrimas de risa-. Sir Hugo.

-Lady Carrington –saludó él, haciendo una formal reverencia sobre su mano, aunque sus ojos chispeaban al ver la risa contenida en los ojos castaños ambarinos de su visitante-. A veces, me pregunto si habrá un momento oportuno en este circo. Permítame que la invite con una copa de jerez, para que sus nervios alterados se recobren –dijo, indicando con un gesto la biblioteca y diciendo por encima del hombro-.Chloe, retira de inmediato a ese animal; si vuelvo a sorprenderlo otra vez en la casa, será mucho peor para ambos.

Chloe vio que los dos desaparecían en el interior de la biblioteca y repitió, en voz baja, una de las peores invectivas de Falstaff.

Pasaron veinte minutos hasta que pudo reunirse con su tutor y su invitada en la biblioteca. Lady Carrington y Hugo reían cuando ella entró; al parecer, se llevaban extraordinariamente bien. Por un motivo que no comprendía, esto la puso de mal humor. Examinó a la visitante con más atención y notó se que trataba de una bella y vibrante mujer de unos veinticinco años, que irradiaba seguridad y confianza en sí misma y conversaba con Hugo como si lo hubiera conocido de toda la vida.

El regaño público de Hugo aún dolía a Chloe; la hacía sentirse demasiado joven y tosca, como si hubiese irrumpido en el dominio de los adultos sin ser invitada.

-¿Podría beber una copa de jerez?

-Por supuesto, muchacha –respondió Hugo, sirviéndole una copa y volviendo a llenar la de lady Carrington-. ¿Dónde está la bestia?

-En el establo –respondió, aceptando la copa y sorbiendo de ella-. Lady Carrington, debo pedirle disculpas por no haberla recibido debidamente.

-Oh, no te disculpes –dijo Judith, riendo-. Un soso que huye es explicación de sobra.

-¿Dónde está tu dama de compañía? –preguntó Hugo a su pupila, y procedió a explicar a Judith-: Es la prima de mi difunta madre, lady Smallwood, que reside con nosotros en calidad de acompañante de Chloe.

-Está recostada sobre su cama, con sus sales aromáticas –respondió la muchacha y, de súbito, sus ojos echaron chispas de picardía-. Me temo que Falstaff la ha horrorizado otra vez.

Judith pidió conocer la identidad de ese otro personaje y se marchó poco después, todavía riendo.

-Daré una fiesta la noche del Jueves –dijo- Vendréis... lady Smallwood por supuesto.

Esa noche, mientras Judith se vestía para la cena, comentó a su marido:

-Tienes razón en lo que atañe a Harriet, Marcus. No sabrá cómo reaccionar ante Chloe Gresham. Sebastián, en cambio, disfrutará mucho con su compañía. Desde luego, la belleza de esa muchacha es asombrosa pero, lo que en realidad atrae, es esa personalidad llena de picardía. Ella carece por completo de artificios; creo que ni siquiera es consciente de su belleza. Tengo intenciones de convertirla en la sensación de la temporada. ¿Qué opinas tú?

-No me imagino cómo podrías fracasar, si te lo propones –repuso Marcus, tomando el collar de esmeraldas de manos de la doncella y abrochándolo el mismo en torno de la esbelta columna que era el cuello de su esposa-. Con una fortuna de ochenta mil libras y un rostro y un cuerpo dignos de Helena de Troya, lo único que necesita ella es un buen patrocinio.

-En ese caso, lo tendrá. Como necesitará un abono a Almack`s. él jueves se la presentaré a Sally Jersey. Ella tiene un buen carácter que no objetará los modales desenfadados de Chloe; la princesa Esterhazy, por el contrario, tal vez los objetaría.

-Aún sigo queriendo saber por qué la tiene Hugo Lattimer a su cargo, y no Jasper Gresham –acotó Marcus, alzándose de hombros-. ¿Has notado algo entre ellos?

-Sólo que ella puede hacerlo bailar al son de su música –respondió Judith-. Es así, por mucho que, en ocasiones, él desempeñe el papel de tutor exasperado.

-Qué curioso.

-Bastante. Vive con ellos una tal lady Smallwood, una acompañante. Es prima de la difunta madre de él.

Marcus asintió.

-La familia de la madre de Lattimer era Beauchamp. Impecable linaje. Lady Smallwood debe de tener las credenciales necesarias... aunque tengo entendido que no es del todo sensata.

-¿Desde cuándo ha preocupado eso a la sociedad? –preguntó Judith con acritud.

Su esposo se echó a reír.

-Nunca. Quizá se adapte mejor a Hugo y a su pupila cuanto menos sensata sea.
-No cabe duda de que él se halla a la cabeza de un hogar bastante poco convencional.
-Curioso –repitió Marcus.
-Mucho –volvió a coincidir Judith.

Capítulo 18

La mirada de la muchacha estaba clavada en el sombrío cielo raso abovedado. Ella tuvo vaga noción de la tibieza de la llama de la vela sobre su pecho desnudo, tendida como estaba sobre un catafalco. En el centro de la cripta, su cuerpo iluminado por las velas del altar, distribuidas a lo largo de la mesa.

Un rostro enmascarado se inclinó sobre ella; cuando alguien le acercó una copa a los labios, la muchacha giró la cabeza a modo de endeble protesta.

-No seas tonta –dijo el hombre con rudeza.

Levantó la cabeza con una mano y apretó la copa contra la boca de ella.

La muchacha abrió la boca y el aromático contenido del recipiente fue vertido en ella. Cayó de nuevo sobre la blanca almohada. Sintió que el aturdimiento llenaba su cabeza y una tibia oleada letárgica se expandía por sus miembros. No tenía noción del tiempo que llevaba tendida, desnuda, en esta caverna sombría. Tampoco podía recordar cuántas veces le habían llevado la copa a los labios, obligándola a beber. Tenía vagos recuerdos de una talega de oro que había cambiado de manos en la choza de su tío, hacía algún tiempo... mucho, mucho tiempo... Su tío había embolsado el oro y el extraño de la máscara negra se la había llevado a ella.

Sintió manos sobre su cuerpo, manos que amasaban, acariciaban... pequeños y leves contactos que la hacían agitarse y gemir. En un recóndito rincón de su mente vinculó la bebida con esas extrañas sensaciones de excitación. No se resistió cuando separaron sus muslos, puesto que ya se sentía flotar en un universo onírico de figuras vagas y sensaciones oscuras. El dolor agudo que acompañó la penetración de su cuerpo era un sueño y las rítmicas y rápidas embestidas en su interior no tenían, al parecer, ninguna relación con ella aunque, al mismo tiempo, eran intrínsecas a su carne.

Crispín cerró los ojos al recibir la ola de placer que le brindaba la posesión de ese cuerpo pálido que yacía, tan quieto, debajo de él. Los ojos de los otros clavaban su mirada en él y lo observaban realizar el rito de iniciación bajo la luz parpadeante de las velas, en esa bóveda fría. Tras sus ojos cerrados, él vio a Chloe debajo de él sometiéndose, obligada a brindarle placer; su arrogante insolencia iba siendo derrotada mientras él la usaba ante las miradas ansiosas y lúbricas de la Congregación. Jasper le había prometido que se concretaría. Y Jasper siempre cumplía sus promesas, del mismo modo que siempre cumplía sus amenazas.

Jasper se apoyó en una columna, de brazos cruzados y, bajo la máscara, sus ojos dejaban resbalar su mirada por el tableau vivant, sobre la escena viva que se desarrollaba en el catafalco. Tal como lo hacía su hijastro, él había reemplazado mentalmente el cuerpo de la muchacha campesina por otro. Hugo Lattimer había privado a la Congregación de Elizabeth Gresham, y su hija compensaría esa ausencia. Esta vez, nadie se interpondría. Al apoderarse de la muchacha y de su fortuna, él vengaría cada una de las ofensas que le había inferido

Lattimer. Éste sufriría no sólo la humillación de no poder satisfacer los deseos de la mujer moribunda a la que había amado con un amor tan extático, infantil y sentimentaloide; además, sería testigo de cómo la hija de esa mujer ocuparía el lugar que había estado destinado a su madre catorce años atrás. Y, cuando la sangre de Hugo Lattimer bañase las losas de granito de las tumbas que había en la cripta, Jasper habría vengado la muerte de su padre.

Stephen Gresham se había enterado de la pasión que Hugo sentía por su esposa. Había tenido la intención de entregar Elizabeth a Hugo en la cripta: cruel entrega que le daría una honda satisfacción. Los votos pronunciados ante la Congregación ataban a Hugo obligándolo a una obediencia absoluta a su jefe. Por fuerza, él tendría que violar a quien era objeto de su empalagosa compasión y sus fantasiosos ideales; así, aprendería la lección fundamental de la cripta: nada es sagrado.

Pero Hugo había quebrantado sus votos y asesinado al jefe, a quien debía obediencia. Y el hijo de ese jefe había pergeñado el castigo perfecto.

Jasper dejó vagar su mirada por los rostros que rodeaban el catafalco, los rostros de quienes aguardaban su turno para violar a la virgen. Su mirada se demoró en el rostro joven y fresco de Denis DeLacy. Sus ojos estaban desenfocados, sus labios se entreabrían llenos de lujuria y ansiedad. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para ganar su lugar en la Congregación y poseía todos los méritos para lograrlo: juventud, apostura, era aceptado en el Mundo Elegante y contaba con una respetable fortuna.

Jasper se apartó de la columna y se encaminó hacia el lugar donde estaba el joven. Le dio unos suaves golpes en el hombro, y Denis se volvió de inmediato. Puso cara larga cuando comprendió que se le privaría de su turno en el catafalco. Sin embargo, con la vivacidad de un acólito, siguió a Jasper que se dirigió a uno de los recintos más pequeños de la cripta.

-Esta noche, he tenido un éxito asombroso, Samuel –afirmó Chloe al tiempo de entrar en el vestíbulo, cuando Samuel le abrió la puerta-. Lady Jersesy ha prometido enviarme un abono para Almack’s; he bailado todas las piezas y los acompañantes eran tantos que no pude bailar más de una vez con cada uno.

Giró una vuelta completa, provocando un remolino de su falda de seda color crema.

-Y bien que se envanecerá si sigue de ese modo –señaló Samuel, cerrando la puerta.

-Es sobremanera indecoroso –afirmó, temblando, una dama muy gorda, envuelta en un chal de cachemira-. Es probable que sea halagador tener tantos caballeros dispuestos a bailar contigo; si no te comportas con el debido recato, los perderás.

-Bah –desdeñó Chloe.

-Estoy espantosamente fatigada –dijo la acompañante de la muchacha lanzando un suspiro trémulo-. Y no digo que no haya sido una velada muy elegante... muy elegante, ¿no es así, Hugo? Es indudable que lady Carrington sirve una mesa excelente... esos pastelillos de langosta... esas ostras en sus valvas... –evocó, pasándose la mano por su rotunda barriga en un gesto inconsciente-. Ah, y los bizcochos borrachos con crema... Yo me serví dos raciones... ¿o tres?

Muy seria, frunció el entrecejo tratando de recordar.

-Seis –informó Chloe en voz baja.

-¿Cómo dices, mi querida Chloe?

-He dicho que estaban deliciosos –respondió ella con dulce sonrisa-. Y el ponche también. Me pareció que también disfrutaba mucho de él, señora.

-Oh, por cierto que sí. Me olvidaba del ponche –confirmó lady Smallwood, exhalando un suspiro de placer-. ¿Cómo pude haberme olvidado de esa bebida tan deliciosa?

-Es muy fácil olvidarlo si uno tiene que probar tantas cosas –dijo Chloe, aún sonriendo con dulzura.

-Oh, sí había mucho para elegir. Hay personas que consideran vulgar una variedad tan amplia de cosas, pero yo no me cuento entre ellas.

-No –coincidió Chloe.

-En mi opinión, servir una buena mesa es una demostración de respeto hacia los invitados.

-Sí, Dolly; creo que tienes razón –intervino Hugo antes de que Chloe pudiera seguir con sus traviesas acotaciones-. Me alegra de que hayas pasado un buen rato.

-Bueno, como tú sabes, no soy muy partidaria de los acontecimientos sociales... desde que falleció mi querido Smallwood .dijo lady Smallwood con un suspiro-. Pero, como he dicho que haría mayor esfuerzo en bien de la niña, lo hice. Nadie podrá decir que reniego de mis deberes –concluyo, yendo hacia la escalera con su paso bamboleante-. Y ahora, si me disculpas, me retiraré. Ven conmigo, Chloe. Si no, mañana estarás agotada. Cuando está cansada, se opaca tu apariencia... y eso no estaría bien.

-Pero no estoy cansada, en absoluto, señora.

-Lady Smallwood sabe lo que dice, muchacha –dijo Hugo-. Imagina lo humillante que sería si su éxito se esfumara antes de que hubiese tenido tiempo de saborearlo.

Chloe le sacó la lengua; sin embargo, se encaminó hacia la escalera en pos de la voluminosa figura de su acompañante.

Hugo sonrió y meneó la cabeza.

-¡Qué noche! Preveo que, en las semanas que vienen, no vamos a ver inundados de jóvenes hechizados, Samuel. Era imposible acercarse a la muchacha desde el momento en que entró en el salón.

-Ojalá que esta señora de compañía no llegue a notar que Chloe está burlándose de ella –acotó Samuel-. Casi todo el tiempo me cuesta mucho trabajo mantenerme serie. Es una atrevida.

-Cierto, pero es irresistible –admitió Hugo, siguiendo a Samuel que traspuso la puerta batiente que daba a la cocina-. Si se torna demasiado irrespetuosa, yo pondré freno a esa conducta –dijo, sentándose junto al fuego y estirando las piernas, mientras observaba, ceñudo, sus pantalones de satén-. Por Dios, Samuel, yo ya no esperaba volver a vestirme de este modo y mostrarme tan deferente y atento con tan insulsas damas en tan insípidas reuniones.

-Sin embargo, lady Carrington me dio la impresión de ser una mujer excelente –observó Samuel, al tiempo que dejará una taza de té junto a Hugo.

-Ah, sí que lo es –coincidió Hugo-. A decir verdad, no fue tan malo. Lo que sucede es que yo creí que ya había acabado con todo eso. Y, en cambio... –suspiró.

Samuel perfumó su té con ron y se sentó frente a él.

-Si casa pronto a la muchacha y se libra de ella, nosotros podremos regresar a Denholm.

-Ése es el objetivo de este ejercicio –repuso Hugo con sequedad, bebiendo té.

Uno de los gatitos le saltó sobre las piernas y, al hacerlo, le empujó la mano y el té se volcó sobre su chaleco blanco.

-¡Maldición! –exclamó, mirando furibundo al gato, que se había instalado en su regazo y ronroneaba-. ¿Cuál es éste?

Samuel se alzó de hombros.

-No tengo ni idea. Y, si lo supiera, no sabría pronunciarlo.

Hugo se echó a reír sin muchas ganas.

-Sospecho que es Ariadna pero no me atrevería a jurarlo.

Se reclinó en su silla y cerró los ojos.

Samuel sonrió para sí y bebió su té. Ese rato que pasaban juntos en la cocina, cuando dejaba de ser territorio del recalcitrante Alphonse, cuyas permanentes batallas con Chloe a causa de las necesidades alimenticias de los animales provocaban cotidianos cataclismos, se había convertido en un ritual de todas las noches.

Samuel sometió a su amigo a un atento, si bien disimulado, examen. Por muy vocinglero que fuese el rechazo de Hugo a la ronda de encuentros sociales, él tenía ahora un aspecto mucho más juvenil y saludable que nunca, desde que había regresado a tierra firme, terminada la guerra.

Sin embargo, Samuel sospechaba que a la vuelta de la esquina aguardaban dificultades. Hugo estaba dichoso: cualesquiera fuesen los sentimientos que albergaba hacia su pupila, le proporcionaban un profundo placer. Con todo, por debajo subyacía la noción, la certidumbre de que esa situación era pasajera. Después de que Chloe se hubiese apartado de su vida, ¿retornaría él al páramo?

Él sabia que la fuerza de Hugo crecía con cada día que triunfaba sobre su adicción. En ocasiones, el viejo marino rogaba que la relación continuase tanto tiempo como fuese posible; en otras, pensaba que cuanto antes tocase a su fin, tanto mejor sería. Cuanto más tiempo se prologara, tanto más duro sería para él romper las cadenas que lo ataban a la muchacha.

Hugo dejó la taza y bostezó.

-Voy a acostarme –anunció. Levantó al gatito y lo sostuvo en alto con la mano-. No –dijo, entornando los ojos-, ahora estoy seguro de que no eres Ariadna. Tú debes de ser Eneas –dedujo, dejando al animalito en el suelo-. Vuelve con tu madre.

El gato inició su tocado con movimientos graciosos, sin ninguna prisa.

Hugo rió y se puso de pie.

-Buenas noches, Samuel.

-Buenas noches, sir Hugo.

Media hora después Hugo estaba en la cama cuando se abrió la puerta de su habitación y una cabeza brillante asomó por ella y un par de ojos del mismo color que la flor del lino chispearon, maliciosos.

-Ah, qué bien: no está dormido.

Hugo dejó a un lado el libro.

-En efecto: como ya me he acostumbrado a tus hábitos, estaba esperándote, ¿Por qué no entras el resto de tu persona en la habitación?

Chloe se escurrió en el interior del cuarto, cerró la puerta con exagerado sigilo y se puso un dedo en los labios.

-No debemos despertar a milady Smallwood, que está soñando con el ponche.

-¡Eres una irrespetuosa! ¿Acaso no tienes respeto por tus mayores y tus superiores?

-Los respeto si, en efecto, son mis superiores –respondió ella-. Lo que no entiendo es por qué el simple paso de los años obliga a los más jóvenes a una sumisión acrítica.

Hugo pensó que esa muchacha carecía por completo de inhibiciones; no era ésta la primera vez que lo pensaba, mientras disfrutaba oblicuamente el examen que ella hacía de su propio cuerpo. Chloe se levantó los pechos, se tocó los pezones, giró de lado, se pasó una mano por el vientre, se estudió la espalda por encima del hombro.

-¿Qué estás mirando, muchacha? O, ¿qué buscas? –preguntó en su voz vibró un temblor de deseo y diversión, a la vez.

-Es que, hasta ahora, nunca me había mirado –respondió ella, seria-. Pienso que tengo un cuerpo muy elegante, ¿tú qué crees?

-No está mal.

-¿Nada más? –preguntó, extendiendo una pierna flexionada en el tobillo-. Anoche, todos esos hombres daban la impresión de pensar que era bastante más.

-Samuel tiene razón: estás volviéndote engreída.

Chloe no hizo caso del comentario.

-Y sólo vieron mi rostro –pensó en voz alta, mientras estudiaba atentamente sus facciones en el espejo.

-Eso es sólo la mitad de la cuestión –admitió Hugo, mientras se preguntaba adónde iría a parar el discurso-. Pero, como tutor estricto, debo decirte que es muy incorrecto especular con el efecto que tu cuerpo desnudo podía ejercer sobre posibles pretendientes, muchacha.

Chloe tampoco hizo caso de esto último y se volvió hacia él.

-¿Te parezco atractiva?

-Yo diría que, a estas alturas, eso está bastante claro.

-Sí, pero yo era la única mujer que estaba cerca –señaló ella-. En Lancashire no tenías con quién compararme.

-¿Adónde diablos quieres llegar, Chloe?

A Hugo se le ocurrió pensar que mostrarse divertido no sería la respuesta más apropiada, sin saber aún qué se traía ente manos.

-En realidad, a ninguna parte.

Permaneció de pie, ceñuda, la vista clavada en la deshilachada alfombra. Las reparaciones realizadas por Hugo sólo habían llegado a las habitaciones de uso público de la casa, y su personal era el estrictamente indispensable para ser aceptado por la sociedad.

-Vamos, muchacha, suéltalo.

-Lady Carrington te resulta atractiva, ¿no es así?

-¿Por qué dices eso?

-Lo he notado por la forma en que la miras cuando está hablando con ella –repuso-. Ella es muy hermosa e ingeniosa. Y me da la impresión de que te gusta conversar con ella.

-En efecto, me gusta conversar con ella.

-Y ella coquetea –dijo Chloe, al tiempo que alzaba su vista de la alfombra-. ¿No es cierto?

Hugo sonrió.

-Sí, es cierto. Las mujeres de su condición suelen hacerlo. Es como un juego.

-Un juego que a ti te gusta jugar.

Sí –admitió él-. Y me agrada jugarlo con lady Carrington.

-Ahá. ¿Y te agradaría hacerle el amor?

Hugo se tironeó de la barbilla, tratando de conjeturar qué era lo que estaba sucediendo.

-Judith Devlin es una mujer casada, muchacha. Y, por lo que veo, una mujer felizmente casada.

-Sí, seguramente. Pero eso uno responde a mi pregunta. ¿Te agradaría hacerle el amor?

Ahora, ella estaba de pie junto al extremo de la cama, sujetándose de uno de los postes, completamente olvidada de su desnudez.

Hugo se debatió consigo mismo y, al fin, se decidió por una respuesta sincera.

-Sí –respondió con sencillez-. Podría imaginarme haciendo el amor con lady Carrington, con gran placer.

-Eso pensaba yo. Estoy segura de que ella debe de saber mucho más que yo en ese sentido.

-Tú aprendes muy rápido, muchacha –dijo él, tratando de levantar su ánimo-. Ven aquí.

Extendió la mano, invitándola a acercarse. Pero Chloe se quedó donde estaba.

-Pero yo no soy una mujer mundana, ni... ni lista, como lady Carrington.

-Ven aquí –insistió él, inclinándose hacia delante, tomándola por la cintura y haciéndola caer sobre la cama, junto a él-. No, no eres mundana, y estarías muy errada si pretendiese serlo. ¿Por qué te comparas con una mujer diez años mayor que tú? Si quieres compararte hazlo con debutantes como tú.

-Es que a ti no te interesan las debutantes –dijo ella, recostada a su lado, un poco tensa-. Y yo me comparo con las mujeres que a ti te interesan.

-Aaaah –exclamó él, incorporándose. Supo que era momento de hablar claro-. Pienso que será conveniente que aclaremos algunas cosas, Chloe. Todo esto de venir a Londres fue

un plan pensado por ti, según recuerdo. Lo que tú deseas es encontrar un marido complaciente que te permita contralor tu fortuna y, en consecuencia, tu propia vida. ¿No es así?

Hugo contempló a la muchacha, que aún yacía quieta, en la cama, con sus ojos apretadamente cerrados.

-Chloe, abre los ojos y siéntate.

Al ver que ella no lo obedecía de inmediato, él tiro de ella y la obligó a sentarse. Y Chloe abrió los ojos, puesto que le parecía ridículo mantenerlos cerrados estando sentada.

-¿No es así? –repitió.

-Lo era –admitió ella-. Pero, ¿por qué no puedes casarte conmigo y entonces...?

-¡Pero que absurdo! –interrumpió él-. Jamás he oído una ridiculez más loca. Yo tengo treinta y cuatro años, hija mía, y un hombre de treinta y cuatro años no es buen marido para una niña de diecisiete... aún cuando yo quisiera tal cosa.

-¿No te casarías conmigo?

Si bien la pregunta había sido pronunciada en voz suave, los ojos de Chloe estaban oscurecidos, como si ella esperara que él la hiriese.

-Yo no pienso casarme con nadie –dijo él-. Y ya te lo había dicho antes. Nosotros estamos aquí porque tú lo quisiste... y porque así estás fuera de la órbita de tu hermano. Disfrutarás tu presentación en sociedad del mismo modo que cualquier otra muchacha de diecisiete años en su primera temporada y, si nos guiamos por el modo en que fuiste recibida anoche, tendrás más ofrecimientos de matrimonio de los que puedas abarcar. Nuestro trabajo se reducirá a elegir el más apropiado para ti.

-Pero, ¿y nosotros?

-¿Qué pasa con nosotros? –inquirió él con súbita aspereza, al advertir lo resbaladizo del terreno-. Yo he quebrantado cada una de las reglas de la conducta honorable, Chloe. Y fui lo bastante débil como para permitirte que inventaras esto. Pero me he jurado que no dejaría que eso te dañara. Te casarás y darás vuelta la página; es de esperar que esto se convierta en un episodio que sólo te dé gratos recuerdos. Y nunca dirás nada, a nadie.

-Pero yo no quiero que se acabe –protestó, mirándolo con una franqueza dolorosa y apoyando la mano en el muslo de Hugo-. Por favor, dime, ¿por qué debe terminar? Yo me esforzaré de verdad por ser una buena esposa; podría aprender a ser como lady Carrington...

-¡Por el amor de Dios, Chloe, basta! Yo no quiero que tú seas como lady Carrington. No quiero una esposa, ¿no lo entiendes? –la apremió, poniéndole las manos sobre sus delgados hombros y dándole un leve sacudón-. No me involucraré más de lo que ya lo estoy en este embrollo. Cuanto antes encuentres y marido y empieces a llevar una vida correcta, tanto más feliz me sentiré. ¿Lo entiendes?

-¿Quieres librarte de mí?

-Estás torciendo el sentido de mis palabras.

-Creo que no –replicó ella, librándose de sus manos y levantándose-. Tú dijiste que era un embrollo.

Se inclinó para recoger el camisón.

Hugo suspiró y se pasó una mano por los ojos.

-Y lo es... ¿Acaso no comprendes lo incorrecto que es, pequeña tonta? Habrá quienes digan que he mancillado a mi pupila y mucha gente estaría de acuerdo con eso.

-Tú no creerás eso, ¿verdad?

La cabeza de Chloe apareció entre los pliegues del camisón y sus ojos se clavaron en el rostro de él.

-Es verdad –dijo él, sin rodeos-. Pero las verdades no siempre son el total de la historia.

-¿Por qué no quieres casarte con nadie?

-Esto ya está poniéndose tedioso –dijo él, en tono aburrido.

-Es que quiero saber –declaró ella, acercándose a la cama-. Creo que tengo derecho a saber.

-Ah, ¿sí? –exclamó él, ya enfadado, tanto por la belicosidad de ella como por su insistencia en tocar una cuestión que era preferible mantener en la oscuridad, aun ante sí mismo-. ¿Y podría saber, mi impertinente chiquilla, en qué se apoya ese derecho? ¿Acaso supones que tu presencia en mi cama te acredita para fisgonear y meterte en mis pensamientos y sentimientos íntimos, sean lo que sean?

Chloe enrojeció intensamente.

-No quise decir eso.

-Entonces, ¿qué quisiste decir?

-No sé –respondió ella. Sin embargo, ese era, exactamente, lo que había querido decir, aunque sonaba espantoso cuando era dicho escuetamente y en términos despectivos. Se sintió como la chiquilla que él la había acusado de ser, y a quien habían puesto en su lugar, y se volvió hacia la puerta musitando un-: Buenas noches.

Hugo no hizo ademán de detenerla. Maldijo en voz baja con un breve taco de establo y se preguntó cómo era posible que no hubiese previsto tan lamentable complicación en una situación que ya, de por sí era intrincada.

Se había convencido a sí mismo de que ella no hacía otra cosa que probar las alas en el aspecto sexual de su vida y que él estaba dándole la oportunidad de hacerlo con seguridad. Y él mantenía sus propios sentimientos bajo riguroso control. Chloe, en cambio, estaba comenzando a atisbar un futuro posible para la relación entre ellos; por lo tanto, él tendría que tomar severas medidas para sacarla de su error.

Comprendió que ella misma había puesto el método en sus manos. Si ella lo veía entregado a superficiales juegos de seducción con sofisticadas mujeres mundanas, Chloe comprendería mucho mejor que con las palabras. Eso disminuiría la intensidad de la relación entre ellos y, por cierto, ayudaría a que él ocultar el sesgo obsesivo, torturante que había adquirido su deseo por ella.

¿Cómo podría explicarle que había infinitas barreras que se interponían ante el casamiento de ellos? Él era el asesino de su padre; había amado a su madre quien, por su parte, había dejado en sus manos el futuro de la hija; él traicionaría groseramente esa confianza si impedía que ella accediera a cualquier destino un poco inferior al que por su belleza y su fortuna merecía ; él la doblaba en edad y carecía de fortuna; él era su tutor y, en consecuencia, toda norma ética prohibía que él se aprovechase de sea relación para mejorar sus propias circunstancias.

Hugo había hecho muchas cosas despreciables en su vida, pero hasta para su apetito resultaba repugnante atar a una inocente y apasionada joven a un hombre que la doblaba en edad, a un hombre que había participado en los juegos en la cripta y que había matado a su padre.

Se inclinó para soplar la vela y se acostó en la oscuridad, esperando que el sueño fuera bondadoso con él. Después de un rato, volvió a encender la vela, se incorporó sobre las almohadas y reanudó la lectura de su abandonado libro. Pocos minutos después, la puerta se abrió.

-¿Quieres jugar al backgammon?

Ahí, en la puerta, estaba Chloe con una sonrisa tímida en sus labios, una sonrisa que él no pudo resistir. Ya había exhibido suficiente severidad por una noche.

-Mala –la regañó-. ¿Por qué no estás durmiendo?

-No puedo –respondió ella, tomando su tono como una invitación. Cerró la puerta y se acercó-. Me siento desdichada. No tengo intención de fisgonear y entrometerme, tampoco de ser impertinente.

Él dejó el libro a un lado.

-Ven aquí.

Ella se sentó en la cama, junto a él, manteniendo esa actitud tímida y con una dolorosa interrogación asomando a sus ojos.

-¿Todavía estás enfadado?

No, pero quiero que me escuches con mucha atención. Esa clase de conversación es absolutamente absurda. Si vuelves a mencionar algo así, el único contacto que habrá entre nosotros será el que corresponde a un tutor con su pupila. ¿Está claro?

Chloe hizo un gesto afirmativo.

-De ahora en adelante, quiero que disfrutes con todo lo que Londres y la temporada puedan ofrecerte –siguió diciendo él, mientras la rodeaba con un brazo. De inmediato, ella se acurrucó contra él exhalando un breve suspiro de alivio-. Quiero que hagas montones de amigos, que coquetees, que bailes, que vayas a meriendas en el campo y a fiestas, que te rodees de admiradores, que te hartes de todas las diversiones posibles. ¿De acuerdo?

En ademán juguetón, él rozo la mejilla de la muchacha con uno de sus rizos dorados como un soberano.

-De acuerdo –dijo ella, rozando delicadamente las tetillas de él con la yema de un dedo-. Si no hay más remedio...

Hugo rompió a reír.

-Acabo de darte permiso para que te diviertas sin cortapisas, y lo único que se te ocurre decir es: si no hay más remedio...

Ella inclinó la cabeza y lamió una tetilla de Hugo.

-En tanto tenga permiso para hacer esto –replicó, girando la cabeza sobre el pecho de él para mirarlo y para que él pudiera ver la malicia sensual de esos ojos que antes había expresado tanto dolor-. ¿O prefieres jugar al backgammon?

Cuando regresó a su cama, bastante tiempo después, Chloe permaneció acostada, insomne, contemplando el amanecer por su ventana sin cortinas. Ella había decidido que se casaría con Hugo Lattimer. El único problema era cómo lograrlo.

Ella había decidido que se convertirían en amantes y lo había logrado, a pesar de la vigorosa oposición de él; en consecuencia, no creía que hubiese razones para no poder conseguir también este nuevo objetivo.

Para ello, tendría que adormecer la vigilancia de él dándole un falso sentido de seguridad, como había hecho con el otro tema. Obedecería las órdenes de él al pie de la letra, se entregaría a cualquiera de los placeres y aventuras que aparecieran en su camino, alentaría a sus pretendientes y sería tan indiferente a la convenciones como le apeteciera. Entonces, Hugo bajaría otra vez la guardia y olvidaría que ella alguna vez había hablado de matrimonio.

Con picardía, ella lo empujaría hacia la distracción. Él jamás advertiría el próximo paso que ella daría y lo último que se le ocurriría pensar era que ella seguía atesorando la idea de una boda con él. Y entonces, en el momento justo...

Chloe se estiró, lánguida, bostezó y se acurrucó bajo la manta. En el momento justo, ella actuaría y saldría airosa. Como Hugo no sabía qué era lo más conveniente para ellos, ella tendría que hacérselo saber.

Capítulo 19

Nuestra excursión de compras ha sido de lo más satisfactoria -afirmó Chloe, irrumpiendo en la biblioteca; su nariz apenas asomaba encima de la pila de cajas de sombreros-. ¿Te muestro lo que hemos comprado?... Oh, perdóname, por favor.

Apoyó en silencio los paquetes sobre el sofá y se sentó a escuchar a Hugo, que estaba tocando una sonata de Haydn.

-Lo siento mucho -dijo, cuando se extinguieron las últimas notas-. Cuando entré, no oí que...

-No importa -dijo él, girando sobre el banco-. Y, ya que hablamos de eso, hace uno o dos días

que no te oigo tocar.

-He estado muy ocupada -se excusó Chloe, sin mucha convicción-. El aldabón está sonando constantemente, y hubo una ascensión en globo, y con tantas compras...

-¿Esta tarde, quizás?

-Sí, esta tarde... sólo que...

-¿Sólo que...? -continuó él, enarcando una ceja a modo de interrogación.

-Que me he comprometido para ir a cabalgar por el Hyde Park con Robert, Miles y Gerald.

-Y tu acompañante, supongo.

La imagen del trasero de la señora Smallwood bamboleándose sobre el lomo de un caballo hizo estallar a Chloe en carcajadas.

-No, pero la hermana de Robert vendrá con nosotros, de modo que será una salida inobjetable.

-Qué alivio.

El tono seco con que lo dijo provocó una mueca a Chloe.

-¿Estás contrariado por el tema de la música?

-Más bien diría que decepcionado -rectificó él, alzándose de hombros-. Pero yo te había dicho que la decisión sería siempre tuya.

-Oh, ahora siento una culpa horrible.

Su expresión era tan abatida que él no pudo menos que echarse a reír.

-Ésa fue mi intención, muchacha.

Ella le arrojó un cojín en el preciso momento en que lady Smallwood entraba en la habitación.

-¡Niña! --exclamó-. Hugo, francamente, no deberías permitir...

-No lo permito, señora -cortó él, al tiempo que se inclinaba para recoger el cojín-. Es que no se me ha pedido permiso -dijo, arrojándole de vuelta el objeto a Chloe-. Mi pupila es una chiquilla desvergonzada, perezosa y complaciente consigo misma.

Lady Smallwood se desplomó en un sillón de orejas y se abanicó con la mano.

-Tú puedes reírte, pero ése no es el modo de comportarse en sociedad: arrojar almohadones a las personas. ¿Qué vendrá a continuación?

-Oh, le ruego me perdone, señora -dijo Chloe, incorporándose de un salto y dando a la señora un beso de auténtico afecto que jamás dejaba de ahogar hasta sus críticas más ásperas-. Hugo estaba regañándome por no practicar más música.

-Bueno, Dios me perdone, pero ése no es motivo para arrojar cojines -observó la señora, sacudiendo su cabeza-. ¡Y eso vale para los dos!

-Cuánta razón tienes, Dolly -admitió Hugo, mientras se levantaba del taburete del piano-. Permíteme que te sirva una copa de rosoli. Sin duda, lo necesitarás, después de haber ido de compras con Chloe. Muchacha, si quieres, tú puedes beber jerez.

Llenó dos copas y volvió asentarse.

-Y bien, veamos qué han traído de su expedición.

Lady Smallwood inspiró una portentosa bocanada de aire, y Hugo sintió que el corazón se le iba a los pies.

-¿Señora?

-Hugo, debo decir que yo no estoy de acuerdo con nada... nada de lo que ha comprado Chloe. Y no he logrado ejercer la menor influencia sobre ella.

Bebió un sorbo de rosoli y se enjugó los labios con un pañuelo.

-Bah -exclamó Chloe, con su lamentable falta de formalidad-. He comprado una hermosísima chaqueta, un bolso de red y un ramo de flores artificiales. Ah, y un sombrero y un vestido de noche... no te imaginas qué elegante es, Hugo.

-Estoy seguro de que no puedo imaginarlo -musitó él, sombrío, pero Chloe siguió de largo.

-Lamentablemente, fue necesario modificarlo y por eso no he podido traerlo a casa, pero la modista ha prometido que lo tendré mañana por la tarde, de modo que podré llevarlo en la soirée en Bellamy.

Lady Smallwood soltó un débil gemido, y Hugo dedujo, con creciente pesar, que debía de ser peor de lo que él imaginaba. Se preparó para la batalla.

-Muéstrame qué hay en las cajas.

-Éste es el sombrero -anunció Chloe, levantando la tapa de una sombrerera y extrayendo de ella un objeto enorme, confeccionado con seda negra y roja, fruncida y acolchada. Se lo encasquetó sobre la cabeza y ató las cintas con ademán pomposo-. ¿No es estupendo? Y se usa junto con la chaqueta.

Esta última prenda era de satén negro a rayas, con cordoncillo rojo en las mangas.

Hugo clavó la vista, boquiabierto, en esa visión negra y escarlata que tenía ante sí. Si bien el sombrero o la chaqueta no tenían nada de vulgar, puesto que en una casa frecuentada por lady Smallwood la vulgaridad no tenía lugar, ahogaban la exquisita frescura de la belleza de Chloe.

-El negro no es un color para debutantes -dijo él, al fin.

-Bah -volvió a exclamar Chloe-. Es sofisticado. A mí no me atrae nada esos colores remilgados à fa jeune fille. Éstas son las flores. Me pareció que quedarían bien con la chaqueta.

Sostuvo con la mano un complicado ramo de orquídeas doradas que deslucía por completo la forma perfecta de sus pechos.

Hugo dijo, cauteloso:

-Descríbeme el traje de noche, Dolly, por favor.

-Oh, es adorable...

-No te he pedido a ti, Chloe -interrumpió él con sagacidad-. No me cabe duda de que para ti es adorable. Y bien, señora... Descríbelo con toda la precisión que puedas.

Lady Smallwood se estremeció.

-Es a rayas en púrpura y turquesa, bordado con perlas en forma de lágrima... y creo que tiene una trencilla en el dobladillo y otra similar en el escote... que cae sobre los hombros, haciendo las veces de mangas. Se me ocurre que algunas mujeres podrían llevarlo de un modo impresionante, pero no Chloe pues, por otra parte, es muy poco apto para una debutante.

-Es vistoso -afirmó Chloe-. Y yo quiero estar vistosa.

-No lo harás, mientras yo siga siendo tu tutor -afirmó Hugo, por su parte, y se puso de pie-. Y ahora, devolveremos la chaqueta, el sombrero y las flores, después iremos a ver a la modista y cancelaremos el encargo del vestido de noche. Dirigida por mí, ya que no quieres aceptar la guía de tu acompañante, elegirás prendas menos llamativas.

-¡No! -exclamó la muchacha, con más vehemencia que la habitual-. No las devolveré. ¿Por qué crees que tú sabes mejor que yo lo que me conviene, Hugo?

-Ojalá lo supiera -replicó él, suspirando. Después miró a su prima-: Señora, en tu lugar, yo me retiraría; tengo la sensación de que esto se pondrá feo.

Lady Smallwood miró primero el semblante tenso y los ojos indignados de Chloe y luego las facciones serenas y decididas de Hugo y aceptó el consejo. Había descubierto que le resultaba imposible torcer la voluntad de la muchacha y que sus puntos de vista resistían toda orientación. Por eso, sintió alivio al dejar el conflicto en manos del tutor de la muchacha que, sin duda, serían más fuertes que las suyas.

-Hugo, ¿por qué tienes que ser tan estricto? -estalló Chloe, no bien se cerró la puerta tras la marcha de su dama de compañía-. ¿Por qué no puedo usar lo que me guste?

-Porque lo que a ti te gusta es completamente inapropiado -respondió él-. No entiendo por qué has nacido sin el menor sentido de lo que te sienta o de lo que es socialmente adecuado pero, al parecer, así es. En consecuencia, tendrás que aceptar el juicio de los que sabemos elegir.

-No lo aceptaré -insistió Chloe, rebelde, acariciando las mangas de seda de la chaqueta-. En mi opinión, esta chaqueta me da un aspecto sofisticado... y no cancelaré el pedido del vestido de noche para comprar una de esas cosas insípidas, digas lo que digas.

-Oh, Chloe, no arrojes el guante -dijo él, engatusador-. Esa actitud hace que todo sea tan fastidioso... -dijo, tendiéndole la mano-. Ven, dame un beso, hagamos las paces y salgamos a elegir un vestido bello de verdad. No tiene por qué ser insípido.

Chloe se mantuvo en sus trece, sintiendo que dentro de ella se debatían el disgusto de reñir con Hugo y su rígida resistencia a someterse a él en este aspecto. Ya había visto lo suficiente de Londres para saber qué usaban las mujeres sofisticadas y no convenía a sus planes con respecto a Hugo que él quisiera verla como a una joven debutante. Él tenía que comprender que ella era lo bastante madura y lo suficientemente avispada como para ser una esposa perfecta, a pesar de la diferencia de edades entre ambos. Ella no era ninguna virgen ruborosa, después de todo. Entonces, ¿por qué tendría que vestirse como si lo fuera?

-No entiendo por qué tengo que soportar tu intromisión en algo tan personal como mi guardarropa dijo ella, por fin-. He pasado toda mi vida cubierta de sarga marrón; ahora que debería poder comprar lo que me dé la gana; tú me dices que no puedo. No es justo.

Hugo suspiró y desistió de sus intentos por conciliar.

-Justo o no, es así, muchacha. Mientras las riendas estén en mis manos, tendrás que hacer las cosas como yo lo disponga, tanto en este sentido como en todo lo demás. Y ahora, salgamos.

Fue hacia la puerta y dejó a Chloe en la biblioteca, luchando contra su mortificación.

Luego, lo siguió al vestíbulo pisando con fuerza; vio que él estaba ordenando a Samuel que hiciera traer el carrocín.

-No sé para qué necesitas que vaya contigo puesto que no puedo expresar mi opinión. Es una pérdida de tiempo.

Ese tono, inopinadamente petulante, hizo que Hugo y Samuel se volvieran. El primero dijo con severidad:

-No te comportes como una chiquilla. Chloe se sonrojó y se volvió, tragándose las lágrimas mientras volvía a oír su tono y sus palabras en su imaginación. No era de extrañar que Hugo rehusara casarse con ella. ¿Qué hombre maduro querría casarse con una chiquilla petulante?

Cuando vio el aire contrito de Chloe, Hugo sonrió para sus adentros. No tenía mucho sentido castigar a una muchacha de diecisiete años por comportarse como tal.

-¡Eh! Dijo con suavidad.

Ella se volvió hacia él con lentitud

-Lo siento -dijo.

-Ve a buscar tu sombrero; saldremos a hacer unas compras como es debido. Te aseguro que no te decepcionarás.

-Sí, me decepcionaré -dijo ella, aunque haciendo un evidente esfuerzo por dar un tono humorístico a sus palabras.

Ya resignada, Chloe salió con él. En la esquina los aguardaba el carrocín. Hugo había aceptado comprar un carrocín, un tronco de caballos, un birlocho con su tronco, también, para Chloe y su dama de compañía. Y aunque él sabía que la sociedad miraría con recelo un hogar elegante que contara con algo menos que eso, Hugo se sentía muy incómodo por el gasto hecho para adquirir un vehículo para su uso personal, pagado con el dinero de su pupila.

En el preciso momento en que él estaba ayudándola a subir se oyó un saludo pronunciado a gritos por parte de dos jinetes que estaban en la calle, a cierta distancia.

-Ah, son Gerald y Miles -dijo Chloe, saludando con la mano-. Olvidé que iríamos a cabalgar.

Los dos jóvenes tiraron de las riendas y saludaron con inclinaciones de cabeza.

-Buenas tardes, sir.

Saludaron a Hugo con puntillosa formalidad pero no apartaban la vista de Chloe.

-La señorita Gresham ha tenido la amabilidad de acceder a cabalgar en el parque -dijo uno de ellos, con cierto desconsuelo-. ¿Acaso has cambiado de idea, Chloe?

-Me temo que su tutor ha considerado que existe otra prioridad. -dijo Hugo, sonriendo con afabilidad a los dos jovenzuelos.

Ambos llevaban almidonadas corbatas y relucientes sombreros de castor; sus frescos rostros desbordaban salud y energía.

Cruzó por su mente un fugaz recuerdo de cuando él tenía esa edad. Entonces, sus placeres se daban dentro de la Congregación; no era un rostro fresco el de Hugo en esos días. La mayor parte del tiempo, su cara estaba macilenta, sus ojos opacos, su cerebro enturbiado por las sustancias extraídas de las hierbas y por el alcohol, su cuerpo estragado por los excesos sensuales.

–Tenemos que ir de compras -explicaba Chloe.

En ese momento, ella lanzó una mirada a Hugo y sintió que, otra vez, un frío trepaba por su espalda: él tenía esa expresión que la aterraba. Entonces, le apoyó una mano en el brazo y sintió como regresaba, con esfuerzo, de ese sombrío territorio en el que se hundía en esas ocasiones.

-Me temo que son compras necesarias -dijo él a los dos jinetes, enfatizando con un cabeceo-. Lamento haber estropeado sus planes.

-Oh, no es nada, sir -dijo Miles Payton, en tono poco convincente-. ¿Tal vez mañana, Chloe?

-Sí, mañana por la tarde -respondió ella-. No permitiré que nada me lo impida... ni siquiera sir Hugo.

Los miró, alzando la vista desde debajo del espeso fleco de sus pestañas mientras su boca se curvaba en una hechicera y provocativa sonrisa.

Al verla, Hugo pensó que cuando le había dicho que coqueteara, no había imaginado que ella lo haría con tanto entusiasmo o que demostraría tanta experiencia. No le asombraron las expresiones embobadas de los dos presuntos enamorados.

-Arriba -dijo Hugo, poniendo su mano bajo el codo de Chloe.

Chloe subió de un salto al vehículo con una velocidad que no disminuyó la gracia de sus movimientos.

-Os veré esta noche en Almack's -comunicó ella alzando la voz, mientras Hugo daba a los caballos la orden de partir.

-Tú me prometiste el primer vals -dijo Gerald, llevando su caballo junto al carruaje que avanzaba por la calle al trote de sus animales.

-No, me lo prometiste a mí -contradijo Miles con calor, colocándose del otro lado.

Hugo arqueó las cejas preguntándose cuánto tiempo tendría que soportar estos dos acompañantes rivales.

-Muchacha, será conveniente que resuelvas rápidamente esta disputa antes de que giremos en la calle Park: es demasiado estrecha para llevar jinetes acompañantes.

-A decir verdad, no puedo recordarlo -dijo ella, riendo-. Os sugiero que arrojéis una moneda. Yo aceptaré el resultado; espero que vosotros también.

Giraron en la calle Park, y los acompañantes se quedaron atrás.

-Qué vergüenza -reprochó Hugo en tono afable-. Qué coqueta terrible; es indecoroso ofrecer a dos hombres la misma pieza.

-Estoy segura de que no lo he hecho -replicó ella con sonrisa complacida-. Ellos se pelean sin cesar por mí. De todos modos, yo creo que mi sugerencia fue muy equitativa.

-Muy equitativa -admitió él-. Me alegra ver que has recuperado el buen humor.

Como Chloe estaba ansiosa por reparar su conducta petulante de hacía un rato, no se resistió a los cambios de prendas propuestos por Hugo. Si bien dirigió una mirada de añoranza al vestido de noche que el1a había elegido, cuando la modista le mostró otro de tafetán rojo cereza sobre una media enagua rosada bordada con perlas en forma de semil1as, no tuvo más remedio que admitir que le iba muy bien.

Cuando partieron de Three Kings Yard y giraron por la calle Brook, el trato entre ambos había mejorado mucho.

-¿Qué pasa?

Chloe se inclinó hacia delante al mismo tiempo que Hugo profería uno de sus cortos tacos de marino y frenaba los caballos.

Una pequeña turba bajaba por la calle en dirección a el1os blandiendo estacas y gritando. Se detuvieron ante una de las altas casas de frente doble; entonces, voló una piedra que se estrel1ó contra la puerta principal. La turba ascendió la escalinata y el volumen de sus gritos aumentó. Voló otra piedra que hizo trizas una ventana de la planta alta. Alguien golpeó furiosamente la puerta con una estaca.

-Están atacando la casa de lord Douglas -dijo Hugo-. Cosas parecidas están sucediendo en toda la ciudad.

-¿Lord Douglas?

-El jefe del gabinete -informó él, mientras pensaba si sería mejor volver atrás o pasar en medio de la multitud.

A su juicio, la gente estaba furiosa pero no enloquecida. Sin embargo, ¿cómo reaccionarían si dos odiados aristócratas pasaban entre ellos? En los últimos meses, estos ataques de pequeños grupos a las casas de los ministros del gobierno se habían hecho frecuentes. La masacre en St. Peter's Fields, ahora conocida como Peterloo, en irónica alusión a Waterloo, la gran victoria de Wellington, había provocado odios, como era lógico que sucediera. Entre los miembros del gobierno había muchos que estaban tan espantados por esa salvaje represión como podían estarlo las propias víctimas y los integrantes del movimiento reformista. Pero las víctimas hambreadas de la clase trabajadora, que sufrían represivas leyes laborales y duros patronos, no podían establecer una distinción entre aquellos gobernantes que simpatizaban con ellos y los que sólo pretendían hundirlos aún más en el Iodo de la pobreza y la impotencia.

-Sigue adelante -dijo Chloe-. No nos harán daño; quiero oír lo que gritan.

-No tengo intenciones de exponerte a...

-Yo estuve en Peterloo -interrumpió ella-. Estoy del lado de ellos.

Él titubeaba aún cuando ella se bajó de un salto y corrió por la calle, en dirección a la multitud.

-¡Chloe!

Hugo entregó las riendas a su cochero y saltó a la calle, en pos de ella. Chloe se había zambullido en medio de la turba cuando él sólo había llegado a la periferia del grupo.

-Eh, ¿qué pasa con usted, patrón? -quiso saber un hombre robusto-. ¿Está visitando los barrios bajos para divertirse?

Agitó su estaca y su aliento cargado de cerveza rodeó a Hugo.

-No, como tampoco lo hace usted -repuso Hugo, sin rodeos.

El tropel de gente no tenía una dirección clara. Arrojaron algunas piedras más, sonaron gritos burlones, luego la turba se arremolinó y se dispersó.

Cuando la multitud se abrió, él vio que Chloe estaba sentada en uno de los peldaños de la entrada de la casa del ministro; rodeaba con el brazo a una chiquilla temblorosa.

-La próxima vez que te lances a la ventura, por tu propia cuenta, conocerás la medida completa de mi disgusto, Chloe -declaró Hugo, furioso-. Estoy harto de estas precipitadas correrías que te llevan al centro de cualquier disturbio.

-Estaba tendida en la calle -dijo Chloe, como si no hubiese oído una palabra del discurso-. Y está esperando un hijo, aunque ella misma es una niña. Mira qué flaca está y cuánto frío sufre.

Ella frotaba con vigor los delgados hombros de la chiquilla.

Hugo admitió su derrota: incluso en los comienzos de su experiencia bélica había aprendido a reconocer cuándo tenía las probabilidades en contra. La niña que Chloe abrazaba no tendría más de trece años, aunque parecía tener apenas diez. Su prominente barriga tensaba la deshilachada tela de su fustán a rayas, única protección contra el punzante viento otoñal. Tenía los labios azulados en medio de un rostro dolorosamente delgado y ceniciento; sus pies estaban tan descalzos como cuando había nacido.

No se molestó en deducir cómo habría hallado Chloe a este despojo de la sociedad. Él tenía la sensación de que ella los atraía del mismo modo que un imán atrae al hierro... ¿o sería a la inversa? Lo mismo daba; él sabía que tendrían que dar alojamiento a la chiquilla; no creyó sensato iniciar una discusión inútil.

-Ven.

Se encaminó de vuelta al carruaje, que su cochero había llevado hasta la casa.

Chloe ayudó a la niña a ponerse de pie; en tanto, le murmuraba palabras de aliento llevándola hacia el coche.

En el momento en que Hugo se movió para ayudarla a subir al carruaje, la joven lanzó una exclamación de horror y se echó hacia atrás.

-No pienso entrar ahí. ¿Adónde me llevan? No he hecho nada malo... No quiero ir a Bridwell.

Los ojos de ella estaban dilatados de terror en su rostro sucio; forcejeaba, lanzando puntapiés a Hugo mientras él trataba de contenerla.

-Tranquila -dijo Chloe, tomándola de la mano-. Nadie te hará daño. Nadie te llevará a Bridwell. Te llevaremos a mi casa; allí estarás abrigada y podrás comer algo. ¿Cuándo comiste por última vez?

La niña dejó de forcejear y sus ojos miraron de hito en hito a uno y otro.

-No sé.

-Te prometo que no te haremos daño -repitió Chloe-. Después de que hayas comido algo y hayamos encontrado algo de ropa para ti, podrás ir adonde quieras. Te lo prometo.

-¿Sois de esos benefactores? -preguntó la niña-. Ya he estado con tipos como ésos. Muchos sermones y nada de comer, salvo un mendrugo de pan y algunas gachas... y no te los dan si no reconoces que eres una mujer perdida y no te arrepientes de serio.

-Oh, yo también soy una mujer perdida -exclamó Chloe, alegre, sin notar que Hugo contenía una exclamación-. Por lo tanto, estarás a salvo de sermones. Además, yo detesto las gachas; no las encontrarás en nuestra casa.

Hugo cerró los ojos, expresando su desesperación.

-¡Ni una palabra más! -advirti6, irritado, viendo como el cochero aguzaba el oído-. No tienes ni una pizca de discreción. ¡Arriba! -ordenó, soltando a la nueva presa de Chloe y tomando por la cintura a su pupila para meterla en el vehículo--. ¿Tú vienes? -preguntó a la chiquilla embarazada que, al verse libre, había retrocedido.

-Qué remedio me queda -respondió la niña-. Pero, ¿no iremos a Bridwell?

-¡No! -replicó Hugo, impaciente-. No iremos.

La muchacha se introdujo en el coche, un tanto repleto, valiéndose de la mano de Hugo.

-Andando -ordenó al fascinado cochero, cuando vio que él tomaba las riendas.

-Muy bien, patr6n.

Con el rostro iluminado por una alegre sonrisa, el muchacho soltó a los caballos y corrió a treparse a su sitio, en la trasera del vehículo, que ya enfilaba por la calle Brook.

Chloe se aplastó en el asiento de modo de hacerle lugar a la nueva pasajera que estaba a su lado. En consecuencia, quedó muy cerca de Hugo, quien la miró como para asegurarle que recibiría lo suyo. Ella le dirigió una sonrisa vacilante y se apretó más de modo que su muslo quedase pegado al de él. Sin embargo, la expresión de Hugo no se ablandó.

Chloe dirigió su atención a la niña.

-¿Cómo te llamas?

-Peg.

-¿Cuántos años tienes, Peg?

-No sé.

-¿Dónde vives?

-En ninguna parte.

Se encogió de hombros y se dobló sobre el vientre, cruzando los brazos desnudos para protegerse del viento frío.

-¿No tienes hogar?

Peg volvió a alzarse de hombros.

-A veces, duermo en lo de mi nodriza. Ella es cocinera en una casa grande; a veces, me deja dormir en el lavadero. Pero el ama de llaves tiene un carácter imposible; si ella llegara a encontrarme, despediría a mi nodriza sin darle recomendación.

-¿Y qué hay del padre del niño?

-¿Qué pasa con él?

-Bueno... ¿dónde está?

-No sé. No sé quién es.

-Ah

Las ramificaciones de esa última respuesta dejaron muda a Chloe.

Al llegar a su casa, Hugo tiró de las riendas y se apeó de un salto. Ayudó a sus pasajeras a hacer lo propio y luego entró en la casa tras ellas.

-¿Qué diablos...? --exclamó Samuel, contemplando boquiabierto a la recién llegada, quien estaba transfigurada por el terror al ver que Dante apoyaba sus enormes manos sobre los hombros de Chloe y le lamía la cara, dándole un eufórico recibimiento.

-No habrás pensado que la cosa acabaría en un cachorro de oso, ¿verdad? -dijo Hugo, irónico-. Estoy seguro de que la señorita Gresham no estará satisfecha hasta que haya convertido mi casa en una mezcla de maternidad y asilo de huérfanos, además de centro de rescate de animales.

Se volvió hacia Chloe.

-Ocúpate de tu protegida; después, ve a la biblioteca. Tengo que decirte un par de cosas.

Tras pronunciar esto último, enfiló hacia la mencionada biblioteca y cerró de un portazo.

-Y ahora, ¿qué has hecho? -dijo Samuel.

-No se trata tanto de lo que he hecho como de lo que he dicho -repuso Chloe, haciendo una mueca. A continuación, se encogió de hombros-. Bueno, dejaré esa preocupación para más adelante. Déjame, Dante. Sí, yo también te amo pero sucede que estás asustando a Peg -dijo, sonriendo con calidez a su protegida y presentándola-: esta es Peg, Samuel.

-Ah, ¿sí? -dijo Samuel, mirando a la niña con escaso entusiasmo-. Apostaría a que no vale gran cosa.

-¿Y a usted qué le importa eso? -preguntó, airada, Peg.

De cualquier modo, detrás de la actitud hostil, Samuel detectó a un ser patético y desnutrido.

-Ella está hambrienta -informó Chloe-. La llevaré a la cocina y le daré algo de comer, aunque estoy segura de que Alphonse pondrá objeciones con su habitual petulancia. Después, pienso que deberíamos calentar un poco de agua para que ella pueda darse un baño, mientras yo busco ropa.

-¿Baño? -chilló Peg-. No quiero un bañó.

-Ven conmigo, niña -dijo Samuel-. La señora Herridge sabrá qué es lo mejor para ti. Muchacha, yo, en su lugar, iría directamente ala biblioteca y afrontaría la tormenta. Cuanto más tiempo tenga él para darle vueltas, tanto peor será.

-Supongo que tiene raz6n -dijo Chloe, aún vacilando. La señora Herridge, el ama de llaves, era una mujer de carácter bastante inflexible. Sin embargo, Alphonse soportaba mucho mejor la presencia de ella en la cocina que la de Chloe y la de los diversos seres que de ella dependían- Ve con Samuel, Peg -dijo-. Ellos te atenderán en la cocina; cuando te sientas mejor, hablaremos de lo que harás después.

-No me llevarán a Bridwell. Peg miraba a Samuel con gesto hosco pero, bajo esa hosquedad, se adivinaba una incertidumbre que lindaba con el terror.

-¿Y por qué habría yo de hacer algo semejante? -preguntó el hombre, sacudiendo la cabeza-. Ven, muchacha, vamos a meter un poco de alimento en ese cuerpo tuyo. En este momento, hay dos que tienen hambre.

Chloe se quedó observando cómo Peg, todavía vacilante, trasponía con Samuel la puerta que daba a la cocina; después enderezó los hombros y fue hacia la biblioteca. Dante se dirigió sin dudar a su sitio de costumbre, sobre la alfombra que había junto al hogar, y allí se desplomó lanzando un fuerte suspiro.

-¿Cómo tienes el atrevimiento de decir algo semejante? -preguntó Hugo, sin darle tiempo a cerrar la puerta, siquiera-. ¿Cómo puedes ser tan infantil y tan desconsiderada? Jamás había oído unos comentarios más ofensivos, tan horribles...

-Yo sólo quería tranquilizarla -cortó Chloe-. Pensé que eso le haría sentirse cómoda.

-¡Ah, pensaste que eso le haría sentirse cómoda! ¡Dios mío! -exclamó, mesándose los cabellos-. ¿ Y qué crees que van a pensar cuando ella desparrame tu comentario tranquilizador entre todo el personal de la casa? ¡Una mujer perdida! ¡Chloe, no sé qué voy a hacer contigo!

Ésa era una consecuencia que ella no había tenido en cuenta.

-No lo tomarán en serio -dijo, tratando de restarle importancia-. Pensarán que es una broma o que ella me ha entendido mal.

-¿Cómo puedes estar segura de eso?

-Bueno... bueno, porque es un absurdo evidente -respondió ella-. Ay, Hugo; tú sabes que es así. A nadie se le ocurriría que... que...

-Que yo he mancillado a mi pupila --concluyó él, en tono helado.

Chloe supo que, sin quererlo, había despertado en Hugo los demonios de la culpa. Un instante más, y él resbalaría hacia ese mundo de demonios pintados... a menos que ella pudiera incitar en él otra clase de reacción.

-Bah -desdeñó ella, recogiendo un ejemplar de la Gazette y fingiendo estar absorta en la lectura de su primera página-. Ojalá supiera cómo es eso de ser mancillada. Suena como algo divertido. Si no recuerdo mal, en mi opinión fui yo quien cometió el atropello. En consecuencia, no veo por qué tienes que atribuirte tú todo el mérito -agregó, arriesgando una mirada por encima de la página, como para evaluar la reacción de Hugo.

En apariencia, la treta había dado muy buen resultado: la expresión sombría se había desvanecido del semblante de Hugo; había sido reemplazada por otra que amenazaba con un estallido.

Él le arrancó el periódico de la mano, y ella escapó corriendo, dando un grito de fingido susto, antes de que él pudiera atraparla.

-¡Chiquilla malcriada!

Él se precipitó hacia ella quien, a su vez, saltó sobre el sofá y pasó por encima del respaldo. Cuando estuvo atrás de la mesa, bailoteó y le sacó la lengua.

-Cuéntame, ¿qué se siente al ser mancillado, Hugo? Por favor, me muero por saberlo.

Cuando él dio la vuelta a la mesa, ella se desplazó de costado, saltó sobre el asiento de una silla y levantó una pierna preparándose para pasarla por encima del respaldo. Lo brusco de su movimiento desequilibró la silla y le hizo caer al suelo. El sobresalto arrancó de sus labios un chillido que hizo sonreír a Hugo, a su pesar, viéndola caer en medio de un revuelo de faldas, con las piernas moviéndose en el aire.

Él se inclinó sobre ella y la desembarazó de la silla.

-Ni siquiera te preguntaré si te has hecho daño -declaró él, mientras la levantaba y la ayudaba a ponerse sobre sus pies-. Si te has hecho daño, eso será ni más ni menos lo que mereces-agregó, arreglándole la parte trasera de la falda con cierto exagerado vigor-. Y que yo no tenga que volver a oír ninguna conversación sobre mujeres perdidas y corrupción.

-No, Hugo -aseguró ella, con una docilidad tan falsa como su susto anterior. Tenía las mejillas sonrosadas por la agitación y con un matiz de excitación que él reconoció; entonces movió las pestañas lanzándole una mirada capaz de derretirlo.

-Y no coquetees conmigo.

-No lo hago -afirmó ella, sincera-. ¿Cierro la puerta?

-¿Qué?

En respuesta, ella corrió hasta la puerta e hizo girar la llave en la cerradura.

-Ya está -dijo, apoyándose en la puerta, mientras su pecho subía y bajaba al compás de su acelerada respiración yen sus ojos bailoteaba una luz incitante, mientras intensas corrientes de sensualidad fluían en el fondo de esa profundidad azul-. Podemos hacerlo rápido. Ni siquiera tenemos que desnudarnos.

Una vez más, Hugo se desconcertó. Cruzó por su mente la duda de si alguna vez se libraría de su embrujo, si alguna vez sería capaz de resistirse a ella cuando lo atraía de ese modo hacia su reino mágico. Ella estaba segura de sí misma, de lo que quería, de lo que estaba ofreciendo... y completamente segura de la respuesta de él... Era un arquetipo de mujer.

Lentamente, ella se levantó la falda y la enagua, sin que sus ojos se apartaran del rostro de él.

-Podríamos hacerlo de pie. ¿Se puede hacer así?

-Sí, se puede -respondió él con salvajismo, sintiendo dentro de sí arder el fuego de la más pura lascivia.

Fue hacia ella, de un tirón soltó los cordones de sus calzones, que cayeron hasta los tobillos de Chloe con un susurro de seda, y se desabotonó los pantalones.

-Sostente -ordenó.

Le separó las rodillas con una de las suyas y ella se echó a reír... lanzó una carcajada de júbilo... y obedeció a su tácita orden sosteniendo bien alta la falda, y se preparó, apoyando los hombros en la puerta, sintiendo que las molduras de la madera se incrustaban en su espalda.

Él penetró en el hueco húmedo y aterciopelado de su cuerpo con una sola embestida y ella exhaló un trémulo suspiro y sonrió radiante de dicha. Él le aferró las caderas con las manos, apretando los dedos en esa piel tersa y se impulsó hacia el interior de ella. Podía percibir cómo aumentaba el placer de Chloe en cada una de sus embestidas con la misma nitidez con que podía verlo su rostro. Ella tocó sus labios con la lengua y volvió a reír. Desde que él le había pedido que mantuviese los ojos abiertos, ella nunca había vuelto a cerrarlos y él creyó que se precipitaría en el volcán de pasión que lo llamaba desde esas llamaradas azul oscuro.

-Ahora -susurró ella de pronto-. ¡Ahora, Hugo!

-Ya lo sé, mi amor -repuso él-. Pero aguarda.

-No puedo.

-Sí, puedes.

Así, metido dentro de ella, se quedó inmóvil. Ella contuvo el aliento, en agónico suspenso, y sintió que su cuerpo palpitaba alrededor de la carne de él. Entonces, él se movió y ella se puso a gritar cuando su orgasmo estalló en ondas en todo su ser.

Hugo dejó caer la cabeza contra la puerta y entregó su cuerpo al vértigo de su propio deleite. Una vez agotada la pasión, una vez despejada su mente, él cobró conciencia de que había sido manipulado de nuevo, astutamente superado en ingenio por Chloe, que se había propuesto sacarlo de su furia e introducirlo en un mundo muy cercano al sitio donde habitaban los demonios pintados. ¿Cómo podía sufrir culpa después de haber hecho el amor, de una forma tan maravillosa, a una muchachuela sagaz que sabía mucho más de la vida de lo que él hubiese creído? ¿O, quizá, sabía mucho acerca de él?

Capítulo 20

-¿Gustaría beber una copa de clarete, duque? Hugo señaló, con ademán cortés, los botellones que había sobre un aparador.

-Gracias... gracias -contestó su augusto visitante, mientras lo observaba servir el vino-. Confío en que verá usted con buenos ojos mis pretensiones.

Hugo inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. Era difícil que mirase con malos ojos el galanteo del duque de Alresford, puesto que podría ser una unión ventajosísima para Chloe. El duque no era un cazador de fortunas y sólo tenía diez años más que ella.

-La decisión quedará en manos de mi pupila, desde luego -dijo él-. Chloe tiene ideas propias.

Sonrió y levantó su copa de clarete. Había adquirido experiencia en dar la impresión de que bebía en ocasiones de compromiso social cuando en realidad no lo hacía.

-Me halaga pensar que yo no soy indiferente a ella -dijo Su Gracia.

Si bien hubiese demostrado una indecible vulgaridad referirse a su título y a su fortuna, la arrogancia de su tono era suficiente insinuación.

-Entonces, si ya ha hablado de esto con Chloe, ¿qué más podría decir yo, duque?

-Oh, no, por Dios -se apresuró a enmendarlo el duque, defendiéndose de cualquier posibilidad de haber sido incorrecto -. No me atrevería a abordar un tema de esa naturaleza sin su permiso, sir Hugo Sin embargo, se me han insinuado posibilidades... -hizo un vago ademán-. La señorita Gresham es muy condescendiente.

-Por cierto que lo es -murmuró Hugo.

En privado, Chloe se burlaba de su pomposo pretendiente, animando las cenas en más de una ocasión. A pesar de todo, él consideraba que tenía el deber de impulsar las pretensiones del duque, aunque no tenía muchas esperanzas de que Chloe cediera a su voluntad.

-Duque, puede estar seguro de que informaré a mi pupila del inestimable honor de su proposición no bien ella regrese de su paseo a caballo.

Alresford apoyó su copa y se dispuso a marcharse.

-En ese caso, quizá pueda obtener una respuesta hoy mismo. -Eso creo -respondió Hugo con seriedad, acompañando a su invitado hasta la puerta principal.

Alresford que, como los demás pretendientes y amigos de Chloe que seguían creciendo en número y habían aprendido a aceptar la presencia del excéntrico Samuel como mayordomo y portero, recibió su sombrero y su bastón de manos de éste sin pensar un instante en lo insólito que era.

-Aguardo con la mayor ansiedad la respuesta de la señorita Gresham -dijo.

-¿Respuesta? -preguntó Samuel al tiempo que cerraba la puerta.

-A mi propuesta de matrimonio. La muchacha tiene la oportunidad de convertirse en duquesa.

-Por el caso que ella hará a esa propuesta... --comentó Samuel-. ¿Ha visto cómo imita esa manera tan rara que tiene él de fruncir la nariz?

-He visto. ¿Dónde está Peg?

-Sentada en la cocina, junto al fuego, con los pies metidos en un baño de mostaza, comiendo pan de jengibre -informó Samuel-. Es una diablilla perversa.

-Tiene derecho a serio -repuso Hugo-. Al menos, hasta que haya nacido el niño. Entonces, veremos qué podemos hacer por ella.

-Yo supongo que la muchacha debe de tener alguna idea. -Ojalá ella tuviera algún plan con respecto a ese maldito oso -dijo

-Hugo con acritud-. Está creciendo como la mala hierba.

Se oyeron risas que llegaban desde la puerta principal; Samuel fue a abrir

-Oh, gracias, Samuel.

Entró Chloe, con sus ojos brillando divertidos, sus mejillas arreboladas por el frío. La seguían tres hombres jóvenes que también reían.

En vano buscó Hugo, con la vista, alguna compañía femenina... la hermana de alguno de sus acompañantes o, al menos, una doncella. Pero su pupila tenía la lamentable costumbre de olvidar tales minucias. De algún modo, ella lograba eludir la censura hasta de las personas más estrictas, para quienes semejante conducta habría sido considerada ligera. Él había visto cómo seducía a las más severas matronas con su dulce sonrisa y su voz suave, que ella tanto sabía emplear en provecho propio. Esa señorita Gresham era una pequeña zorrilla astuta.

-Hugo, ¿conoces a lord Bentham y a sir Frank Manton? -estaba diciendo Chloe, mientras se quitaba los guantes-. Pero no sé si conoces a Denis DeLacy. Ha regresado hace poco a la ciudad.

Hugo sintió que el suelo se abría bajo sus pies. El joven era la viva imagen de su padre, Brian DeLacy. Brian, amigo íntimo de Stephen Gresham, había sido uno de los participantes principales en los juegos de la cripta. Brian había sido testigo de la muerte de su amigo.

-Tengo entendido que ha conocido usted a mi padre, sir Hugo -dijo Denis, con franca sonrisa-. Él murió hace dos años; yo recuerdo haberle oído mencionar su nombre.

Era posible que el muchacho hablara con la más absoluta inocencia. Ellos habían sido amigos, ambos pertenecientes a la misma clase, de la misma capa social. ¿ Y si Brian le había dicho a su hijo que Hugo había sido miembro de la Congregación? ¿Conocería este joven la historia de la muerte de Stephen Gresham?

Hugo forzó una sonrisa, estrechó la mano del joven y murmuró algunos lugares comunes mientras los pensamientos se atropellaban en su cabeza. Todo ellos habían jurado guardar el secreto de la historia del duelo... un secreto que, sin duda, debía de incluir al hijo de ese hombre. Pero, ¿y si Brian había quebrantado el juramento?

-Hacía muchos años que yo no veía a tu padre -dijo--. La guerra obstaculizó muchas amistades.

-He vuelto a buscar a Dante -informó Chloe con tono alegre; por una vez, estaba demasiado concentrada en sus propios planes para advertir que Hugo estaba abstraído-. Vamos a llevarlo a hacer un paseo por Green Park.

-¿Has dejado a tu acompañante femenina afuera? -quiso saber Hugo, arqueando sus cejas-. Qué descortés, Chloe.

Se hizo un silencio embarazoso, hasta que el joven lord Bentham dijo: -En realidad, sucedió que iba a acompañarnos mí hermana, sir, pero ella ha amanecido con inflamación de garganta, y no habría sido prudente que se expusiese al frío.

-No, desde luego -dijo Hugo-. No dudo de que comprenderéis que os pida que me disculpéis unos minutos; debo tener una breve conversación con mi pupila.

Sin aguardar respuesta, arrastró a Chloe hacia la biblioteca y cerró la puerta, dejando fuera a sus tres acompañantes.

-Vas a sermonearme -afirmó Chloe.

-No serviría de nada -replicó él con firmeza-. Lo lamento, ya sé que te parece ridículo y, hasta cierto punto, a mí también me lo parece, pero no puedes ir por la ciudad en compañía de una horda de jóvenes. ¿Por qué no convences a algunas de tus amigas de que vaya contigo?

-No es tan divertido -confesó Chloe con una franqueza que lo desarmó.

Hugo no pudo contener una sonrisa. Dedujo que su pupila, después de haber pasado diez años en la exclusiva compañía de gente de su propio sexo, estaba absolutamente encantada con la devota atención de los varones.

-Bueno, ¿puedo marcharme? -preguntó ella, extrayendo una conclusión equivocada al ver que la expresión de él se suavizaba.

-No, no puedes.

-Dante necesita hacer ejercicio -replicó ella con sonrisa esperanzada.

-En ese caso, tendrás que soportar mi aburrida compañía, muchacha.

-Tú no eres aburrido, pero...

-Pero no soy igual a tres jóvenes que te miran con ojos de carnero degollado -concluyó él, sacudiendo la cabeza-. Ve y despide a tus tres enamorados, dándoles permiso para regresar luego. Tenemos que hablar algo tú y yo.

Chloe, desilusionada aunque resignada, hizo lo que él le había ordenado y volvió a la biblioteca.

-¿Te gustaría ser duquesa? -le preguntó Hugo.

-Nada -respondió ella lacónicamente-. ¿Alresford?

Él hizo un gesto de asentimiento.

-Piénsalo un minuto, Chloe. Además de tener título, él es joven, apuesto y rico. El castillo Alresford es una de las casas más imponentes del país. La mansión de Berkeley Square...

-Tal vez; pero yo no quiero casarme con él.

Con esa sencilla afirmación, Chloe interrumpió la lista de virtudes de su pretendiente.

Hugo suspiró.

-Y tampoco quieres casarte con el vizconde Bartlett ni con Charles Knightley ni con el conde de Ridgefield.

-No -admitió ella.

-Tengo la impresión de que no lo comprendes bien, muchacha: tienes a tus pies a casi todos los solteros disponibles de la alta sociedad; tienes que aceptar la propuesta de alguno de ellos.

-No entiendo por qué.

-Porque así es como funciona la sociedad -dijo él, agotada ya su paciencia-. Tú fuiste quien insistió en ser presentada en sociedad para encontrar un marido apropiado; ahora rechazas a cualquiera que tenga la temeridad de proponértelo. ¿Qué quieres?

"A ti", oyó Chloe en su imaginación. -Lo sabré cuando lo encuentre. Hugo se masajeó las sienes.

-Entretanto, corres el peligro de arruinar tu reputación con esos paseos en compañía de muchachos que tienen más dinero que sensatez.

-Ellos, al menos, no me fastidian proponiéndome matrimonio -replicó ella-. Todavía no tienen interés en casarse. Y yo me divierto. Tú has dicho que me divirtiese.

-No des vuelta mis palabras, joven Chloe. Estos paseos sin compañía femenina deben acabar.

-No pretenderás que lady Smallwood me acompañe: ella no podría mantener el ritmo.

-Yo sólo espero que te dediques a aquellas actividades en las que tu acompañante pueda ir contigo -afirmó él-. Hablo muy en serio, Chloe.

-Bueno, está bien -dijo ella-. Y ahora, ¿Puedo marcharme? Están esperándome en la sala. Ya que no podemos salir, jugaremos a los acertijos.

Hugo le indicó con un gesto que podía marcharse y sacudió la cabeza en señal de derrota. Al menos, su prima podría supervisar el juego de los acertijos, por alborotado que fuese.

Pero, ¿qué haría con Denis DeLacy? La última adquisición del creciente círculo de admiradores de su pupila.

Hugo tomó el sombrero y el bastón y salió de la casa caminando con agilidad, mientras reflexionaba acerca de la situación. Si DeLacy sabía lo del duelo, era posible que lo hubiese mencionado a Chloe. Pero, ¿por qué habría de hacerlo? No había motivos para que él guardase rencor alguno a Hugo, y no saldría ganando nada con semejante revelación. En la época de la muerte de Stephen, él sería un niño de cuatro o cinco años.

¿Y si, de todos modos, se lo decía a Chloe? Hugo echó a andar más rápido por la calle Bond. No soportaba pensar que Chloe se enterase de boca de un extraño de la historia de la muerte de su padre a manos de su tutor... su amante. Él contaba con toda su confianza, así la perdería... ¿cómo podría perderla?

Entonces, ¿debía contárselo él mismo? ¿E impedir, así, cualquier posibilidad de que lo supiera por otra persona? Sin embargo, no soportaba la idea de revelar una historia así. Tendría que hablarle de la cripta de la abominación que había vivido en su juventud. Él no podía enturbiar la inocencia de ella con un relato así.

¿Hasta qué punto corría peligro de que ella pudiese oírlo de boca de otro?

Jasper podría decírselo. Sí, él podía imaginar a Jasper disfrutando de sembrar la discordia y de destruir toda la confianza que pudiese existir entre su hermana menor y el tutor al que él le guardaba tanto rencor Pero él, por su parte, podría adelantarse a la maniobra de Jasper. No había modo de que Chloe fuese a tener contacto con Jasper ni con su hijastro.

Hugo frunció el entrecejo; decidió que le haría algunas preguntas oportunas al joven DeLacy que le darían alguna idea de lo que el muchacho sabía. Si percibía algún peligro, tendría que apartar a Chloe de la órbita del joven.

Una vez resuelta esa cuestión, Hugo traspuso las puertas de Jackson's Saloon. El caballero Jackson estaba supervisando aun par de jóvenes que practicaban lucha; al ver llegar a Hugo, los dejó y salió a su encuentro.

-¿Quiere practicar, sir Hugo? ¿O tiene ganas de un asalto? -Le agradecería un par de asaltos, Jackson. -Será un placer, sir.

Hugo fue al vestuario, consciente del honor que le hacía Jackson que sólo combatía con aquellos clientes a quienes consideraba lo bastante diestros para ello.

Marcus Devlin se aproximó a observar el asalto. Pese a que él no era mal deportista, Hugo Lattimer lo impresionó dando varios golpes a maestro.

-¿Cómo se encuentra la bella filántropa? -preguntó Marcus después, mientras iban los dos juntos hacia el vestuario.

-Indomable -respondió Hugo-. Pero, en este momento, me hace sentir viejo y cansado. Me marché de una casa llena de jóvenes embobados que jugaban con ella a los acertijos.

-¿No hay pretendientes a la vista?

-Ella no acepta a ninguno -repuso él, pesaroso, mientras se frotaba la cabeza con la toalla.

-Ven a Berkeley Square; beberemos una botella de borgoña -propuso Marcus, cuando salían del salón de box-. Tal vez mi esposa pueda sugerirte alguna estratagema para inducir a la señorita Gresham a que vaya al altar. Ella está muy encariñada con Chloe. Esa veta fuera de lo convencional crea entre ellas una gran afinidad.

Se echó a reír al recordar cómo Judith y su hermano se habían abierto paso alegremente en el ámbito de una sociedad regida por las convenciones a ambos lados del Canal. No cabía duda de que ella había transformado a ese estricto conservador, apartándolo de aquellas convenciones.

Hugo aceptó de inmediato la invitación. Lady Carrington se había convertido en amiga de Chloe; él sospechaba que ella se ocupaba de apaciguar a los más rígidos cuando las inclinaciones menos convencionales de aquélla despertaban censuras.

Para su sorpresa, encontró a Chloe y a lady Smallwood en la sala de Judith y si bien ella estaba rodeada por un círculo de enamorados incluyendo a los tres que había dejado en su casa al marcharse, no había nada que reprocharle. Saludó a su pupila con una breve sonrisa y se inclinó para besar la mano de la anfitriona.

Judith sonrió con calidez y le indicó con una señal que se sentara junto a ella. Había algo en él que era muy atractivo para ella. Ella pensaba que podían ser las pequeñas arrugas que le rodeaban los ojos y esa especie de fatiga mundana en su semblante, como si lo hubiese visto todo, hecho todo y nada lo hubiera satisfecho.

Chloe observó con disimulo a Hugo. Él y lady Carrington estaban entregados al más desvergonzado flirteo. Entonces, echó una mirada al marqués y vio que la simpatía entre su esposa y sir Hugo lo dejaba imperturbable, más bien reía junto con ellos de algún chismorreo escandaloso que Judith había contado en el oído a Hugo.

Chloe se mordió el labio; de pronto, la conversación que se desarrollaba a su alrededor se le antojó la insulsa charla de un aula de clase. ¿Cómo podía albergar la esperanza de atraer la atención de Hugo si se abría entre ellos semejante abismo de experiencia? Era lógico que hallase irresistible a Judith Devlin. Varios amigos de Judith se habían acercado al trío que ocupaba el sofá y, ante la mirada envidiosa de Chloe, daban la intención de divertirse el doble de lo que sucedía con el grupo de jóvenes que la rodeaba a ella.

De repente, se puso de pie y dijo a su acompañante: -

-¿Nos marchamos, señora?

-Por Dios -exclamó lady Smallwood, que había tenido una conversación de lo más interesante con lady Isobel Henley, mientras daban cuenta de una fuente de bizcochos de miel; la abrupta pregunta la asombró-. ¿Quieres marcharte?

-Debo regresar a casa a ver c6mo está Peg -dijo ella, desesperada por hallar alguna excusa que disimulara la descortesía de su retirada-. El niño está por nacer en cualquier momento; no creo que la señora Herridge sea una comadrona experta.

-¿Y usted lo es, señorita Gresham? -preguntó Marcus con una suave sonrisa.

-Bien, para ser sincera, jamás he ayudado a nacer a un ser humano -dijo Chloe, a quien ese interesante tema había sacado de su inquietud-. Sin embargo, he ayudado a nacer a terneros, potrillos ya una camada de cachorros yo claro, los seis gatitos de Beatrice, de modo que...

Se interrumpió, al notar que los adultos presentes en el salón se deshacían de risa, mientras que los más jóvenes del grupo la miraban, boquiabiertos.

-¿Qué hay de divertido?

Hugo se compadeció de ella.

-No es que sea divertido, muchacha -aclaró-. Más bien, es poco frecuente.

-Ah, ya entiendo. Bueno, debo despedirme, lady Carrington. Gracias por el té.

Dirigió una inclinación de cabeza a la anfitriona y se preguntó si Hugo decidiría regresar con ella. Sin embargo, después de haber tenido la cortesía de levantarse mientras ella se despedía, él no hizo gesto alguno de marcharse, a pesar de que los admiradores de Chloe se levantaron de un salto y se despidieron, también, de los anfitriones.

Judith la acompañó hasta la puerta.

-Hazme saber si puedo ayudarte de algún modo con tu protegida, Chloe -dijo, dándole un beso en la mejilla-. Y no hagas caso de sus risotadas. Sucede que están atónitos de tus conocimientos y no saben cómo reaccionar

-No lo creo, señora, pero le agradezco su bondad -dijo Chloe, con una parca sonrisa e comprensión.

Se marchó en compañía de sus acompañantes y de lady Smallwood.

-Ella no es ni la mitad de ingenua de lo que parece en ocasiones -observó Judith con suavidad, cuando volvió a sentarse junto a Hugo-. Pero yo diría que tú ya lo has notado.

-Es verdad -admitió él con seca sonrisa-. Eso es algo que ella parece dominar muy bien. Es una muchacha muy capaz de salirse con la suya, sin dar a entender que está haciéndolo.

Si hubiese oído la conversación, Chloe no habría estado de acuerdo con Hugo en absoluto. En la única cuestión que le importaba, ella tenía la sensación de no haberse acercado un ápice a lo que deseaba. Hugo parecía ser el que era antes; sin embargo, cada día lo era menos. En su actitud hacia ella faltaba algo que ella no podía definir. Esa atención tan especial que ella había aprendido a esperar de él, en la que ella confiaba, ya no era tan intensa o había desaparecido del todo.

Y ella había intentado diversos métodos para recuperar su atención. Coqueteaba escandalosamente con todos los que se le acercaban, pero con ello sólo atraía carcajadas de aprobación. Salía sola y se compraba los vestidos de calle más audaces y sofisticados que encontraba. Pero Hugo no había hecho más que reír, desafiándola a que los usara para pasearse por Hyde Park a la hora en que lo recorrían las gentes del mundo elegante.

Descubrió que la risa era un arma mucho más poderosa que la oposición: el vestido quedaba guardado en el armario.

La única cuestión a la que él prestaba atención era a su amistad con Denis DeLacy. Y si bien no era evidente, su mirada se hacía más penetrante cuando Denis estaba en la casa; cada vez que bailaba con él, Chloe percibía que Hugo la observaba. ¿Acaso habría percibido que Denis le resultaba más atractivo que sus otros pretendientes tan poco serios? ¿Acaso sentía que había otra dimensión en esa amistad? Por cierto, la había; Denis era una compañía

infinitamente más divertida: más entretenido y sofisticado que los demás jóvenes alegres que ella tenía a sus pies.

Tal vez, a Hugo lo perturbase aquella otra dimensión. Quizá, pese a su conducta, él estuviera celoso. Por supuesto que no estaría dispuesto a admitirlo... ni ante ella ni ante sí mismo pero, tal vez, ésa fuese la explicación.

Si fuera así, entonces no estaba todo perdido. De manera muy deliberada, ella empezó a tratar de otra manera a Denis, distinguiéndolo con una inclinación más marcada aún.

Hugo observaba de cerca la creciente intimidad; después de un tiempo, llegó a la conclusión de que Denis no conocía la verdad. Si la hubiese conocido se habría comportado de un modo muy diferente al estar cerca de Hugo. En lugar de mostrarse, como de costumbre, abierto y directo, habría manifestado alguna tendencia tortuosa, evasiva. Era demasiado joven para poder ocultar un secreto de esa envergadura ala eficaz observación de Hugo.

Después de haber arribado a tal conclusión, Hugo comprendió que no tenía nada que temer de esa amistad; pese a todo, seguía sintiendo cierto desasosiego.

Capítulo 21

-Siempre dijiste que no te agradaba Almack's -dijo Chloe, cuando estuvieron sentados a la mesa y Hugo le anunció que pensaba acompañarla esa noche al baile de abono.

-Oh, no me molesta -respondió él, mientras cortaba una fina tajada de jamón-. Lo raro es que ahora me suenan falsos mis recuerdos de que aquellas veladas eran insípidas. Tal vez, el paso de los años me haya suavizado.

Sonrió a Chloe, sentada al otro lado de la mesa. Ella bajó su vista hasta el plato y se puso a juguetear con un bocado de pollo.

-Bien, por mi parte, estoy agradecida, Hugo -dijo lady Smallwood, sirviéndose varias tarteletas de setas de una cesta que tenía delante-. Esta semana, ha habido tantos compromisos que estoy fatigada. Será maravilloso pasar una velada tranquila en casa. Pediré a Alphonse que me prepare esa empanada de langosta con crema renana que él hace tan bien.

Cabeceó, enfática, y esbozó una sonrisa de satisfacción.

-Para mí, es un placer acompañar a Chloe, de modo que ni lo pienses.

Desconsolada, Chloe pensó en esta última frase: claro que era un placer para él, puesto que eso le permitiría flirtear y bailar con media docena de mujeres a quienes se les iluminaba el semblante cada vez que lo veían entrar en el salón. Por otra parte, no todas ellas eran mujeres casadas. Lady Harley era viuda, de poco más de treinta años y, al parecer, Hugo se hallaba muy a gusto en su compañía. Y después estaba la señorita Anselm, que nunca se había casado y era una marisabidilla, con quien Hugo conversaba de música durante horas y aseguraba que tenía un tono de voz muy puro. En cualquier oportunidad que se presentara él estaba dispuesto a acompañarla y Chloe, incluso desde su envidiosa perspectiva, debía reconocer que se complementaban a las mil maravillas. Incluso, hacía pocos días, alguien había comentado, en tono de broma, que su tutor parecía encaminarse hacia el altar.

Y, para empeorar las cosas, si bien siempre la recibía con agrado cuando ella iba a su cuarto por las noches, con frecuencia parecía estar pensando en otra cosa. O en otra persona, pensó ella, desdichada.

-¿Qué planes tienes para esta tarde, muchacha?

La pregunta de él interrumpió sus nostálgicas reflexiones.

-Ninguno.

-Eso no es muy común -le dijo Hugo, sonriéndole, bromista-. ¿Por una vez, no hay jóvenes llamando a la puerta?

Chloe no respondió a la sonrisa ni al comentario: ambos le resultaron en extremo irritantes.

-Tal vez quieras recibir una lección de canto -le propuso Hugo-. Podríamos practicar esa melodía irlandesa de Moore que tanto te gusta.

-Si tú quieres -contestó ella.

-No, muchacha, si tú quieres.

Era una de las canciones preferidas de la señorita Anselm. Chloe decidió que no competiría. Estaba pensando alguna excusa que no sonara infantil o petulante, cuando entró Samuel.

-Ha llegado la hora del parto de Peg -dijo, sin preámbulos-. Se me ocurrió que querría saberlo.

Chloe se levantó de un salto, esfumados ya todos sus pensamientos acerca de Hugo y sus posibles novias.

-Iré de inmediato. Samuel, necesitaremos grandes cantidades de agua caliente.

-Sí, lo sé -dijo él-. Ya está ocupándose de eso la señora Herridge.

-Oh, caramba, ¿no deberíamos llamara un médico? -preguntó la señora Smallwood-. No sería correcto que Chloe la atendiese. Es una situación muy poco delicada para que la presencie una muchacha joven... ¡Y con semejante criatura!

Peg no contaba con el favor de la prima de Hugo.

-Eso es absurdo -dijo Chloe, lanzando amenazadores relámpagos por los ojos-. Peg no tiene la culpa de ser quien es. Y tampoco tiene la culpa de estar embarazada. Debería usted dar las gracias de no haber nacido en el mismo ambiente que tocó a Peg, señora.

Tras emitir tal opinión, salió rápidamente del comedor. Hugo hizo una mueca al ver que su prima se sonrojaba, viendo así ofendida su sensibilidad.

-Más tarde, ella pedirá perdón, señora -dijo él-. Es que se apasiona demasiado con ciertos temas.

-Tú le das alas para que lo haga -replicó la mujer.

-Admito que no se lo reprocho. Cuando una persona se aboca a una misión en la que está tan empeñada, sería un crimen desalentarla, además de inútil-concluyó, poniéndose de pie-. Con todo, en cuanto ella tenga ocasión de pensar en su falta de cortesía, pedirá disculpas. y si ella no lo piensa, yo se lo haré notar -añadió-. Y ahora, si me disculpas, será mejor que vaya a ver si puedo ayudar en algo -y se detuvo al llegar a la puerta-. Dolly, Peg es apenas una niña.

Durante esa larga tarde, la casa se estremeció con los gritos de la niña que sufría con su parto. Dolly se retiró a sus aposentos con las sales aromáticas e intentó hacer oídos sordos a esos gritos. Samuel, con semblante sombrío, subía y bajaba la escalera con jarras de agua caliente y con cualquier otra cosa que Chloe le pidiese. Hugo trató de buscar paz en su música y, al no lograrlo, se echó a caminar de un lado a otro por la biblioteca, como si él fuese el padre inminente.

A las cuatro, ya no pudo soportar más la inacción y se dirigió hacia el dormitorio de la parte de atrás de la casa, el que se le había asignado a Peg, y se detuvo vacilante ante la puerta

oyendo los alaridos. De pronto, la puerta se abrió y por ella salió precipitadamente el ama de llaves. Hugo alcanzó a ver la cama y a Chloe, inclinada sobre ella.

Entró en la habitación.

-¿Chloe?

-Sujétale la mano -dijo Chloe en tono práctico-. Ya puedo ver la cabeza, pero la pobrecilla está tan asustada que no puede pujar para que nazca el niño. Tal vez tú puedas reconfortarla.

Hugo obedeció, tomando la pequeña mano agarrotada de la niña abandonada que yacía sobre esa cama. Los gritos de Peg se habían convertido en un monótono gemido, sobre todo por el agotamiento, dedujo Hugo, contemplando con pena el rostro cerúleo apoyado sobre la blanca almohada, las líneas que el sufrimiento había marcado alrededor de su boca, los húmedos ojos aterrorizados.

-Oh, Dios mío, sir Hugo, éste no es lugar...

Era la señora Herridge, que traía una palangana y varias sábanas.

-He visto cosas peores -contestó él, conciso. Las cubiertas de los buques de guerra, resbaladizas de sangre sembradas de muertos, de moribundos, de hombres con espantosas heridas... la fétida pestilencia del hospital instalado bajo cubierta, donde los cirujanos cortaban, amputaban con desesperación, bajo bamboleantes lámparas-. Mucho peores -dijo-. Páseme algo con qué secarle la frente.

El ama de llaves le obedeció sin añadir palabra; en ese mismo momento, Peg volvió a gritar y su cuerpo se estremeció.

-Ahí va -dijo Chloe en voz baja, moviendo con destreza sus manos competentes-. Ah, Peg; es una niña.

Hugo alzó la vista y vio su rostro radiante y el corazón se le oprimió. Él había hecho tantos esfuerzos para distanciarse de ella, para concentrarse en su responsabilidad de tutor, para verla sólo como una muchacha impaciente e impulsiva, con toda su vida por delante. Y entonces, ella lo miraba de esa manera; los esfuerzos de Hugo quedaban en la nada. Si él hubiese podido desalojarla de su cama, lo habría hecho pero su deseo por ella no conocía razones. Él trataba de convencerse de que cuando ella no estuviese tan entrelazada en la trama íntima de su vida, él podría dejar atrás ese sentimiento pero, mientras ella estuviese allí y abriera su puerta cada noche para deslizarse en su cama, con esa desinhibida pasión, él no podía resistirse. Más aún: no podía imaginar qué fuerza sobrehumana podía necesitar un hombre para renegar de semejante don.

Entonces, intentaba convertir a los actos de amor que había entre ellos en un juego, mantener la relación dentro de un clima ligero, donde lo central fuese su autoridad y no el acto en sí. Pero, en ese momento, contemplando su semblante que resplandecía de dicha por su propio logro y por el milagro del nacimiento, lo estremeció una vez más su asombro ante la profundidad de sus sentimientos hacia ella. Su deseo lindaba con la obsesión pero, además, era amor... y no el amor que había sentido por su madre sino un amor real, algo tangible que él podía describir, podía ver su contorno con la mirada de la mente. y sabía que no se disiparía.

Chloe, demasiado atareada para percibir la expresión arrobada de Hugo, cortó el cordón umbilical con mano experta y llevó la recién 1acida a su madre.

-Mira, Peg; tu hija.

Apoyó a la pequeña sobre el pecho de la exhausta madre.

La niña miró con indiferencia a ese trozo de humanidad al que había dado vida, y luego volvió la cabeza y cerró los ojos.

Chloe levantó a la pequeña y miró a Hugo con expresión afligida.

-Tal vez sea mucho pedirle que la ame inmediatamente. Los seres humanos no son como los animales.

-Dale tiempo, muchacha -dijo él-. Está agotada y ha sufrido mucho. Déjala dormir un rato.

-Ella tendrá que alimentarla -acotó con brusquedad el ama de llaves-. Démela a mí, señorita Chloe; yo limpiaré a la pobrecilla, luego su madre podrá alimentarla mientras la limpie a ella.

-Yo la ayudaré.

-No es necesario, señorita Chloe. Yo sé lo que debo hacer.

-Ven, Chloe -dijo Hugo en voz baja.

Él entendía lo que Chloe no podía entender: que la sensibilidad del ama de llaves se había visto tan ultrajada como la de lady Smallwood al ver a la señorita Gresham atendiendo a una criatura del arroyo en una situación tan íntima.

Chloe se miró las manos y el delantal manchados de sangre.

-Será mejor que me lave. Volveré pronto.

Hugo la acompañó fuera de la habitación y cerró la puerta. Le levantó la barbilla y la besó con suavidad en la boca. Debería haber acabado allí pero deslizó las manos para asir la cabeza de ella y su boca se apoderó de la de ella, penetrando profundamente con su lengua en una asoladora expedición que sorprendió a ambos.

-Vaya -exclamó Chloe cuando, al fin, él le soltó la cabeza. Y le dirigió una mirada embelesada-. ¿A qué se debe esto?

-No sé muy bien -respondió él-. No pude contenerme.

La sonrisa de Chloe perdió su matiz de embeleso y en sus ojos apareció una expresión especulativa.

-Eso suele pasarme a mí, no a ti.

Hacía mucho tiempo que Hugo no cedía aun impulso ni tomaba la iniciativa de esa manera. Brotó una chispa de esperanza; ella pensó que, tal vez, su período de distracción hubiese pasado y que ella recobraría un papel central en la vida y las preocupaciones de él.

Hugo captó la especulación y se incorporó con brusquedad.

-Fue un beso de felicitación -dijo él en tono alegre-. Has cumplido una tarea espléndida. ¿Estás cansada?

El resplandor murió en los ojos de ella.

-No. No mucho.

Él trató de no ver el dolor y la desilusión, convenciéndose de que no tenía otra alternativa.

-¿Aún quieres ir a Almack's?

-Sí.

Chloe alzó el mentón y le dirigió una sonrisa luminosa, rescatada de su desilusión por el orgullo. Debía aprender a no darle la satisfacción de ver que ella esperaba más de él que lo que él estaba dispuesto a dar

-La señora Herridge cuidará de Peg y la recién nacida -dijo ella-. Será mejor que yo me vista para la cena.

-Chloe, antes de que lo hagas, debes dar una disculpa a Dolly; quiero que lo hagas sin dilaciones. Fuiste muy grosera.

Lo pronunció con calma y gravedad, como si el beso jamás hubiese existido. .

A Chloe no le molestó que se lo recordara pero sí el momento en que lo hizo y el modo de hacerlo; sintió como si le arrojaran un cubo de agua fría.

Esa noche, en Almack's, fue imposible seguir el ritmo de ella. Brillaba con resplandor estelar, su risa cantarina podía oírse en todo el salón, pese al ambiente decoroso que reinaba en él; ella no bailó más de una pieza con cada uno, y el círculo de hombres que la rodeaban aumentó. Hugo mantuvo sobre ella una discreta vigilancia. Si no la hubiese conocido tan bien, habría pensado que estaba un poco achispada. Pero, en el Salón de Reuniones sólo se servían

refrescos de té, limonada y horchata, y ella no había bebido más que un vaso de clarete en la cena. Sus ojos, intensamente azules, tenían un brillo especial, sus mejillas de albaricoque estaban teñidas de un delicado rubor y una bullente energía hacía vibrar su cuerpo ligero y la comunicaba al aire mismo que la rodeaba, contagiando a todo aquel que entrase en su órbita.

Denis DeLacy estaba en el límite de la perplejidad. Había recibido precisas instrucciones, pero éstas no habían tenido en cuenta el hecho de que la señorita Gresham era impenetrable a las insinuaciones de hacer el amor en serio. Si bien daba aliento a sus gestos de seducción y le prestaba mucha atención, distinguiéndolo entre el amplio círculo de sus admiradores, lo hacía todo con un talante juguetón y risueño, que hacía imposible nada más intenso. Él estaba seguro de que no había progresado en el terreno de sus afectos, aunque todos los demás diesen por cierto que él era el preferido entre los pretendientes.

Tendría que encontrar el modo de ganar su confianza, de arrebatarla de pasión.

Escuchó, sin mucha atención, a Julian Bentham, que obsequiaba a Chloe con el relato de las actividades que habían desarrollado antes de la velada.

-Es la mar de divertido -decía él-. Billingsgate es un lugar extraordinario... y si vieras a la gente, Chloe. No te imaginas lo fascinante que es. La mayor parte del tiempo, no puedes entender una palabra y; además, están siempre riñendo. Nosotros vimos las últimas tres riñas, ¿no es así, Frank?

-Oh, sí; por lo menos -coincidió su amigo-. Y, además, estuvimos a punto de meternos en ellas -dijo, riendo estrepitosamente-. Pero, lo mejor de todo son las ostras: te las comes ahí mismo, en la calle, de pie. Y puedes comprar una pinta de cerveza negra para acompañarlas.

-Los hombres sois muy afortunados -dijo Chloe-. ¿Por qué las mujeres no podemos hacer esas cosas? Me encantaría comer ostras en la lonja del pescado y observar a la gente, sin que nadie sepa quién soy.

-Bueno, ¿y por qué no lo haces? -propuso Denis marcando las palabras, un poco aturdido por lo brillante de la idea.

-¿Cómo podría hacerlo?

-Curiosa, Chloe se volvió hacia él.

-Ven mañana con nosotros.

Sus ojos ya revelaban un gran interés.

-Si te vistes como un muchacho -sugirió Denis en tono suave-, no atraerás la atención.

Chloe palmoteó; la diversión encendió su semblante.

-Qué plan maravilloso. ¿ Y de dónde sacaré ropa de varón?

-Eso déjalo por mi cuenta -dijo Denis-. Yo las llevaré ala calle Mount, mañana por la mañana.

-¿Cómo saldrás de la casa? -preguntó Frank, bajando la cabeza sin darse cuenta, puesto que todos ellos juntaron las cabezas para hablar en secreto.

Chloe frunció el entrecejo.

-Eso depende de la hora que vayas.

-Oh, no antes de las dos de la mañana, aproximadamente -dijo Julian-. A esa hora llegan los carros con el pescado y comienzan a descargarlo.

Mañana por la noche, pensó Chloe, no haré la acostumbrada visita a Hugo; en cambio, iría a Billingsgate. Y si él la echaba de menos, tanto mejor.

-Me encontraré contigo fuera de la casa, cuando tú digas –aseguró ella.

-Podrás escapar a la vigilancia de tu acompañante? –preguntó Frank.

-Con mucha facilidad -volvió a asegurar Chloe.

-Pero, ¿y tu tutor?

Mientras aguardaba su respuesta, Denis la miró con los ojos entrecerrados.

Chloe echó una mirada hacia el otro lado del salón, donde Hugo estaba bailando con la señorita Anselm; le resultó evidente que ambos estaban mucho más interesados en su

conversación que en el vals. Se reían; para la mirada de Chloe, él estrechaba a su compañera con más fuerza de la necesaria. Él nunca había bailado un vals con su pupila.

-No representará un problema -respondió, con alegre despreocupación.

A decir verdad, no pensaba ocultar esta aventura a Hugo. Él quería que ella se divirtiese con personas de su círculo; eso haría. Y le demostraría que existían otras cosas tan divertidas como hacer el amor... que era posible aburrirse haciendo lo mismo cada noche y que ella no dependía de él, de igual modo que él no dependía de ella.

-Estaremos esperándote a las dos, entonces -dijo Denis-. Y yo llevaré la ropa por la mañana. ¿No te importará que no sea demasiado elegante? -preguntó, mirándola con una media sonrisa que insinuaba cieno grado de intimidad-. El problema consiste en que tú eres más bien menuda, y no creo que nada de lo mío te vaya. Pero podría tomar prestado un traje de mi hermano.

-¿Qué edad tiene tu hermano? -preguntó Chloe, sin arredrarse ante un posible giro indecoroso que pudiese estar tomando la conversación.

-Once años -respondió él con una sonrisa que desarmaba-. Y es casi de tu tamaño.

Chloe rompió a reír y rozó levemente la mano de él con la suya. Denis, por su parte, reaccionó con presteza reteniendo la mano de ella y llevándosela a los labios para decir, atrevido:

-Estoy impaciente por verte con ese atuendo, Chloe.

Chloe le replicó, con burlona desaprobación:

-Es muy incorrecto que digas algo así.

-Y, sin embargo, tú estás proponiendo un paseo en extremo incorrecto -replicó él, con seriedad.

-La invitación fue tuya, si me permites que te lo recuerde -repuso ella, burlona.

-Pero no he advertido ninguna vacilación de tu parte.

Sus ojos, cuando la miraron, tenían una expresión risueña y los de ella también. Él siguió sosteniéndole la mano y ella no hizo ademán de retirarla.

Al parecer, Denis DeLacy había vuelto a ganar los honores de la velada; al menos, eso fue lo que pensaron, desconsolados, los otros dos pretendientes de Chloe, deseando que esa idea se les hubiera ocurrido a cualquiera de ellos.

Hugo se preguntó si estaba imaginándolo o si su pupila tenía un aire de contenida excitación cuando la acompañó de regreso a la casa. Parecía preocupada y respondió distraída a sus diversos intentos de iniciar una conversación, aunque el brillo de sus ojos tenía un inconfundible resplandor de malicia.

Él decidió dejar las preguntas para más tarde, cuando ella fuera a su encuentro en la intimidad de su cama. Pero, cuando llegaron al hogar, ella adujo que debía ir a ver a Peg y la recién nacida y subió corriendo la escalera tras haberle dado las buenas noches en tono alegre.

Ceñudo, él fue a la cocina para tener su habitual conversación nocturna con Samuel.

-¿Cómo está Peg?

-No quiere saber nada de su hija -respondió Samuel, mientras servía el té-. No quiso ni ponérsela al pecho, siquiera... y la pobrecilla está llorando desesperadamente.

-Ahora no se la oye. Hugo bebió su té.

-Es que la señora Herridge no tuvo tolerancia con sus tonterías -explicó Samuel, estirando las piernas para recibir el calor del fuego-. Y, en este momento, Peg está demasiado cansada para resistirse.

-Espero que Chloe encuentre una solución -dijo Hugo, convencido.

Poco después, se fue a acostar y aguardó en vano la acostumbrada visita.

En algún momento, se quedó dormido tratando de convencerse de que debía estar contento de que sus esfuerzos por disminuir la intensidad de la relación estuviesen dando los

frutos deseados. Sin embargo, sentía que le faltaba algo y se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que esa sensación de pérdida se aliviase.

Chloe estaba sola, acurrucada en su cama, reconfortándose como podía con el peso de Dante sobre los pies. Se preguntó si Hugo habría notado que ella no había ido a su cama. Lo más probable era que estuviese soñando con que hacía el amor a la señorita Anselm... o a Judith Devlin.

Si su plan para la noche siguiente daba el resultado buscado, ella sería la única persona en quien él pensara y la presente privación no haría más que aumentar la gloria de la reconciliación.

A la mañana siguiente, Denis en persona entregó el prometido paquete con la ropa. Chloe, que había descubierto, para su pesar, que Peg reaccionaba mejor a las bruscas indicaciones de la señora Herridge que a su trato, mucho más comprensivo y amable en cuanto al cuidado de su hija, recibió al joven con más ansiedad y calidez que de costumbre.

-¿Las has traído? ,

-Sí. ¿Quieres verlas? -dijo, y le entregó el paquete.

-Es preferible que no lo abra aquí -dijo ella, mirando por encima del hombro en dirección ala puerta abierta de la biblioteca-. Samuel tiene el hábito de aparecer cuando menos se lo espera -rió entre dientes-. A lady Smallwood, por supuesto, la oiríamos desde un kilómetro. Eso es desconsiderado de mi parte. ¿Quieres una copa de jerez?

-Sí, gracias. ¿Dónde está sir Hugo? -No sé -respondió ella.

Hugo ya había salido de la casa cuando ella bajó a desayunar, y Samuel sólo le había dicho que él tenía que hacer ciertas comisiones.

Denis bebió su vino mientras meditaba sobre sus próximos movimientos. ¿Sería muy pronto aún para pronunciar una franca declaración?

-Las cintas de tu vestido son del mismo color que tus ojos -dijo él, sonriendo-. Fuiste muy astuta al elegirlas.

-No las he elegido yo -respondió ella con un mohín de fastidio-. Fueron sir Hugo y lady Smallwood quienes decidieron todo lo relacionado con mi guardarropa. En mi opinión, es una actitud sumamente entrometida. Pero...

Sus ojos bailotearon.

-Ninguno de ellos habría elegido lo que hay en ese paquete; eso hace más divertido vestirse así. Fue una idea brillante, Denis.

Él inclinó la cabeza en señal de modestia.

-Estoy impaciente por verte con pantalones, Chloe.

De súbito, ella se sintió incómoda. La noche anterior él había dicho algo similar aunque en un tono que le pareció diferente, más juguetón. El tono y las palabras de esa mañana, en cambio, le sonaban como algo que se le podría decir a una mujer ligera de cascos... una buscona, que era como ella había oído que las llamaban. Además, había en los ojos de él cierta luz depredadora que le provocaba desasosiego.

Denis no tardó en descubrir su error. Su abordaje era como los que se hacían en la cripta, y Jasper le había advertido que fuese sutil. Muy pronto llegaría el momento de dejar aun lado las sutilezas; entonces él recibiría su recompensa. Extendió la mano y dijo:

-Perdóname. Dije algo asombrosamente procaz, Chloe... sucede que tú, para mí, eres muy... bueno... no sé cómo decirlo. No eres como las otras muchachas... es mucho más fácil charlar contigo.

-Cambiemos de tema -dijo ella, aceptando su mano y su disculpa con alivio.

Él estaba transmitiéndole los últimos chismes, que a ella la divertían sobremanera, cuando Hugo entró en la biblioteca. Llevaba ropa de montar y emanaba de él una irritación sin destinatario preciso, que comenzó cuando descubrió quién hacía reír a Chloe con carcajadas que llenaban la biblioteca.

-Hugo, Denis estaba contándome una historia de lo más escandalosa en relación con Margery Featherstone -dijo ella, girando hacia él su semblante risueño y olvidando, por un momento, la tirantez que reinaba entre ellos-. Al parecer, ella...

-Creo que ya lo he oído -interrumpió él, mientras iba hacia el aparador-. DeLacy, ¿me permites que vuelva a llenar tu copa? -dijo, ofreciéndole la licorera.

Su voz tenía una frialdad que, si bien no llegaba a ser descortés, tampoco resultaba alentadora. El joven rechazó el ofrecimiento y se marchó a los pocos minutos. Chloe volvió a darle la mano, gesto que no pasó inadvertido a Hugo, como tampoco la traviesa mirada conspirativa que ella dirigió a su invitado mientras se despedían.

Pensó, inquieto, que esa pequeña zorra ya estaba, otra vez, tramando algo. ¿Por qué tendría que hacerlo con la complicidad del hijo de Brian DeLacy?

-¿En qué andas, muchacha? -le preguntó, sin rodeos.

-En nada -mintió Chloe, cuidando de no mirar el paquete con ropas que había quedado en un rincón del sofá-. ¿Por qué fuiste tan poco amistoso con Denis?

-¿Lo fui? -dijo, encogiéndose de hombros-. No era mi intención. Por otra parte, tampoco me parece correcto que recibas, tú sola, aun joven.

-¡Oh, qué tontería! La puerta estaba abierta -replicó ella-. No hubo nada de incorrecto en esto. Estábamos a la vista de cualquiera que pasara por el vestíbulo. De cualquier modo -añadió, con cierta truculencia-, ¿cómo haré para encontrar un marido si nunca tengo la posibilidad de conversar en privado con los posibles pretendientes?

Hugo ocultó su consternación. ¿Tan atraída se sentiría Chloe por el joven DeLacy?

-Lejos de mí la intención de impedir un propósito tan loable, muchacha -dijo él en tono amable-. No sabía que tu inclinación por DeLacy fuese tan seria.

-Lo encuentro más inteligente que a la mayoría -declaró ella.

-Ah, pero, ¿será lo bastante complaciente? -preguntó Hugo, sentándose en un extremo del gran escritorio y balanceando una pierna mientras observaba a su pupila con expresión divertida, que disimulaba sus afligidas especulaciones.

-Tendrá que serlo -dijo Chloe, arrogante-. Ten en cuenta que no pienso casarme con ninguno que no me permita controlar mi propia fortuna.

-En ese caso, sospecho que tendrás que conformarte con un marido tonto -dijo Hugo-. Porque no creo que un hombre inteligente acepte sin reparos el papel de esposo dominado por una bruja.

-Pero, yo no lo dominaría como una bruja... nada de eso -protestó ella, indignada-. Eso que dices es muy injusto, Hugo. ¿Acaso te he dominado yo, alguna vez?

-Nunca, y espero que no lo intentes -repuso él, y cambió de tema-. ¿Cómo está la madre?

-La señora Herridge se las arregla con ella mucho mejor que yo -dijo Chloe-. Yo no hablo con las palabras apropiadas.

-Eso no me sorprende -dijo él con gentileza.

-No, me imagino -dijo ella, encogiéndose de hombros-. En tanto ella pueda convencerla de que alimente a su hija, eso no tiene importancia.

Como al azar, fue hacia el sofá y se sentó en el rincón, escondiendo el paquete mientras pensaba cómo sacarlo de la biblioteca bajo la mirada de Hugo. Tampoco podía dejarlo allí, pues era muy probable que él lo viese.

-Creo que, esta noche, voy a quedarme en casa -dijo ella, jugueteando con el encaje de su manga-. Lady Smallwood se alegrará de tener compañía.

-Estoy seguro de eso -coincidió él, sonriéndole-. ¿Estás tratando de compensarla, muchacha?

Ésa era una excusa tan buena como cualquier otra. Alzó la vista y le devolvió la sonrisa, casi sin saberlo.

-Pensé que debía hacerlo.

-Aplaudo el sacrificio que haces -dijo él-. ¿Quieres que yo sea el tercero?

-No -respondió ella, negando con la cabeza-. Estoy decidida a cumplir mi penitencia y jugaré al backgammon toda la tarde. Además, la señora Herridge necesita tiempo para sus cosas y yo podría cuidar el fuerte durante la noche. Tú estás muy lleno de polvo... ¿no deberías cambiarte las botas antes de la comida?

-¿Tú crees? -preguntó Hugo, mirándose las botas con expresión interrogante-. No he conocido ningún hogar donde no se permita estar con botas de montar en la mesa, salvo para la cena. ¿Acaso te ofendo, hija mía?

-No es eso -repuso ella-. Pero, a juzgar por el olor fuerte que hay aquí, sospecho que, además de polvo, tienes otra cosa en tus botas.

-Yo no huelo nada. Como sea... -se levantó del escritorio-. Odiaría ofender esa hermosa naricilla.

Le dio un leve pellizco al pasar... un cariñoso gesto de tutor, sin atisbos del apasionado deseo de un amante.

Capítulo 22

Esa noche, tarde, cuando se miró al espejo, Chloe llegó a la conclusión de que la ropa no le daba el aspecto de un muchacho. Pantalones de algodón con botones, una camisa de lino blanco con cuello de volantes. Encima de la camisa, una chaqueta corta y ajustada con doble fila de botones que iban desde el hombro hasta la cintura. Denis la había provisto de calcetines y unos zapatos negros. Fue necesario rellenar los zapatos con papel pero, por otra parte, todo lo demás le iba muy bien… o, al menos, eso parecía. Con todo, algo no andaba del todo bien.

Frunció el entrecejo, se volvió hacia un lado y hacia otro ante el espejo, en medio de la casa silenciosa. Dante estaba tendido y la observó con un ojo, y Falstaff cloqueaba quedamente desde su percha. La chaqueta ajustada acentuaba la curva de sus pechos más que disimularlos, y sus caderas y nalgas eran más evidentes, aún, con pantalones que con falda.

En síntesis, su conclusión fue que el efecto general era bastante impropio. Lo más probable era que lady Smallwood sufriese un desmayo del que jamás se recuperaría, y Hugo… bueno, pronto descubriría cuál sería la reacción de él. Se encasquetó la gorra de terciopelo negro en la cabeza y bajó el ala sobre la frente. No cambiaba mucho la impresión general.

El reloj que había sobre la repisa dio las dos, y ella fue hacia la puerta y la abrió con sigilo. Dante gimió. Pero ya estaba acostumbrado a que lo dejara ahí durante largos períodos de la noche; se limitó a suspirar y a acurrucarse en forma de apretada bola cuando ella se escabulló hacia oscuro corredor.

Hugo todavía estaba fuera y Samuel lo esperaría levantado, en la cocina, como siempre. El plan funcionaría, siempre que Hugo no regresara en los siguientes cinco minutos. Bajó de prisa la escalera, atravesó el vestíbulo y abrió de un empujón la puerta de la cocina.

-Samuel, voy a salir con unos amigos –anunció, alegre-. Dígale a Hugo que nos se preocupe.

-¿Qué… qué…qué diablos? –barbotó Samuel, saliendo, sobresaltado, de su sopor y parpadeando ante esa aparición que asomaba a medias por la puerta-. ¿Qué ha dicho?

-Voy a salir –repitió ella-. Diga a Hugo que estaré de regreso dentro de un par de horas. Si no cierra la puerta con llave, no tendré que despertar a nadie.

Antes de que Samuel pudiera despabilarse lo suficiente para ponerse de pie, ella ya se había marchado. Pasaron unos instantes hasta que esa increíble imagen se acomodó en su visión mental; cuando eso sucedió, se precipitó afuera de la cocina lanzando enérgicos epítetos. La puerta del frente estaba cerrada pero sin llave; él la abrió, justo a tiempo para ver a Chloe, con su escandaloso atuendo, subiéndose a un coche de alquiler con la ayuda de un joven.

-Jesús, María y José –murmuró el hombre, cerrando la puerta.

Esta vez, ardería Troya. Regresó a la cocina rascándose la cabeza, sin dudar de que Chloe debía de tener sus motivos para hacerse lanzado a esta loca escapada.

Puso la tetera sobre el fuego; estaba preparando el té cuando oyó los pasos de Hugo en el vestíbulo.

-¿Todavía despierto, Samuel? –dijo Hugo, al entrar-. No era necesario que me esperases, ya lo sabes.

-Lo sé, pero quise hacerlo –repuso el otro-. Sin embargo, dejaré que sea usted quien espere a la muchacha –agregó, mientras apoyaba el jarro sobre la mesa-. Aquí está su té.

-¿Qué la espere? –preguntó Hugo, sintiendo sonar campanas de alarma en su cabeza.

-Ella ha salido –dijo Samuel, y volvió a su sitio, junto al fuego-. Hará una media hora; tan fresca, entra aquí y me dice "Samuel, voy salir. Diga a Hugo que regresaré en untar de horas… no cierre la puerta con llave", para no tener que despertar a nadie.

-¿A dónde ha ido, por el amor de Dios? ¡Son la dos y media de la madrugada!

-No sé… y tal como iba vestido, no quisiera imaginármelo.

Tragó un sorbo de té y apretó los labios.

Hugo lanzó un quejido.

-Lárgalo, Samuel. No puedo soportar el suspense.

-Iba vestido como un muchacho… iba… auque no podría decir que pareciera un muchacho… estaba llena de curvas donde no hacía falta -añadió

-¿Qué?

-Lo que ha oído. Se metió en un coche de alquiler con uno de esos muchachos que están siempre alrededor de ella.

-Yo sabía que estaba tramando algo –murmuró Hugo-. Por algún motivo que ignoro, es evidente que he fracasado en mis intentos de llamarle la atención con respecto a este comportamiento de marimacho. Y tengo la impresión de que ya sería hora de que lo hiciera.

-Chloe, debo decir que esta ropa no te da aspecto de varón –dijo Julian, hipando, mientras observaba con ojos un tanto vidriosos la esbelta figura sentada enfrente de él.

Se sujetó de la correa cuando el coche giró en una esquina, con gran repiqueteo de sus ruedas de hierro sobre los adoquines.

-Ya sé que no –dijo Chloe-. ¿Estáis todos bebidos?

-Denis no –informó Frank con sonrisa torcida-. Estás sobrio como un juez, ¿eh, Denis? Mientras nosotros bebíamos gin en el Cribb´s, Parlor, nuestro Denis, aquí presente, hacía el papel de bueno en la sala de recibo de su madre.

-Es una suerte que uno de nosotros esté sobrio –declaró Denis-. De no ser así, jamás llegaríamos adonde pretendemos ir.

Casi no podía sacarle la vista de encima a Chloe. En una ocasión, él había estado en la cripta y había visto muchachas vestidas como varones. El recuerdo provocó un ramalazo de deseo en sus genitales; se removió incómodo, sobre el asiento dando gracias de que el interior del carruaje estuviese poco iluminado. Giró la cabeza para evitar la visión excitante de la mujer sentada enfrente de él y se debatió contra las perturbadoras imagines. Él sabía que, si quería tener a Chloe de ese modo, como recompensa por su éxito, Stephen le la concedería…

El coche se detuvo, salvándolo de seguir en esa línea de pensamientos que, en las actuales circunstancias, no podría serle útil.

-Hemos llegado.

Frank salió, tambaleante, perdió el equilibrio en uno de los peldaños y cayó apoyado sobre una rodilla. Rompió a reír de manera exagerada, como si lo sucedido fuese lo más divertido del mundo, se levantó y se encaminó hacia delante para pagar al cochero.

Denis descendió ágilmente y se estiró para ayudar a Chloe. Ella bajó de un salto a su lado, notando que algunos movimientos eran muchos más fáciles con pantalones. Pasaron un par de minutos hasta que aparición Julian, que estaba buscando un guante perdido en el interior oscuro del coche. Por fin, estuvieron todos en tierra, sanos y salvos, y el coche se alejó.

La escena que se desarrollaba bajo el resplandor vacilante de antorchas, lámparas de aceite y braseros que proyectaban una luminosidad anaranjada y rojiza bullía de vida: carretas que rodaban sobre los adoquines, hombres y mujeres que corrían a descargar los cestos de mimbre llenos pescados que todavía se retorcían. El suelo estaba mojado, encharcado, resbaloso a causa de las escamas; cuando el hedor mezclado de pescado fresco y podrido llegó a ella, Chloe frunció la nariz.

En el aire vibraba el estrépito de gritos de los carreteros, que animaban a sus caballos para que avanzaran; chillidos de risa o violentas maldiciones de la mujeres que corrían en medio de la muchedumbre con cestos cargados sobre la cabeza; las llamadas de los vendedores que voceaban su mercancía.

-Cielo –dijo Chloe, al escuchar un intercambio de palabras crudas entre dos robustas mujeres con antebrazos como rocas-. Podrían darle lecciones a Falstaff.

-¿Quién es ése? –preguntó Julian.

-Uno de esos tipos de Shakespeare –informó Frank con aire sabio-. ¿No lo recuerdas?

Julian negó con la cabeza.

-No podrías asegurarlo.

-En realidad, yo me refería a un papagayo –aclaró Chloe

-Oh, no… no es un papagayo –corrigió Frank, meneando él la cabeza esta vez-. Estás muy equivocada, mi querida muchacha. No es un papagayo; es un personaje de Shaskespeare, lo recuerdo muy bien.

-Sí, pero además es un papagayo… bueno, no importa –se resignó Chloe, desistiendo del intento de tener cualquier conversación coherente con sus dos ebrios acompañantes-. Consigamos las ostras.

-Es en aquella tienda.

Denis tomó el mando, sujetándola con delicadeza por el codo y guiándola hacia una bulliciosa tienda instalada sobre una franja de hierba, con dos linternas balanceándose en la entrada, iluminando las manos de una mujer que estaba abriendo ostras a una velocidad increíble. No llevaba guantes y sus manos estaban llenas de callos, por haber sufrido, durante años, los cortes de las valvas, filosas como navajas

-Cuatro docenas, mi buena mujer –pidió Frank, balanceándose delante de ella.

-Le costará un chelín –dijo la mujer, sin levantar su vista.

-Eso es incorrecto –dijo Denis-. Anoche costaban seis peniques.

-¿Qué importa? –intervino Chloe, en un susurro apremiante-. No es justo regatear. ¿Cómo te sentirías tú si tuvieras que hacer esto todos las noches?

Denis se quedó mirándola fijamente a la luz parpadeante de la lámpara. No supo por qué, en ese momento, los ojos de ella habían adquirido un matiz púrpura y su boca estaba apretada en una línea. Hasta entonces, él nunca había oído a nadie expresar semejante concepto y, por unos instantes, no encontró respuesta adecuada.

-Chloe tiene razón –dijo Julian, rebuscando en sus bolsillos-. Mucha razón… siempre la tiene, ¿no es así Chlo?

-No me llames Chlo –dijo ella, riendo sin muchas ganas al verlo espiar, con mirada miope, dentro de sus bolsillos-. Además, no siempre tengo razón excepto en estas cuestiones.

-Tenga.

Denis sacó dos chelines de su bolsillo y los dejó caer sobre una caja abierta que había junto a la mujer. Esta lanzó una fugaz mirada de soslayo, comprobó la munificencia del joven y la reconoció con un cabeceo afirmativo, mientras sus manos proseguían su tarea.

Chloe, en cambio, lo recompensó con más generosidad. Le oprimió la mano.

-Gracias. Fuiste generoso, pero piensa lo que significará para ella.

Denis le sonrió con una expresión que restaba importancia a su gesto y que disimulaba su satisfacción.

-Cerveza fuerte –recordó Frank de pronto-. Tú compraste las ostras, yo conseguiré la cerveza.

Echó a andar torpemente hacia una carreta detenida a la sombra.

-En mi opinión, él no necesita nada de eso –comentó Chloe, haciendo una mueca.

La vendedora le plantó, de golpe, una fuente de ostras delante y ella las aceptó, agradeciéndole con una sonrisa. La sonrisa pasó inadvertida o, al menos, quedó sin respuesta porque la mujer siguió trabajando para preparar la siguiente docena.

Chloe volcó el contenido de las valvas en la boca, sintiéndola resbalar por la lengua y deslizarse garganta abajo; disfrutó con la pureza de su sabor.

-¿Más? –ofreció Denis, acercándole la segunda fuente, pero ella negó con la cabeza, sonriéndole.

-No, no voy a comer las tuyas. Pero me encanta. Reapareció Frank, trayendo cuatro jarras de peltre sujetas por las asas. El contenido se inclinaba por su modo incierto de caminar.

-Tuve éxito –anunció él, con radiante sonrisa de satisfacción.

Distribuyó las jarras y atacó su propio plato de ostras.

Julian se había sentado sobre los adoquines, respaldándose en un arcón de madera, y tenía los ojos entornados. Se incorporó lo suficiente para trasegar la cerveza y consumir su ración de ostras con sonrisa beatífica.

-¿Te gustaría dar una vuelta por el mercado, Chloe? –propuso Denis-. Lo encontrarás divertido.

Chloe se estremeció. La chaqueta corta no era gran protección contra el viento; de súbito, la aventura había perdido su gracia.

-Tengo frió; creo que Frank y Julian necesitan acostarse.

-En ese caso, nos marcharemos –se apresuro a complacerla-. Ven –dijo Frank, tironeándole de la manga-, salvo que quieras quedarte aquí sin nosotros.

Los otros dos muchachos, aunque a desgana, los siguieron hacia la salida del mercado de pescado.

-En la esquina encontraremos un coche de alquiler –dijo Denis. Se quitó la chaqueta de finísimo paño de color oliva y cubrió con ella los hombros de Chloe-. Tendría que haber pensado en traerte un abrigo.

Chloe le sonrió y se arropó con la abrigada prenda.

-A mí tampoco se me ocurrió que podría sentir frío. ¿Estás seguro de que no te importa?

-No te preocupes –aseguró, con una galante reverencia. Estaba por llegar a la esquina cuando la luz de una linterna que se balanceaba hizo gritar a Frank:

-El guardia… veo al guardia. Démosle una buena. Él y Julian echaron a correr hacia el sereno, que llevaba su linterna colgando de una vera.

-¿Qué se proponen hacer?

Chloe se detuvo.

-Están jugando –comentó Denis-. Sólo se burlarán de él.

Julian inclinó el sombrero del guardia sobre los ojos del hombre, y Frank apagó su linterna y luego aferró la vara, tratando de arrebatársela. El hombre bramó, enfurecido, y comenzó a girar en círculos mientras intentaba levantar el sombrero sin soltar la lámpara.

-¡Oh, acabad con eso! –gritó Chloe, corriendo hacia ellos-. Basta. Dejad al hombre en paz.

-Aguafiestas –acusó Frank, soltando la vara.

El sereno había logrado quitarse el sombrero de encima de los ojos y, farfullando de furia, se abalanzó sobre Julian amenazándolo con la vara. El muchacho lo esquivó sin esfuerzo, pero su pie tropezó con un adoquín sobresaliente y cayó de rodillas. En un santiamén el hombre lo alcanzó, y Frank corrió a salvarlo.

-Ven –dijo Denis, arrastrando consigo a Chloe fuera del callejón, antes de que ella atinase a reaccionar-. Déjalos. Si el sereno llegara a pescarte a ti, tu tutor tendría motivos para azotarme.

-A mí, no a ti .corrigió Chloe, corriendo con él-. Yo asumo la responsabilidad de mis actos, Denis… pero. Qué tontos, parecen niños…

-Sí, lo son –admitió Denis, haciendo señas a un coche-. Eso hace la bebida con las personas.

Tan piadosa afirmación le hizo reír para sus adentros. Él gozaba del privilegio de saber que el alcohol debía usarse para aumentar el placer y librar a la mente di inhibiciones. Pero Frank y Julian no conocían la mejor manera de aprovecharlo. No eran más que niños.

Chloe, por su parte, al tiempo que trepaba al coche, pensó que el alcohol no había vuelto tonto y pueril a Hugo. Antes bien, había hecho de él alguien que atemorizaba. Ésa era una función de la madurez, supuso, mientras miraba de reojo a su compañero. Denis no parecía inmaduro. Se preguntó qué era lo que lo diferenciaba de sus pares. Tal vez fuese esa mayor inteligencia que ella ya habría notado. Fuera lo que fuese, lo convertía en un agradable, si bien ignorante, compañero del coqueteo supuestamente destinado a despertar en Hugo los celos que lo harían reaccionar. El concepto fundamental estaba encerrado en la palabra “supuestamente”, reflexionó, con cierta amargura. Pero, quizás eso se modificara a partir de esa noche.

-No, no bajes –dijo Chloe en un susurro apremiante, al ver q Denis se adelantaba-, por si alguien estuviera espiando desde la casa.

Ella se había deslizado junto a él en el asiento y se apeó de un salto antes de que él pudiese contradecirla.

-Buenas noches, Denis, gracias por esta espléndida aventura.

Se puso de puntilla y le sonrió con calidez por la ventanilla.

-Procuraré pensar otras similares .repuso él-. Si tú quieres

-Quiero.

Le sopló un beso, se volvió y subió corriendo los peldaños que llevaban a la puerta principal. La casa estaba a oscuras; ella se inclinó y espió por el ojo de la cerradura. En el vestíbulo se divisaba un resplandor tenue. ¿Samuel habría dejado la puerta sin llave? Hizo

girar con suavidad el gran tirador de bronce de la puerta, y ésta se abrió. Entró en el oscuro vestíbulo y se volvió para cerrar la puerta.

-Espero que hayas tenido una velada agradable.

-¡Hugo! –exclamó volviéndose-. Me has asustado.

Hugo, enfundado en pantalones de ante y en mangas de camisa, estaba apoyado en uno de los postes que había junto al pie de la escalinata, con un pie apoyado en el primer pelado y los brazos cruzados sobre el pecho

-No sé por qué, mi pequeña y retorcida marimacho, no te creo –replicó él en tono seco-. No me dirás que no esperaba verme esperándote, ¿no? Si así lo hicieras, estarías insultando mi inteligencia.

Como ella no respondía, él examinó con expresión de moderada curiosidad. Samuel no había exagerado: su traje era un escándalo pues destacaba cada una de las líneas y de las curvas de su cuerpo. Él meneó la cabeza y apretó los labios.

-Al parecer, no puedo lograr tu atención, ¿verdad, muchacha?

“Pero yo sí he logrado la tuya”, pensó ella. El gozoso pensamiento hizo acelerar el paso de la sangre en sus venas, ella aguardó el próximo movimiento de él. Veía la excitación en sus ojos con la misma claridad que si la hubiese expresado en palabras.

-Quítate eso –ordenó

-¿Qué cosa? ¿La ropa?

Eso la sorprendió

-Si prefieres denominarlas así.

-¿Aquí?

Desconcertada, ella paseó la mirada por el vestíbulo.

-Aquí .confirmó él-. Ahora mismo. Quítate esa ropa, dóblala y ponía sobre la mesa.

Chloe soltó un prolongado suspiro y dejó asomar la lengua entre los labios mientras meditaba acerca de las instrucciones oídas. La luz del vestíbulo era tenue y la casa estaba en silencio, pero no había ninguna garantía de que no apareciese algún habitante de la casa.

-No me obligues a repetírtelo –dijo él, sereno.

Ella tragó saliva. El juego había adquirido un sesgo peligroso y ella ya no veía bien adónde la llevaría. Le disparó una mirada rápida y la expresión de él no le brindó ninguna seguridad. Aún veía allí la excitación pero, además, unas amenazadoras llamas parpadeaban en esos ojos verdes. Como encogiéndose de hombros para sus adentros, arrojó la gorra de terciopelo sobre la mesa consola con tapa de mármol y se desbotonó la chaqueta.

Hugo la observaba, inconmovible, mientras ella iba despojándose de la chaqueta, la camisa, los zapatos, los pantalones y los calcetines. Dobló con pulcritud cada prenda y lka dejó sobre la mesa. Luego ya en camisa y calzones, lo miró con expresión interrogante.

-Todo –ordenó él, en el mismo tono tranquilo que había usado desde el principio.

Un delicado rubor floreció en los pómulos de la muchacha

-Hugo…

-Puedo asegurarte de no tienes un aspecto más indecente ahora que cuando estabas vestida –le dijo, interrumpiendo la protesta iniciada por ella-, si eso era lo que te preocupaba. Sin embargo, eso me resulta difícil de creer, tengo la impresión de no que no tienes nada de pudor.

-Fue sólo un juego.

Ella misma percibió lo débil de su justificación.

-Bueno, si esta vez logro tu atención, tal vez pierdas las ganas de volver a jugarlo. Vamos, desnúdate.

Chloe se quitó la camisa por la cabeza y se bajó los calzones.

-¿Satisfecho? –le preguntó, mirándolo con hosquedad, a medias enfadada, a medios desafiante.

Hugo cerró su mente al intenso encantamiento que ejercía el cuerpo de ella, los miembros esbeltos que temblaban por el frío que reinaba en el vestíbulo, el resplandeciente marfilde su piel, y asintió, señalando con gesto hacia atrás.

-Ahora, puedes subir.

Ella parpadeó. Él aún tenía un pie en el primer peldaño y el espacio entre su cuerpo y el otro poste era muy estrecho. No parecía un paso seguro.

Pues bien, tendría que atravesar ese hueco. Hizo acopio de aire y disparó escalera arriba, pasando junto a él y subiendo con la desesperación y flexible agilidad de una gacela que huyera de un león

Hugo sonrió y la siguió disfrutando la visión de su desnudez.

-A mi cuarto –ordenó, cuando ella llegó a lo alto de la escalera.

Eso encerraba mejores promesas, como si lo que se había convertido en una situación incómoda, fuese a terminar de un modo más satisfactorio. Chloe llegó al cuarto de Hugo, al final del corredor y traspuso la puerta exhalando un suspiro de alivio. Correr desnuda or la casa no era una experiencia que hubiese querido repetir.

Hugo entró después de ella y cerró la puerta. Apoyó los hombros en ella y la contempló sin dejar traslucir ningún indicio de humor que bullía en su interior. Llegó a la conclusión de que ella debía sentirse bastante insegura y él, por su parte, no tenía la menor intención de dejarla escapar a la ligera. Cuando fuera a acostarse, su pupila estaría convencida de la necesidad de comportarse.

Él se apartó de la puerta y se acercó a una silla que había junto al fuego. Se sentó y llamó:

-Ven aquí, Chloe.

Ella se acercó, vacilante, consciente de que no tenía idea de qué podría aguardarle. En cualquier otra circunstancia, se haría evidente que él estaba pensando en su desnudez, al menos la notaría en sus ojos, pero en ese momento su expresión era inescrutable. Ella lanzó una rápida furtiva al cuerpo de él, no vio indicios externos de excitación. Antes, ella había percibido el deseo de él pero ahora no sentía esa agitación del aire alrededor de ellos; esa ausencia la inquietaba más que cualquier otra cosa.

Cuando llegó junto a Hugo, él le puso las manos sobre las cadera y la acercó a su cuerpo, situándola entre sus rodilla. Apretó con fuerza sus muslos contra las piernas desnudas de ella; Chloe sintió el cuero terso y flexible de los pantalones de Hugo en su piel.

Él se respaldó en la silla y levantó la mirada hacia ella, sin soltarle las caderas.

-¿Dónde has estado?

-En Billingsgate, comiendo ostras.

Fue un alivio poder darle una respuesta sincera. Sintió los dedos tibios y firmes, hundidos en la carne de sus caderas, y comenzó a cosquillearle la piel. El fuego chisporroteó y ella sintió su calor en su costado derecho. Se endurecieron sus pezones y una tibieza se extendió lentamente por su cuerpo con la conocida sensación de peso en el fondo del vientre y la secreción húmeda entre las piernas.

Cruzó por la mente de Chloe, sacudiéndola, que ella estaba excitándose con su propia desnudez, que se acentuaba por el hecho de que Hugo permanecía vestido. Él deslizo las manos alrededor de ella, amasando las curvas satinadas de las nalgas, deslizándolas hacia abajo, por sus muslos. Ella tembló.

-¿Y quién te llevo a Billingsgate?

Mientras hablaba, sus manos desandaban el camino con caricias lentas e insinuantes.

-Preferiría no decirte eso –respondió ella en voz densa. Él volvió a sujetarla las caderas, se inclinó le besó el vientre, buscando con su lengua el ombligo de Chloe.

-Yo considero que debes decírmelo –dijo él, soplando con suavidad sobre la piel y sujetándola con más fuerza.

-Es que no tienes importancia –protestó ella, sin fuerza-. Y no sería justo que te enfadaras con ellos. La responsabilidad es mía.

-Oh, eso ya lo sé –dijo él, dando ligeros toques con la punta de su lengua en los huesos de la cadera-. Es tu responsabilidad, y las consecuencias son para ti. Aun así, quiero saberlo.

Hugo deslizó una mano entre los muslos de ella y la hizo temblar otra vez. ¿A qué se refería con eso de las consecuencias? Pero no podía seguir el hilo de sus pensamientos mientras sus muslos se estremecían con la caricia. En voz remota, ella le dijo con quien había estado.

-Ya veo –dijo. Una lengua abrasadora pasó por su vientre, quemándola-. ¿Y cual de esos caballeros te proveyó de tan indecente atavío?

-No te lo diré –respondió ella, con la mayor convicción que pudo-. Eso no te importa.

Ahogó un jadeo y se mordió el labio cuando los dedos de el se movieron dentro de ella y uno de ellos estimuló el punto más sensible de su sexo.

-Supongo que no –reconoció él, ecuánime-. Bueno, puedes mantenerlo en secreto.

Allí había algo que no encajaba. Chloe lo supo, incluso en medio de su creciente pasión. Lo notaba en la voz de Hugo, tan serena e inconmovible, aun cuando estuviese haciéndole las cosas más maravillosas, auque estuviese percibiendo la líquida excitación del cuerpo de ella, como Chloe imaginaba.

Y entonces, cuando la espiral del deseo se tensó, Hugo retiró sus manos del cuerpo de ella.

-Ya es hora de que te acuestes –dijo él, en tono sensato-. Después de haber andado retozando por Billingsgate a una hora tan inoportuna, necesitas descansar.

La apartó de sí y se puso de pie.

Chloe no atinó a otra cosa que a mirarlo, consternada, con sus ojos agrandados.

Hugo la levantó en sus brazos con facilidad y, sin más preámbulos, la llevó a su cuarto. Chloe estaba muda de asombro y se esforzaba por encontrar un sentido a lo que estaba sucediendo.

La dejó sobre sus pies, ya en el interior de su habitación y dijo, en tono alegre:

-Buenas noches, Chloe. Te dejaré para que puedas sopesar las consecuencias de comportarte como una atrevida marimacho.

Entonces, comprendió que estaba burlándose de ella y sintió que la furia se precipitaba a ocupar el sitio que había dejado vacío el deseo insatisfecho.

-¡Tu… tú… cómo pudiste hacerme algo así!

Se arrojó sobre él martillándole el pecho con los puños. Pateándolo con los pies descalzos en las duras pantorrillas.

Con una sola mano Hugo le sujetó las muñecas y se las retuvo en la espalda. Con la otra le sostuvo el mentón y levantó ese rostro enfurecido. Con movimientos deliberados le bajó la cabeza y la besó, apretándola contra su cuerpo. Siguió besándola hasta que ella perdió el impulso d pelea y quedó blanda y flexible como masilla. Entonces, levantó la cabeza y le soltó las muñecas.

-Buenas noches, Chloe –repitió, con la misma clama de antes.

Ella tenía los ojos nublados, la piel enrojecida, los labios hinchados, Sacudió la cabeza, atónica, incapaz de recuperar la furia de hacía instantes, reconociendo, aun sin demasiada nitidez, que Hugo la había derrotado por completo, ganado un enfrentamiento que ella había provocado pensando en su propio triunfo. ¿Cómo pudo haber imaginado que sería contrincante suficiente para él? Él le había infligido un cruel castigo por su provocativa aventura, dejándola en un estado de incómoda desdicha y profunda mortificación. ¿Cómo había sido capaz de permanecer tan frío e inconmovible, al mismo tiempo que la reducía a una especie de trémula jalea, desesperada de deseo?

La puerta se cerró tras él y ella lo oyó reír quedamente. Recogió una pantufla y la arrojó contra la puerta, en impotente gesto de frustración, para luego meterse en la cama y subir las mantas hasta la cabeza.

Capítulo 23

A la mañana siguiente, Hugo se condujo como si el enfrentamiento de la noche anterior no hubiese ocurrido jamás. Saludó a su pupila con tono alegre cuando la vio aparecer, ella tenía la mirada un poco turbia, en la sala de desayuno, y le preguntó si le gustaría ir a cabalgar con él por el parque Richmond.

Chloe le echó una mirada cautelosa, tratando de captar alguna señal de estar regodeándose con lo que le había hecho, pero comprobó que su sonrisa era cálida, sus ojos, serenos, su pose relajada pues estaba reclinado en la silla con las piernas cruzadas y un ejemplar del Gazette abierto sobre las piernas.

-Tengo otros planes -dijo ella, al tiempo que se dirigía hacia el aparador donde estaban las fuentes con la comida.

-¿Puedo formar parte de ellos?

Hugo plegó el periódico y dejó resbalar la mirada por el contenido de la página.

-¿Es una pregunta o una orden? -preguntó ella, volviendo a la mesa y apoyando en ella su plato cargado, mientras se sentaba.

Hugo lanzó una mirada irónica al plato: era evidente que el pesar y el enfado no habían turbado el apetito a Chloe.

-Me gustaría saberlo- respondió él, en tono neutro.

-Bueno, aún no lo he decidido. Cuando lo haga, ten por seguro que te informaré.

Levantó un bocado de tocino y se lo llevó a la boca, sin preocuparse de haber hablado con petulancia, en el mejor de los casos, con grosería, en el peor. Ella había pasado la peor noche de su vida y no tenía intenciones de hacer las paces sin haber manifestado antes su protesta.

-Me alegrará que lo hagas –dijo él con meticulosa cortesía, y sin dejarse provocar con el desafío-. ¿Dónde está tu acompañante esta mañana?

-Desayunando en su cama, con té y tostadas... aunque pienso que tiene un plato con lomo, por si ella llegara a recuperar su apetito más tarde. Sufre un poco de gota y cree que es a causa de la humedad del ambiente -se burló. A pesar de sí misma, la antigua picardía apareció en sus ojos, que hasta ese momento habían estado helados, y en su voz resonó un

burbujeo de risa –. ¿Crees que ella es una... una...? Oh, ¿cómo se dice? Una hipocondríaca, ¿no es así?

–En mi opinión, es muy probable que sea así – respondió Hugo, con una seriedad desmentida por la expresión risueña de sus ojos –. ¿Estás segura de que no quieres ir a cabalgar conmigo, muchacha? – preguntó, acercándose a su silla y levantándole el mentón –. No creo que tus planes estén grabados en piedra.

Le quitó una miga de tostada de los labios con la yema de un dedo y le sonrió.

Era una sonrisa capaz de derretir el más obstinado deseo de castigar. A Chloe le tembló el labio y, aunque intentó permanecer en su justificable estado de resentimiento, no pudo.

– No sé si me agradará salir a cabalgar contigo – dijo ella, en un último intento desesperado, cuando ya sus ojos decían otra cosa.

Hugo se echó a reír:

-Hagamos las paces, Chloe. Tú estabas haciendo algo malo y lo sabes. No te exigiré que lo admitas, pero será un placer para mí olvidarlo, si tú quieres.

Ni con la mayor voluntad del mundo ella hubiese podido hacer otra cosa. Además de que no soportaba estar distanciada de él, persistir en un quisquilloso retraimiento no haría más que fortalecer su intención de deshacerse alegremente de ella.

Chloe alzó la mano y le aferró la muñeca, con sus ojos oscurecidos.

-Podríamos montar... pero después, también podríamos montar.

-¿En pleno día? – se burló él, intentando disimular el turbulento resurgir del deseo que, la noche pasada, había logrado reprimir con tanta eficacia.

-No sería la primera vez.

-No, pero estamos en Londres, no en Lancashire; estamos en una casa de la calle Mount, llena de criados, no en Denholm Manor con la única compañía de Samuel.

Era imposible. Chloe suspiró y aceptó la realidad.

-Entonces, tendré que conformarme con Petrarca y con Richmond.

Pasaron la mañana en perfecta armonía y, esa noche, cuando Chloe fue a su cama, Hugo le hizo el amor con ardiente pasión, que igualó y superó la de ella y restableció el equilibrio entre los dos y oscureció el recuerdo del punitivo control que el ejercía sobre si mismo. Fue una noche que Chloe recordaría durante muchas semanas después como la última ocasión en que habían hecho el amor sin restricciones.

Denis DeLacy daba la impresión de estar en todos lados. Su voz se oía siempre en la casa de la calle Mount; dondequiera estuviese Chloe, Denis estaba con ella.

Hugo no sabía que hacer con esa floreciente relación. Chloe se había mostrado impasible ante sus insinuaciones, primero, y luego sus francas afirmaciones de que ella trataba de manera distinta a DeLacy y que si no quería dar pábulo a murmuraciones, debía de distribuir sus atenciones en forma mas equitativa. Ella no había hecho caso de sus indicaciones, sosteniendo que Denis DeLacy bien podría ser un marido perfecto: era bastante rico, tenia muy buenas conexiones, era divertido, de buen carácter, inteligente, y era probable que ella pudiese convencerlo de aceptar la clase de sociedad igualitaria que tenia en mente. Aun así, cuando su tutor la presionaba para que decidiera si quería casarse con Denis o no, ella siempre se las ingeniaba para eludir el tema.

Pero no era sólo el hecho de que Chloe estaba convirtiéndose en la comidilla de la ciudad por su flirteo el motivo de que Hugo no pudiese resignarse a esa creciente intimidad. Cada vez que oía reír a Chloe, que la veía rozar la manga de Denis con esos gestos delicados y airosos que había llegado a asociar con la relación entre ellos, se le revolvían las entrañas.

¿Estaría celoso de Denis DeLacy? Por supuesto que lo estaba.

Saberlo era amargo e intolerable y, al mismo tiempo, indiscutible. A los treinta y cuatro años, estaba enamorado de una exquisita e inocente joven de diecisiete, que manifestaba una decidida inclinación hacia un joven de su generación, un hombre que representaba el marido perfecto en cuyo favor él, su tutor, había estado abogando.

Él no tenía otra alternativa que retirarse por completo del campo, por el bien de ambos. En tanto la relación íntima entre ambos continuase, él estaría obstaculizando el progreso del noviazgo con Denis. Quizá, fuera ése el motivo que impedía a Chloe tomar una decisión. Además, sólo si se separaba por completo de Chloe podría gozar él de cierta paz de espíritu. No repetiría el pasado. No se dejaría devorar, otra vez, por un amor sin esperanzas.

Decidido pero sin alegría, se dispuso a expandir su círculo social. Noche tras noche, salía y no regresaba hasta el amanecer, cuando Chloe ya se había rendido al sueño. Durante el día, podía encontrárselo en el Jackson's Saloon, en la galería de tiro Manton, en el estudio de esgrima de Angelo o en el club Corinthian, donde sublimaba su pasión en los deportes de los que siempre se había ocupado cuando estaba acompañado por hombres que, como él, eludían los insípidos entretenimientos de los clubes de St. James. Cada día, mejoraba su estado físico, aumentaban sus fuerzas y, también, su talante sombrío.

Samuel lo observaba, comprendía y esperaba el resultado. No sólo veía la desdicha de Hugo sino también la perplejidad y congoja de Chloe bajo la fachada luminosa que ella mostraba ante el mundo. Percibía el matiz áspero de su risa siempre pronta, veía la fragilidad de su sonrisa, captaba la nostalgia de la mirada cuando sus ojos seguían a Hugo cada vez que lo tenía cerca.

A Samuel no lo engañaba el coqueteo de ella con Denis DeLacy y no entendía cómo era posible que Hugo se dejara engañar. Durante esos días, como una extraña repetición de los malos tiempos del pasado, oía sonar el piano en la biblioteca. Pero era Chloe quien tocaba, utilizando la música para expresar su infelicidad de un modo que las palabras no permitían hacerlo; Samuel aprendió a reconocer su ánimo por la música que elegía, como había hecho antes con Hugo.

Chloe no lograba entender por qué, de golpe, su estrategia había dejado de funcionar. Durante un tiempo un tanto prolongado, Hugo había manifestado satisfactorias señales de disgusto hacia su flirteo con Denis. En una ocasión, incluso, se había enfadado tanto como para prohibirle que bailara más de una pieza con él en una velada. Ella había desafiado la prohibición esperando provocar un enfrentamiento abierto que desembocara en una noche prolongada y excitante, pero comprobó que Hugo dejaba de lado el tema como si hubiese perdido todo interés para él. Una vez, él le había preguntado si ella pensaba casarse con Denis, y ella tuvo la sensación de que su respuesta le importaría; pero ahora no parecía notar cuando ella estaba con el joven y, en general, ya no frecuentaba los mismos encuentros sociales a los que era invitada su pupila.

Las raras ocasiones en que lo hacía, siempre podía vérselo en compañía de alguna dama sofisticada de su propia edad. A los ojos de Chloe, él había desarrollado una vida propia, que la excluía a ella por completo.

Confundida y desdichada, ella coqueteaba con Denis en forma más provocativa aún. Y él igualaba y superaba su actitud con una ansiedad que muy pronto desató comentarios, mientras que en los clubes se hacían apuestas en cuanto al tiempo más o menos breve cuando DeLacy llevaría al altar a la bella heredera.

Dos hombres alojados en una discreta posada del Strand observaban con indisimulado interés el progreso de la relación.

-¿Por qué no actuamos ya? – preguntó Crispin, paseándose por la sala privada, entre las dos ventanas.

Una luz grisácea, filtrada por la copiosa nevada de afuera, se filtraba en la habitación.

-Paciencia – aconsejó su padrastro, espolvoreando nuez moscada en el contenido de un cuenco de plata para ponche.

Hundió el cucharón en el cuenco, probó el ponche de coñac con ceño severo y luego, tomó de un platillo un par de rodajas de limón y las agregó a la mezcla.

-Pero, ¿por qué? – quiso saber Crispin, contemplando por la ventana el callejón que corría más abajo.

Un carretón cargado con barriles de cerveza se detuvo ante una pila de nieve, mientras que un grupo que se había reunido allí vociferaba consejos para el carretero, que fustigaba a su caballo y lanzaba maldiciones en voz tan fuerte como para que lo oyese el observador que miraba desde arriba.

-Porque no tiene mucho sentido viajar a Lancashire en medio de una tormenta de nieve – le espetó Jasper –. Usa la cabeza, muchacho.

-Podríamos encerrarla aquí. Sería tan fácil persuadirla aquí como en Shipton. Aquí mismo podrían casarnos.

Crispin estaba enfurruñado. Le resultaba duro permanecer en segundo plano mientras Denis DeLacy era quien se divertía; él estaba impaciente por el momento de ocupar el centro de la escena.

-A veces, pienso que debes de tener algodón dentro del cráneo, igual que tu madre – declaró Jasper, vertiendo el ponche en dos copas –. Ten, bebe esto; tal vez te aguce el entendimiento.

Le tendió una de las copas.

Crispin la aceptó, aunque sonrojándose por el tono despectivo de su padrastro.

-¿Dónde se te ocurre que podemos tener a la chica? – prosiguió Jasper en el mismo tono –. No sé por qué, no me imagino a mi hermana menor instalándose tranquilamente en un dormitorio de la posada, mientras nosotros corremos a buscar a un sacerdote. Por otra parte, ¿dónde crees que encontraremos en Londres a un cura que esté dispuesto a casarla contra su voluntad? Puedes estar seguro de que ella hará un terrible alboroto, por muy persuasivo que yo sea. Y pienso ser muy persuasivo – añadió, con una mueca cruel en sus labios –. No será un procedimiento tranquilo.

-Existen sustancias que puedes darle para mantenerla tranquila– señaló Crispin, todavía enfurruñado.

-Sí; además, las necesitaremos para el viaje – replicó Jasper –.No tengo deseos de estar metido dentro de una silla de postas durante una semana, con esa muchacha escupiendo y forcejeando. Nos atendremos al plan: Denis la llevará a Finchley, donde la meteremos en la silla; entonces iremos a Shipton. Allí, mi impaciente y lascivo hijo, el viejo Elgar, el párroco de Edgecombe, hará lo que le ordenemos. El bendeciría el vínculo entre una oveja y tú, si así se lo ordenásemos. Y tú pasarás tu noche de bodas en la cripta.

-¿Y qué pasará con Denis?

-Él tendrá su recompensa pero, no te preocupes, nadie impedirá el ejercicio de tus derechos conyugales.

Jasper bebió con avidez su ponche de coñac y sintió que un calor se rizaba en su estómago. Su padre había muerto por culpa de la madre de Chloe y de Hugo Lattimer. Él había esperado catorce años para vengarse y no tenía sentido que se estropease por culpa de un mozo sin cerebro, que pensaba con los genitales. No quería que Lattimer estuviese atrasado más de una jornada con respecto a ellos, cuando comenzara a perseguirlos. Con un día bastaría para concretar el matrimonio y disponer la escena en la cripta. Sería una réplica exacta de la escena de la presentación de Elizabeth pero, en esta ocasión, Lattimer no podría hacer otra cosa que observar. Y, después, Jasper lo mataría y la sangre lavaría la disputa, cerrando el círculo.

Se oyó una llamada a la puerta y entró Denis, sacudiendo la nieve de su sombrero de castor de ala vuelta.

-Qué suerte endiablada- afirmó, disgustado -Yo ya tenía todo arreglado, y ahora, esto -concluyó, señalando hacia la ventana.

-Paciencia –volvió a aconsejar Jasper. Echó ponche en otra copa-. No perderemos nada por esperar uno o dos días.

Denis tomó la copa y dio las gracias en un murmullo.

-Es que tengo miedo de que suceda algo –dijo-. La he llevado a donde yo quería que estuviese... y en ese momento, ella haría cualquier cosa que yo le propusiera. Sin embargo, tengo la impresión de que es como si... como si... no lo sé: ella se parece a una cuerda tan tensa que podría saltar en cualquier momento.

Jasper volvió la vista hacia él con brusquedad.

-¿Por qué? ¿Qué le pasa?

-No sé. Nada que se pueda definir pero... pero lo siento. Hay algo –dijo; tras beber un trago, prosiguió lentamente, eligiendo las palabras-. A veces tengo la sensación de que ella está usándome. En ocasiones, creo que ni siquiera me ve, aunque esté prestándome toda su atención.

-¡Bah! tonterías –dijo Jasper-. Fantasías sin sentido. Esa chiquilla tonta está perdidamente enamorada de ti. Es una niña y tiene la misma experiencia del mundo que tenía a los cinco años. Estoy seguro de que debe estar fascinada contigo.

A Denis le habría gustado creerlo, pero no podía. Con todo, no podía explicar con más claridad su certeza; por eso desistió de insistir en el tema.

-¿La has besado? –preguntó Crispin, con la irritación que le provocaba la envidia.

-Sólo en la mejilla –dijo Denis.

Tampoco le era posible expresar con palabras su certidumbre de que, si bien Chloe estaba muy dispuesta a juguetear con él, existía un límite que ella no iba a cruzar. Por lo menos, no lo haría por su propia voluntad.

-No quisiera asustarla mostrándome demasiado insistente –explicó.

-Ya habrá tiempo de sobra para eso –dijo Jasper.

Se irguió, se estiró y fue hacia la ventana. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que cediera la nevada? En efecto, era una endiablada mala suerte que se hubiese desatado una tormenta de nieve en diciembre, a comienzos de la temporada. Pero aquello no iva a durar, y ellos se hallarían en camino antes de acabar la semana.

Esa tarde, Hugo entró en la casa pensando que ésa sería una velada que todos pasarían bajo techo. Nadie en su sano juicio engancharía sus caballos entre las varas de un coche con ese clima, a menos que fuese una cuestión de vida o muerte.

Cerró la puerta tras él, pensando dónde estaría Samuel. Dos de las crías de Beatrice jugaban en el vestíbulo, resbalando sobre la pulida madera, mientras se perseguían entre sus piernas y luego enfilaban hacia la escalera. Él recogió las cartas que había en la mesa consola y las miró. Después de unos instantes, percibió el extraño silencio que reinaba en la casa. Esta vez no había señales de Denis DeLacy en la residencia, pensó con amargura mientras iba a la biblioteca.

Habían dejado extinguirse el fuego y él, ceñudo, se inclinó para arrojar otro tronco entre las ascuas. ¿Dónde estarían todos? No había tantos habitantes en su casa, sin embargo había suficiente personal para mantener el fuego encendido, sobre todo en un día como ése.

Salió al vestíbulo y gritó llamando a Samuel. No hubo respuestas; de pronto, Chloe apareció en lo alto de la escalera.

-¡Hugo!

Se le quebró la voz, que sonaba cargada de llanto; él se acercó al pie de la escalera.

-¿Qué sucede, cariño?

Ninguno de los dos notó el término cariñoso, rara vez utilizado.

Ella bajó corriendo la escalera y se precipitó a sus brazos.

-Se trata de Peg –sollozó, con la boca contra su pecho-. Se ha marchado.

-¿Qué se ha marchado? ¿Adonde?

-¡No sé! Como no sabe leer ni escribir, no pudo dejar una nota... y no ha dicho nada. Simplemente, desapareció.

-A ver, espera un minuto –dijo Hugo, levantándole la cabeza, mientras sacaba su pañuelo -. No puedo entenderte una sola palabra si farfullas contra mi pecho. Comienza desde el principio.

-No hay tal principio - dijo ella, aceptando el pañuelo pero sin usarlo, de modo que las lágrimas continuaron cayendo por sus mejillas -. Ella se ha marchado, eso es todo. Afuera, a la nieve. Y ha dejado a su hija. ¿Por qué? ¿Por qué hizo algo tan tonto, Hugo? Se congelará y morirá.

-¿Ha dejado a la niña? – repitió Hugo, tratando de asimilar la idea.

- Sí. Se marchó y la dejó.

-Que Dios nos ampare – musitó -. Y ahora, también soy responsable por una recién nacida, además de un zoológico.

-¡Cómo puedes ser tan insensible! – exclamó Chloe, entre lágrimas – Peg está ahí fuera, en la nieve...

-Por su propia voluntad, muchacha –recordó Hugo. La tomó de un brazo y la condujo a la biblioteca, luego cerró la puerta -. Ella no se sentía feliz aquí.

-Ya lo sé, pero, ¿por qué? – quiso saber, acurrucándose junto al fuego -. No lo entiendo. Ella tenía de comer y de beber en abundancia, ropa abrigada y... y un hogar. Entonces, ¿por qué huyó de este modo?

-Ven aquí – dijo Hugo, sentándose en el sofá y haciendo sentar a Chloe sobre sus piernas -. Sé que es duro aceptarlo, pero tú no puedes salvar al mundo aunque tengas un corazón tan grande como el que tienes.

-Ya sé que no – dijo ella, tratando de calmarse -. Sólo quería salvar a una persona.

Él la sostuvo abrazada un minuto, luego tomó de sus manos el abandonado pañuelo y le secó las lágrimas.

-Suénate.

Ella lo hizo con vigor y luego se apretó a él, apoyándole la cabeza en el hombro.

-Ojalá no hubiese salido con esta nevada. Pero no entiendo por qué no esperó, Hugo. ¿Qué puede haberla empujado?

-En realidad, no lo sé –respondió él, acariciándole el pelo y apartándoselo de la frente-. Pero, a veces, las personas hacen cosas que no entendemos. Peg vive en la calle. Ella sólo conoce eso. Sus amigos estarán ahí fuera... tenía una abuela, también, ¿no es verdad?

-Su nodriza -rectificó ella-. Ella contó que, a veces, podía dormir en el lavadero... pero, ¿por qué tenía que hacer eso si aquí podía estar abrigada y seca? No tiene sentido.

-Por lo general, los impulsos no lo tienen. Tienes que recordar que recogiste a Peg en la calle. Ese es su mundo.

Con la yema de un dedo, el recorrió la línea de sus cejas.

-Yo sé que no se puede obligar a nadie a aceptar ayuda –dijo Chloe, con uno de esos sorprendentes relámpagos de madura lucidez que seguían asombrándolo y deleitándolo -. Y, si tengo en cuenta que yo no estaba intentando ayudarla solo para sentirme bien, no debería sentirme desgraciada por el hecho de que ella prefiera hacer otra cosa.

Guardó silencio un minuto y luego continuó, en tono mas animado:

-Bueno, al menos ha dejado a la niña. Y, al menos, ha podido tener a su hija en buenas condiciones... pero -se incorporó, sacudida por una idea -. Pero, ya sabemos que va a

ocurrirle. Quedará preñada otra vez; ella no sabe nada de pociones ni de cosas por el estilo. Muy pronto, estará embarazada otra vez. Y es tan joven... Me ha dicho que ni siquiera sabe su edad.

Soltó un fuerte suspiro y se apoyó otra vez en é1.

Al principio, Hugo no dijo nada pues se había sumido en la amarga reflexión de que esa diminuta filántropo que tenia sobre las rodillas sabia tanto de pociones... de coitos interrumpidos y de cosas por el estilo... como ella lo expresaba, todo con una aparente ingenuidad que no condecía ni con el sentimiento ni con las conclusiones que había expresado.

Hacía una eternidad que no la tenía así, abrazada; ese peso leve, tan familiar para el con sus contornos y sus fragancias, lo colmó de un anhelo inconsolable. La actitud de ella no tenia nada de sensual, en ese momento. Mas aun, ella no parecía tener conciencia de que estaban tan próximos, tan encerrada se hallaba en su desconcierto y su pena por Peg; hubiese dado lo mismo que estuviera sentada en cualquier otro sitio y no en sus rodillas, con la cabeza sobre su hombro. ¿Sentiría ella que el estaba jugueteando con sus dorados y largos cabellos?

De súbito, se abrió la puerta.

-Oh, Dios mío... oh, yo no sabía... -farfulló lady Smallwood, en el hueco de la puerta, mirando entre parpadeos a las dos personas sentadas en el sofá -. Estaba buscando a Chloe.

-Y la has encontrado -dijo Hugo, sin alterarse-. La muchacha está muy perturbada por lo de Peg.

Con suavidad y con la mayor naturalidad, esperaba, la hizo levantarse y se puso de pie. Dolly no sacaría ninguna conclusión de lo que había visto. No era otra cosa que un tutor consolando a su desdichada y joven pupila.

-Sí, que alboroto –declaró Dolly-. Eso es ingratitud... eso es morder la mano que te alimenta...

-No estábamos hablando de eso -respondió Chloe con presteza-. No estábamos hablando de nada así.

La dama se sorbió la nariz y, con su acostumbrada falta de tacto, siguió diciendo: - Samuel ha regresado. Dice que ha buscado por todas partes y que no hay señales de ella. En buena hora, si me piden mi opinión.

-Ni se me ocurriría hacer semejante cosa -replicó Chloe, en actitud tensa-. Sus opiniones, señora, no tienen el menor...

-Chloe, ya esta bien -intervino Hugo, antes de que la perorata se convirtiera en algo imposible de detener.

Por fortuna, a esa altura Samuel les proporcionó un motivo de distracción. Entró en la biblioteca, con 1a nieve aun adherida a su capa y a sus hirsutas cejas entrecanas.

-Ni un indicio -dijo-. Y nadie la ha visto, tampoco. He preguntado por toda la calle. Aunque no se puede ver gran cosa ahí afuera –añadió, yendo hacia la ventana y contemplando la densa manta de nieve que seguía cayendo.

Miro hacia atrás y vio a Chloe con el rostro mojado de lágrimas.

-Vamos, no se aflija, muchacha. Ella sabría adonde ir. No es ninguna tonta, esa Peg. En mi opinión, ahora debe de estar contenta como una cigarra, sin tener que preocuparse por su niña. Tenía ese dinero que usted le ha dado, toda esa ropa de buena calidad. A esta hora, debe de estar en una buena posada, cómoda y abrigada y pasándolo de maravillas.

-Hasta que se le acabe el dinero -puntualizó Chloe, negándose a permitir que Samuel la reanimase pintándole un cuadro que sin duda seria acertado, por lo que ella sabía de Peg-. Cuando eso ocurra, tal vez regrese.

Samuel se encogió de hombros.

-A mi juicio, es más necesario decidir que hacer con la recién nacida.

-Supongo que deberemos conseguir una nodriza -dijo Chloe-. ¿Y dónde hallaremos una, con este clima?

-Bueno, da la casualidad de que la esposa del encargado del establo acaba de tener un hijo. Yo me atrevería a afirmar que ella no se opondría a amamantar a otro niño por unas guineas.

-¡Oh, Samuel, usted es maravilloso!

Chloe atravesó corriendo la biblioteca y lo besó con entusiasmo en ambas mejillas, sin reparar en la exclamación escandalizada de lady Smallwood.

-Vamos, vamos -dijo Samuel, ruborizándose-. Si trae a la niña, yo la llevaré a la cochera. Ted está aguardándola.

- Y después, cuando sea destetada, podrá venir aquí, a vivir con nosotros.

-Es de esperar que tu esposo no se oponga a hacerse cargo de una criatura de progenitores desconocidos –comentó Hugo con cierta sequedad.

El corazón de Chloe dio un vuelco cuando ella advirtió que había hablado, sencillamente, desde la perspectiva de una suposición prohibida... suposición que, a pesar de la actual situación de alejamiento, seguía presente en su visión del futuro.

Dijo, encogiéndose de hombros:

-Oh, estoy segura de que Perséfone podrá conquistar cualquier corazón, hasta el más recalcitrante.

-¡Perséfone! ¡Dios del Cielo! ¿Que clase de nombre es ese para una pobre bastarda proveniente de los albañales de la ciudad? -exclamó Hugo, olvidando sus conjeturas con respecto ala posible reacción de Denis DeLacy frente a una hija adoptiva.

La boca de Chloe adopto la conocida expresión obstinada.

-No veo por qué una bastarda de los barrios bajos no puede llevar un nombre bonito.

-¡Hugo! -chilló lady Smallwood-. Oh, por Dios, ¿que otra cosa dirá ahora? Si alguien la oyese... oh, mi pobre corazón, me dan palpitaciones.

Se desplomó en una silla mientras rebuscaba las sales en su bolso.

Por desgracia, Hugo captó la mirada de Chloe, cargada de pícara diversión. Y, sobre el hombro de ella, a Samuel, que sonreía sin disimulo. El único recurso que le quedó fue fingir un ataque de tos.

-Iremos a buscar a Perséfone -dijo Chloe, contemplando a su tutor con afectada preocupación-. Tienes una tos terrible, Hugo.

E1 se recompuso.

-¿Tiene que ser Perséfone?

-Si -respondió Chloe con sencillez, yendo hacia la puerta-. Y ya que voy a la cochera, se me ocurre que, quizá, como es una noche tan espantosa y debe de sentir frío y soledad..

-No -repuso Hugo.

-Pero si yo prometí que lo mantendría atado; lo tolera muy bien.

Y solo lo dejaré entrar aquí. A él le encanta jugar con Dante; ellos pueden tenderse aquí, junto al fuego.

-No.

-Oh, Hugo, por favor.

-¿Ella se refiere a ese animal salvaje? –preguntó lady Smallwood, que ya se había recobrado de un ataque de palpitaciones y se preparaba para el siguiente-. Yo no estoy dispuesta... y eso es terminante, no estoy dispuesta a permanecer bajo el mismo techo con una bestia salvaje.

-Oh, señora, el estará en la biblioteca, nada mas --dijo Chloe-. No tendría por que verlo, siquiera -aseguró. Volvió su mirada hacia Hugo; sus ojos habían adquirido un matiz purpúreo-. Demóstenes no ha podido jugar con Dante en todo el día debido a la nieve. Y debe de

sentirse muy solo.

Era verdad que, entre el enorme perro mestizo y el cachorro de oso, se había desarrollado cierta clase de simpatía. También era verdad que, entre los dos, eran capaces de reducir a minas cualquier habitación en menos de lo que canta un gallo.

-No -repitió Hugo.

-Te prometo que lo mantendré dominado. Y si no se está tranquilo, lo llevaré otra vez al establo.

En sus tersas mejillas aun había rastros de las lágrimas, sus ojos estaban arrasados y su encantadora boca suave temblaba en su ruego.

Abstraído, Hugo se preguntó por que se molestaba en iniciar una batalla perdida, según se lo decía la experiencia. E1 había prohibido la presencia del oso dentro de la casa en numerosas ocasiones, pero era completamente inútil. Demóstenes seguía entrando.

Sacudió la cabeza expresando su derrota y se agachó para poner otro leño en el hogar.

-Hugo, quisiera conversar contigo con respecto a ese joven DeLacy -dijo lady Smallwood de pronto, recuperándose de sus palpitaciones, después que la puerta se cerró tras la salida triunfal de Chloe-. Sus atenciones son demasiado particulares.

-Lo he notado -dijo Hugo, volviéndose hacia su prima-. Y, por lo que he podido ver, también lo ha notado todo el mundo.

-A Chloe no parece disgustarle -dijo la mujer.

-Si me permites decirlo, ese es el eufemismo más grande de esta temporada.

-Es una unión muy conveniente... aunque no es brillante, claro; con esa belleza y con semejante fortuna, uno esperaría que...

-Como ambos sabemos, Chloe ha rechazado todas las ofertas brillantes que se le han hecho.

-Sí -admitió lady Smallwood, llevándose el frasco de sales a la nariz-. Ya es tiempo de que ella siente cabeza. Todas estas tonterías de los animales salvajes, huérfanos y abandonados... realmente, no están bien. Es asombroso que la sociedad haya tolerado sus excentricidades hasta este punto. Yo, por mi parte, estoy convencida de que cuando ella tenga un esposo, un hogar y una familia, dejad atrás su obstinación.

-Yo no lo llamaría obstinación -repuso Hugo con humildad-. Sin embargo, entiendo a que te refieres. ¿Que propones Dolly?

-Que sería conveniente que preguntaras a DeLacy cuales son sus intenciones -dijo ella-. Es preciso hacer que se defina. El flirteo ya se ha prolongado demasiado, y Chloe tiene tan escasa experiencia que no sabe como alentar al joven para que se declare.

"Si tu supieras", pensó Hugo, uniendo sus dedos y adoptando una expresión de alerta y concentración.

-¿Tu crees que el necesita un empujón?

-Desde luego que sí. Yo no cumpliría con mi deber de acompañante si no te expresara mi opinión. Esta chica es muy impetuosa y, a veces, ese rasgo la induce a... bueno, seamos discretos; de todos modos, no se puede menos que amarla. En realidad, me gustaría verla felizmente establecida y, si esta unión llegara a ser lo que ella quiere, nosotros deberíamos hacer todo lo posible para favorecerla.

-Tu consejo es siempre invalorable, Dolly.

-La puerta se abrió de golpe y Dante se precipitó dentro, excitado haciendo resbalar la alfombra persa en el suelo. Luego, bailoteó hacia atrás ladrando para dar la bienvenida a Demóstenes, que galopaba sujeto con una correa cuyo extremo aferraba Chloe, que corría detrás muerta de risa incapaz de contenerlo.

Lady Smallwood soltó una exclamación desmayada y huyo de la habitación. Hugo se dejo caer sobre el sofá y se cubrió la cabeza con un cojín. Nada como una velada tranquila en

el hogar.

Y cuando Chloe estuviese felizmente casada con Denis DeLacy, el jamás tendría que volver a soportar una parecida.

Capítulo 24

-No es un día muy agradable para dar un paseo en coche, Denis –dijo Chloe frunciendo la nariz después de mirar por la ventana de la sala y ver la calle fangosa.

-Hay sol –señaló él.

-Es cierto –admitió Chloe-. Pero todo está tan sucio.

-Oh, vamos, Chloe, no es propio de ti dejarte amedrentar por un poco de fango –la halagó él-. Llevamos tres días encerrados por la nevada; ahora que está despejándose tan bien, siento la necesidad de respirar aire fresco. Iríamos a Finchley Common y podrías tomar las riendas, si quieres.

Chloe echó una mirada al carruaje que estaba en la calle. Denis conducía un par de tordos de andar veloz. Y si bien la propuesta era tentadora, a decir verdad Denis estaba comenzando a hartarla. Había en él un fondo de malhumor que se filtraba a través de su bohonomía y, si bien él se apresuraba a coincidir con ella cuando comentaba con él alguna escena lamentable que se veía en la simpatía por esas causas. Ella no ignoraba que él actuaba para impresionarla y ya comenzaba a sentir cierta culpa por inducirlo a creer en una inclinación hacia él que ella no sentía en absoluto. Desde luego que él era una compañía mucho más interesante que la mayoría de los jóvenes de su edad. Tenía más talento para la conversación, le impacientaba la eufórica tontería de sus pares y jamás había visto en él una mala conducta provocada por la bebida. Él contemplaba los ebrios retozos de otros con cierto desdén, actitud con la que ella simpatizaba. De todos modos, como el flirteo ya no ejercía efecto alguno sobre él, no tenía mucho sentido continuarlo. Peor aún, en los últimos días no encontraba mucho sentido a nada, pero las cosas no mejorarían si él se quedaba merodeando por la casa.

-Está bien –dijo, sin ganas-. Pero tengo que cambiarme el vestido.

-Por supuesto. Te esperaré.

Denis hizo una reverencia y se esforzó por disimular la expresión de alivio que revelaban sus ojos. Hubo un momento en que creyó que ella iba a rechazar la invitación. Y no tenía el menor deseo de volver a Finchley Common con las manos vacías. Sir Jasper no era un hombre capaz de contemporizar con el fracaso.

Hugo subía la escalera que daba al vestíbulo cuando Chloe salió de la sala.

-¿Ese coche que está junto a la puerta es el de DeLacy?

Hizo la pregunta con la indiferencia que había logrado llevar a la perfección.

Chloe se sonrojó levemente.

-Sí, él está en la sala. Vamos a dar un paseo y, por lo tanto, debo cambiarme el vestido.

-Entiendo –dijo Hugo, frunciendo el entrecejo, y recordó el consejo de su prima-. Tal vez quieras informar al joven que espero que él pida mi permiso antes de declararse a mi pupila.

-¿Por qué supones que él lo hará? –preguntó ella, y su sonrojo se intensificó.

Hugo decidió que había llegado la hora de tomar al toro por las astas.

-Si me equivoco, entonces quisiera saber qué demonios está sucediendo, muchacha –dijo él, con severidad-. O tú obligas a DeLacy a definirse, o tendré que hacerlo yo. Estas vacilaciones no pueden continuar...si pretendes seguir formando parte de la sociedad. Ya hay demasiadas habladurías, y yo no permaneceré impasible viendo cómo comprometes tu reputación con ese coqueteo que no lleva a ninguna parte. ¿Entendido?

Él quiere que me case con Denis DeLacy, en realidad, pensó Chloe. Hasta entonces, nunca lo había dicho con tanta franqueza y no había modo de interpretar mal semejante ultimátum. Ella se había aferrado a la creencia de que Hugo la amaba a pesar de no reconocerlo, dejándose llevar por sus insignificantes escrúpulos. Ella estaba segura de poder superar esos escrúpulos tal como había podido superar todo lo demás. Pero ahora el impulso de luchar la abandonó.

-Quizá Denis quiera hablar contigo al volver de nuestro paseo –dijo ella en todo deliberado.

-Supongo que sí. Bueno, puedes asegurarle que no hallará una exagerada oposición, muchacha.

Le pellizcó la mejilla y le sonrió con afecto, para luego reanudar su marcha por el corredor, con el corazón pesado. Se consoló pensando que al menos, tocaba a su fin la prolongada agonía de esta frustrada historia de amor. Sólo le quedaba soportar algunos meses hasta que ella se acercara al altar tomada de su brazo y él la entregara a un hombre de su clase con quien viviría, a quien amaría y con quien tendría hijos...

Chloe ahogó un sollozo de frustración y pena y corrió escalera arriba, hacia su dormitorio. ¿Cómo era posible que Hugo no sintiera lo mismo que ella?

Ella conocía la respuesta. Ella era demasiado joven y estaba bajo su tutoría. Y ahora, que hasta esa limitada forma de amor entre ellos había cesado, él no tendría ocasión de verla bajo ninguna otra luz. Él ya no la quería en ese sentido y, sin eso, ¿qué base quedaba sobre la cual fuera posible construir algo?

¿Por qué se le había ocurrido insistir en este absurdo plan de venir a Londres? Parpadeó para contener las lágrimas y se cambió el vestido de ir por casa por otro de calle y se salpicó la cara con agua fría de una palangana que había sobre el tocador. En aquel momento, ella no sabía que estaba enamorada de Hugo Lattimer. Ella estaba tan absorta en sus planes para el futuro y excitada por el presente que no se había detenido a analizar sus sentimientos. Y ahora, todo era polvo y ceniza.

Entonces, se casaría con Denis DeLacy. No sería un destino peor que cualquier otro si pensaba que no podría tener el único futuro que le importaba.

Se encasquetó un sombrero de terciopelo en la cabeza y acomodó la pluma. No le gustaba ese sombrero porque era demasiado insignificante, pero Hugo lo había elegido con la firmeza de costumbre. Pronto, él ya no tendría voz en el guardarropa de su pupila ni en ningún otro aspecto de su vida. Tragó saliva, intentando en vano deshacer el nudo que se le había hecho en la garganta.

Chloe volvió a la sala. Denis estaba tan aliviado por haber logrado hacerla salir de la casa y subir al coche que no había reparado en su desusada palidez ni de las distraídas respuestas que daba a sus intentos de conversar.

Condujo velozmente por las calles de la zona elegante. Absorta en sus tristes pensamientos, al comienzo Chloe no advirtió el modo en que él conducía ni cómo fustigaba a

los caballos. Sólo cuando esquivaron por un pelillo a un coche que venía en sentido contrario, cerca del acceso a Primrose Hill, ella salió de su ensimismamiento con un sobresalto.

-Tus caballos están sudando –dijo, sorprendida.

Aquello era un pecado capital para cualquiera que se considerase un conductor medianamente competente. Ella le echó una mirada y vio la rigidez en su mandíbula, la tensión de su boca.

-¿Qué sucede?

Él la miró de lleno, y vio en sus ojos una expresión que le provocó un estremecimiento de alarma.

-Nada ¿por qué habría de suceder algo? ¿Acaso no te gusta el paseo?

-Hace demasiado frío –repuso ella, tratando de hablar con su tono habitual-. No es bueno para tus caballos que los fustigues tanto.

-Son mis caballos. Esto es asunto mío. –dijo él con frialdad.

Uno de los animales tropezó en un agujero del suelo, el látigo restalló en el aire y acertó en la oreja del caballo.

-¡No hagas eso! –exclamó ella, mientras intentaba recuperarse de la extraña frialdad de su tono-. El caballo no tiene la culpa. Si condujeses con más cuidado, él no habría tropezado.

De súbito, comprendió que algo muy malo pasaba, aunque ella no podía descubrir qué era. Lo único cierto era que Denis no se asemejaba al hombre que ella creía conocer, y que en sus ojos volvía a brillar esa expresión de depredador.

-Detén el coche –exigió ella-. Quiero bajar.

Ya casi habían llegado a Finchley Common, y si bien en el camino se veían pocos vehículos y ningún peatón, ella tenía la absoluta certidumbre de que no quería seguir un instante más dentro del coche de Denis DeLacy.

Por toda respuesta, él hizo restallar de nuevo el látigo y sus caballos arrancaron hacia delante con un último arrebato y entraron en el terreno comunal.

El viento levantaba remolinos en la capa de nieve, doblaba las ramas desnudas de los árboles y silbaba entre los helechos agostados. El camino escabroso serpenteaba adelante, y el hielo brillaba en los duros surcos resecos, quebrándose con el golpe de los cascos.

Chloe tembló, sintiendo que un horrible temor le crispaba el cuero cabelludo y le erizaba el fino bello de los brazos. Entonces vio, a cierta distancia, la silla de postas detenida a un lado del camino, bajo un grupo de árboles. Un postillón, envuelto hasta las orejas en su capa estaba parado junto a los caballos líderes del tronco.

-¿Qué sucede? –preguntó ella, en un susurro, sintiendo que ese temor sin nombre le trepaba por la espalda-. Por todos los diablos del invierno, Denis, ¿qué pasa?

Sin responderle, cuando el coche llegó junto a la silla, él tiró de las riendas. Los caballos jadearon y resollaron; en sus pescuezos relucientes brillaba el sudor. Denis se bajó de un salto al mismo tiempo que el postillón trepaba a su sitio en la silla.

Chloe forcejeó cuando Denis quiso bajarla al suelo, pero no tenía fuerza para luchar con él. Lanzó puntapiés y puñetazos con la fuerza ciega que le daba la desesperación, pero él la bajó al suelo y la metió en la silla de postas cuya puerta se había abierto.

Ella cayó sobre el piso del vehículo, y Denis saltó tras ella. Se oyó restallar un látigo y el vehículo arrancó con una violenta sacudida y volvió a derribar a Chloe, que ya había logrado incorporarse. Alguien rió y esa risa le resultó conocida.

Se echó hacia atrás y se enderezó hasta quedar de rodillas. Levantó diversos grados de humor. Denis, por su parte, tenía el aire satisfecho y complaciente de quien ha cumplido una tarea realmente difícil. ¿Qué tendría que ver, por Dios, Denis con Jasper?

-¿Por qué? –le preguntó ella a él-. ¿Por qué, Denis?

-Pronto lo descubrirás –dijo Jasper-. Siéntate ahí.

Los ojos claros, duros e inexpresivos del hombre resbalaron sobre su rostro.

De repente, Chloe se sintió inundada por una furia enloquecida que disipó el miedo de antes, y que había surgido de la incertidumbre. Si éste era el enemigo, ella lo conocía... o al menos creía conocerlo.

Se abalanzó hacia su hermano, saltando desde su posición arrodillada, convirtiéndose en la encarnación de la furia, en un solo movimiento. No tenía la menor noción de lo que pretendía lograr, ni siquiera si esperaba lograr algo. Arremetió con sus manos enguantadas hacia esos ojos planos que no mostraban alma y lanzó su rodilla contra el pecho de él.

En un instante, se vio girar cuando la palma abierta de su hermano se estrelló con violencia en su mejilla. Le zumbaron los oídos y cayó hacia atrás, encima de Crispin que estaba sentado enfrente. Aun así, siguió luchando, agitando pies y brazos, causando todo el daño posible a los tres cuerpos con quienes compartía ese estrecho espacio.

Denis le aferró el tobillo y ella le dio una patada en el estómago.

-Déjamela a mí. Ahora, ella es mía.

En la voz de Crispin resonaba una sólida certeza. Denis la soltó, mirando con sus ojos entrecerrados.

Crispin forzó el cuerpo ligero de Chloe, colocándolo boca abajo sobre sus piernas, y le retorció los brazos hacia atrás mientras la sujetaba. Jasper se quitó la corbata y le ató las muñecas. Luego, la levantó y la arrojó a un rincón del carruaje, cerca de Crispin.

-Tienes que aprender muchas lecciones, hermanita –dijo él, respirando con cierta agitación-. Por fortuna, yo soy un buen maestro... quizá no sea muy paciente pero verás que aprenderás muy rápido.

Chloe estaba demasiado atónita para replicar. Le palpitaba la cara, los brazos tensados hacia atrás habían comenzado a dolerle y la corbata le apretaba las muñecas. El instinto la hizo apretarse en su rincón, ya disipadas sus dudas con respecto a los motivos que habían llevado a su secuestro.

Deslizó una mirada de soslayo hacia Crispin. Vio que sonreía del mismo modo que cuando era niño, cuando arrancaba las alas a las moscas. En una ocasión, ella le había dicho a Hugo que Jasper no podía forzarla a casarse con Crispin. Pero, en aquella ocasión, ella no conocía el verdadero significado de la palabra “forzar”

La silla dio un tumbo en otro bache del camino y ella cayó de costado, incapacitada de conservar el equilibrio con las manos atadas. Crispin la empujó para sentarla de nuevo. Ella se acurrucó otra vez en su rincón y cerró los ojos para no ver a los tres pares de ojos que la observaban con la misma expresión ávida de los depredadores que, por fin, han atrapado a su presa.

¿Dónde estaría Hugo? Pero ¿qué importaba dónde estaría? Ni en un millón de años él relacionaría a Denis DeLacy con Jasper.

-¿Dónde está Chloe, Dolly? –preguntó Hugo al entrar en la sala antes de cenar, seguido de cerca por un apesadumbrado Dante.

-Bueno, caramba, pensé que estaría contigo –respondió lady Smallwood, dejando a un lado su bordado y mirando a su primo con asombro-. No he vuelto a verla desde el mediodía.

-¡Cómo! –exclamó él, apartando con impaciencia la nariz húmeda del perro-. ¿Cómo es posible que no la hayas visto? ¿Estará en su cuarto?

-Yo supuse que estaría contigo –repitió Dolly-. Por lo general, no me dices cuando ella sale contigo.

Había cierto matiz de indignada ofensa en su afirmación.

Hugo giró sobre sus talones y cruzó corriendo el vestíbulo, mientras llamaba a gritos a Samuel.

-Eh, ¿qué pasa ahora? –dijo éste, que llegaba desde la cocina secándose la boca con una servilleta-. Estoy cenando.

-¿Dónde está Chloe?

-¿Cómo puedo saberlo? Desde el mediodía que no le veo el pelo. Creí que estaba con usted –pero, al percibir la agitación de Hugo, su semblante adquirió una expresión perpleja-. ¿O sea que no está?

-No, no está. No la veo desde las primeras horas de esta tarde.

Hugo se obligó a pensar con claridad, a ordenar sus ideas. ¿Podría ser que ella hubiese hecho planes para esa noche y se hubiese olvidado de comunicarlos... o quizá prefirió no hacerlo? Como cuando fue a Billingsgate.

No era imposible, pero sí improbable. Chloe no mentía con habilidad, y se sentía incómoda cuando lo hacía. Sus ardides, si bien maliciosos, por lo general tenían un fin, que nunca era el de permanecer ocultos por tiempo indefinido.

Ella había salido a dar un paseo en coche con Denis DeLacy. ¿Habrían sufrido un accidente? ¿Había volcado el carruaje? ¿Un caballo habría tropezado? ¿Los habrían asaltado?

Eran las ocho de la noche. Chloe había salido a las dos con DeLacy. ¡Seis horas! En ese tiempo no pudo haber ocurrido ningún accidente común. De ordinario, si ella salía a dar un paseo a primeras horas de la tarde, estaba de regreso en la casa a las cinco, como máximo. Si había ocurrido un accidente, ellos habían tenido tres horas para enviar algún mensaje. Salvo que estuviese tendida bajo las ruedas del coche de DeLacy, con el cuello quebrado.. ¿Cómo conducía ese maldito muchacho? ¿Sería imprudente? Todos los jóvenes lo eran.

Evocó su propia juventud... la cantidad de veces que había guiado un tronco de caballos en situaciones e que no podía ver bien, siquiera... en las veces que le había arrebatado las riendas al infortunado cochero y conducido alocadamente haciendo caracolear el vehículo por el camino, provocando los alaridos de los pasajeros, balanceando una botella de borgoña sobre la cabeza y disparando su pistola al aire.

¡Dios de los cielos! Era infalible: toda alimaña que camina va a parar al asador.

-Voy a la calle Curzon –anunció, bajando los peldaños de a tres.

Unos minutos después estaba de vuelta, poniéndose los guantes y un abrigo con sobrecapa sobre los hombros.

Samuel, que había arrojado la servilleta y abandonado la cena, estaba en el vestíbulo abotonando su abrigo.

-¿Qué hay en la calle Curzon?

-Es la casa de la madre de DeLacy –respondió Hugo, abriendo la puerta-. No sé qué otra cosa puedo hacer para empezar a buscarla.

Echó a andar por la calle casi corriendo. Samuel trotaba a su lado, jadeando.

-Ve a la cochera y fíjate si hay un carrocín y un par de tordos en el establo –ordenó Hugo cuando llegaron a la mansión de los DeLacy.

Samuel partió a cumplir el recado, y Hugo golpeó el aldabón.

Abrió la puerta un mayordomo que lo saludó con una reverencia.

-La familia está cenando, sir. ¿Podría entregarme su tarjeta?

-Sólo si Denis DeLacy está en casa –dijo Hugo, sin rodeos

-El señor DeLacy no está, sir.

El hombre mantenía la puerta abierta en actitud de impaciente cortesía.

-¿Ha vuelto esta tarde?

-No, sir. Tengo entendido que el señor DeLacy está pasando la velada fuera de la ciudad con unos amigos.

-¿Qué amigos?

-No tengo el privilegio de saberlo, sir.

El mayordomo retrocedió, disponiéndose a cerrar la puerta.

Hugo interpuso un pie en la abertura.

-No tanta prisa, mi buen hombre.

Algo en su tono y en el brillo de sus ojos verdes atrajo la atención del criado.

-¿Sir? –dijo el hombre con aire rígido, pero no hizo ningún otro movimiento que insinuase el fin de la conversación.

-El señor DeLacy salió con su coche, esta tarde. En ese momento ¿sabía usted que él no tenía intenciones de regresar?

-Creo que un poco después llegó un mensaje en ese sentido.

-¿Cuánto tiempo después?

-Alrededor de las seis, sir, según creo.

Dos horas atrás. Ya no le quedaban dudas de que no debía preocuparse por la posibilidad de un accidente. ¿Qué diablos estaría pasando? Hugo quitó el pie, se despidió del mayordomo con un ademán y volvió corriendo a la calle.

Cuando llegó a la esquina encontró a Samuel que volvía de la cochera.

-Hay dos tordos que parecen haber sido muy exigidos, en mi opinión –dijo, poniéndose a la par de Hugo-. Alguien los ha fustigado con mucha dureza. El caballerizo principal estaba lanzando maldiciones más obscenas que las del papagayo cojo de la muchacha. Dice que hace unas dos horas los trajo un caballerizo que desapareció en cuanto los dejó aquí. Él todavía no ha podido refrescarlos como es debido.

-Dos horas –repitió Hugo-. De modo que los caballos volvieron con un mensaje que entregó un desconocido diciendo que su conductor no regresaría. Samuel, ¿qué diablos está sucediendo?

-A mí me parece –dijo Samuel, pronunciando con lentitud- que huir con la muchacha está convirtiéndose en una costumbre para ciertos tipos.

-¡Jasper! –exclamó Hugo, deteniéndose en seco en medio de la calle-. Jesús, María y José, claro. La congregación. ¿Cómo diablos no se me ocurrió...?

Si Denis DeLacy había seguido los pasos de su padre en la Congregación, tal como Crispin había seguido los de Jasper, significaba que Denis estaba ligado a su jefe por medio de un juramento de obediencia. Hugo se había afligido tanto ante la posibilidad de que Chloe se enterase de la verdad con respecto a él de labios de su pretendiente que había desestimado por completo el peligro verdadero que encerraba cualquier contacto con la Congregación. Él había visto a DeLacy como un muchacho tan inofensivo... pero ¿acaso no lo habían sido todos ellos... buena parte del tiempo?

-¿La Congregación?

Samuel saltó fuera de la trayectoria de un coche de alquiler que iba en dirección contraria y empujó también a Hugo. El cochero se inclinó hacia abajo y soltó una retahíla de obscenidades.

-Es una larga historia –dijo Hugo, con una expresión torva en su boca-. Una historia larga y antigua.

Permaneció ceñudo, mientras las posibilidades y las especulaciones se perseguían unas a otras en su cabeza.

¿Adónde la habría llevado Jasper? En Londres, tendrían que hallar un sacerdote que hiciera la vista gorda y casara a una joven en contra de su voluntad... y Chloe no dejaría de poner en evidencia esa circunstancia. No iría dócilmente al altar. Llevaría tiempo someterla hasta lograr de ella cierta apariencia de aceptación, y Jasper no contaba con tanto tiempo. Querría que estuviese casada y consumado el matrimonio sin demoras. Una vez que esto se concretase, la fortuna de ella pasaría automáticamente a manos de su esposo. Ésa era la ley nacional. Lo más probable era que la suerte de Chloe después de eso no preocupara demasiado a su hermano aunque sin duda interesaría a Crispin.

Hugo recordó que aquel día en Manchester, Crispin había revelado su cruel temperamento cuando Chloe había corrido a salvar a Rocinante. Recordó la cobardía de su comportamiento cuando Hugo lo apremió y logró sacarle la verdad, en el camino a

Manchester. Una persona de carácter tan despreciable sería capaz de gozar con la venganza ejercida sobre una cautiva indefensa. Y si era miembro de la Congregación, y sin duda lo sería, a estas alturas ya habría conocido los licenciosos placeres conseguidos en el trance inducido por las drogas y sabría cómo ampliar los límites de las sensaciones, atravesando el umbral del mal, en la cripta. Él y Denis ya lo habrían aprendido, aun cuando todavía no fuesen tan depravados como su jefe.

La llevarían a Shipton: Hugo lo sabía con tanta certeza como si Jasper se lo hubiera dicho. En Shipton, Jasper contaba con sus partidarios, que sabrían mantener la boca cerrada puesto que también sabían que podrían acaecerles si no lo hacían. En Shipton, él podría mantener encerrada a Chloe, alejada de miradas curiosas, y tendría su propio sacerdote. Jasper había sembrado con liberalidad las semillas de una influencia por medio del temor, la intimidación, el soborno y cualquier otra herramienta de poder que diese el mejor resultado en cada caso. Sin duda, dispondría de un prelado que estaría dispuesto a hacer la vista gorda.

Y tenían la cripta.

Vio a Elizabeth de pie en la cripta, el terror reflejado en sus ojos junto con la droga, cuando, al fin, comprendió qué papel había destinado su esposo para ella. Vio a Elizabeth... pero no era Elizabeth, sino su hija en lugar de la madre... aquello cerraba el círculo. Cuánto complacería a Jasper. Oh, qué hondo placer le provocaría poder vengar así la muerte de su padre.

Una oleada de náuseas lo inundó; durante un instante se sintió impotente h asta que llegó a la convicción de que mataría a Jasper, si era necesario, del mismo modo que había matado a Stephen.

Cuando ellos llevasen a Chloe a la cripta, él estaría ahí.

-Iremos a Shipton –dijo en voz queda a Samuel, que esperaba.

-¡Shipton! –exclamó éste, lanzando un silbido-. ¡Eso significa que supone que el hermano de ella está mezclado en esto!

-Hasta el cuello –respondió Hugo con la misma suavidad-. Y yo voy a romper cada uno de los huesos de su cuerpo. Nos llevan una ventaja de seis horas. Si estoy en lo cierto, los planes de Jasper se desarrollarán en la cripta –dijo, hablando como para si mismo, sin abandonar el ritmo feroz de su paso en su trayecto de regreso a la calle Mount-. Crispin y el joven DeLacy deben de estar con él.

Ellos no le harían daño hasta después de la boda. Si era necesario, Jasper usaría drogas para mantenerla tranquila durante el viaje. No se arriesgaría a llamar la atención sobre su grupo, a que la presencia de ella fuera detectada de alguna manera.

Esta convicción le dio cierto consuelo.

-Como la muchacha no tiene fuerzas suficientes para cabalgar de Londres a Shipton –dijo Hugo, animado-, es seguro que viajan en la silla de postas. Muy pronto podremos encontrar alguna pista.

Cuando llegaron a la casa él subió corriendo la escalinata.

-Samuel ¿estás preparado para cabalgar conmigo? Es un tramo largo, pero iríamos más rápido que en un carruaje.

-Estoy con usted –dijo Samuel con tono gruñón-. ¿Saldremos ahora mismo?

-Al amanecer. Sin duda, por la noche tendrán que hacer una parada; si nosotros cabalgamos toda la noche, sólo tendremos que descansar durante el día. Saldremos con las primeras luces; podremos hallar su rastro en la primera parada que hagan.

Daba la impresión de que habían estado bamboleándose en esa silla sin muelles durante horas. La tarde había cedido su lugar al anochecer, y el aire se había enfriado. Nadie había dicho palabra durante largo rato.

Chloe seguía sentada en su rincón, sintiendo en cada milímetro de su piel la presencia de Crispin junto a ella. Cada tanto, su muslo se apretaba con fuerza contra el de ella y ella sabía que no era por casualidad. ¿Cómo podría enfrentar el hecho de que la casaron con él... compartir una cama con él... hacer con él lo que hacía con Hugo? Se sintió asqueada y tragó, desesperada, rogando que su cuerpo no la traicionara; deseó tener sus manos libres. Sin poder usarlas, se sentía absolutamente indefensa.

Se esforzó por pensar con claridad, por considerar su situación, con la esperanza de que al concentrar su mente, su pánico disminuiría. Si la obligaban a casarse, ¿qué pasaría? ¿Qué haría Hugo? ¿Podría hacer algo? Las personas se divorciaban. El rey estaba intentando divorciarse de la reina Carolina, aunque sin mucho éxito. Pero no era algo inaudito. Era de suponer que, de todos modos, Crispin se quedaría con su fortuna de modo que quizás estaría dispuesto a concederle el divorcio.

El muslo de él se apretó otra vez contra el de ella y, junto con una invencible repugnancia, supo que había estado soñando despierta. Crispin no la dejaría libre hasta que se hubiese hartado de ella. Ni el propio Hugo podría persuadirlo de que no la retuviese.

¿Imaginaría Hugo qué le había sucedido? Ya había pasado la hora de la cena. ¿Adivinaría él lo ocurrido? ¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo podría establecer la relación existente entre Denis y Jasper? Él supondría que habían sufrido algún accidente y que ella debía de estar refugiada en algún sitio. No era poco frecuente, dado el mal estado de los caminos después de la tormenta de nieve. Él estaría esperando algún mensaje... ¿cuánto tiempo dejaría pasar antes de empezar a preocuparse de verdad?

-No siento las manos –dijo ella, en voz débil y rabiosa, conteniendo las lágrimas, resuelta a no quebrarse delante de sus secuestradores.

-¿Te gustaría que te soltara las muñecas? –preguntó Jasper, como al pasar, con el mismo tono que si estuviese ofreciéndole repetir un plato durante la cena.

-¿Tú qué crees? –replicó ella.

Su hermano no hizo otra cosa que reclinarse en su asiento, enfrente de ella, y cerró los ojos.

Chloe se mordió el labio. El dolor en los brazos ya era insoportable y la insensibilidad en las manos la asustaba.

-Por favor –dijo.

Jasper abrió los ojos.

-Eres una chiquilla mal educada –observó él. Se inclinó hacia ella, le tomó el mentón y le examinó el rostro a la luz que se extinguía-. Y yo tengo intenciones de corregir eso a la brevedad. Si tratas de usar otra vez tus manos de ese modo, viajarás todo el trayecto hasta Shipton con las muñecas atadas, día y noche, ¿entendiste?

Chloe asintió: no había alternativa a la vista.

-Desátala.

Jasper se reclinó otra vez, y Crispin la apartó de su rincón, la puso sobre sus piernas y desató la corbata. Las manos del hombre se demoraron en su cuerpo, ella apretó con fuerza los ojos y se mordió el labio para no gritarle una sarta de insultos, se contuvo para no atacarlo con uñas, puños y pies.

Pero, por fin él la soltó, y ella se incorporó, encogiéndose otra vez en su rincón, masajeándose las muñecas, sintiendo punzadas de dolor en las manos a medida que la sangre circulaba de nuevo. Hizo girar los hombros hacia atrás para aliviar la contracción muscular en los omóplatos y se esforzó por pensar con claridad..

¿Cuándo pensarían ellos llevar a cabo la boda? Sin duda, no antes de llegar a Shipton. ¿Qué métodos emplearía Jasper para obligarla a eso? ¿Hasta qué punto sería capaz de soportar?

No tenía modo de saber la respuesta a la última pregunta, y llegó a la conclusión de que muy pronto lo averiguaría en forma empírica.

Ya había oscurecido del todo cuando la silla entró en el patio de una pequeña posada, en las afueras de St. Albans.

Jasper volvió a inclinarse hacia delante y nuevamente cogió el mentón de Chloe con dedos bruscos. Le sostuvo con firmeza la cara y le dio una nueva bofetada en la mejilla. Si bien no fue un golpe fuerte, era tan inesperado que la arrancó lágrimas de sorpresa más que de dolor. Denis contuvo una exclamación, y Crispin sonrió.

-Eso es para que recuerdes, hermanita –dijo Jasper con suavidad-. Tendrás que mantener la vista baja, la boca cerrada y, si das un paso en falso, te daré una paliza que recordarás el resto de tu vida.

Sin esperar respuesta, la soltó y saltó al suelo. Los otros le siguieron, y Chloe, aún aturdida por la sorpresa, se apeó la última. Jasper le rodeó los hombros con el brazo y le hizo girar la cara hacia su pecho, de modo que no pudiera verse la marca del golpe en la mejilla izquierda. Los otros dos se situaron cerca de él mientras el patrón salía a recibirlos.

-Mi hermana no se siente bien –dijo Jasper-. Necesito dos dormitorios contiguos y una sala privada.

El posadero hizo una inclinación tan profunda que con la nariz casi se tocó las rodillas y aseguró a los viajeros que les daría lo mejor que podía ofrecer su posada.

-Y mi esposa tendrá sumo placer en ayudar a la joven –dijo, andando de espaldas hacia la puerta-. Quizá le vendría bien una tisana. ¿Querrán cenar, los señores? Hay un lomo de cordero con salsa de grosellas rojas y compota de setas, si les apetece.

Jasper no se molestó en responder; se limitó a seguir a su jovial anfitrión que subía una escalera para inspeccionar las comodidades ofrecidas. Retuvo a Chloe a su lado y ella no intentó alejarse. Les fueron presentadas dos habitaciones juntas, una con dos camas grandes y otra con una sola, y las aprobaron.

-No, mi hermana no necesita ayuda –dijo Jasper, declinando el renovado ofrecimiento de ayuda por parte de la posadera-. Sólo traiga agua caliente a ambas habitaciones y ponga la cena en la mesa dentro de media hora. Y traiga una botella de su mejor borgoña –agregó en voz más alta, cuando el patrón ya se alejaba.

-Muy bien –dijo, volviéndose hacia sus acompañantes-. Vosotros podéis ocupar esta habitación; mi hermanita y yo nos haremos compañía en la otra.

Pasaron por la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Chloe delante empujada por él, y entraron en la más pequeña.

-¿Tú vas a dormir aquí, conmigo? –logró decir, por fin, Chloe.

-Sí –afirmó él, cortante. Jasper miró en derredor y fue hasta la ventana. Afuera había una enredadera lo bastante gruesa como para soportar el peso de Chloe-. No quiero perderte de vista.

-No me casaré con Crispin –dijo Chloe, armándose de valor.

Pero se encogió al ver que él cruzaba la habitación hacia ella.

Él se detuvo ante ella, y ella trató de quedarse inmóvil, de mirarlo a los ojos. Pero era imposible sostener esa mirada que se deslizaba sobre ella. Le temblaron las rodillas y esperaba recibir otro golpe: Jasper lo adivinó en su expresión y se echó a reír.

-Tú harás lo que yo te ordene –dijo él, casi con indiferencia, volviéndose cuando entró un criado con la maleta que había sido amarrada con correas en el techo de la silla de postas, seguido por una doncella que traía una jarra con agua caliente. Él la despidió con ademán impaciente, interrumpiendo sus ofrecimientos de ayuda-. Sólo traed el borgoña.

-Aquí dentro encontrarás todo lo que necesites –dijo a Chloe, señalando la maleta-. Puedes usar el biombo, si quieres.

Chloe encontró polvo dental, cepillos para el pelo, ropa limpia y un camisón. El criado trajo el borgoña mientras ella estaba preparando lo necesario. Indecisa, se quedó mirando a su hermano mientras servía vino. La puerta entre los dos cuartos también estaba abierta, y ella oía los ruidos que hacían Denis y Crispin en el otro.

-¿Tú vas a quedarte aquí?

-Ya te he dicho que podías usar el biombo –dijo Jasper, bebiendo un poco de vino. La mirada de sus ojos se paseó por el cuerpo de ella, luego dijo con leve sonrisa-: Mientras te comportes como es debido, tendrás intimidad para lo que queda del viaje. Pero no pongas demasiado a prueba mi clemencia.

-¿Podrías cerrar la puerta, por lo menos?

Tenía que mantener la calma, no dejarse intimidar ni enfurecer por Jasper.

Él echó una mirada hacia la puerta abierta.

-¿De qué tienes miedo, hermanita?

-No tengo miedo –declaró ella con vehemencia-. Es que estoy acostumbrada a cerrar la puerta de mi dormitorio.

-Bueno, pero tal vez tengas que acostumbrarte a muchas experiencias nuevas –dijo él, alzándose de hombros-. Si no quieres refrescarte, entonces lo haré yo.

La necesidad de Chloe era demasiado apremiante para dejarla estar. Pasó al otro lado del biombo. Allí había una silla retrete, un tocador con espejo, una palangana y una jarra. Mientras se convencía de que era un lugar tan público como la sala de descanso de Almack's, hizo uso del retrete, se lavó la cara con agua tibia, se cepilló el pelo y se acomodó el vestido. Habían desaparecido las marcas en la mejilla pero tenía un surco en las muñecas, allí donde se había hundido la corbata.

No podía permitir que eso sucediera otra vez. Jasper había dejado bien en claro que no tendría inconvenientes para hacerle daño si ella le daba oportunidad. Los otros dos obedecían a su autoridad; ella no creía que pudieran actuar por su cuenta, aunque pensó en Crispin que la había sujetado en el coche, recordó sus manos moviéndose en su cuerpo y se estremeció con una repulsión que la calaba hasta la médula de los huesos. Jasper lo había permitido. Era evidente que ella debería soportar cierto grado de humillación pero, si fingía que no estaba sucediendo, tal vez pudiese arreglárselas para no reaccionar... al menos, eso esperaba.

Salió de atrás del biombo y preguntó, en tono neutro:

-¿Puedo beber un vaso de vino?

-Claro que sí –respondió él, mientras le servía-. Y ahora, ve a la otra habitación para que Crispin y Denis puedan vigilarte mientras yo me lavo.

Ella se alzó de hombros con aire de despreocupación y enfiló hacia la puerta intermedia.

-Perdonadme que os moleste, caballeros, pero al parecer debéis vigilarme mientras Jasper esté ocupado en otra cosa.

Crispin y Denis bebían vino junto al fuego. Sin conciencia de lo que hacía, Denis se puso de pie como si aún estuviesen en un elegante salón de recepción. Crispin rió entre dientes, y Denis volvió a sentarse, ruborizado.

-Ven aquí –le ordenó Crispin, chasqueando los dedos.

-No soy un perro –dijo Chloe, suponiendo que no corría peligro si desafiaba a Crispin... al menos por el momento.

-Me debes unas cuantas –dijo Crispin en voz baja, llevándose las manos a su garganta al recordar aquellos dedos de acero que lo habían apretado como para matarlo-. Te prometo, señorita Gresham, que me las pagarás.

-No dudo de cuáles son tus intenciones, Crispin –repuso ella con frialdad, apoyándose en el marco de la puerta mientras bebía su vino-. Pero sabrás perdonarme si dudo de tu poder para cumplirlas.

Crispin se levantó de un salto, lanzando una exclamación. Ella no se movió de donde estaba, sabiendo que si mantenía un completo silencio, si se sometía totalmente, perdería la voluntad de resistir. Y cuando llegara el momento de resistir de verdad, necesitaría recurrir a cada fibra de voluntad de la que pudiera echar mano.

Él la aferró por los hombros y abatió su boca en la de ella, apretando sus labios contra los dientes de ella con salvaje violencia. Ella trató de echar la cabeza a un lado, de dejar, de dejar espacio suficiente entre los cuerpos de ambos para poder levantar la rodilla.

En ese momento, él la soltó de repente, mirando con expresión sumisa por encima del hombro de ella, donde estaba su padrastro. Chloe jadeó, tratando de recuperar el aliento, con sus labios doloridos y sintiendo que cada parte de su cuerpo palpitaba como si la hubiesen violado.

-Ella es una insolente –declaró Crispin, con una expresión que le recordó a Chloe a un escolar mintiendo para escapar del regaño.

-¿En serio? –dijo Jasper, alzando su copa de vino a la luz, mientras sometía su contenido a un interesante examen-. La insolencia se castiga privándola de la cena –murmuró él con indiferencia-. Pero, de aquí en adelante, las medidas disciplinarias quedarán por mi cuenta. ¿Está claro?

Crispin se sonrojó.

-Sí, señor.

-Entonces, vamos a cenar... incluso los que no coman.

Tomó a Chloe del brazo y la empujó delante de él por un corredor que llevaba a una sala privada.

-Siéntate.

Acercó una silla para ella e hizo una parodia de caballerosidad.

Del prometido lomo de cordero, que estaba sobre un aparador, brotaba un aroma tentador que llenaba el ambiente con la fragancia del romero. La compota de setas, un tazón con salsa de grosellas rojas y una fuente con patatas asadas estaban en el centro de la mesa.

Eran más de las nueve y Chloe no había comido nada desde el mediodía. Una cosa era estar privada de la cena, pensó, conteniendo lágrimas de rabia e impotencia, y otra muy diferente tener que sentarse a ver cómo comían los demás. Los torturantes aromas le hacían la boca agua; sentía el estómago pegado a la columna vertebral.

Se reclinó en su silla, cerró los ojos, unió las manos sobre el regazo y proyectó a su mente fuera de esa sala, lejos de la compañía de sus raptores. Desde su punto de vista, no era una estratagema muy eficaz pero, al menos, le aseguraba que no les daría la satisfacción de observar su evidente incomodidad.

Pero, por fin, la prueba acabó. Otra vez en el dormitorio que compartirían, Jasper cerró con llave ambas puertas y se guardó las llaves en el bolsillo. Detrás del biombo, Chloe se preparó para acostarse. Cuando salió, cubierta con un camisón, Jasper estaba junto al fuego, en pantalones. Se había quitado las botas y ahora estaba desabotonándose la camisa. Arrojó la prenda a un lado y fue hacia la cama.

Chloe le miró fijamente el pecho donde una diminuta serpiente enroscada estaba tatuada en su piel, sobre el corazón.

-¿Qué diablos pasa contigo? –preguntó Jasper, perturbado por la expresión fascinada de ella-. Supongo que no habrás visto nunca a un hombre sin camisa. Bueno, no tienes por qué preocuparte, hermanita, mi pecho desnudo no representará ningún peligro para ti.

-Eso...-pronunció ella en voz estrangulada, señalando el tatuaje-. Esa... esa serpiente... Hugo...

-¿Qué? –dijo Jasper, lanzando una carcajada-. Ah de modo que has visto sin ropa a tu estimado tutor ¿eh? No debería sorprenderme que ese patán borracho haya pasado por alto las normas de corrección.

-¡No lo llames así! –exclamó ella con fiereza.

-Qué defensa encendida –observó Jasper en voz súbitamente suave, entornando los ojos-. ¿Qué habrá hecho Lattimer para merecer una defensa tan vehemente?

-Él ha sido bondadoso conmigo –afirmó Chloe, deseando no ruborizarse, que su expresión no revelara nada. Con palabras precipitadas, preguntó-: ¿Por qué tenéis esa serpiente?

-Ah, de modo que Hugo no te ha contado su pequeño secreto –comentó su hermano. Le señaló la cama-. Acuéstate.

-¿Vamos a compartir la cama?

-Tú dormirás dentro, yo dormiré encima –aclaró Jasper, impaciente-. Vamos, date prisa.

Chloe apartó la sábana y se metió entre las mantas. Se acostó de espaldas y se quedó muy quieta.

Jasper se tendió sobre el cobertor, a su lado.

-Dame tu muñeca.

Tenía su cinturón en la mano y, con mucha calma, sujetó un extremo a la muñeca de Chloe y otro en la suya.

-Y ahora –dijo con voz suave-, te contaré un cuento, hermanita. Un cuento para la hora de dormir.

Capítulo 25

A las ocho de la mañana siguiente, cuando el mensajero de Jasper llegó a la casa de la calle Mount, Hugo y Samuel ya estaban en camino desde hacía cuatro horas. La carta, con su información de inocente apariencia, decía que Chloe estaba sana y salva, bajo la responsabilidad de su hermano, en camino a Shipton y sobre la mesa del vestíbulo, esperando a que Hugo regresara. Jasper no dejaba nada librado al azar. Quería que Hugo fuese a buscar a Chloe a la cripta; si la bebida había enturbiado tanto su cerebro que él no era capaz de extraer conclusiones, él le ayudaría a hacerlo.

Chloe casi no había hablado desde que se despertó, desorientada, en el frío amanecer. Durante unos segundos, no supo dónde estaba. Tenía el brazo extendido lejos del cuerpo y trató de acercarlo. Algo sujetaba con fuerza su muñeca: entonces, recordó todo. Giró la cabeza sobre la almohada. Al parecer, Jasper estaba dormido a su lado pero tenía enrollado varias veces el cinturón en la muñeca y el nudo apretado en su puño cerrado.

Ella se quedó inmóvil otra vez y recordó lo que él le había dicho la noche anterior. Ahora ya conocía el secreto de los demonios pintados de Hugo. ¿Por qué no le habría contado él mismo la angustiosa parte que había desempeñado en la vida de ella, lo inextricablemente liado que estaba en las espirales que habían determinado su soledad en la niñez? ¿No le habría

tenido suficiente confianza? Claro que ella sabía la verdadera respuesta. Él no la amaba lo bastante. No la amaba tanto como para confiarle su alma.

El modo en que había muerto su padre no la perturbaba demasiado. A juzgar por la forma en que Jasper había descrito las actividades de la Congregación, la muerte de Stephen Gresham no representaba una gran pérdida para el mundo. La afligía su madre en mucha mayor medida, el hecho de que Hugo no le hubiese dicho que había amado a su madre con un amor tan profundo y perdurable que estaba dispuesto a arriesgar su vida por ella. Si él se lo hubiera dicho todo, si le hubiese contado lo concerniente a su padre, qué clase de hombre era, ella habría comprendido el retraimiento de su madre. Por último, ella habría comprendido por qué Elizabeth había dado la impresión de rechazar a su hija. Entonces existiría una razón que justificara la amarga soledad que Chloe había soportado durante su infancia, siempre en manos de diversos cuidadores, y podría haber desechado la sombría suposición de que ella tenía cierto defecto que la convertía en una compañía indeseable para su madre.

Pero ella no le importaba lo bastante para que él comprendiera eso.

Y ahora ya no tenía importancia. Una vez que estuviese casada con Crispin, ya nada importaría. Y Jasper haría que eso fuera posible, salvo que ella lograse huir. Pero ella se sentía pequeña e impotente; se sabía débil en comparación con las fuerzas y los recursos combinados de su hermano, el hijastro de éste y Denis.

Sentía un hambre feroz y una urgente necesidad de ir al retrete; para probar, tiró del cinturón con la esperanza de despertar a su compañero de cama sin darle la impresión de que estaba tratando de escapar. No estaba preparada para hacer o decir nada que pudiera significar la pérdida del desayuno.

Jasper se incorporó con un solo movimiento. Él no estaba desorientado.

-¿Pero qué haces?

-Lamento despertarte, pero necesito usar el retrete –dijo ella, sumisa.

Él echó un vistazo al reloj.

-De todos modos, ya es hora de que nos pongamos en marcha –dijo, liberando sus muñecas del cinturón-. Date prisa y vístete.

Una hora más tarde, Chloe estaba en medio del patio helado esperando a que engancharan los caballos a la silla, y su aliento se condensaba en el aire frío. Denis golpeaba el suelo con las botas y se soplaba las manos, frotándolas una con otra para calentarlas. Crispin estaba apoyado en la pared de la posada con la boca apretada en un gesto de impaciencia al ver la torpeza con que los mozos de cuadra manipulaban los arreos con los dedos helados.

Chloe echó una mirada a Denis. En un instante dado, él levantó la vista y sus miradas se encontraron. Entonces, él giró bruscamente la cabeza. Ése era el hombre con quien ella había bailado, reído, coqueteado y tenido algunos juegos tontos. Y ahora, él no quería mirarla a los ojos. ¿Se sentía culpable por su traición? Por alguna razón, Chloe dudaba de ello. Él era miembro de la Congregación. Él y Crispin tendrían tatuada la serpiente en el pecho, encima del corazón. La culpa era un sentimiento que ellos no experimentaban.

A ella le sería imposible escapar con esos tres vigilándola. Quizá, si ella no presentaba resistencia, ni hacía el menor intento por provocarlos, ni siquiera al odioso Crispin, adormecería sus sentidos y se volverían más complacientes. Pero ella sabía que ésa era una esperanza insensata.

Miró en dirección a su hermano. Jasper no aflojaría su vigilancia. Su boca era como un delgado tajo en su rostro pesado, su mandíbula se proyectaba hacia delante en un gesto agresivo, mientras él maldecía la lentitud de los caballerizos, golpeteando el puño de plata de su bastón sobre la palma de la mano enguantada.

Chloe se estremeció y, de inmediato, él le lanzó una mirada escudriñadora desde sus ojos claros y sin profundidad. Él sabía que ella estaba asustada; aunque fingiera temblar de

frío y se arrebujase en su capa, no lo había engañado. La boca del hombre se curvó en una sonrisa de irónica satisfacción.

-Entra –le ordenó, señalándola silla de postas con la cabeza.

Chloe obedeció sin titubear un instante y se sentó en su rincón, subiendo la capucha de su capa sobre la cabeza para proteger las orejas del frío.

Jasper la observaba con los ojos entrecerrados. No esperaba que ella se mostrara dócil tan pronto. Recordaba que, cuando era niña, ella era terca y de genio vivo; era una niña apasionada y sus emociones se manifestaban con facilidad. No creyó que hubiese cambiado tanto; en consecuencia, esta sumisa aceptación de su destino le parecía muy interesante. No le había hecho mucho daño. Unas pocas amenazas, el estómago vacío y un par de bofetadas no eran suficientes para intimidar a una persona tan obstinada y emotiva. Puesto que no era posible someterla a duros castigos físicos en un viaje por caminos tan transitados, mientras ellos tenían que detenerse en posadas, él había pensado en mantenerla sedada si fuera necesario. Nadie se haría preguntas con respecto a una joven somnolienta que necesitaba ayuda para bajar de una silla de postas. Pero, hasta ese momento, el comportamiento de ella había hecho innecesaria tal precaución.

Chloe cerró de nuevo los ojos. Sin entender bien el motivo, si cerraba los ojos se sentía menos expuesta, menos vulnerable. ¿Qué pensaría Hugo sobre su suerte? ¿Habría aceptado Perséfone a la nodriza? Dante estaría sufriendo... ¿Alguien se habría acordado de soltar a Demóstenes para que pudiese correr por el patio? Todos los mozos del establo le tenían terror... Esa desoladora letanía siguió y siguió rodando por su cabeza mientras la silla continuaba hacia el norte.

Hugo y Samuel encontraron el rastro en St. Albans, a media mañana. El patrón del Red Lion, donde se habían detenido a desayunar, les informó que tres caballeros y una joven dama, hermana de uno de ellos, se habían alojado durante la noche y marchado a las ocho de esa mañana.

-¿Qué impresión le dio la joven?

Hugo esperó la respuesta con su vista clavada en su taza de café, como si careciera de importancia para él.

-Tranquila –dijo el posadero, mientras llenaba un jarro de cerveza para Samuel-. Ella no se sentía del todo bien... los viajes en esos coches son muy fatigosos. Pero esta mañana ella comió un buen desayuno.

-Si se tratase de cualquier otra persona, ésa sería una buena señal –comentó Samuel, sin dirigirse a nadie en particular.

Hugo esbozó una desganada sonrisa. La compañía de Samuel lo mantenía en pie.

-Cuando hayan enganchado los caballos, nos pondremos en marcha.

Se concentró en su plato de carne.

-Es probable que los alcancemos hacia el anochecer –dijo Samuel en voz baja, mientras el posadero se atareaba en la taberna de la posada-. Si cambiamos de caballos dentro de un par de horas, iremos más rápidamente que una silla.

-Eso es cierto, pero yo no quiero alcanzarlos –dijo Hugo.

-¿Ah, no?

-No tengo intenciones de alcanzarlos de ningún modo –dijo Hugo, marcando las palabras-. Ya es tiempo de que esta historia complete su ciclo, Samuel. Jasper y yo tenemos pendiente un encuentro y una venganza ya muy demorada.

Su voz era serena, hablaba sin énfasis, pero su compañero percibió su helada convicción, la solidez de su propósito; supo que este conflicto era lo último que debía enfrentar Hugo Lattimer antes de recuperar por completo su salud y su cordura.

-¿No tiene miedo por la muchacha?

-Sé qué papel tienen destinado para ella –respondió Hugo, con un gesto duro en la boca y los ojos, como glaciares verdes-. Antes del momento indicado, no le harán daño.

Se mantuvieron a poca distancia de la silla durante todo el trayecto a Shipton. Pese a la aparente confianza de Hugo en que Chloe no corría peligro inmediato, cuando él hacía la pregunta de rutina, "¿Le pareció que la muchacha estaba bien?", en cada etapa del camino, Samuel notó la ansiedad que tenía su amo.

La respuesta era invariable: tranquila, con la fatiga del viaje, nada fuera de lo común.

A medida que se acercaban a Lancashire, el aire mostraba su conocida claridad y su frescura, el páramo se extendía a ambos lados del camino, el sombrío tono de la vegetación en invierno oculto bajo una capa de nieve reluciente.

Samuel se relajó de manera evidente cuando el terreno comenzó a ser el familiar. Sacó la barbilla fuera de los pliegues de la bufanda y su cuerpo comenzó a moverse con más soltura, adaptándose al andar del caballo. Hugo, por el contrario, se había tensado como la cuerda de un arco. Olfateó el aire ante la posible presencia de un depredador.

Se habían mantenido a unas dos horas detrás de sus presas, alojándose en posadas de la región, de manera que Hugo se sentía lo bastante cerca de Chloe como para estar obligado a contener su ansiedad. El hecho de saber que le habría bastado con espolear a su caballo para alcanzarla le permitía mantener la mente clara, al mismo tiempo que desarrollaba y refinaba su plan.

Eran las cuatro de la tarde del séptimo día cuando llegaron a la desviación de Shipton, en la carretera de Manchester. Hugo enfiló hacia Denholm.

-Pensaba que iríamos a Shipton –comentó Samuel.

-Mañana –fue la concisa respuesta.

El día siguiente era viernes. La cripta sólo se usaba los viernes. Jasper no esperaría una semana más. Él conjeturaría que, en algún momento, Hugo sumaría dos más dos; entonces, pretendería que Chloe estuviese irremediablemente ligada a Crispin antes de que pudiera presentarse cualquier posibilidad de interferencia.

La silla tomó por el sendero de grava que llevaba a Gresham may. La oleada de energía que llenaba a los tres hombres fue evidente para la figura inmóvil, arrebujada en su capa, en un rincón del vehículo. El terror estuvo a punto de dominarla. No se había presentado ninguna oportunidad de escapar. Habían estado vigilándola constantemente, todas las noches durmió atada a su hermano. Al menos, Crispin se había mantenido a distancia, y ella había logrado evitar posteriores castigos a manos del indiferente Jasper.

Pero ahora estaban en tierras de Jasper, rodeados por su gente. No había extraños que pudiesen difundir rumores ni necesitaba moderar sus actos.

Fue bajada de la escalerilla, y Jasper se apeó.

-¡Fuera! –ordenó a Chloe.

Ella inició el movimiento para obedecerle. Pero Crispin, sin necesidad, le apoyó una mano en la parte baja de la espalda y la empujó, haciéndola trastabillar en los peldaños. Jasper la sujetó y, con renovado terror, ella comprendió que sólo él se interponía entre ella y el incontenible apetito de Crispin por la crueldad. Y si bien Jasper era cruel, su inclinación tenía un propósito. Crispin, en cambio, disfrutaba de infligir dolor porque sí.

Ella no había estado en el interior de Gresham may desde que era niña; le pareció tan oprimente como siempre que pisaba el vestíbulo. El aire olía a humedad. Aunque Denholm Manor era una mansión muy descuidada y desordenada, la sensación allí era diferente. O quizá fuese que lo que ella había sentido en una y otra casa era muy diferente.

-Jasper...

Una voz vacilante llegó desde la sombra que había detrás de la escalera, y Louise se acercó, insegura, bajo la luz difusa del atardecer.

-Chloe, yo no sabía...

-No seas tonta, claro que lo sabías –interrumpió él, mientras se quitaba los guantes-. Si yo te dije que tuvieses preparado el ático que da al oeste.

-Sí... pero... pero no me has dicho para qué –repuso Louise, retorciéndose las manos y contemplando la figura inmóvil de su cuñada-. Chloe, querida...

Le tendió las manos en un absurdo gesto de bienvenida.

-Louise.

Chloe inclinó la cabeza a modo de saludo. Ella sabía que la esposa de Jasper carecía de maldad, pero tampoco hacía ningún bien. Era una cómplice pasiva y, por lo tanto, una enemiga.

-Tendrás que despedirte de Denis, hermanita –dijo Jasper, con un tono en el que resonaba la mofa-. No volverás a verlo hasta tu noche de bodas. Después de haber gozada tan íntima amistad, sé que desearás despedirte con la debida cortesía.

Chloe no se dignó replicar; por el contrario, miró de lleno a Denis en los ojos, esperando que él captase en su mirada el desprecio que sentía. Él llevaba otra vez esa sonrisa un tanto petulante, y un brillo de anticipación relucía en sus ojos, renovando en ella el frío temor contra el que se debatía con tanta desesperación, para mantenerlo bajo la superficie de sus pensamientos

-Crispin, llévala arriba y enciérrala –ordenó bruscamente Jasper.

De modo que ahora, Crispin se haría dueño de la situación. Chloe tragó saliva con dificultad y su espalda se puso rígida cuando él le aferró el brazo.

-No necesito ayuda –dijo ella con claridad-. Soy perfectamente capaz de subir sola una escalera.

-Muévete.

Él le retorció el brazo detrás de la espalda, ella se mordió el labio para soportar el dolor y avanzó delante de él sin pronunciar otra palabra.

-Baja de inmediato –advirtió Jasper desde el vestíbulo, cuando ya estaban en mitad de la escalera.

Chloe se sintió inundada por el alivio. Jasper todavía no había cedido el control.

En cuarto del ático era una pequeña habitación situada bajo los aleros y tenía una sucia ventana redonda de gablete. Había otros más en el ala oeste que eran lugares de depósito; cuando el sonido de los pasos de Crispin se perdió por el pasillo, Chloe no pudo detectar ninguna otra señal de vida. Había agua fría en una palangana, una bacinilla bajo la cama.

¿Y ahora, qué? Ella se sentó sobre la cama y deseó tener a Dante consigo. Nunca se había sentido tan sola como en ese momento. Hasta en los desolados sitios de su niñez estaban los animales... siempre había alguien en peor situación que ella. Ahora, no había nada.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y, durante un rato, se dejó estar. En un momento dado, sintió pasos en el corredor, fuera del cuarto. Se puso rápidamente en pie, se salpicó la cara con agua y se sentó en la silla, con el rostro vuelto hacia la ventana para que quien entrase no viera de inmediato los rastros de lágrimas.

Era Jasper, en compañía de un criado que puso en el suelo la maleta que ella había usado durante el viaje. Él se marchó de inmediato, cerrando la puerta. Jasper hizo girar la llave en la cerradura y se quedó observando a su hermana un momento.

-Louise encontrará una muda de ropa para ti –dijo él-. Aparte de eso, tienes todo lo que necesitas.

-Gracias –dijo ella, percibiendo lo ridícula que sonaba esa palabra.

-Permíteme que te aclare algunas cuestiones –dijo él, acercándose a la silla-. Ponte de pie.

Chloe lo hizo ¿Qué alternativa tenía?

-Mírame.

Eso fue más duro. No quería que él viese las huellas de las lágrimas. Pero Jasper se lo facilitó: la abofeteó de nuevo en la cara y eso pudo justificar las lágrimas. Ella levantó la cara y lo miró.

-Así está mejor. Mañana por la noche te casarás con Crispin.

-¡No!

Se encogió, esperando otro golpe, que no llegó.

-No me interrumpas –dijo él en tono aburrido-. Como te estaba diciendo, mañana a la noche te casarás con Crispin. Después, serás presentada en la cripta, como lo fue tu madre. Tú, su hija, compensarás el fracaso de ella. Así es como funciona la Congregación –agregó con convicción-. Nosotros no dejamos las cosas sin terminar y yo he esperado casi quince años para cumplir la obligación.

"Después de eso...-se alzó de hombros-. Eso queda a juicio de Crispin, que es quien decidirá. Tu fortuna pasará a manos de él y, por lo tanto, a las mías, como debió haber sucedido a la muerte de mi padre. Tu madre se las ingenió, no sé cómo...

Se interrumpió bruscamente, pero lo espantoso de su expresión perduró.

"Tú ocuparás el lugar de tu madre –reanudó-, y cumplirás con las obligaciones de tu madre, pero con una diferencia. Consumarás tu matrimonio con Crispin, que hará suya tu virginidad. Eso es todo.

Se alejó de ella.

-No es todo –dijo Chloe, sin saber bien por qué hablaba, sólo que sentía una desesperada necesidad de perturbar la confiada calma de su hermano-. Crispin no puede tomar mi virginidad. No puede porque ya no existe.

-¡Qué dices! –estalló Jasper, volviéndose y mostrando una expresión atónita- ¿De qué diablos estás hablando? Has estado viviendo en un condenado convento desde que tenías siete años –dijo, pero un brillo especulativo asomó a sus ojos-. Y después, has permanecido sana y salva al cuidado de Hugo Lattimer, ¿no es así? – dijo lentamente.

Echó atrás su cabeza y estalló en carcajadas.

-Eso explica la vehemencia con que lo defendiste. No me extraña que supieras lo relativo a la serpiente que tiene tatuada. Bueno... bueno... bueno... el recto borrachín no era tan puro, después de todo. Él te mancilló, ¿no es cierto? La inocente doncella que la mujer a quien él había jurado amor eterno, confió a su cuidado.

-Él no me mancilló.

Chloe había hablado en voz baja pero firme.

Jasper sacudió la cabeza, todavía riéndose.

-Él no ha cambiado nada. Bueno, eso da una dimensión fascinante a la juerga de mañana por la noche. El interés de Lattimer por observar tu iniciación será más agudo.

Chloe había palidecido.

-¿Cuándo observe...? ¿Qué significa eso? ¿Cómo puede observar si no está aquí?

-Oh, ya vendrá –aseguró Jasper, sereno y convencido- Si él partió en cuanto recibió mi mensaje, llegará a la cripta en el preciso momento en que comience la ceremonia. Y nosotros le haremos un agradable recibimiento... y un final de lo más desagradable.

En su boca se dibujó una sonrisa pero sus ojos claros estaban vacíos. Se marchó.

Chloe comenzó a pasearse en el pequeño recinto. Comprendió que ya no tenía miedo por sí misma. Comprendió que ya no tenía miedo por sí misma. Más bien, se sentía llena de energía y decisión de hacer algo para escapar. Ya había permanecido pasiva demasiado tiempo. Si Hugo estaba acercándose, y lo estaría si sabía dónde estaba ella, eso significaba que había esperanzas pero, al mismo tiempo, una urgencia por asegurarse de que él no cayese

en la trampa de Jasper. Tenía que huir y advertir a Hugo antes de que llegara a Shipton. Pero, ¿cómo?

Sus ojos escudriñaron el cuarto en busca de inspiración. El ático era demasiado alto para escapar por la ventana, aun cuando pudiera escurrirse por la pequeña abertura. Tal vez pudiera iniciar un incendio y, cuando abriesen la puerta, ella podría escabullirse oculta por el humo. Pero ¿y si no olían el humo? ¿Cuánto tiempo tardaría el fuego en ser notado en la planta baja, si comenzaba en esa parte tan aislada de la casa? Demasiado. Para cuando llegaran a ella, ya estaría asfixiada.

La única posibilidad era escapar cuando abriesen la puerta. Si pudiera ganar el tiempo suficiente como para salir al corredor y cerrar con llave la puerta, tendría una posibilidad. Era débil, pero era la única que estaba a su alcance.

El único objeto lo bastante pesado era la silla. Con dificultad, la levantó sobre la cabeza. Podría hacerlo. Colocó la silla detrás de la puerta y se sentó sobre la cama, a esperar a su próximo visitante.

En medio del silencio, sus oídos aguzados captaron ruido de pasos en la escalera, al final del corredor. Corrió a ponerse detrás de la puerta y levantó la silla. La sangre retumbaba en sus oídos y su corazón martilleaba contra las costillas como si fuera a escapársele del cuerpo. La llave chirrió en la cerradura. La puerta se abrió.

En el mismo instante, ella dio un salto y estrelló la silla en la cabeza de Crispin, que acababa de entrar. Él dio un grito y cayó de rodillas. Chloe saltó detrás de él y salió por la puerta... para caer directamente en brazos de su hermano.

Jasper no dijo nada: la levantó del suelo y la empujó hacia el interior de la habitación. Crispin se frotaba la cabeza y parpadeaba, perplejo. Se puso de pie enseguida, mientras Jasper arrastraba a Chloe hacia los pies de la cama.

-¡Dame la corbata! –ordenó Jasper con aspereza, mientras alzaba los brazos de la prisionera sobre su cabeza. Crispin le entregó la banda de lino-. Sujétale los brazos.

Su hijastro le obedeció y Jasper retorció la tela formando una cuerda delgada y fuerte, con la que ató las muñecas de Chloe al marco del baldadquino.

Un segundo después, le arrancó un grito al azotarla en los hombros con su fusta de montar. La tomó del pelo, le echó la cabeza atrás y le habló al oído en voz suave:

-Te lo advertí, hermanita.

A continuación, se marcharon y la llave volvió a girar en la cerradura.

Ella no supo cuánto tiempo pasó así colgada, con los brazos estirados al máximo, sosteniendo su peso con los dedos de los pies. El dolor del corte producido por el látigo se había vuelto sordo y pronto fue superado por la tensión de los brazos extendidos. La luz se extinguió en el cuarto cuando comenzó a anochecer y ella se alejó del dolor cuando su mente se refugió en un rincón oscuro de su ser.

Ya había oscurecido por completo cuando el ruido de unos pasos penetró en su trance y la puerta se abrió. Jasper entró llevando una vela y una bandeja. Las apoyó sobre el tocador y se inclinó para levantar la silla caída. Luego, se aproximó a la muchacha inmóvil.

-Supongo que habrás tenido tiempo suficiente para reflexionar –comentó, cortando sus ligaduras con un cuchillo. Chloe cayó hacia delante sobre la cama, sus brazos colgaron a los costados y sus pies doloridos cedieron-. No recibirás más visitas hasta mañana –continuo diciendo Jasper, al tiempo que iba hacia la puerta y añadía, burlón-: Que duermas bien.

Chloe rodó hasta quedar tendida de espaldas, mientras la puerta se cerraba. El resplandor tenue de la vela era reconfortante, permaneció acostada largo rato, recuperando por completo el sentido y la conciencia del cuarto en que estaba. Le dolía todo el cuero, todos sus músculos estaban tan inflamados con si ella hubiese participado en una palea. No había sufrido daños graves, pero había recibido una dura advertencia.

Después de un rato, se incorporó y observó la bandeja. Había media hogaza de pan y una jarra con leche: frío y mezquino alimento que, por otra parte, era mejor que nada. Comió un poco de pan seco, acabó la leche y luego se metió vestida en la cama. Por alguna razón, le pareció que desvestirse era peligroso, como si el camisón le hiciera más vulnerable.

Hugo iría a buscarla. No la dejaría abandonada en manos de Jasper. Aunque no la amara, no la dejaría sola. Lo llevaría el orgullo, si otro sentimiento. Y caería en la trampa de Jasper. Como él no la amaba, ahora el futuro de ella no tenía importancia. Pero ella sí lo amaba y no podía soportar la idea de su muerte.

A poco más de diez kilómetros de allí, en Denholm Manor, Hugo estaba sentado junto al fugo de la cocina, con Samuel, explicándole su plan y el papel que él desempañaría en ese plan. Sin embargo, cada cierto tiempo su voz se quebraba y una expresión de angustia asomaba en sus aojos. Varias veces se levantó y fue hasta la puerta, la abrió y escudriñó la oscuridad, prestando oídos.

-¿Qué pasa?

-No lo sé, Samuel. Es que siento a Chloe. Puedo percibir su miedo –dijo. Pero, en este momento, no puedo hacer nada por ella... echo de menos a ese condenado perro –agregó, cerrando de un portazo-. Más aún: a todo ese alocado circo.

-Sé a qué se refiere –dijo Samuel. Hay demasiada tranquilidad sin ellos –agregó, poniéndose en pie-. ¿Puede dormir?

-No –respondió Hugo, moviendo su cabeza-. Voy a tocar el piano ¿No te molestará?

-Jamás me ha molestado hasta ahora –dijo Samuel, yendo hacia la puerta-. Entonces me voy a la cama.

Mientras ascendía la escalera, Samuel recordó que en una ocasión lo había perturbado. Fue durante aquella época terrible en que Hugo se debatía contra sus demonios y su adicción, y esas aterradoras melodías discordantes llenaban las largas horas de la noche. Él había permanecido acostado, escuchando atentamente los sonidos dl piano... esos sonidos le daban un indicio del estado mental de Hugo.

Hugo toco la nana que había tocado una vez para Chloe, la noche del incendio en el establo. Tocó como si ella pudiese oírlo, y su música pudiera calmarla y reconfortarla. ¿Sabría ella que él estaba tan cerca? Con su música, él intentaba decírselo, como si el aire fresco y claro de la noche pudiera transportarla a lo largo de esos diez kilómetros, a través del valle ¿Estaría durmiendo? Rogó que sí.

... Los inocentes duermen,
un sueño que teje la trama deshilachada del
desvelo,
La muerte de la vida de cada día, alivio de
Los trabajos,
Bálsamo de las mentes heridas, segundo plato de la gran naturaleza,
Principal alimento en el banquete de la vida.

Recordó que aquel día, cuando ella acababa de entrar en su vida –una vida signada por los demonios pintados-, ella había completado la cita hecha por él. A la noche del día siguiente, él los pondría a dormir para siempre.

Siguió tocando durante toda la noche.

Capítulo 26

Pese a estar vestida, Chloe despertó tiesa y helada. No había fuego en el ático y había comenzado a caer un aguacero que cubrió la sucia ventana y llenó la triste habitación de una luz triste y grisácea.

Ella se levantó y se lavó la cara. El agua de la palangana estaba congelada. Los restos de la hogaza que habían quedado sobre la bandeja estaban secos y rancios. Sintió hambre y ser y como no tenía modo de aliviar esas necesidades, volvió a la cama y se acurrucó bajo las mantas, en n intento por conservar el calor.

Pasaron muchas horas hasta que oyó pasos en la madera y el giro de la llave en la cerradura. Entraron Jasper y Crispin. Ninguno le dirigió la palabra; se acercaron a la cama y se quedaron mirando su rostro pálido sobre la almohada, que era lo único visible de su cuerpo. Ella los miró, a su vez, percibiendo una fría indeferencia en el semblante de Jasper, una ávida anticipación en el de Crispin y supo que, aunque de ello dependiera su vida, no hubiese podido decidir cuál de las dos le atemorizaba más.

Siéntate y bebe esto- dijo, al fin, Jasper tendiéndole la taza que llevaba.

-¿Qué es?

Ella no hizo ademán de obedecer.

-No necesitas saberlo. Siéntate.

-Tengo hambre y frío –dijo ella.

-Pronto, ya no lo sentirás –replicó él-. Siéntate. No voy a repetírtelo.

Lentamente, se incorporó con dificultad apoyándose en las almohadas y tomó la taza. Dentro, había un líquido espeso como almíbar que despedía un olor extraño y repulsivo.

-No lo quiero –dijo ella, apartando la cara y devolviéndole la taza.

Jasper no dijo nada, pero recibió la taza y se la dio a Crispin. Luego se sentó sobre la cama, sujetó la cabeza de Chloe en el hueco del brazo, y la empujó hacia atrás. Ella estaba cubierta por las mantas y no podía librar sus miembros, aunque se debatió violentamente. Él le sostuvo la cabeza como en una prensa y tomó la taza de manos de Crispin.

-Ábrele la boca.

Los dedos de Crispin le abrieron la boca con brutalidad y el líquido de olor repelente se deslizó por su garganta. Como tenía la cabeza inclinada hacia atrás, no tuvo más remedio que tragar. Crispin le cerró la boca a la fuerza y ella pensó que iba a ahogarse. Y luego, él la soltó.

-Eres una tonta –dijo Jasper-. La resistencia no te servirá para nada.

Salieron, y la dejaron sola otra vez. Ella se dejó caer sobre las almohadas, aturdida por la impresión; no advirtió que las lágrimas le corrían por las mejillas. Sintió un gusto desagradable en la boca, como de áloe amargo; de pronto recordó la poción que le había dado Hugo. Y si bien aquella no había tenido tan horrible sabor, el dejo a hierbas era similar.

¿Cuál sería el efecto? No era veneno. No tenía sentido que la envenenaran si tenían esos planes relacionados con ella. Aterrorizada, siguió esperando que algo sucediera. Y cuando sucedió, la tomó por sorpresa. Su cuerpo comenzó a entibiarse y a relajarse, sintió la mente un tanto aturdida, pero ninguna de esas sensaciones era desagradable. Ya no sentía hambre ni demasiada sed, tampoco; pronto cayó en una leve somnolencia durante la cual tuvo una sucesión de sueños difusos.

Perdió todo sentido del tiempo y, cuando la puerta se abrió de nuevo, contempló a sus visitantes sin demasiada curiosidad. El rostro ansioso de Louise se cernió sobre ella como una

luna en medio de la niebla; Chloe le sonrió como para tranquilizarla, o al menos supuso que lo hacía.

-Vamos, querida, es hora de vestirse –dijo Louise.

Su voz sonaba un poco rara, pero Chloe dejó que la línea de especulaciones se le escapara. Trató de sentarse y la doncella que había venido con Louise se acercó a ayudarla.

La cabeza le daba vueltas y el cuarto se inclinó violentamente. La invadió una oleada de náuseas y cayó de nuevo hacia atrás.

-No, me quedaré aquí –dijo, con voz débil.

-No puedes, querida –dijo Louise, casi desesperada-. En cuanto te sientes, estarás mejor.

Tiró del brazo de Chloe, ésta, oyéndola tan afligida, hizo un esfuerzo más. Esta vez, el cuarto dejó de girar y ella abrió los ojos.

Se dejó desvestir, lavar con agua tibia que trajeron en una jarra de cobre. Le cepillaron el pelo y volvieron a trenzárselo, sujetando las trenzas en forma de corona alrededor de la cabeza. Ella intentó ayudarlas pero sus miembros estaban demasiado pesados para moverlos y no podía fijar su mente en nada, de modo que olvidaba todo lo que pretendía hacer. Pero nada importaba. Le pareció que la habitación ya no estaba fría.

La vistieron con una enagua blanca que cubría su cuerpo desde el cuello hasta los tobillos, medias de seda blanca con ligas, hasta encima de las rodillas, zapatillas de satén blanco. Percibió vagamente que faltaba alguna prenda de ropa interior, pero no pudo precisar cuál era pues su cerebro pasivo no lograba retenerla. Por último, Louise le pasó por la cabeza un vestido de seda blanca con mangas largas y alto cuello fruncido, y la doncella sujetó un diáfano velo sobre la dorada corona de su pelo.

-Qué encantadora eres –dijo Louise, con su voz cargada de lágrimas, mientras contemplaba esa imagen... el sacrificio que había preparado para su hijo.

Trató de convencerse de que Crispin sería un buen marido, de que Chloe formaría con él una unión perfecta, por la que muchas muchachas estarían dispuestas a dar un ojo de la cara. Era probable que ella no estuviese demasiado ansiosa por esa boda pero, ¿qué muchacha lo estaba? No era una unión por amor, pero en esa época esa clase de uniones eran raras, y ellos eran jóvenes; podrían crecer juntos.

Todas las novias estaban nerviosas antes de la boda. Intentó convencerse de que ella no sabía por qué los ojos de Chloe carecían de expresión y sus movimientos eran torpes. Eran sólo los nervios previos a la boda.

-Vamos abajo, querida.

Chloe se dejó llevar fuera de su prisión, bajar la escalera y llegar al vestíbulo. Sintió como si estuviese moviéndose a través de una especie de película, y sus pies tanteaban inseguros el suelo como si estuviese hecho de esponja. Había personas en el vestíbulo; sus rostros entraban en su campo de visión y salían de él.

-¡He aquí a la novia virginal! –exclamó Jasper adelantándose hacia ella, en voz baja-. Qué imagen de pureza, hermanita. Pero tú y yo sabemos la verdad.

La franca burla no hizo mella en ese mundo tibio y turbio en que ella habitaba. Más aún, apenas si lo oyó. Él la tomó del brazo, puso la mano de ella sobre su propio brazo, y echaron a andar a través del vestíbulo mientras los invitados, cuidadosamente seleccionados, les abrían paso... esos invitados que llevaban la serpiente del Edén tatuada en la piel. Luego, acompañarían a la pareja nupcial a la cripta para realizar los ritos de la Congregación que el tiempo había consagrado.

Louise se desplazó hacia el fondo, refugiándose en la sombra. Sabía que Jasper prefería que ella se esfumara, pero una madre tenía derecho a ser testigo de la boda de su único hijo.

El reverendo Edgar Ponsonby estaba ante una mesa y sus manos nerviosas acariciaban la tersa cubierta de cuero de la Biblia. Sus ojos estaban desenfocados, y su aliento era alcohol puro, le pareció a Crispin, que estaba junto a él observando el avance de su novia y de su

padrastro. El viejo Edgar jamás estaba sobrio, y sólo el soborno de Jasper permitía que hubiese pan y vino en su mesa.

Cuando llegaron junto a la mesa, Jasper separó de su brazo la mano de Chloe y la apoyó en el de Crispin. Al sentir la mano de Crispin cerrándose sobre la suya, Chloe alzó la vista y miró, a través de la tela transparente de su velo, ese rostro que se cernía ante ella, en el aire. La inquietud se filtró entre la niebla rosada de su inconsciencia. Estaban casándola con Crispin. Jasper lo había dicho y eso era lo que iba a suceder.

Pero no tenía que suceder. No debía permitir que sucediera. La ardiente convicción perforó su trance y, por un segundo, ella tuvo noción de lo que la rodeaba, de las personas que había a su alrededor. Sintió el olor del humo del hogar, la cera derretida de la vela. Sus labios se movieron bajo el velo como para articular un grito de protesta, un alarido de súplica a las vagas siluetas que se movían en torno a ella. Pero ningún sonido salió de su boca. El momento de lucidez pasó y ese tibio aturdimiento reapareció. Sonrió vagamente y obedeció, dando un paso hasta llegar junto a la mesa, al lado de Crispin.

Hugo esta ante la puerta cerrada de la cripta. Tuvo la sensación de que los fantasmas habían salido a su encuentro cuando prolongó el momento de sacar la llave de su escondite secreto, bajo el umbral, abrir la puerta y entrar, bajar el tramo de escalones de piedra que descendían al laberinto de cámaras frías, abovedadas que olían a tierra, a moho y a sepulcro.

Samuel estaba junto a él y aguardaba, paciente. Era el final de la tarde y una bandada de cuervos giraba, chillando, allá arriba para luego posarse, como una nube negra, sobre las ramas desnudas de un bosquecillo cercano. La cellisca había cesado pero el cielo seguía oscuro, cargado de nieve, y el viento soplaba, helado, a través del páramo.

-Es un poco lúgubre ¿no? –observó Samuel-. ¿Vamos a quedarnos aquí afuera hasta que nos convirtamos en piedra?

-Lo siento –dijo Hugo.

Metió la mano bajo el umbral y sus dedos encontraron la pequeña ranura. Fue como si hubiese estado ahí el día anterior. Sacó la enorme llave de bronce y la metió en la cerradura. La puerta se abrió en la oscuridad, y salió el olor y lo golpeó. ¿Cómo había sido posible que en otro tiempo ese olor lo excitara; había estado impregnado de la exultante sensación de cosas desconocidas y prohibidas? Sólo en aquella última ocasión él había bajado a la cripta en plena posesión de sus facultades...

Samuel encendió la linterna que traía y entraron los dos juntos, Hugo cerró la puerta. Era poco probable que hubiese alguien observándolos, pero no tenía sentido exponerse a riesgos innecesarios. Hugo cerró su mente a los recuerdos y se concentró únicamente en lo que tenía que hacer.

-Que Dios me ayude –musitó Samuel cuando descendieron a la cripta-. ¿Qué clase de hoyo del infierno es éste?

-Buena pregunta –dijo Hugo, en respuesta al prosaico comentario de Samuel.

En la cámara central abovedada él levantó la lámpara. Todo estaba listo para la ceremonia de esa noche; cirios nuevos puestos en sus soportes alrededor del catafalco, antorchas empapadas de alquitrán en los candelabros fijados a los muros. Sobre el catafalco habían extendido un paño de damasco blanco, y una mullida almohada en la cabecera. Sobre una mesa larga y baja en la otra pared había frascos de vino, pequeños potes con sustancias herbáceas mágicas, pipas de barro para el opio.

Permaneció inmóvil, dejando que todo volviera a él. Tendría que enfrentarlo si quería vencerlo. Cerró los ojos y el recinto se llenó con los susurros fantasmales del éxtasis y de las risas. Miembros entrelazados en su visión interna y, sobre su lengua, el sabor amargo que

quedaba después de haber ingerido las pequeñas píldoras que arrojaban a un hombre a un mundo de placer que iba más allá de la imaginación, mientras éste se movía entre los tersos muslos blancos de su compañera.

¿Daría Jasper la droga a Chloe antes de ponerla en su lugar, en el catafalco? Era inimaginable el efecto que podría causar esa intensificación de placer en una persona que, en estado normal, ya era apasionada...

-Por aquí.

Se volvió y se encaminó hacia un hueco oscuro que había en la pared más alejada. La lámpara iluminó la habitación más pequeña a la que ese hueco daba acceso. Samuel lo siguió y subieron un tramo de escalera toscamente tallada en el muro. Al llegar arriba, entraron en una estrecha galería de piedra que miraba hacia la cripta.

-Yo estaré aquí arriba –dijo Hugo en voz baja, mirando hacia el catafalco más abajo.

Recibió un par de espadas que le entregó Samuel y las apoyó con cuidado contra el bajo barandal de la galería. En el borde apoyó una estrecha caja que contenía dos pistolas de duelo. Revisó en silencio la otra pistola que llevaba en el cinturón, pasó el dedo por la afilada hoja de una daga y volvió a guardarla en su vaina, que llevaba apoyada en el muslo.

-Vaya el pequeño arsenal que lleva –comentó Samuel, satisfecho.

Conocía la destreza de Hugo, tanto con la espada como con la pistola, como también conocía la actitud fría y lúcida que adoptaba cuando se hallaba en situación de combate. Ese ejército de un solo hombre aguardaría emboscado y lanzaría su ataque por sorpresa calculado con el cuidado de experto veterano.

-Y ahora, ocupa tu puesto afuera –le dijo Hugo entregándole la llave-. ¿Has visto dónde hay que poner esto?

-Sí –respondió Samuel, aceptando la llave y la lámpara-. Estará bien oscuro después de que yo me haya ido.

-No importa –replicó Hugo-. ¿Sabes qué tienes que hacer?

-Sí –respondió Samuel con la misma flema-. Me marcho, entonces.

Hugo se sentó en el suelo de piedra y apoyó la espalda en la pared, viendo cómo se alejaba la luz parpadeante de la lámpara. Oyó el golpe sordo de la puerta que se cerraba tras la salida de Samuel y quedó solo en la oscuridad. Cerró los ojos y vació su mente de todo lo que no fuese la certidumbre de su éxito.

-Puede besar a la novia –farfulló el viejo Edgar, exhalando un suspiro de alivio al tomar conciencia de que se las había ingeniado para desarrollar, de algún modo, el servicio.

Crispin levantó lentamente el velo de Chloe. Acercó su rostro al de ella y, de súbito, ella pudo verlo con claridad, cada rasgo delineado con nitidez, en el preciso momento en que su boca descendía sobre la de ella. Un terror sin nombre disipó su tibia y lánguida indiferencia y una espantosa oleada de lucidez le permitió entender qué había sucedido. Empujó a Crispin, abrió muy grandes sus ojos y su mirada límpida se posó sobre el reverendo Ponsonby, que estaba detrás de su esposo.

Crispin retrocedió, captando el cambio producido en ella. El corazón de Chloe palpitaba de temor; bajó la vista de inmediato y dejó caer los brazos a los lados.

-Está yéndose el efecto –susurró él a su padrastro, en todo apremiante, por encima de la cabeza de Chloe.

Jasper la tomó del brazo y la alejó del improvisado altar. Chloe comprendía ahora que lo que había percibido a través de la niebla casi como una muchedumbre era apenas un reducido grupo de hombres.

-Tenemos que darle un poco más –seguía susurrando Crispin, mientras se desplazaban hacia un costado del vestíbulo.

Jasper tomó el mentón de la muchacha, lo levantó y miró fijamente su rostro. Chloe se esforzó por no revelar en sus ojos que había recuperado la conciencia. Fue más fácil de lo que hubiese imaginado puesto que su asidero de la realidad aún era débil. Sólo sabía que debía impedir que la obligasen a tragan otra vez ese líquido.

-Si le damos demasiado, arruinaremos el efecto –dijo Jasper en voz baja-. No necesitamos que esté cataléptica. Hace dos días que no se alimenta bien y esa mezcla es muy potente cuando tienes el estómago vacío.

Chloe dejó vagar su mirada y una sonrisa aturdida jugueteó en sus labios.

Jasper le soltó la cara.

-Ella está bien. Le daré algo más cuando empecemos.

Chloe se desplazó como flotando hasta un largo banco de madera con respaldo que había a un lado del macizo hogar y se sentó. Había empezado a sentir dolor de cabeza y tener náuseas, pero estaba recuperándose a tal velocidad que sus sentidos parecían tropezar unos con otros a medida que la invadía la plena conciencia. La habían casado con Crispin. Era la esposa de Crispin... hasta la muerte.

Mantuvo la vista baja, sus manos se movieron al azar sobre su regazo cubierto de seda. Una chispa de luz se reflejó en las sinuosas vueltas de la sortija en forma de serpiente enroscada que habían puesto en su dedo. Ante el hecho encarnado en ese perverso anillo de bodas, ya nada importaba más. Nada, excepto Hugo... Hugo iba a caer en la trampa cuando la llevasen a la cripta. Lo obligarían a mirar la ceremonia de iniciación y después Jasper lo mataría. Por ella lo que sucedería en la cripta no tenía importancia. Ella estaba condenada de por vida a ser la esposa de Crispin... su prisionera... y ninguna otra cosa que le ocurriese tendría para ella la menor importancia. Pero tenía que intentar ayudar a Hugo. Si ellos la creían todavía drogada, tal vez tuviese una posibilidad.

Dejó caer la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos. Que pensaran que se había dormido otra vez.

A su alrededor, el zumbido aumentó de volumen y ella perdió toda sensación de tiempo, hasta que oyó la voz de Jasper en su oído:

-Ven, hermanita, es hora de prepararte para tu noche de bodas.

Samuel movió sus miembros ateridos de frío y bebió un sorbo de coñac del frasco que había llevado. Oyó ruido de voces. Una luz vacilante cayó sobre el sendero que estaba a cierta distancia de su escondite. Unas botas hicieron crujir el suelo helado.

Aparecieron dos hombres. Uno de ellos se agachó al llegar a la puerta de la cripta. Luego, la puerta se abrió y ambos desaparecieron en el interior junto con su linterna.

Adentro, Hugo se puso alerta al oír la llave en la cerradura de la puerta. Apretó la espalda contra la pared, aunque sabía que no podrían verlo desde abajo. Escuchó a los dos hombres cuando encendían las antorchas embreadas y los cirios, y la luz proyectó sombras gigantescas en el cielo raso abovedado.

Uno de esos hombres era Denis DeLacy. Se sirvió vino de un frasco de cristal y bebió con avidez, dejando correr una mirada sobre el catafalco. Abrió uno de los pequeños potes y esparció una pizca de hierbas sobre la palma de la mano. Apoyó la lengua, las lamió, y esperó a sentir ese crujido en la cabeza.

Afuera, Samuel esperaba. Se oyeron otras voces, vio otras luces y un grupo de hombres que se acercaba por el sendero. Una silueta velada iba en medio de ellos, la lámpara arrancó un resplandor blanco bajo la capa y el brillo dorado del pelo de ella.

Samuel sintió que la tensión lo invadía, junto con un ramalazo de furia casi incontrolable. Hizo profundas y lentas inspiraciones hasta que logró recuperar el control. Todos los hombres, menos dos, entraron en la cripta.

Esos dos, pistola en mano, se situaron a ambos lados de la entrada ocultándose entre los espesos arbustos.

Estaban esperando la llegada de Hugo Lattimer. Samuel esperó hasta que el hondo silencio de la noche campestre reinó de nuevo, después del ajetreo de unos momentos antes. Entonces, se puso en movimiento. Se movía como un duende del aire, a pesar de su tamaño.

El primero de los hombres no supo qué lo había golpeado: era el canto de una mano que cayó sobre la base del cráneo. Fue a parar bajo los arbustos sin soltar un murmullo. El segundo sujeto se volvió a medias cuando un bulto oscuro saltó sobre él. Su dedo resbaló sobre el gatillo de la pistola, brotó de sus labios un grito que fue ahogado antes de articularse del todo, y una mano lo golpeó en el cuello haciéndole caer como había caído su compañero.

Samuel abrió la pesada puerta de la cripta. Se escurrió por el hueco, abriendo lo menos posible, luego se acurrucó en la oscuridad, en lo más alto de la escalera. Tenía una pistola en cada mano y un temible cuchillo de doble filo envainado en la bota. Oía con toda claridad las voces que llegaban desde abajo.

Chloe estaba inmóvil, en el centro de la cripta. Sus ojos disparaban subrepticias miradas a uno y otro lado, tratando de reconocer el lugar. En este lugar habían nacido los demonios pintados que atormentaban a Hugo. Los miasmas de maldad que se elevaban de las lápidas parecían brotar de los muros de piedra y subir retorciéndose junto con el parpadeo de las antorchas. En este lugar, Hugo había matado a su padre.

No estaba asustada, pero no sabía el motivo. Los últimos efectos de la droga que le habían dado se habían esfumado, y su cabeza estaba tan despejada como siempre. Incluso el hambre había desaparecido aunque ella percibía un vacío en su interior. Pero de ese vacío brotaba la energía que vibraba en sus venas, infiltrándose en su mente y en su cuerpo.

¿Cuándo llegaría Hugo? Debía salvarlo. Era su único pensamiento, su único propósito y, como no había pensado ningún plan, debería confiar en el instinto y en lo que le dictasen las circunstancias.

Alguien estaba quitándole la capa de los hombros. Se hizo un silencio embelesado cuando ella quedó allí, con su puro vestido blanco, su pelo dorado, ahora suelto, cayendo sobre sus hombros.

En ese momento, se oyó la voz de Hugo resonando en el silencio.

-Al parecer, por fin nos encontramos, Jasper.

Todos miraron hacia arriba. Hugo, en mangas de camisa, pasó una pierna por encima de la estrecha balaustrada de la galería. Sostenía las dos espadas con una mano. Con una torsión de la muñeca, arrojó una de ellas, que cayó girando.

Jasper se estiró y, haciendo un gesto automático, atrapó la empuñadura con la mano enguantada.

El grupo de hombres, mudos de perplejidad, como si los guiara una única voluntad retrocedieron hacia la pared. Al principio, Chloe estaba atónita pero luego se sintió llena de una loca euforia. Hugo había dispuesto su propia trampa.

De repente, Jasper rompió a reír.

-No esperaba que te adelantaras, Lattimer. Había olvidado que ahora eres un modelo de sobriedad y lucidez. Fue un error de previsión... una lástima, puesto que había preparado con tanto cuidado tu recibimiento. Con todo...-alzó la espada en un saludo de esgrimidor-. Como tú dices, tenemos un asunto pendiente. Démosle un final.

Hugo pasó la otra pierna sobre la balaustrada y saltó. Fue un salto largo, pero él aterrizó sin dificultad sobre los pies enfundados en calcetines: había pasado muchos años trepando por obenques de un barco de guerra.

-Tengo pistolas, si prefieres –ofreció, en actitud cortés, mientras observaba cómo Jasper se quitaba la chaqueta.

-No... no... –respondió Jasper con calma, al tiempo que se inclinaba para quitarse las botas-. Debe hacerse de acuerdo con el ritual, como siempre.

-Y, de acuerdo con el ritual, el honor de la mujer queda en manos del vencedor.

-Exacto.

Chloe entendió lo que estaba presenciando; el relato que Jasper le había contado antes de dormir no había dejado nada fuera, ella conocía todos los detalles relacionados con las reglas y los ritos de la Congregación. Hugo estaba luchando por ella, como antes había luchado por su madre. Si ganaba, ella nunca más tendría que volver a ocupar un lugar en la cripta. Si él perdía... en ese caso, nada importaría. Si perdía, él estaría muerto. En la Congregación, todos los duelos eran a muerte.

Crispin, que estaba muy cerca de Chloe, siseaba entre dientes. De pronto, Hugo se volvió para mirar a la joven por primera vez.

-Ve a la escalera, muchacha –ordenó él en tono calmo.

-Pero yo...

-¡Hazlo!

Por una vez, obedeció de inmediato; cuando llegó a la escalera entendió la razón de la orden: Samuel estaba en la oscuridad, detrás de ella. Hugo no pensaba respetar las reglas. Incluso si perdía, ella no quedaría abandonada en manos de la Congregación.

Los dos hombres se saludaron. Luego, Hugo dijo en voz baja:

-En garde.

Lanzó una embestida recta y Jasper lo paró en cuarta. Las hojas chocaron y se separaron. Chloe observaba la lucha con temerosa fascinación, viendo cómo los dos hombres bailoteaban sobre las lápidas, cómo relucían sus espadas cruzándose a una velocidad increíble, moviéndose de una posición a otra en una rápida sucesión de ataques y contraataques, buscando una grieta en la guardia de su oponente. A sus ojos, ninguno de los dos retenía la iniciativa del ataque por más de un choque puesto que cuando uno paraba el ataque, pasaba de defensor a atacante.

Pasaron diez... quince, veinte minutos, y parecía imposible que ningún hombre pudiese mantener tal velocidad y precisión durante un segundo más.

“Que termine... por favor, Dios, que termine”. La plegaria siguió girando en la cabeza de Chloe. Ella percibía la fatiga cada vez mayor en ese choque desesperado de dos voluntades invencibles, la desesperada resolución que impulsaba a ambos, la aterradora certidumbre de la muerte inminente.

Hubo un momento en que pareció que Hugo iba a caer sobre una rodilla, cuando su mano libre rozó el suelo, pero luego se incorporó de un salto al mismo tiempo que la hoja de Jasper saltó hacia atrás, tomando impulso para contraatacar, él desplazó su hoja hacia abajo.

Jasper quedó de rodillas y su espada cayó al suelo con estrépito. De su costado manaba sangre.

Crispin emitió un sonido sibilante y se precipitó hacia delante, apoderándose del arma de su padre. Hizo un breve saludo:

-En garde.

No pareció que Hugo se hubiese detenido a tomar aliento. Paró con facilidad el ataque de su nuevo contrincante, retrocedió, permitiendo que Crispin tomara la iniciativa mientras él evaluaba la habilidad del joven. Él sabía que estaba exhausto, y también, que por un segundo casi fatal, se había dado el lujo de pensar que había ganado y que todo había acabado. Ahora debía enfrentar la verdad: que todo estaba lejos de acabar.

Chloe lanzó una exclamación de horror ante esta canallesca intervención. Recorrió el recinto con su mirada esperando que alguien protestara, que clamara para detener una lucha

tan infame como injusta. Pero todos se quedaron en silencio, observando con atención. La ansiedad de Denis le hacía lamerse los labios de un modo casi convulsivo; en una ocasión, su mirada disparó hacia ella con una expresión feroz, cargada de ávida anticipación.

Hugo se desplazó hacia atrás, invitó a una embestida en sexta, contraatacó hacia el hombro izquierdo de Crispin, embistió mientras su rival finteaba, y, demasiado tarde para esquivarla, vio que la espada rozaba su antebrazo. La hoja le cortó la camisa y rasgó su piel. No era un golpe fatal sino un aviso de muerte.

Chloe sentía que tenía el corazón alojado en alguna parte de la garganta y le costaba respirar. Su mirada disparó por la cripta. En ese momento, al parecer, nadie se interesaba en ella; todas las miradas estaban fijas en ese combate mortal. Jasper había sido arrastrado hacia un costado de la cripta y alguien restañaba su herida. Tenía los ojos cerrados y su trabajosa respiración podía oírse como acompañamiento del entrechocar de aceros.

Ella comenzó a deslizarse contra la pared, hasta quedar apoyada en la extraña mesa cubierta de tela adamascada iluminada por velas. Humedeció con saliva el pulgar y el índice de una mano que pasó por atrás, y con esos dedos ensalivados apagó la llama de una de las velas. A continuación, arrastró hacia ella lentamente uno de los pesados candelabros. Todos los ojos seguían clavados en los dos hombres enzarzados en lucha mortal.

Chloe avanzó otra vez. Vio brillar el sudor sobre la frente de Hugo; su rostro estaba crispado en un rictus de decisión y fatiga, a la vez. Los movimientos de los dos hombres habían disminuido su ritmo de manera evidente, pero Crispin mantenía el impulso y presionaba con sus ataques.

En ese momento, Hugo se sintió como seguramente, se habría sentido Stephen al enfrentar su inevitable derrota a manos de un hombre más joven y fuerte. Pero Crispin no era fuerte sino sólo más joven y menos fatigado. Trataba de aferrarse a eso, de usar esa convicción para mantener a raya las fuerzas destructivas de la desesperanza, pero la sangre ya palpitaba en su cabeza y sus pulmones pedían aire a gritos.

Con calma, casi como por casualidad, Chloe extendió un pie enganchando el tobillo de Crispin, que había lanzado una acometida y estaba completamente estirado. Él perdió el equilibrio y, cuando se tambaleó, ella estrelló el candelabro en su cabeza. Crispin cayó al suelo de costado y se quedó inmóvil.

Hubo un instante de silencio total, hasta que Samuel, pistolas en mano, apareció en la escalera. Apuntó sus armas hacia los presentes, en general, e hizo un gesto con la cabeza.

-Si yo estuviese en lugar de ustedes, no me movería, señores.

Hugo se dobló, esforzándose por recuperar el aliento, mientras los hombres presentes en la cripta miraban, atónitos, cambiando sus miradas de Samuel a Chloe, que aún estaba de pie junto al inerte Crispin.

-¿Lo he matado? –preguntó Chloe, en medio del silencio.

Hugo se irguió lentamente.

Tú no sigues las reglas, ¿no es así, muchacha? –jadeó, sintiendo que sus pulmones se expandían en su agitada respiración.

-No iba a permitir que te matara –repuso Chloe-. Qué tramposos.

-Estoy de acuerdo en que ha sido vergonzoso –admitió él con sequedad, al tiempo que se inclinaba sobre Crispin y buscaba el pulso en su cuello-. Y supongo que una treta sucia se merece otra. Aunque has estado a punto de matarlo, no lo has conseguido.

-Pero tendría que estar muerto –dijo ella, con una voz que no le parecía propia. Levantó de nuevo el candelabro-. Estoy casada con él; prefiero ser su viuda.

Hugo la asió de los brazos.

-Tranquila muchacha.

Su advertencia fue pronunciada en tono sereno pero firme; le sacó el candelabro de la mano.

-Pero, tú no entiendes...

-Sí, entiendo –interrumpió, levantando la capa que antes le habían quitado-. Ponte esto –dijo, echándosela sobre los hombros y dándole un ligero beso en la frente-. Confía en mí.

Jasper se movió y sus ojos se abrieron.

-¿Lattimer? –dijo, en un hilo de voz.

Hugo fue hacia él. De pie junto a su enemigo caído, habló con lentitud y claridad, en todo marcado:

-Todo ha acabado, Jasper. Terminado. El círculo se ha cerrado. La muchacha es mía.

-Tengo entendido que hace ya un tiempo que lo es –prosiguió el otro. La sangre bajaba por un costado de la boca de Jasper y sus labios esbozaron una parodia de sonrisa-. Pese a tu proclamación de rectitud, la has desflorado, Lattimer. Tú no eres mejor que todos nosotros.

Hugo permaneció inmóvil, su rostro blanco bajo el resplandor de la vela, pero cuando habló lo hizo en voz baja y tranquila.

-No me extraña que tú lo veas de ese modo, Jasper. Tú sólo procuras corromper, y no verás otra cosa que profanación aun en el amor –dijo, alzando los hombros con desdén-. Por fin, he acabado contigo y tus... y con estos despojos.

Sus ojos recorrieron la cripta, se demoraron un instante en los rostros de los hombres reunidos allí, y luego se alejó de Jasper. En el mismo memento, un ruido áspero brotó de la garganta del herido, y la cabeza de Jasper cayó hacia atrás. Hugo giró de nuevo hacia él. Con semblante inescrutable, vio cómo la muerte velaba los ojos vacuos que quedaron fijados en la bóveda de la cripta. Luego, se volvió y se acercó a Chloe.

-Ven, muchacha. Ya has respirado demasiado tiempo, este aire infecto.

La empujó hacia delante, hacia la escalera, donde aún estaba Samuel, apuntando con sus pistolas a los hombres de la cripta. Ninguno de ellos se movió.

Chloe guardó silencio mientras ascendían los peldaños y salían fuera, al aire puro del páramo. Sólo podía pensar en que Hugo había mencionado al amor... que él había dicho a Jasper que la amaba. Había luchado por ella... arriesgado su vida por ella, como había hecho antes por su madre.

Pero ella estaba casada con Crispin. Aunque nunca volviese a verlo, seguiría siendo su esposa. Jasper estaba muerto, pero Crispin no.

Los caballos estaban atados a los arbustos y se removían inquietos, temblando en esa noche helada. Hugo la alzó sobre la montura y montó tras ella. Él estaba silencioso como ella, pero la sujetaba apretada contra su cuerpo, mientras cabalgaban de regreso a Denholm. Samuel iba a caballo junto a ellos; también iba ensimismado.

-Yo me ocuparé de los caballos –dijo Samuel cuando desmontaron en el patio-. Sería conveniente que usted echara un poco de leña en el fuego. Lo más probable es que ya se haya apagado.

Hugo y Chloe entraron en la casa. En la cocina reinaba el frío y la oscuridad; sólo las ascuas del hornillo dejaban ver cierto resplandor. Hugo encendió las velas, removió las brasas y acomodó astillas y leños.

Chloe permaneció de pie, envuelta en la capa, contemplándolo. Empezaba a sentirse como si fuese a caer otra vez en ese aturdimiento producido por las drogas.

-Hugo, esta tarde me casaron con Crispin –dijo, al fin. Tuvo la impresión de que sus palabras llegaban desde un lugar ignoto, fuera de ella-. Y eso no se borrará con que me quite este anillo.

Él acercó una silla al fuego y le indicó que se acercara.

-No, ya lo sé –dijo, atrayéndola hacia él, entre sus rodillas-. Permíteme que te lo explique. Tú eres menor de edad y has sido casada contra tu voluntad y sin el consentimiento de tu tutor. Por añadidura, el matrimonio no ha sido consumado –prosiguió, examinándole el semblante con expresión seria-. Eso es así, ¿verdad?

-Sí, es verdad.

Si bien él lo sabía, aún perduraba el temor de que pudiese haber calculado mal, de que Jasper hubiese encontrado un modo de profanarla antes que él pudiese llegar a rescatarla. Pero, al fin, el alivio, inundó sus venas. Sonrió.

-Entonces, el matrimonio será anulado, muchacha. No es más que una formalidad. Crispin no se atreverá a reclamar, aun cuando estuviese en condiciones de hacerlo.

-¿Eso significa que no estoy casada?

-Sí, desde el punto de vista técnico lo estás. Pero eso será hasta que yo tenga tiempo de encontrar un juez de paz.

-Oh –exclamó ella, y sus rodillas empezaron a temblar y sus ojos se llenaron de sangre-. Lo siento...

El flujo de lágrimas no se detuvo.

-Calma, cariño –la consoló él, sentándola sobre sus piernas, acunándola contra su pecho y meciéndola con suavidad-. ¿Te han hecho daño?

-Sólo un poco. Pero fue una situación incómoda –dijo con franqueza, secándose los ojos con un pañuelo que él le había dado-. No sé por qué me eché a llorar así...Quizá tenga hambre.

Hugo echó atrás la cabeza y rompió a reír, aliviado. Samuel sonrió y fue hacia la alacena.

-Huevos revueltos ¿le parece, muchacha?

-Sí, gracias.

Ella sonrió, y volvió a descansar la cabeza en el hombro de Hugo.

-Cuéntanos exactamente qué te sucedió –pidió Hugo, consciente de que no quedaría satisfecho hasta haber oído todos los detalles.

Mientras ella comía la cena, él escuchó el pormenorizado relato de su cautiverio. No omitió nada, ni siquiera lo que Jasper le había dicho acerca del pasado de Hugo. La expresión de los ojos de él era dura, su boca formaba una línea torva; cuando ella terminó, él sentenció con suave ferocidad:

-Él murió demasiado rápido.

Tanto el padre como el hijo habían muerto demasiado rápido considerando el mal que habían causado. Pero ahora, él dejaría atrás el pasado. Había terminado. Al no estar Gresham para liderarla, la Congregación se dispersaría. Crispin no contaba con la autoridad ni la madurez que hacía falta para hacerse cargo del puesto de Jasper. Había sido creada por los Gresham y moriría con ellos.

Echó una mirada hacia el otro lado de la mesa, donde la última Gresham rebañaba el plato con una rebanada de pan de cebada. Stephen nunca supo qué clase de perla había engendrado. Además, las cualidades que su hija había heredado de él: el fuego y la pasión, se manifestaban en ella sin mácula, sin esa desviación que las estropeaba en su padre.

Se reclinó en la silla, cerró los ojos y dejó que la paz lo inundara. Por fin, era libre. Había honrado la promesa hecha a Elizabeth; los Gresham no volverían a hacer daño a Chloe; además, él había enfrentado a sus demonios pintados y los había derrotado. Sabía que él no era mejor ni peor que cualquier otro hombre. Y esa noción era muy dulce.

Abrió los ojos y vio que Chloe lo contemplaba con seriedad.

-¿Por qué no me dijiste que habías amado a mi madre? ¿Por qué no me contaste todo lo sucedido?

Él la miró directamente a los ojos.

-Por cobardía, muchacha –respondió él-. Me aterrorizaba la posibilidad de que perdieras la confianza en mí si te lo decía. ¿Cómo podías confiar en un hombre que había participado en los juegos en la cripta, que había hecho lo que yo hice? No podía soportar la idea de perder tu amor y tu confianza... puesto que eran, son los dones más preciados. Dones sin precio.

Chloe sintió que un dulce alivio fluía por sus venas. Lo que lo había inducido a callar no era la ausencia de amor sino el amor mismo.

-A mí no me importa –dijo ella-. Lo que sucedió, lo que tú hiciste...

Las miradas de ambos se sostuvieron unos instantes, y luego él dijo con suavidad:

-Y a mí tampoco me importa más. El pasado me ha tenido cautivo demasiado tiempo.

Samuel soltó un suspiro de alivio y comenzó a recoger los platos sucios.

Hugo se puso de pie.

-Es hora de acostarse –dijo, estirándose y bostezando-. Arriba, muchacha.

-No veo ninguna diferencia esencial entre el adulterio y la fornicación –comentó Chloe, con una risilla pícara, alzando la cabeza que estaba apoyada sobre el pecho de Hugo, para mirarlo con unos ojos donde bailoteaba una luz hecha con los restos de su deseo y de su satisfacción.

-Sin duda, en ambos casos se requiere la participación de una mujer perdida –afirmó Hugo, levantando la dorada y espesa melena que amontonaba sobre los hombros de ella y retorciéndola en su muñeca. Luego, la dejó caer, tapando la marca azul y negra que había dejado el latigazo dado por el hermano de ella.

Eso ya había terminado, y Jasper había pagado por ello.

Chloe, sonrió, sin tener noticias de ese pensamiento fugaz, y comenzó una lánguida caricia por el vientre de él.

-Y de un hombre perdido, agregaría yo pues, según mi experiencia, hacen falta dos.

Él le acarició el pelo.

-Bueno, quizá deberíamos expandir tu experiencia, para que puedas ver la diferencia que hay cuando se cuenta con la bendición de la Iglesia.

Él había hablado con tanta suavidad que, por un momento, Chloe no entendió qué había dicho. Luego, comprendió, y se incorporó de golpe.

-¿Te casarás conmigo?

-Alguien tiene que hacerlo –dijo él, con aire solemne-. En sociedad, si no estás casada no estás segura... ¿o debería decir que la sociedad no es segura?

-Pero... pero tú habías dicho que la sociedad iba a pensar que te aprovechabas de tu condición de tutor.

Frunció en entrecejo y lo miró, ceñuda; aún no estaba segura de que él estuviese hablando en serio.

-La sociedad que piense lo que quiera –replicó Hugo-. La pregunta es: ¿quieres casarte con tu tutor, muchacha?

-Tú sabes que quiero. Vengo diciéndotelo desde hace mucho. Pero sucedía que tú no me escuchabas.

-No, y fue un lamentable error –admitió él, sonriéndole con los ojos-. He sufrido una tendencia bastante imbécil a no escucharte. Sin embargo, comienzo a comprender que tú siempre hablas en serio y que, en general, siempre sabes qué es lo mejor para ti.

-Y para ti –replicó ella.

-Chiquilla consentida –dijo él, tomándole la cabeza y trayendo su cara hacia él-. Hace mucho tiempo que sé qué es lo mejor para mí. Sólo necesitaba convencerme de que también sería lo mejor para ti.

Chloe bajó la boca hacia la de él, movió su cuerpo sobre el de él, adaptándose a sus curvas y a sus huecos, ayudándose con una mano para guiarlo hacia su interior. Se echó hacia atrás, se apoyó sobre los talones y giró el cuerpo alrededor del de él, con ojos lánguidos y el pelo cayendo sobre sus hombros.

-Yo sé lo qué es mejor para ti –dijo, con petulante sonrisa-. Te lo demostraré.

-Por favor, hazlo.

Hugo entrelazó sus manos detrás de la cabeza y contempló el rostro de ella, disfrutando con su pasividad tanto como la disfrutaba la propia Chloe.

-Supongo –dijo ella, pasando sus palmas sobre los músculos del vientre masculino-, que tú querrás conservar el control de mi fortuna.

-Oh, no dudo de que podamos alcanzar un acuerdo satisfactorio –dijo Hugo, y sus ojos verdes echaron chispas.

-Pero... –acompañó su movimiento con el de su mano hacia atrás, entre los muslos de él-. Pero, me imagino que querrás seguir decidiendo sobre mi guardarropa.

Mientras hablaba, ella movía sus dedos con maliciosa destreza.

-Sí... –dijo él, cerrando los ojos y soltando un suspiro de placer-. Ése es un terreno en el que tú no sabes qué es lo más conveniente, de modo que ahí no habrá compromisos.

-¿Ni siquiera si yo te hago esto?

Ella inclinó su cabeza, lo contempló entornando los ojos mientras sus dedos continuaban el íntimo recorrido.

-No, pequeña zorrilla astuta –respondió él, atrayéndola hacia él y rodando hasta que ella quedó acostada debajo-. Sólo me dejaré engatusar hasta este punto –rió, al ver su expresión de asombro, y le dio un beso en la punta de la nariz-. Pero no puedes seguir intentándolo, muchacha.

-Nada podría impedírmelo...-dijo ella en voz queda, ya sin asomo de malicia. Le tocó la boca con la punta de un dedo-. Te amo.

-Y yo te amo a ti, pequeña. Te amo con cada aliento que respiro.

Sostuvo la mirada de ella con la suya y se movió dentro de ella hasta que la respiración de ambos se hizo una sola, hasta que la sangre fluyó entre sus cuerpos y el futuro, limpio del pasado, nació en la trascendente gloria de esa fusión.